FARSA DE AMOR A LA española
Finjamos que me amas
ELENA ARMAS
AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

UNA BODA. UN VIAJE A ESPAÑA. UNA MENTIRA Y UN PLAN QUE HACE AGUAS.

Cuatro semanas no son demasiado para encontrar a alguien dispuesto a acompañarte a la boda de tu hermana al otro lado del Atlántico, y menos aún si tiene que fingir que te ama. Suena ridículo, sí, pero lo es aún más que Aaron Blackford, el compañero de trabajo al que Catalina no soporta, se ofrezca a hacerlo.

Pero Lina está desesperada, y deberá sopesar qué es peor: aguantar a Aaron, con su aire petulante y sus ojos de hielo, o admitir a su familia que ha mentido y que es todo una farsa. Como diría su abuela: que Dios nos pille confesados.

Elena Armas

Farsa de amor a la española

ePub r1.0
Titivillus 11.10.2024

Título original: *Spanish Love Deception*
Elena Armas, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para quienes persiguen sus sueños, no os rindáis nunca.
No somos de los que se dan por vencidos, ¿me oís?

UNA BODA.
UN VIAJE A ESPAÑA.
UNA MENTIRA Y
UN PLAN QUE HACE AGUAS

Cuatro semanas no son demasiado para encontrar a alguien dispuesto a acompañarte a la boda de tu hermana al otro lado del Atlántico, y menos aún si tiene que fingir que te ama. Suena ridículo, sí, pero lo es aún más que Aaron Blackford, el compañero de trabajo al que Catalina no soporta, se ofrezca a hacerlo.

Pero Lina está desesperada, y deberá sopesar qué es peor: aguantar a Aaron, con su aire petulante y sus ojos de hielo, o admitir a su familia que ha mentido y que es todo una farsa.

Como diría su abuela: que Dios nos pille confesados.

EL FENÓMENO DE TIKTOK CON MÁS
DE 100 MILLONES DE VISUALIZACIONES

«Elena Armas es la reina indiscutible de la comedia romántica».
Ali Hazelwood, autora *best seller* de *La hipótesis del amor*

«Todo lo que buscas en un romance está aquí».
Helen Hoang, autora *best seller* de *El test del amor*

«Si estás buscando una trama con la que estarás totalmente obsesionado mucho después de terminar, este es tu libro».
Cosmopolitan

«Ritmo perfecto, personajes increíbles y una química deslumbrante».
Business Insider

«El debut de Armas rebosa química… Los fans de las *rom-coms* quedarán fascinados».
Publishers Weekly

FARSA DE AMOR A LA *española*

ELENA ARMAS

Capítulo 1

—IRÉ CONTIGO A LA BODA.

Nunca (ni en mis sueños más descabellados, y eso que tengo mucha imaginación) pensé que escucharía esas palabras en ese tono firme y ronco.

Bajé la mirada hacia mi café y entrecerré los ojos, intentando detectar indicios de alguna sustancia alucinógena en el aire. Al menos, eso hubiera explicado lo que acababa de pasar. Pero no.

Nada. Solo lo que quedaba de mi café americano.

—Si tan desesperada estás, yo te acompañaré. —De nuevo esa voz.

Levanté la cabeza, con unos ojos como platos. Abrí la boca y volví a cerrarla de golpe.

—Rosie… —Logré decir. Las palabras salieron como un susurro—. ¿Está aquí de verdad? ¿Puedes verlo o estoy flipando?

Rosie (mi mejor amiga y compañera de trabajo en InTech, la consultora en ingeniería de Nueva York en la que nos conocimos y donde seguimos trabajando a día de hoy) asintió despacio con la cabeza. Vi como sus rizos castaños rebotaban con el movimiento y una expresión de desconcierto se apoderaba de sus facciones, en general, bastante relajadas.

—*Nop*. Está aquí —dijo en voz baja mientras estiraba el cuello

para espiar lo que sucedía a mi espalda—. Hola. ¡Buenos días! —saludó, simpática, y volvió a mirarme—. Justo detrás de ti.

Con los labios separados, miré fijamente a mi amiga. Estábamos al final del pasillo del undécimo piso de las oficinas de InTech. Nuestros escritorios quedan bastante cerca, así que, en cuanto entré al edificio (situado en el corazón de Manhattan, delante de Central Park) fui directamente hacia ella.

Mi plan consistía en echarnos un rato en los sillones de madera que habían puesto en recepción para que se sentaran los clientes mientras esperaban y que solían estar vacíos a esta hora de la mañana. Pero no lo conseguimos. Dejé caer la bomba antes de que pudiéramos sentarnos. Necesitaba los consejos de Rosie con urgencia. Y entonces… él se materializó de la nada.

—¿Tengo que repetirlo una tercera vez? —Su pregunta provocó una nueva ola de desconfianza y me congeló la sangre.

No me creía lo que estaba pasando, lo que estaba diciendo no tenía ningún sentido. No en nuestro mundo. En el que…

—De acuerdo, bien —suspiró—. Puedo acompañarte. —Hizo una pausa que volvió a llenarme de una aprensión heladora—. A la boda de tu hermana.

Puse la espalda recta, con los hombros rígidos. Sentí como la blusa de satén que llevaba por dentro de los pantalones *beige* se estiraba con el movimiento.

«¿Se está autoinvitando a la boda de mi hermana? ¿Cómo mi acompañante? ¿Por qué?».

Pestañeé mientras sus palabras retumbaban en mi cabeza.

Algo se liberó en mi interior. La situación absurda y la broma perversa que este hombre, en el que sabía que no podía confiar, se traía entre manos hicieron que un bufido me trepara por la garganta, fuerte y claro, como si no pudiera esperar ni un segundo más.

Sentí un gruñido a mis espaldas.

—¿Qué es tan gracioso? —Su voz parecía más fría—. Lo digo en serio.

Volví a reprimir la carcajada. No lo creí. Ni por un segundo.

—Las posibilidades de que esté hablando en serio —le dije a Rosie—, son equiparables a que Chris Evans salga de la nada y me confiese que lleva toda la vida enamorado de mí. —Hice una mueca

mirando a ambos lados—. Ninguna. Así que, Rosie, me estabas contando algo acerca de… el señor Frenkel, ¿no?

El señor Frenkel no existía.

—Lina —dijo Rosie con una sonrisa falsa, mostrando todos los dientes, la que sabía que usaba cuando no quería ser maleducada—. Creo que sí habla en serio —dijo, sin relajar la sonrisa de loca e inspeccionando al hombre de pie a mi espalda.

—*Nop*. No puede ser. —Sacudí la cabeza, me resistía a darme la vuelta y ver que existía una mínima posibilidad de que mi amiga tuviera razón.

No podía ser. Era imposible que Aaron Blackford, con quien peor me llevaba en la oficina, propusiera algo así. De. Ninguna. Manera.

Un suspiro impaciente me llegó desde atrás.

—Estamos entrando en un círculo vicioso, Catalina. —Una pausa larga. Otro suspiro, más fuerte y mucho más largo. Pero no me di la vuelta. Me mantuve firme—. Por mucho que me ignores, no voy a desaparecer. Lo sabes bien.

Lo sabía.

—Pero eso no significa que no pueda seguir intentándolo —murmuré.

Rosie me fulminó con mirada y volvió a espiar a mis espaldas, sin que le flanqueara la sonrisa.

—Lo siento, Aaron. No te estamos ignorando. —Su sonrisa seguía tensa—. Estamos… debatiendo.

—Sí que lo estamos ignorando. No tienes que preocuparte por sus sentimientos. No tiene.

—Gracias, Rosie —le dijo Aaron a mi amiga con un tono menos frío. ¿Estaba siendo amable? No creía que fuera una definición que entrase en su diccionario personal. Eso sí, siempre había sido menos… severo con Rosie. Obviamente, no era mi caso—. ¿Podrías decirle a Catalina que se dé la vuelta? Me gustaría hablarle a la cara y no a la nuca. —Su tono descendió a temperaturas bajo cero—. Eso, claro, si no se trata de uno de esos chistes que nunca entiendo y que tampoco me hacen gracia.

El calor me subió por el cuerpo hasta la cara.

—Claro —respondió Rosie—. Creo… Creo que puedo hacerlo. —Movió la mirada desde ese punto a mis espaldas hacia mi cara y levantó las cejas—. Lina… a Aaron le gustaría que te dieras la

vuelta, siempre y cuando este no sea uno de tus chistes…

—Gracias, Rosie. Lo he escuchado —dije con los dientes apretados. Podía sentir el fuego en las mejillas, pero me resistía a darme la vuelta porque eso significaría dejarle ganar esta partida, sea cual sea el juego al que estuviera jugando. Además, acababa de decir que no era graciosa. Él—. Si no te importa, dile a Aaron que no creo que sea posible reírse y mucho menos entender un chiste si no se tiene sentido del humor, por favor. Nada más. Gracias.

Rosie se rascó el costado de la cabeza y me miró pidiendo clemencia. Parecía que me gritaba con los ojos: «No me hagas esto».

Abrí mucho los míos para ignorar su petición y rogarle que me siguiera la corriente.

Lanzó un soplido y volvió a mirar a mi espalda.

—Lina cree que…

—Gracias, Rosie, la he escuchado.

Estaba tan en sintonía con él (con esto) que noté el ligero cambio en su tono. Iba a usar la voz que solo ponía conmigo. Era igual de seca y fría, pero con una capa de desdén y distancia. Esa que pronto se convertiría en un ceño fruncido. No necesitaba darme la vuelta para saberlo. Siempre estaba presente cuando se trataba de mí y de esta… cosa que había entre nosotros.

—Estoy seguro de que mis palabras le están llegando a Catalina allí abajo, pero te agradecería que le dijeras que tengo que trabajar y que, por favor, no alargue esto mucho más.

¿Allí abajo? Este tío es gilipollas, además de un armario empotrado.

No soy bajita, estoy un poco por encima de la media, de la media española, claro. Mido algo más de metro sesenta, casi sesenta y cinco. Rosie volvió a fijar sus ojos verdes en mí.

—Aaron tiene que trabajar y te agradecería…

—Si… —Me detuve cuando escuché que mi voz sonaba aguda y chillona. Me aclaré la garganta y volví a intentarlo—. Si tan ocupado está, por favor, dile que es libre de privarme de su presencia. Puede volver a su oficina y seguir con su obsesión por el trabajo que, sorprendentemente, ha interrumpido para meter las narices en un asunto que ni le va ni le viene.

Mi amiga abrió la boca, pero el hombre que tenía a la espalda habló antes de que ella pudiera pronunciar una palabra.

—Bueno, ya has escuchado lo que he dicho. Mi propuesta. Así que, bien… —Una pausa. Lo maldije por dentro—. ¿Cuál es tu respuesta?

Rosie volvió a poner expresión de sorpresa. Seguí mirándola y me imaginé cómo el tono marrón de mis ojos debía estar adquiriendo un matiz rojo por la rabia.

¿Mi respuesta? ¿Qué mierda sacaba él de esto? ¿Era una nueva y creativa manera de jugar con mi mente, con mi cordura?

—No tengo ni idea de qué habla. No he escuchado nada —mentí—. Puedes decírselo. —Rosie se puso un rizo detrás de la oreja, alternando la mirada entre Aaron y yo.

—Creo que se refiere a cuando se ha ofrecido a acompañarte a la boda de tu hermana —explicó Rosie con dulzura—. Ya sabes, después de que me dijeras que las cosas habían cambiado y que tenías que encontrar a alguien (a cualquiera, creo que fueron tus palabras exactas) para que te acompañara a España y fuera contigo a la boda porque, si no, te morirías de forma lenta y dolorosa…

—Ya, ya, lo pillo. —Me apresuré a interrumpirla y sentí cómo me ardía la cara al darme cuenta de que Aaron lo había escuchado todo—. Gracias, Rosie, no hace falta que sigas con el resumen. —O me moriría de una forma lenta y dolorosa en ese mismo momento.

—Creo que la palabra exacta que has usado es «desesperada». —Aportó Aaron. Me ardieron las orejas cuando lo escuché, es probable que tuvieran cinco tonos de rojo radioactivo.

—No. —Exhalé—. No he usado esa palabra.

—Tú… Lo has hecho, cariño —confirmó mi mejor amiga (bueno, mi ex mejor amiga a partir de ese momento).

—¿Qué ha sido eso, traidora? —murmuré por lo bajo.

Pero ambos tenían razón.

—De acuerdo. Bien. Lo he dicho. Pero no estoy desesperada.

—Eso es exactamente lo que diría una persona desamparada. Pero si duermes más tranquila pensando que no, Catalina…

—No es asunto tuyo, Blackford, pero no estoy desamparada, ¿de acuerdo? —Lo insulté por dentro y perdí la cuenta de cuántas veces lo había hecho esa mañana. Entrecerré los ojos—. Y duermo muy bien. Es más, nunca había dormido mejor.

¿Qué más daba sumar otra mentira a todas las que ya había dicho? Sí que estaba desamparada y desesperada por encontrar a

alguien que me acompañase a esa boda. Pero eso no significaba que…

—Lo que tú digas.

Es irónico que, de todas las malditas palabras que Aaron Blackford le dijo a mi nuca esa mañana, fueran esas las que echaran por tierra mi falsa pose de indiferencia.

Esa aclaración condescendiente, aburrida y despectiva, tan de Aaron.

«Lo que tú digas».

Me hervía la sangre.

Era una reacción tan impulsiva y desproporcionada para una frase de cuatro palabras, que, dicha por cualquier otra persona, no hubiese significado nada, que no me di cuenta de que me estaba dando la vuelta hasta que fue demasiado tarde.

Debido a su altura sobrenatural, me recibió un ancho pecho cubierto por una camisa blanca y ajustada que me hizo desear apretar la tela en un puño y arrugarla porque, ¿quién va por la vida tan pulcro y planchado todo el puñetero tiempo? La respuesta es Aaron Blackford.

Recorrí los hombros definidos y el cuello fuerte con los ojos hasta llegar a la línea recta de la mandíbula. Los labios apretados formaban una línea, justo como había imaginado que harían. Mis ojos siguieron subiendo y llegaron a los suyos (de un azul que me recordaba a las profundidades del océano, donde todo es frío y mortal) y me di cuenta de que me estaba mirando. Levantó una ceja.

—¿«Lo que tú digas»? —siseé.

—Sí. —Esa cabeza, llena de pelo negro, asintió solo una vez, sin dejar de mirarme—. No quiero perder más tiempo discutiendo algo que sé que nunca admitirás porque eres demasiado cabezota. Así que, sí: lo que tú digas.

Ese exasperante hombre de ojos azules que se debe pasar más tiempo planchando que relacionándose con otros seres humanos no me haría perder la paciencia antes de la hora del desayuno.

Mientras luchaba por mantener mi cuerpo bajo control, inhalé largo y profundo, y me puse un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Si esto es una pérdida de tiempo, no entiendo qué sigues haciendo aquí. Por favor, desaparece de mi vista… y de la de Rosie.

Para no verse involucrada en esta decisión, la señorita Traidora lanzó un ruidito distraído.

—Lo haría —dijo Aaron en un tono más conciliador—. Pero sigues sin responder a mi pregunta.

—No era una pregunta —dije, y las palabras me supieron amargas—. Lo que sea que hayas dicho, no era una pregunta. Pero eso da igual, no te necesito, muchas gracias.

—Lo que tú digas —repitió y me enervó aún más—. Aunque creo que sí me necesitas.

—Crees mal.

—Y, sin embargo, sonabas como si me necesitaras de forma desesperada. —Alzó la ceja aún más.

—Me temo que sufres un serio problema de audición porque, como ya te he dicho, lo has escuchado mal. No te necesito, Aaron Blackford. —Tragué saliva para intentar quitarme la sequedad de la boca—. Si lo necesitas, te lo doy por escrito. O te envío un correo, lo que prefieras.

Lo pensó durante un segundo, sin ningún tipo de interés. Sabía que no me iba a dejar ganar sin pelear. Lo confirmó cuando volvió a abrir la boca.

—¿No has dicho que la boda es dentro de un mes y que no tienes acompañante?

—Puede ser. No lo recuerdo con exactitud. —Presioné los labios en una línea recta. Es justo lo que había dicho. Palabra por palabra.

—¿Acaso Rosie no te ha respondido que si te sentabas en el fondo e intentabas no llamar la atención quizá nadie se daría cuenta de que habías ido sola?

La cabeza de mi amiga apareció de golpe en mi campo de visión.

—Sí, es lo que he dicho. También le he sugerido que usara un color que no llamase mucho la atención y no el despampanante vestido rojo…

—Rosie —interrumpí—. No me estás ayudando.

Los ojos de Aaron no vacilaron mientras continuaba su diatriba.

—¿No le has recordado a Rosie que eras la jodida (tu palabra) dama de honor y que, de todos modos, te iba a ver Dios y su madre (tus palabras textuales, otra vez)?

—Lo ha dicho —confirmó la señorita Traidora. Giré la cabeza en su dirección—. ¿Qué? —Se encogió de hombros y firmó su

sentencia de muerte—. ¿Qué voy a hacer yo si lo has dicho, cariño?

Necesito nuevos amigos. Para ayer.

—Lo ha dicho —corroboró Aaron y volvió a atraer mi atención y mi mirada—. ¿Y no has dicho que tu exnovio es el padrino y que, de solo pensar en tener que verlo cuando tú eres una tonta patéticamente soltera (de nuevo, tus palabras), querías arrancarte la piel?

Sí. Es justamente lo que he dicho. Pero no pensé que Aaron fuera a escucharme. De lo contrario, nunca lo hubiera admitido en voz alta.

Pero parece que había estado ahí toda la conversación. Ahora lo sabía. Me había escuchado admitir todo eso y había decidido echármelo en cara. Y, por mucho que quisiera convencerme de que no me importaba (de que no debería importarme), el dolor seguía ahí. Me hacía sentir todavía más sola, tonta y patética.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta e intenté desviar la mirada, que posé cerca de su nuez. No quería ver qué expresión ponía. Burla. Lástima. No me importaba. No era el primero que tenía ese concepto de mí, podía vivir con ello.

Su garganta se movió. Lo supe porque era lo único que me permitía mirar.

—Estás desesperada.

Exhalé, dejando pasar el aire por los labios que mantenía presionados. Un gesto afirmativo con la cabeza: eso fue todo lo que le concedí. Y no entendí por qué lo había hecho. Yo no era así. Solía pelear hasta que mi contrincante sangrara. Era lo que hacíamos los dos. No nos preocupaban los sentimientos del otro. No era nuestra primera pelea.

—Entonces llévame. Iré contigo a la boda, Catalina.

Levanté la mirada poco a poco y me invadió una extraña combinación de cautela y vergüenza. Que lo hubiera presenciado todo ya era bastante malo, pero que, encima, ¿intentara sacar ventaja? ¿Sacar lo peor de mí?

A menos que no fuera eso lo que buscaba. A menos que hubiera otra respuesta, un motivo que explicara por qué se estaba ofreciendo para ser mi cita.

Le estudié la cara, analicé todas las opciones y posibles motivaciones, pero no logré llegar a ninguna conclusión razonable.

No encontré ninguna respuesta que me pudiera ayudar a entender por qué estaba tan empecinado en acompañarme.

Solo la verdad. La realidad. No éramos amigos. Aaron Blackford y yo apenas nos tolerábamos. Éramos crueles el uno con el otro, nos señalábamos los errores, nos criticábamos la forma de trabajar, pensar y vivir. Acentuábamos las diferencias. Incluso hubiese sido capaz de arrojarle dardos a una diana con su foto. Y estoy casi segura de que él hubiera hecho lo mismo, porque yo no era la única que conducía por la Ruta del Rencor. Era una carretera de doble sentido. Sin tener en cuenta que todo esto había sido cosa suya. Yo no era la culpable de la distancia. Entonces, ¿por qué quería ayudarme y por qué debería considerarlo?

—Puede que esté desesperada por encontrar una cita, pero no tanto. —Repetí—. Como ya he dicho.

—Piénsatelo. Sabes que no tienes ninguna otra opción. —Suspiró, cansado. Impaciente. Enfurecido.

—No hay nada que pensar. —Sacudí la mano. Después sonreí, imitando la sonrisa falsa con dientes de Rosie—. Preferiría llevar un chimpancé con traje antes que a ti. —Levantó las cejas, pude ver en sus ojos que mi comentario le había parecido ocurrente.

—Sabes tan bien como yo que no. Aunque algún chimpancé podría estar a la altura de las circunstancias, tu ex estará allí. Tu familia. Has dicho que querías impresionarlos y yo causaría ese efecto. —Ladeó la cabeza—. Soy tu mejor opción.

—Tú no eres mi mejor nada, Blackford. —Lancé un bufido. Era peor que un grano en el culo—. Y tengo muchas más opciones. —Contraataqué, encogiéndome de hombros—. Puedo buscar a alguien en Tinder. Incluso publicar un anuncio en *The New York Times*. Ya encontraré a alguien.

—¿Con tan poco tiempo? Permíteme dudarlo.

—Rosie tiene amigos. Seguro que alguno está dispuesto a acompañarme.

Era lo que tenía en mente desde el principio. La razón por la que había ido a hablar con Rosie a primera hora. Me di cuenta de que había cometido un error de principiante. Debería haber esperado y haber llevado a Rosie a un lugar seguro, lejos de Aaron, para hablar. Pero después de la llamada de mi madre… Bueno, digamos que las cosas habían cambiado, o al menos mi situación. Había

llegado a un punto en que me conformaría con cualquiera. Con cualquiera menos con Aaron, claro. Rosie era de Nueva York de toda la vida, tenía que conocer a alguien.

—¿No, Rosie? Seguro que tienes algún amigo disponible. —Su cabeza volvió a aparecer.

—Marty quizá esté disponible. Le encantan las bodas.

—¿Marty no fue el que se emborrachó en la boda de tu primo, le quitó el micrófono a la banda y cantó *My Heart Will Go On* hasta que tu hermano lo bajó del escenario? —La fulminé con la mirada.

—Ese mismo. —Hizo una mueca.

—Mejor no. —No podía llevar una persona así a la boda. Mi hermana le arrancaría el corazón y nos lo serviría de postre—. ¿Y Ryan?

—Felizmente comprometido.

—No me sorprende. Es un partidazo. —Se me escapó un suspiro.

—Lo sé. Por eso os monté tantas encerronas, pero tú… —Me aclaré la garganta para interrumpirla.

—No estamos discutiendo por qué sigo soltera. —Le eché una mirada rápida a Aaron. Seguía mirándome con los ojos entrecerrados—. ¿Y… Terry?

—Se mudó a Chicago.

—Maldita sea. —Sacudí la cabeza y cerré los ojos un instante. Estaba andando en círculos—. Entonces contrataré a un actor. Le pagaré para que tenga una cita conmigo.

—Eso te saldrá muy caro —dijo Aaron sin expresión—. Y los actores no han estudiado para que los contraten para mentir o para que las solteronas les paguen para que les hagan de acompañante. —Frunció los labios, como suele hacerlo cuando algo le fastidia.

—Entonces contrataré a un acompañante profesional. —Lo fulminé con una mirada exasperada.

—¿Preferirías llevar un prostituto a la boda de tu hermana antes que a mí?

—Estoy hablando de un acompañante, Blackford, *por Dios* —murmuré mientras veía como movía las cejas hasta formar un ceño fruncido—. No estoy buscando esa clase de servicio. Solo necesito que alguien me acompañe. Y eso es lo que hacen los acompañantes. Te acompañan a sitios.

—No es lo que hacen, Catalina. —Su voz era profunda y helada.

Me juzgaba.

—¿Nunca has visto una comedia romántica? —Frunció aún más el ceño—. ¿Ni siquiera *El día de la boda*? —No respondió, pero me sostuvo la mirada—. ¿Ves películas o solo… trabajas? —Existe la posibilidad de que ni siquiera tenga televisor. Su expresión no cambió. «Dios, no tengo tiempo para esto. No tengo tiempo para él»—. ¿Sabes qué? Da igual, no te preocupes. —Levanté las manos y las entrelacé—. Gracias por… esto. Lo que sea que haya sido. Gran aportación. Pero no te necesito.

—Creo que sí.

—Creo que eres un poquito pesadito. —Pestañeé.

—Catalina. —Me miró fijamente y la forma en que dijo mi nombre me exasperó aún más—. Estás loca si crees que vas a poder encontrar a alguien en tan poco tiempo.

Una vez más, Aaron Blackford tenía razón. Quizá estaba un poco loca. Y él ni siquiera se imaginaba la mentira. Mi mentira. Y nunca se la contaría. Pero eso no cambiaba los hechos. Necesitaba a alguien, a cualquiera, (pero no a Aaron) que me acompañara a la boda de Isabel en España. Porque (A), yo era la hermana de la novia y la dama de honor. (B), mi ex, Daniel, era el hermano y padrino del novio, y el día anterior me había enterado de que estaba felizmente comprometido, algo que mi familia me había ocultado. (C), dejando de lado un par de citas que acabaron en desastre, llevaba casi seis años soltera. Desde que dejé España y me mudé a Estados Unidos, poco después de que la única relación que había tenido me explotara en la cara. Todos los invitados lo sabían (porque no hay secretos en familias como la mía, y mucho menos en un pueblo pequeño como el que me había visto nacer) y sabía que les daba pena. Y (D), estaba mi mentira.

La mentira.

La que le di de comer a mi madre y, por extensión, a todo el clan Martín (porque, en lo que a nosotros respecta, no existen los límites ni la privacidad). Seguro que a estas alturas mi mentira ya había aparecido en el periódico local.

«Catalina Martín ya no está soltera. Por fin. Su familia se alegra de anunciar que traerá a su novio estadounidense a la boda. Estáis todos invitados a venir y presenciar el milagro de la década».

Porque eso era justamente lo que había hecho. Justo después de

que la noticia del compromiso de Daniel saliera de los labios de mi madre y me llegara a los oídos, a través del auricular del teléfono, dije que yo también iría con alguien. No, esas no fueron mis palabras. Dije (mentí, engañé, declaré en falso) que llevaría a mi novio.

Quien, técnicamente, no existía. Todavía.

De acuerdo, quizá no lo haría nunca. Porque Aaron tenía razón. Encontrar a alguien en tan poco tiempo era una tarea imposible. Creer que alguien aceptaría fingir ser mi novio probablemente era una locura. Pero ¿admitir que Aaron era mi única opción y aceptar su oferta? Eso directamente era un delirio.

—Veo que empiezas a procesarlo. —Las palabras de Aaron me llevaron de vuelta al presente y vi que me observaba con esos ojos azules—. Te dejaré en paz para que termines de entrar en razón. Avísame cuando hayas acabado.

Apreté los labios y volví a sentir el calor en las mejillas. ¿Tanta pena le daba que se había ofrecido a acompañarme? Me crucé de brazos e intenté evitar su mirada implacablemente azul.

—Oh, se me olvidaba, ¿Catalina?

—¿Sí? —dije con suavidad.

Puaj, patética.

—Intenta no llegar tarde a la reunión. Ya no tiene gracia.

No pude evitar mirarlo, un bufido se me atascó en la garganta.

Imbécil.

Juré, en ese lugar y en ese momento, que algún día encontraría una escalera lo suficientemente alta como para subir y arrojarle un objeto contundente directamente a esa cara tan odiosa que tenía.

Un año y ocho meses. Ese era el tiempo que llevaba aguantándolo. Llevaba la cuenta de mi condena.

Entonces, con un simple movimiento de cabeza, se dio la vuelta. Vi cómo se alejaba hasta próximo aviso.

—Eso ha sido… —Escuché la voz de Rosie, pero no acabó la frase.

—¿Una locura? ¿Insultante? ¿Raro de narices? —Arriesgué con las manos en la cara.

—Inesperado —dijo—. E interesante.

La miré por entre los dedos y vi que se le curvaban los labios en una sonrisa.

—Te revoco todos tus derechos de amistad, Rosalyn Graham.

—Sabes que eso es mentira —dijo entre risas.

Tenía razón. En la vida se desharía de mí.

—Así que… —Rosie enroscó su brazo con el mío y me arrastró por el pasillo—. ¿Qué vas a hacer?

—No… No tengo ni la más mínima idea —dije con la voz temblorosa, usando toda la energía que me quedaba.

Pero sí estaba segura de algo: no aceptaría la oferta de Aaron Blackford. No era mi única opción y, sin lugar a duda, tampoco era la mejor. De hecho, no era nada. Y menos mi pareja para la boda de mi hermana.

Capítulo 2

NO LLEGUÉ TARDE A LA reunión.

Llevaba un año y ocho meses sin llegar tarde. Desde ese día.

¿Por qué?

Aaron Blackford.

Una vez. Solo había llegado tarde una vez desde que conocía a Aaron y, sin embargo, seguía echándomelo en cara cada vez que podía.

Nunca lo atribuyó a que fuera española o mujer, los estereotipos típicos cuando se hablaba de impuntualidad.

Aaron no hacía esas cosas. Él señalaba los hechos; identificaba las verdades. Se debía a su formación, como era el caso de todos los ingenieros de la empresa de consultoría en la que trabajábamos, yo incluida. Técnicamente, sí había llegado tarde. Una sola vez, y ya hacía muchos meses. Vale, me había perdido los primeros quince minutos de una presentación importante. Y que fue la primera que lideró Aaron durante su primera semana en InTech. Y quizá había entrado haciendo demasiado ruido, tirando una jarra de café por accidente. Encima de las carpetas que Aaron había preparado para la presentación. Y en sus pantalones.

No es la mejor manera de presentarse a un compañero, pero qué más da. Son cosas que pasan. Pequeños incidentes sin maldad que

están a la orden del día. Las personas los superan y siguen con sus vidas.

Pero no si se trata de Aaron.

Al contrario. Semana tras semana y mes tras mes, me repitió como un loro: «Intenta no llegar tarde a la reunión de las diez. Ya no tiene gracia».

Cada vez que entraba a una sala de reuniones y me veía allí, antes de tiempo, miraba el reloj y levantaba una ceja, sorprendido.

También ponía las jarras de café a buen recaudo y ladeaba la cabeza en señal de advertencia.

Eso era lo que Aaron hacía en lugar de olvidarse del incidente.

—Buenos días, Lina. —La voz de Héctor me llegó desde la puerta. Supe que estaba sonriendo mucho antes de girarme. Siempre estaba sonriendo.

—Buenos días, Héctor. —Respondí en la lengua materna que compartíamos.

—¿Todo bien, *mija*? —El hombre que me había dado la bienvenida a su familia y a quien consideraba un tío apoyó una mano en mi hombro y lo apretó suavemente.

—No puedo quejarme. —Le devolví la sonrisa.

—¿Vendrás a la barbacoa? Es el mes que viene, Lourdes no para de insistirme en que te lo recuerde. Preparará ceviche y sabe que eres la única dispuesta a comértelo —dijo entre risas.

Era verdad; a nadie de la familia Díaz le gustaba ese plato tan típico de Perú, aunque no entendía por qué.

—La duda ofende, viejo. —Sacudí la mano en el aire con una carcajada—. Por supuesto que iré.

Héctor se sentó a mi derecha mientras el resto iba llegando, murmurando los buenos días.

Aparté la mirada de la sonrisa relajada de Héctor para fijarme en el hombre que, en ese momento, estaba rodeando la mesa para unirse al grupo.

Frente a mí apareció Aaron con las cejas levantadas. Su mirada se cruzó con la mía un segundo. Vi como curvaba los labios hacia abajo mientras corría una silla.

Puse los ojos en blanco y me centré en Gerald: su calva brillaba bajo la luz fluorescente mientras buscaba una posición cómoda. Por último, pero no menos importante, estaba Kabir, a quien hacía poco

que habían ascendido a líder de equipo del departamento de soluciones, que prácticamente reúne todas las disciplinas, menos ingeniería civil. Eso va aparte.

—Buenos días a todos —comenzó Kabir con el entusiasmo que solo puede tener alguien que lleva un mes en un trabajo—. Esta semana me toca liderar la reunión y ocuparme de los protocolos así que, por favor, confirmad asistencia cuando os nombre.

Un gruñido exasperado y muy familiar invadió la sala. Miré al hombre de ojos azules que tenía delante y encontré la expresión irritada que solía acompañar ese sonido.

—Por supuesto, Kabir —dije con una sonrisa, aunque estuviera de acuerdo con el señor del ceño fruncido—. Por favor, empieza.

Esos ojos del color del océano me dispararon una mirada gélida.

Me topé con ella mientras escuchaba a Kabir repasar nuestros nombres, recibir la confirmación de Héctor y Gerald, un «presente» demasiado efusivo de mi parte y otro gruñido del señor Cascarrabias.

—De acuerdo, gracias —dijo Kabir—. Lo primero que tenemos que hacer es actualizar el estado de los proyectos. ¿Quién quiere empezar?

La única respuesta fue el silencio.

InTech se ocupaba de dar servicio técnico a cualquier entidad que no tuviera los conocimientos o la capacidad para diseñar y ejecutar sus propios proyectos. A veces este requería una sola persona, pero muchas otras, se necesitaba un equipo de cinco o seis ingenieros. Así que los cinco líderes de equipo en nuestra división siempre estaban trabajando y supervisando varios proyectos a la vez para diferentes clientes, los cuales nunca dejaban de avanzar y alcanzar objetivos sopesando los problemas e imprevistos. Teníamos videoconferencias con clientes y accionistas todos los días. Los proyectos eran tan complejos y cambiaban tan rápido que era imposible que los otros líderes pudieran ponerse al corriente en pocos minutos. Por eso la pregunta de Kabir no tenía respuesta. En realidad, la reunión era bastante innecesaria.

—Em… —Kabir se acomodó en su asiento, nervioso—. Empiezo yo. Sí, mejor empiezo yo. —Hojeó la carpeta que había traído—. Esta semana le presentaremos a Telekoor el nuevo presupuesto. Como bien sabéis, es una pequeña empresa que lleva tiempo

desarrollando un servicio de almacenamiento remoto para mejorar la conexión en el transporte público. Bueno, los recursos disponibles son limitados y…

Escuché a mi compañero de fondo mientras repasaba la sala con la vista. Héctor asentía con la cabeza, aunque sospecho que estaba prestando tanta atención como yo. Gerald, por su parte, no se molestaba en disimular que estaba con el móvil. Maleducado. Muy maleducado. Pero tampoco esperaba más de él.

Por último, Aaron Blackford, que llevaba todo el rato mirándome fijamente.

Estiró los brazos en mi dirección, sosteniéndome la mirada. Sabía lo que iba a hacer. Lo sabía. Envolvió el objeto que tenía delante con esos dedos largos y la enorme palma. La jarra de café. Entrecerré los ojos.

La arrastró por toda la mesa de roble.

Muy despacio. Después, asintió con la cabeza.

«Rencoroso de mierda».

Le dediqué una sonrisa forzada porque la otra opción era tirarle todo el contenido de la jarra encima. De nuevo. Pero esta vez, a propósito.

Para no acabar haciéndolo, alejé los ojos y me concentré, con furia, en escribir una lista de tareas en mi agenda.

Preguntarle a Isa si el ramo que encargó para mamá es de peonías o lirios.

Encargar un ramo de peonías o lirios para la tía Carmen.

Si no, nos lo recordaría a las tres, a mi madre, a Isa (la novia y mi hermana) y a mí hasta el día de su muerte, o la nuestra.

Enviar a papá los detalles del vuelo para que venga buscarme al aeropuerto.

Decirle a Isa que le recuerde a papá que tiene que venir a buscarme al aeropuerto.

Me llevé el bolígrafo a la boca con el horrible presentimiento de que me estaba olvidando de algo. Entonces, una voz que estaba condenada a no olvidar jamás retumbó dentro de mi cabeza: «Estás loca si crees que encontrarás a alguien en tan poco tiempo».

Volví a mirar al hombre que tenía sentando delante, y me encontré con sus ojos. Como si me hubiera pillado haciendo algo que no debía (como pensar en él), el calor me subió a las mejillas

antes de volver a centrarme en la lista.

Encontrar novio.

Lo taché.

Encontrar un novio de mentira. No tiene que ser real.

—… y eso es todo por mi parte. —La voz de Kabir me llegó de fondo.

Seguí trabajando en mi lista.

Encontrar un novio de mentira. No tiene que ser real. Y QUE NO SEA ÉL.

Por supuesto, tenía otras opciones. Pero esas no pasaban por contratar a un acompañante. Una rápida búsqueda en internet demostró que Aaron tenía razón. Otra vez. Parece que Hollywood me había mentido y que Nueva York está llena de hombres y mujeres que ofrecen un amplio abanico de servicios que no se limitan a acompañar.

Hice una mueca y mordí el bolígrafo con más fuerza. Nunca admitiría que tenía razón. Prefería dejar de comer chocolate durante un año antes que eso.

Pero estaba desesperada. También había acertado en eso. Necesitaba encontrar a alguien dispuesto a fingir que estaba locamente enamorado de mí delante de toda mi familia. Y no solo durante el día de la boda, también los dos días previos. Eso significaba que estaba perdida. Estaba…

—… y será Lina.

Mi nombre interrumpió mi diálogo interior e hizo que todo se desvaneciera. Dejé caer el bolígrafo y me aclaré la garganta.

—Sí, aquí. —Intenté reinsertarme en la conversación—. Escuchando. Estoy escuchando.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que no estaba escuchando.

Miré al hombre que tenía sentado delante. Juraría que vi una sombra de alegría en ese par de ojos azules, pero sabía que su dueño era incapaz de sentir como un humano normal.

Enderecé la espalda y pasé la hoja.

—Necesitaba apuntar algo antes de que se me fuera de la mente y he perdido el hilo de la conversación —mentí—. Lo siento, era importante.

Aaron asintió con la cabeza. Por suerte, lo dejó pasar.

—Retrocedamos un poco, así todos tendremos presente dónde nos encontrábamos —ofreció Kabir de forma gentil.

Iba a tener que comprarle un *muffin* a modo de agradecimiento.

—Gracias, Kabir —dije con una gran sonrisa. Se puso rojo y me dedicó una sonrisa insegura.

Un bufido impaciente me llegó desde la otra punta de la sala.

En cambio, a ese, ni agua.

—Entonces —dijo Kabir finalmente—, Jeff quería sumarse a la reunión de hoy para decírtelo personalmente, pero ya sabes que los jefes de departamento suelen tener la agenda muy apretada. Se les solapan muchas reuniones. Se encargará de hacerte llegar toda la información necesaria, pero he pensado en informarte por adelantado.

—Te lo agradezco, Kabir. —Pestañeé. ¿A qué se refería?

—De nada, Lina. —Asintió—. Creo que la comunicación entre nosotros cinco es la clave…

—Kabir —interrumpió Aaron. Su voz llenó la sala—, ve al grano. —Este se sobresaltó un poco mientras lo miraba.

—Sí, gracias, Aaron. —Tuvo que aclararse la garganta dos veces antes de poder continuar—. InTech organizará un Día de Puertas Abiertas dentro de un par de semanas. Vendrá mucha gente, sobre todo potenciales clientes que querrán saber qué podemos ofrecerles, pero también nuestros principales clientes ahora mismo. Jeff mencionó que acudirán los peces gordos. La verdad es que tiene mucho sentido porque, en el fondo, es una iniciativa para expandir y fortalecer nuestra red de clientes. Quiere que InTech tenga proyección. Que sea atractiva, moderna. Que demostremos que estamos al día con las tendencias del mercado, pero a su vez, que no todo se reduce al trabajo. —Se rio, nervioso—. Por ese motivo, el Día de Puertas Abiertas empezará a las ocho de la mañana, cuando les daremos la bienvenida a las oficinas, y durará hasta medianoche.

—¿Medianoche? —murmuré, sin poder evitar el tono de sorpresa.

—Sí. —Kabir asintió con entusiasmo—. ¿Verdad que suena fantástico? Será el evento de la temporada. Talleres sobre nuevas tecnologías, sesiones de intercambio de conocimiento, actividades para conocer mejor a nuestros clientes y sus necesidades. Y no hace

falta mencionar que habrá desayuno, almuerzo y cena. Oh, y copas. Ya sabéis, para alegrar un poco la cosa.

A medida que Kabir enumeraba todo lo que se esperaba de ese día, mis ojos se iban abriendo más y más.

—Eso… —comenzó Héctor—. Parece diferente a lo que estamos habituados.

Era verdad. Y con las pocas semanas que teníamos, no podíamos planificar un evento tan ambicioso.

—Sí —respondió Gerald, sospechosamente pagado de sí mismo—. Nos hará ganar la liga.

—Esa es la idea. —Kabir asintió y me miró—. Y Jeff quiere que te encargues de todo, Lina. ¿Verdad que es genial?

—¿Quiere que lo organice yo? ¿Todo? —Pestañeé y apoyé la espalda en el asiento.

—Sí. —Mi compañero me sonrió, como si acabase de darme una buena noticia—. Y que seas la anfitriona. De los cinco, eres la opción más atractiva.

Pestañeé muy despacio. Vi cómo las comisuras de los labios se le doblaban hacia abajo, probablemente se había dado cuenta de mi expresión.

Atractiva.

Respiré hondo e intenté calmarme.

—Me halaga que me consideréis la opción más atractiva —mentí, intentando no centrarme en que me hervía la sangre—. Pero no tengo ni el tiempo ni la experiencia necesaria para organizar algo así.

—Pero Jeff ha insistido en que quiere que lo hagas tú. —Contraatacó Kabir—. Y que alguien como tú sea la cara de la compañía es importante para InTech.

Debería haber preguntado a qué se refería con «alguien como tú», pero sabía que la respuesta no iba a gustarme. Se me formó un nudo en la garganta, me costaba tragar.

—¿No crees que cualquiera podría obtener los mismos resultados? Si se trata de un evento tan importante, ¿no debería organizarlo alguien con experiencia en Relaciones Públicas?

—Jeff dijo que no ibas a tener problema para organizarlo. —Kabir cambió de tema sin responder a mi pregunta—. Que no hace falta gastar recursos en contratar a alguien externo. Además,

eres… —Fue perdiendo énfasis, estaba gritando «tierra trágame» con todo el cuerpo—. Sociable, desenvuelta.

—Claro. —Respondí entre dientes, apretando el puño por debajo de la mesa para intentar ocultar que me hervía la sangre. ¿A quién no le gusta que su jefe la clasifique como «desenvuelta»?—. Pero tengo mi propio trabajo. Algunos proyectos ya los estamos trabajando a contrarreloj. ¿En qué momento este… evento es más importante que mi compromiso con los clientes?

Me quedé en silencio, esperando que mis compañeros me apoyaran.

Me daba igual de qué forma.

Pero nada. Solo el silencio que normalmente seguía a estas conversaciones.

Me acomodé en la silla y sentí como se me encendían las mejillas por la frustración.

—Kabir —dije con tanta calma como pude—. Aunque Jeff haya sugerido que debía hacerme cargo yo, entendéis que no tiene sentido, ¿verdad? Yo… no sabría ni por dónde empezar.

No me habían contratado para encargarme de los eventos. Pero nadie iba a admitirlo, porque eso sería aceptar la verdadera razón por la que me habían asignado esta tarea.

—Ya estoy cubriendo a dos compañeras, Linda y Patricia. Me faltan horas. —Odiaba quejarme y rogar por un poco de comprensión, pero ¿qué opción me quedaba?

Gerald bufó, captando toda mi atención.

—Eso es lo que pasa cuando contratas a mujeres que ya están en la treintena.

Tosí, incapaz de creerme lo que acababa de decir. Pero lo había dicho. Abrí la boca, pero Héctor habló antes de que pudiera decir algo.

—¿Y si te ayudamos? —sugirió. Lo miré y vi la resignación en su cara—. Creo que todos podemos aportar algo.

Lo quería, pero su gran corazón y su tendencia a huir de los problemas no me estaban ayudando. Estaba andando de puntillas alrededor del verdadero problema.

—Esto no es el instituto, Héctor —estalló Gerald—. Somos profesionales y, además, no aportaremos nada. —Cerró la frase con otro bufido y negó con esa cabeza calva y grasienta que tenía.

Héctor cerró la boca.

—Te reenviaré la lista de invitados, Lina —insistió Kabir. Sacudí la cabeza y sentí el calor en las mejillas. Tuve que morderme la lengua para no decir algo de lo que después me iba a arrepentir—. Oh —agregó Kabir—, Jeff también tiene algunas sugerencias para el *catering*. Recuérdame que también te reenvíe ese correo. De todos modos, quiere que investigues un poco. Quizás hasta puedes pensar en una temática. Dijo que sabrías qué hacer.

Abrí los labios en un insulto mudo que haría que mi *abuela* me llevara a la iglesia de la oreja.

«¿Que yo sabría qué hacer? ¿Cómo leches se supone que voy a saberlo?».

Cogí el bolígrafo con ambas manos para poder liberar algo de frustración, que no paraba de crecer. Respiré hondo.

—Hablaré con Jeff —dije con los dientes apretados y una sonrisa rígida—. No suelo molestarlo, pero…

—¿Puedes dejar de hacernos perder el tiempo? —dijo Gerald, haciendo que el alma se me cayese a los pies—. No veo la necesidad de comentarlo con tu jefe. —Gerald sacudió sus dedos regordetes en el aire—. Deja de poner pegas y hazlo. ¿Tanto te cuesta sonreír y ser más simpática de lo normal durante un día?

Las palabras *más* y *simpática* resonaron en mi cabeza mientras lo miraba con unos ojos como platos.

Ese hombre sudoroso, embutido en una camisa de vestir diseñada para alguien con una elegancia que en la vida conseguiría, no desperdiciaría la oportunidad de pisar a alguien. Sobre todo si ese alguien se trataba de una mujer. Lo sabía bien.

—Gerald. —Suavicé la voz y aumenté la presión en el bolígrafo, rezando para que no se rompiera, delatándome—. El objetivo de esta reunión es discutir cuestiones como esta. Lo siento, pero tendrás que escuchar todo…

—Cariño —interrumpió Gerald con un gesto de burla—, piensa que es una fiesta. A las mujeres os encanta organizar fiestas, ¿no? Prepara algunas actividades, encarga algo de comida, ponte un vestido bonito y cuenta algunos chistes. Eres joven y guapa; ni siquiera tendrás que usar el cerebro. Dos palabras amables y los tendrás en el bote —dijo entre risas—. Estoy seguro de que sabes cómo hacerlo, ¿no?

Me atraganté con mis palabras. El aire se me había atascado en los pulmones.

No podía controlar mi cuerpo y sentía como las piernas se me tensaban para levantarme. Corrí la silla hacia atrás con un chirrido. Golpeé el escritorio con ambas manos y la mente se me quedó en blanco por un segundo. La ira me cegaba. Literalmente. En ese preciso momento, entendí de dónde venía esa expresión. Lo veía todo rojo, como si tuviera un velo sobre los ojos.

A mi derecha, escuché a Héctor exhalar con fuerza y murmurar algo por lo bajo.

Después, silencio. Solo el latido de mi corazón.

Ahí estaba. La verdad. La verdadera razón por la que me habían elegido a mí, entre todas las personas sentadas en esta sala, para esta maldita tarea. Era mujer (la única del departamento, la única que dirigía un equipo) y, por esta razón, tenía encantos. Les daba igual si tenía curvas o no. Desenvuelta, guapa, femenina. Era la opción atractiva, aparentemente. Me harían desfilar delante de los clientes como la llave dorada que demuestra que InTech no vive estancada en el pasado.

—Lina. —Deseé que mi voz se mantuviera calma y firme, y me odié al no conseguirlo. Odié el deseo que me invadía de darme la vuelta y abandonar la sala—. Nada de «cariño». Me llamo Lina. —Volví a sentarme, muy despacio, me aclaré la garganta y me tomé un momento para procesar lo que iba a decir. «Puedo con esto. Tengo que poder»—. La próxima vez asegúrate de llamarme por mi nombre, por favor. Y dirígete a mí con el mismo respeto y profesionalidad que usas con el resto. —El tono que usé no me gustó en absoluto. Era una versión débil que no quiero ser. Pero al menos, había conseguido no romperme o correr—. Gracias.

Empecé a sentir la humedad en los ojos, producto de la ira y la frustración. Pestañeé varias veces para que no me lo vieran en la cara. Deseé que el nudo que tenía en la garganta no fuera por vergüenza, aunque sabía que sí lo era. Era lo suyo, avergonzarme por cómo había explotado. Aunque no era la primera vez que me pasaba.

—No te lo tomes tan a pecho, Lina. —Gerald puso los ojos en blanco y me miró de un modo condescendiente—. Era una broma. ¿Verdad, chicos?

Miró a nuestros compañeros en busca de apoyo.

No lo encontró.

—Gerald… —Por el rabillo del ojo, vi a Héctor desplomarse en su silla—. Vamos, hombre.

Mantuve la mirada fija en Gerald e intenté que la impotencia no me oprimiera el pecho, resistiéndome a mirar a Kabir y a Aaron, que seguían en silencio. Probablemente pensaron que no se estaban poniendo de parte de nadie, pero su silencio hizo la elección por ellos.

—¿Vamos qué? —bufó Gerald—. No he dicho nada que no fuera verdad. No necesita…

Antes de que pudiera juntar el coraje para detenerlo, intercedió la persona que menos esperaba.

—Suficiente.

Giré la cabeza en su dirección y vi cómo miraba a Gerald de un modo tan profundo y helado que hubiese jurado que la temperatura de la sala había descendido varios grados.

Sacudí la cabeza y miré a Aaron. Podría haber dicho algo los diez minutos que había durado la situación, pero había decidido no hacerlo. ¿Por qué había hablado ahora?

—Sí, definitivamente es suficiente. —Respondió Gerald, sin ninguna expresión, mientras recogía sus cosas. Arrastró la silla y se incorporó—. No tengo tiempo para esto. De todos modos, ya sabe lo que tiene que hacer.

Después de soltar esa perla, Gerald se dirigió a la puerta y abandonó la sala.

El corazón me seguía latiendo a toda velocidad.

Kabir también se levantó, me miró, como pidiendo disculpas, y lo siguió.

—No estoy de acuerdo con nada de lo que ha dicho. —Pasó la mirada entre Aaron y yo—. Ha sido idea de Jeff; es él quien quiere que hagas esto. No lo pienses demasiado. Tómatelo como un cumplido.

Ni me molesté en responder.

El hombre que me había abierto las puertas a su familia me miró y negó con la cabeza. Dijo «*qué pendejo*» entre dientes, lo que me provocó una pequeña sonrisa porque, aunque en España no solemos usar esa expresión, sabía exactamente a qué se refería.

Héctor tenía razón. Gerald era un *pendejo*.

Y ahí estaba Aaron. No había vuelto a mirarme. Recogió sus cosas de forma metódica y no pude evitar fijarme en sus largos dedos, y sus, todavía más largas, piernas, que empujaron la silla y le permitieron desplegar toda su altura.

Mientras lo miraba, intentando procesar todo lo que había pasado, vi cómo su mirada subía de sus manos hacia mí. Los ojos, que se calmaron y volvieron a su habitual indiferencia, me miraron durante un segundo antes de volver a apartarse.

Como siempre.

Observé como atravesaba la puerta y se alejaba por el pasillo. El corazón se me aceleró y se detuvo, todo al mismo tiempo.

—Vamos, *mija* —dijo Héctor, que se había quedado mirándome—. Tengo una bolsa de *chicharrones* en la oficina. Ximena me la metió en la bolsa del portátil el otro día y los he estado guardando para el momento indicado. —Me guiñó el ojo.

Yo también me incorporé y me reí, despacio. Cuando la viese, le iba a dar un abrazo de oso a la hijita de Héctor.

—Tienes que subirle la paga a esa niña. —Lo seguí e hice un esfuerzo para devolverle la sonrisa.

No pude evitar notar que, a los pocos pasos, las comisuras de los labios me vacilaron en un gesto que no pude descifrar.

Capítulo 3

NUNCA IMAGINÉ QUE IBA A pasar la noche de ese modo.

Era tarde, las oficinas de InTech estaban casi vacías y a mí aún me quedaban cuatro o cinco horas de trabajo por delante. El estómago me hacía tanto ruido que sospeché que iba a empezar a digerirse a sí mismo.

—Estoy jodida —dije entre dientes, sabía que no estaba exagerando.

Primero, porque lo último que había ingerido había sido una triste ensalada verde. Grave error; aunque en el momento parecía la opción más sensata, ya que solo faltaban cuatro semanas para la boda. Segundo, porque no tenía nada para comer a mano ni monedas para usar en la máquina expendedora de la planta baja. Tercero, el PowerPoint que tenía abierto seguía mirándome fijamente, a medio hacer.

Dejé caer las manos sobre el teclado, dudando durante un minuto entero.

Un mensaje apareció en la pantalla del móvil y atrajo mi atención. La pantalla se iluminó con el nombre de Rosie. Lo desbloqueé y apareció una imagen.

La foto de un exuberante café con leche coronado con espumita. A su lado, un *brownie* de tres chocolates brillaba sin pudor.

Rosie: ¿Estás?

No hacía falta que especificara el plan ni que me enviara la dirección. Ese festín solo podía ser de Around the Corner, nuestra cafetería favorita. Se me hizo la boca agua al pensar en ese oasis de cafeína en la avenida Madison.

Ahogando un gemido, respondí:

Me encantaría, pero sigo en la oficina.

Tres puntos en la pantalla.

¿Estás segura? Te he reservado un sitio.

Antes de que pudiera volver a escribir, llegó otro mensaje.

Me he llevado el último *brownie*, pero no me importa compartir. Eso sí, tienes que venir rápido, la carne es débil.

Suspiré. Definitivamente, lo que me ofrecía Rosie era mejor que quedarme a hacer horas extra, pero…

No puedo. Estoy con lo del Día de Puertas Abiertas. Y quiero que sepas que borraré esa foto. No puedes tentarme así.

Oh, no. Solo me dijiste que te habían colgado el marrón, pero nada más. ¿Cuándo será?

Al volver de España.

Sigo sin entender por qué tienes que hacerlo tú. Como si no tuvieras suficiente trabajo.

Sip. Eso es exactamente lo que tendría que estar haciendo, el trabajo por el que me pagaban, no organizando un Día de Puertas Abiertas en el que tendría que alimentar, cuidar y ser «más simpática de lo normal» con un grupo de hombres con traje. Lo que sea que eso signifique. Pero quejarme no me llevaría a ningún lado.

Es lo que hay.

Ahora mismo, Jeff no me cae bien.

¿No habías dicho que era un madurito *sexy*?

Objetivamente, lo es. Pero puede conservarse muy bien para un cincuentón y seguir siendo un imbécil. Sabes que esa clase de hombres me resultan particularmente atractivos.

Lo sé, Rosie. Ted era un gilipollas rematado. Me alegro de que lo dejarais.

Cómo no llegó ningún mensaje más, di la conversación por acabada. Bien. Necesitaba trabajar en esa mierda de…

El móvil volvió a sonar.

Lo siento, ha venido el marido de la dueña y me he distraído #desmayada.

Qué buena planta. Le trae flores una vez a la semana.

Rosalyn, estoy intentando trabajar. Sácale una foto y me la enseñas mañana.

Perdón, perdón. Por cierto, ¿has hablado con Aaron? ¿Sigue esperando?

No me enorgullecía admitir que el estómago me había dado un vuelco ante la mención inesperada de un tema que había estado evitando.

«Mentirosa».

Los últimos dos días habían sido como la cuenta atrás de una bomba antes de estallar.

Aaron llevaba sin mencionar la boda desde el lunes. Rosie tampoco lo había hecho, habíamos estado tan ocupadas que casi no habíamos tenido ocasión de vernos.

No sé a qué te refieres. ¿Espera algo?

…

¿Quizá un trasplante de corazón? Creo que no tiene.

Ja, muy graciosa. Deberías guardarte los chistes para vuestra conversación.

Que no tendremos.

Tienes razón. Estáis demasiado ocupados mirándoos en secreto.

Me invadió un rubor inesperado.

¿Qué significa eso?

Ya sabes qué significa.

¿Que quiero que arda en la hoguera como la bruja que es? Entonces sí.

Es probable que siga trabajando.

¿Y?

Y… podrías ir a su oficina y mirarlo como siempre haces, estoy segura de que le encanta.

¿Qué cojones?

Me acomodé en la silla, incómoda, mientras miraba horrorizada la pantalla del móvil.

¿Qué dices? ¿Te has vuelto a poner fina de chocolate? Te pone espitosa.

Puedes cambiar de tema todo lo que quieras.

No estoy cambiando de tema, estoy verdaderamente preocupada por tu salud.

Esto era nuevo. Nunca lo había dicho de forma directa, solo había soltado algunos comentarios aislados cada tanto.

La última vez lo describió como «temita no resuelto».

Cuando la escuché, solté un bufido tan fuerte que me salió un poco de agua por la nariz.

Sus observaciones eran así de ridículas.

En mi humilde opinión, tenía que dejar de ver tantas telenovelas. Y eso que la española era yo. Había crecido viendo telenovelas con mi abuela. Al menos yo sabía que no vivía en una. No había ningún «temita no resuelto» entre Aaron Blackford y yo. Sabía que no le gustaba la forma en que lo miraba. A Aaron no le gustaba nada, básicamente porque no tenía corazón.

Tengo trabajo. Te dejo seguir con tu café, pero aléjate del mostrador de los dulces. Me preocupas.

Vale. Pararé… por ahora. 🖤
¡Buena suerte!

🔥🖤

Bloqueé el móvil y lo dejé boca abajo sobre la mesa. Respiré hondo para recuperar la energía.

«Que continúe el espectáculo».

Pero no podía parar de pensar en el *brownie*.

Me acosaba.

«No, Lina».

Pensar en *brownies* (o comida en general) no me permitía concentrarme. Necesitaba convencerme de que no tenía hambre.

—No tengo hambre —dije en voz alta mientras me recogía el pelo en un moño—. Tengo el estómago lleno. A rebosar de comida

deliciosa. Tacos. *Pizza*. *Brownies*. Café…

Me rugió el estómago, ignorando mi ejercicio de visualización y llenándome la mente con imágenes de Around the Corner. El delicioso olor de los granos de café recién tostados. El tremendo estímulo sensorial que supone morder un *brownie* de tres chocolates. El sonido de la máquina de café al espumar la leche.

Otro rugido de mi estómago.

Suspiré e intenté alejar esas imágenes enrollando las mangas del cárdigan que me veía obligada a usar todo el verano porque ponían el aire acondicionado a tope.

—A ver, estómago, pon un poco de tu parte, por favor —murmuré, como si esas palabras fueran a cambiar algo—. Mañana iremos a Around the Corner. Ahora tienes que callarte y dejarme trabajar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Las palabras retumbaron en la oficina, como si mi estómago hubiese respondido.

Pero no tenía tanta suerte.

—Eso ha sido muy raro —dijo la misma voz ronca—. Pero supongo que forma parte de tu personalidad.

No tuve que levantar la cabeza para saber de quién se trataba. Cerré los ojos.

«Maldita seas, Rosalyn Graham. Has invocado a esta entidad diabólica y lo pagarás con chocolate».

Lo insulté por lo bajo (porque, por supuesto, de todas las personas que podrían haberme escuchado hablando sola, tenía que ser él). Puse una expresión neutra y levanté la vista del escritorio.

—¿Raro? Prefiero pensar que es adorable.

—No —respondió a toda prisa, demasiado rápido—. A partir de las dos palabras, ya es perturbador. Y tú estabas teniendo una conversación entera.

Cogí la primera cosa que tenía al alcance de la mano (un subrayador). Inhalé, exhalé.

—Lo siento, Blackford, pero ahora mismo no tengo tiempo para corregir mis imperfecciones —dije, agitando el subrayador en el aire—. ¿Necesitas algo?

Estaba en el umbral de la puerta, así que lo invité a pasar. Entró con el portátil bajo el brazo y una ceja levantada.

—¿Qué es Around the Corner? —preguntó, mirándome fijamente.

Exhalé despacio e ignoré su pregunta mientras lo miraba avanzar con largos pasos hacia mi escritorio. Lo rodeó y se detuvo a mi izquierda.

Giré la silla para quedar cara a cara.

—Disculpa, ¿necesitas algo?

Miró la pantalla de mi ordenador, con el cuerpo inclinado hacia delante.

Noté lo cerca que me quedaba su pecho de la cara y lo alto que parecía de cerca. Me incliné hacia atrás en la silla.

—¿Hola? ¿Qué haces? —tartamudeé más de lo que me gustaría admitir.

Apoyó la mano izquierda en el escritorio y me bufó en toda la cara.

—Blackford —dije, despacio, mientras miraba cómo analizaba la diapositiva que contenía un borrador del itinerario que estaba planificando para el Día de Puertas Abiertas de InTech.

Sabía lo que estaba haciendo. Pero no sabía por qué. O por qué me ignoraba (más allá del hecho de que quería molestarme).

—Blackford, te estoy hablando.

Perdido en sus pensamientos, volvió a hacer ese maldito sonido grave y masculino.

«Y molesto», me recordé.

Me tragué el nudo que, mágicamente, me había aparecido en la garganta.

—¿Eso es todo lo que tienes? —dijo, finalmente.

Sin inmutarse, dejó su portátil en el escritorio. Justo a mi lado. Entrecerré los ojos.

—Ocho de la mañana. Llegada de los invitados y bienvenida. —Un brazo fornido entró en mi campo de visión, señalando la pantalla. Me pegué al respaldo de la silla y contemplé cómo los bíceps se le flexionaban bajo la camisa. Aaron siguió leyendo y señalando cada uno de los puntos que había apuntado—. Nueve de la mañana. Introducción a las estrategias comerciales de InTech. —Mis ojos viajaron hasta sus hombros—. Diez de la mañana. Café… hasta las once de la mañana. Vamos a necesitar muchos litros de café. Once de la mañana. Actividades. Sin especificar. —Me

sorprendió cómo sus brazos rellenaban la manga perfectamente, cómo sus músculos se contraían bajo la fina tela sin dejar nada a la imaginación—. Mediodía. Almuerzo… hasta las dos de la tarde. Un banquete. Oh, y otro café a las tres de la tarde. —El brazo en el que me estaba concentrando se levantó y luego se desplomó. Ruborizada, me recordé a mí misma que no me pagaban para mirarlo embobada. Ni a él ni a los músculos que escondía esa aburrida camisa—. Es peor de lo que pensaba. ¿Por qué no has dicho nada?

—Perdona, ¿qué? —Salí del trance y lo miré fijamente.

Aaron ladeó la cabeza, como si algo hubiese captado su atención. Me fijé en su mano, que se movía por el escritorio.

—Un evento como este —dijo. Cogió uno de los bolígrafos que había desparramados sobre la mesa—. Nunca has hecho algo así. Y parece que tampoco tienes claro cómo hacerlo. —Lo dejó en mi cubilete con forma de cactus.

—He organizado un par de seminarios —murmuré mientras veía como seguía con el siguiente bolígrafo—. Pero siempre para compañeros, nunca para potenciales clientes. —Un tercero—. Disculpa, ¿qué crees que estás haciendo?

—De acuerdo —respondió sin más, cogió mi bolígrafo favorito, uno rosa con plumas en la punta, lo miró con extrañeza y arqueó las cejas—. No es ideal, pero es un comienzo. —Me señaló con el bolígrafo—. ¿En serio?

—Es cuqui. —Se lo arrebaté y lo deposité en el cubilete—. ¿No está a la altura de sus estándares estéticos, señor Robot?

Aaron no respondió. Cogió unas carpetas que yo había apilado (más bien tirado) a mi derecha.

—Yo sí tengo experiencia en eventos de este tipo —dijo mientras las apilaba en una de las esquinas del escritorio—. Tuve que organizar un par en mi anterior empresa. —Siguió con mi agenda, boca abajo en algún lugar del desorden en el que (me estaba empezando a dar cuenta) se había convertido mi espacio de trabajo. La cogió entre sus grandes manos—. Vamos a tener que organizarnos bien, no tenemos mucho tiempo.

Bueno, bueno, bueno.

—¿Tenemos? —Le arranqué la agenda de las manos—. De «tenemos» nada —dije burlona—. ¿Y puedes, por favor, dejar mis

cosas en paz? ¿Qué intentas?

La mano furtiva volvió a moverse, esta vez hacia el respaldo de mi silla. Aaron me estaba acorralando entre el escritorio y la silla, y su cabeza flotaba sobre la mía mientras sus ojos escaneaban mis cosas.

Esperé la respuesta mientras miraba su perfil y me esforzaba por ignorar el calor que irradiaba su cuerpo.

—Es imposible que puedas concentrarte, tu escritorio es un desastre —dijo, finalmente, como si fuera algo obvio—. Así que estoy intentando arreglarlo.

—Podía concentrarme sin problema antes de que llegaras —respondí. Me había dejado boquiabierta.

—¿Puedo ver la lista de invitados que preparó Jeff? —Se inclinó hacia el teclado y abrió una ventana. Mientras tanto, mi temperatura corporal iba subiendo. Me incomodaba. Pero al menos había dejado de tocar mis cosas—. Oh, aquí está. —Analizaba el documento como yo había hecho un segundo atrás con su perfil; la cercanía empezó a abrumarme. Dios—. De acuerdo —continuó—. Hay relativamente pocas personas. Eso facilitará el tema del *catering*. Eso sí, tu horario no sirve.

Me apoyé las manos en el regazo mientras el terror se me instalaba en el estómago, no sabía cómo diablos iba a conseguirlo.

—No te he pedido tu opinión, pero gracias por dármela de todos modos —dije con debilidad mientras acercaba el ordenador—. Ahora, si no te importa, seguiré trabajando.

Aaron bajó la vista justo cuando lo miré. Buscó mi rostro por un segundo que pareció extenderse un (muy incómodo) minuto.

Se apartó, se apoyó en la mesa con sus fuertes antebrazos (que quizá había contemplado durante más tiempo del socialmente aceptable) y se concentró en su ordenador.

—Aaron —dije. Esperaba que fuera la última vez que tuviera que mencionar su nombre esa noche—. No tienes que ayudarme. Si es lo que estás intentando hacer —agregué por lo bajo.

Acerqué la silla al escritorio mientras él escribía su contraseña. Tuve que esforzarme para no mirar sus ridículamente anchos hombros, que habían quedado justo en mi campo de visión.

Por el amor de Dios. Tenía que dejar… de mirarlo.

Mi cerebro, agotado, estaba haciendo su mejor esfuerzo para

comportarse con normalidad. Y todo por su culpa. Necesitaba que se fuera. Lo antes posible. A una distancia prudencial era molesto, pero ahora estaba… justo aquí. Y lo complicaba todo.

—Tengo algo que podríamos usar. —Aaron buscó un documento en su ordenador—. Un manual de recursos que hice en mi antiguo puesto. Debería estar por aquí. Espera.

Siguió escribiendo y haciendo clic mientras mi irritación crecía segundo a segundo. Conmigo, con él. Con… todo.

—Aaron. —Un PDF ocupó toda la pantalla. Bajé la voz porque pensé que, ser más amable de lo que solía ser con él, era la mejor estrategia—. Es tarde, no tienes que hacerlo. Ya me has orientado. Puedes irte. —Señalé la puerta—. Gracias.

Los dedos, de los que no podía apartar la vista, volvieron a teclear.

—Tiene un poco de todo: ejemplos de talleres, conceptos clave para actividades y dinámicas grupales. Hasta los objetivos que debes tener siempre en mente. Podemos repasarlo.

Podemos. Otra vez el plural.

—Puedo hacerlo sola, Blackford.

—Puedo ayudarte.

—Poder no significa que tengas que hacerlo. No sé por qué sientes el impulso de volar con la capa roja y salvar a damiselas en apuros como si fueras un Clark Kent *nerd*, pero conmigo no hace falta, gracias. Quizá tú te le parezcas, pero yo soy todo lo contrario a una damisela en apuros.

Lo peor era que sí necesitaba ayuda. Simplemente no quería aceptar que el único dispuesto a ofrecerse era Aaron.

—¿Un Clark Kent *nerd*? —Se enderezó y frunció el ceño—. ¿Me lo tengo que tomar como un cumplido?

Cerré la boca.

—No. —Puse los ojos en blanco, pero tenía razón.

Se parecía un poco al hombre que se escondía detrás de Superman. No el de la capa, sino el que llevaba traje, tenía un trabajo a tiempo completo y era demasiado… *sexy* para trabajar en una oficina. En la vida lo admitiría en voz alta. Ni siquiera a Rosie.

Aaron estudió mi expresión unos segundos.

—Creo que me lo tomaré como un cumplido —dijo con una muy leve sonrisa.

Será gilipollas, el doble de Clark Kent.

—Pues no lo es. —Cogí el ratón y abrí una carpeta al azar—. Si te hubiese llamado Thor o Capitán América, otro gallo cantaría. Eso sí es un cumplido. Pero no eres un Chris. Además, Superman es un mindundi, señor Kent.

—Para ti, no —dijo después de reflexionar un poco.

Lo ignoré. Él siguió caminando a mis espaldas. Después cruzó la oficina, hacia el escritorio de uno de los chicos con el que compartía espacio y que, obviamente, se había ido hacía varias horas. Cogió la silla con una mano y la giró en mi dirección.

Me crucé de brazos mientras se sentaba a mi lado. La silla chilló bajo su peso, parecía bastante frágil.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Ya me has hecho esa pregunta. —Me atravesó con una mirada de aburrimiento—. ¿Qué crees que estoy haciendo?

—No necesito tu ayuda, Blackford.

—Creo que estoy teniendo un *déjà vu*. —Suspiró.

—Tú —tartamudeé—. Yo… Uf.

—Catalina —dijo. En ese preciso momento, odié cómo sonaba mi nombre en sus labios—, necesitas ayuda. Estoy ahorrándonos tiempo. Los dos sabemos que nunca la pedirás.

No se equivocaba. En la vida le pediría nada, porque sabía exactamente lo que pensaba de mí, tanto personal como profesionalmente. Lo había sabido desde el minuto uno. Aunque él no lo supiera, lo había escuchado hablar a mis espaldas. Así que, no, en la vida dejaría que me ayudase. Por mucho que eso me convirtiera en una resentida. Como él. Lo superaría.

Aaron se inclinó hacia atrás y puso las manos en el apoyabrazos. La camisa se tensó con el movimiento y fui incapaz de ignorarlo.

Jesús. Cerré los ojos. Tenía hambre, estaba agotada por tener que lidiar con esta situación, los ojos me traicionaban y estaba confundida.

—Deja de ser tan cabezota —dijo.

«Cabezota». ¿Por qué decía eso? ¿Por qué tenía que aceptar la ayuda que no le había pedido?

Ahora estaba enfadada. Probablemente por eso abrí la boca sin pensar.

—¿Por eso no hablaste en la reunión? ¿Porque no te pedí ayuda?

¿Porque soy demasiado cabezota como para aceptarla?

Aaron inclinó la cabeza hacia atrás; probablemente sorprendido por lo que acababa de admitir.

Enseguida me arrepentí de haber dicho algo. Pero no pude contenerlo, era como si las palabras estuvieran desesperadas por salir.

—No me di cuenta de que querías que interviniera. —Algo perturbó su expresión.

Claro que no. Nadie lo había hecho. Ni siquiera Héctor, a quien consideraba familia. ¿No debería saberlo a estas alturas? Sí, tenía muy presente que, en este tipo de situaciones, existían dos tipos de personas. Los que creían que no decir nada los volvía imparciales y los que se posicionaban. La mayoría de veces, la segunda solía ser la opción incorrecta. Claro que no siempre se trataba de cuestiones tan inofensivas como los comentarios condescendientes e irrespetuosos de Gerald. La mayoría de las veces eran cosas mucho mucho peores. Lo sabía. Tiempo atrás, lo había experimentado en mis propias carnes. Sacudí la cabeza para alejar los recuerdos.

—¿Eso hubiera cambiado algo, Aaron? ¿Debería haberte pedido que intercedieras? —le pregunté, como si tuviera la respuesta en las manos, aunque sabía que no era así. Lo miré y sentí cómo se me aceleraba el corazón—. ¿O debería haberte dicho que estaba cansada de tener que pedirlo? ¿Hubieras intervenido si lo hubiera hecho? —Aaron me estudió en silencio, con cautela. Me ardieron las mejillas por el escrutinio. Cada vez me arrepentía más de haber hablado—. Olvida lo que acabo de decir, ¿de acuerdo? —Alejé los ojos, me sentía decepcionada y furiosa conmigo misma por haberme ensañado con Aaron cuando, en realidad, no me debía nada. Nada—. Voy a tener que comerme el marrón. No importa cómo ni por qué. —O que no fuera a ser la última vez.

Aaron se enderezó y se inclinó hacia mí, quedando solo a unos milímetros de distancia. Inhaló profundo y yo contuve la respiración, esperando que dijera lo que se estaba cocinando en su cabeza.

—Nunca has necesitado que te defiendan, Catalina. Esa es una de las cosas que más respeto de ti.

Sus palabras le hicieron algo a mi pecho. Una presión que no me gustaba. Aaron nunca había dicho algo así. Y menos a mí. Abrí la

boca para decirle que no importaba, que no me importaba, que podíamos pasarlo por alto, pero levantó una mano, deteniéndome.

—Además, nunca te he tenido como una persona que se acobardaría y no daría lo mejor de sí cuando se le presenta un desafío. Sea o no injusto —dijo, después volvió a centrarse en su ordenador—. ¿Cómo quieres hacerlo?

Mi mandíbula se cerró. No… No me estaba acobardando. Esto no me daba miedo. Sabía que podía hacerlo. Solo que… Dios, estaba agotada. Me costaba motivarme con algo tan desalentador.

—Yo no…

—¿Cómo quieres hacerlo, Catalina? —Movía los dedos con destreza sobre el teclado—. ¿Vas a quejarte o a trabajar?

—No me estoy quejando —bufé.

Estúpido friki con pinta de Clark Kent.

—Entonces vamos a ponernos manos a la obra —respondió.

Lo miré bien. Vi cómo se le tensaba la mandíbula por la determinación, quizá incluso por la irritación.

—No somos un equipo. —Exhalé. Negó con la cabeza y juro que vi el fantasma de una sonrisa atravesarle la boca.

—Juro por Dios… —Levantó la vista, como si le estuviera rogando paciencia al cielo. Miró su reloj y suspiró—. Te ayudaré y punto. No puedo perder todo el día convenciéndote. —Volvió a fruncir el ceño. El Aaron que conocía había vuelto—. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Me sentía más cómoda con este Aaron gruñón. Ya no decía estupideces como que me respetaba. Cuando me di cuenta de que ya no estaba intentando echarlo, fruncí el ceño.

—Soy tan cabezota como tú —murmuró mientras escribía algo en el portátil—. Y lo sabes.

Volví a concentrarme en la pantalla de mi ordenador, decidida a permitir esta extraña tregua. Lo que fuera por la reputación de InTech. También por mi propia salud mental, porque esto me estaba volviendo loca. Éramos dos idiotas gruñones que habían decidido tolerarse por una noche.

—De acuerdo, ya que insistes, dejaré que me ayudes —le dije, intentando ignorar la gran pelota de emociones que se me estaba formando en el estómago. Se parecía bastante a la gratitud. Me echó un vistazo rápido, con una mirada que no pude descifrar.

—Tendremos que empezar de cero. Abre una hoja en blanco.

Miré hacia otro lado e intenté centrarme en el ordenador.

Después de unos minutos en silencio, percibí un movimiento por el rabillo del ojo. De inmediato, dejó algo en el escritorio, justo entre los dos.

—Toma. —Lo escuché decir a mi lado.

Bajé la vista y me encontré con un cuadrado de unos diez centímetros de largo envuelto en papel de aluminio.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Una barrita de granola —respondió sin mirarme y sin dejar de teclear—. Tienes hambre. Puedes comértela.

Observé como mis manos se acercaban a la barrita en contra de mi voluntad. La desenvolví y la inspeccioné. Casera. Por cómo estaban unidos los copos de avena, la fruta y las nueces, tenía que ser casera. Escuché un largo suspiro.

—Si me preguntas si está envenenada, te juro que…

—No —murmuré.

Negué con la cabeza y volví a sentir esa extraña presión en el pecho. La mordí y, bendito Dios de la granola, gemí de placer.

—Por Dios… —murmuró el hombre que tenía a mi lado.

Me encogí de hombros mientras seguía devorando esa maravilla.

—Lo siento, ese bocado merecía un gemido.

Negó con la cabeza mientras leía el documento que tenía abierto. Miré su perfil y me invadió un sentimiento extraño e inédito. No tenía nada que ver con sus inesperadas habilidades culinarias. Había algo más, algo cálido y difuso que había percibido hacía unos minutos, y que ahora me hacía querer sonreír. Aaron Blackford, el doble gruñón de Clark Kent, estaba en mi oficina, ayudándome y dándome *snacks* caseros, y yo estaba encantada. Incluso agradecida.

—Gracias. —La palabra se me escapó de los labios, fugitiva.

Se dio la vuelta para mirarme y vi como se relajaba antes de centrarse en mi pantalla.

—¿Todavía no has abierto la hoja en blanco? —dijo, burlón.

—*Oye*. —Se me escapó la palabra en español—. No tienes que ser tan mandón. No todos tenemos supervelocidad, señor Kent.

—Todo lo contrario, algunos tienen el superpoder opuesto. —Levantó las cejas.

—Ja. —Puse los ojos en blanco—. Muy gracioso.
—Hoja en blanco. Para hoy, si no es mucho pedir.
Iba a ser una noche muy larga.

Capítulo 4

—MAMÁ —DIJE POR ENÉSIMA VEZ—. Mamá, escúchame, por favor.

Daba igual las veces que se lo pidiera, le entraba por un oído y le salía por el otro, y no tenía intención de cambiarlo. Solo las personas que le daban un descanso a las cuerdas vocales eran capaces de escuchar.

Solté un suspiro largo y profundo mientras la voz de mi madre me llegaba a través del auricular.

—Madre. —Repetí.

—… si al final vas a ir con el otro vestido… ¿Sabes a cuál me refiero? —preguntó, aunque no se esperó a que respondiera—. El de seda largo hasta los tobillos. Bueno, como tu madre, tengo que decirte que no te queda bien. Lo siento, Lina, pero eres bajita, y el corte del vestido hace que parezca que tengas las piernas muy cortas. Y el verde tampoco es tu color. No creo que sea un tono que deba llevar la madrina.

—Lo sé, mamá. Pero ya te dije…

—Parecerás… una rana con tacones.

Uh, gracias, mamá.

—Da igual, pienso llevar el vestido rojo —respondí entre risas. Un suspiro atravesó el auricular.

—Ay. ¿Por qué no lo has dicho antes? Llevo media hora

hablando de vestidos.

—Te lo he dicho cuando has empezado, pero tú…

—Bueno, creo que me he dejado llevar, cariño. —Abrí la boca para confirmarlo, pero no me dio la oportunidad—. Perfecto —continuó—. Es un vestido muy bonito, Lina. Clásico y *sexy*.

—¿*Sexy*? ¿Qué quiere decir con eso?—. Tus tetas van a hacer acto de presencia antes que tú. —Era eso—. Pero el color le sienta muy bien a tu tono de piel, a la forma de tu cuerpo y a tu cara. No como el vestido rana.

—Gracias —murmuré—. Nunca en la vida volveré a llevar algo de color verde.

—Mejor —dijo, demasiado rápido como para que sonara bien intencionado—. ¿Y qué llevará tu novio? ¿Iréis combinados? Papá ha encontrado una corbata del mismo azul que mi vestido.

—Mamá, sabes que Isa lo odia. Nos pidió específicamente que no fuéramos combinados. —Se me escapó un pequeño gruñido.

Mi hermana había insistido mucho: la pareja que venga combinada, la echo de la boda. La había tenido que convencer para que no lo pusiera en las invitaciones. Había necesitado mucha energía y paciencia para explicarle que no quería ser ese tipo de novia.

—Bueno, ya que fui yo quien parió a la novia y que ya le he comprado la corbata a papá, creo que tendrá que hacer una excepción.

Con ella, la palabra «cabezota» se quedaba corta. Yo lo era, mi hermana incluso más que yo, pero ¿nuestra madre? Esa mujer creó el término «cabeza dura» nada más abrir los ojos.

—Creo que no le quedará más remedio —admití entre dientes.

Cogí la agenda y agregué *llamar a Isa para advertirla* a la lista de tareas.

—Tengo un cupón que podrías usar, creo —comentó mamá mientras yo abría el ordenador para revisar el correo—. Aunque no sé si funciona fuera de España. Pero debería, ¿no? Eres mi hija y deberías poder usar mis cupones estés donde estés. ¿Para qué sirve internet, si no?

Abrí una notificación que contenía la información de las reuniones que tenía programadas. Un rápido escaneo del contenido me hizo darme cuenta de que debería haberle colgado a mi madre

antes de abrirlo.

—Sí, claro.

—¿Sí, claro que internet es para eso o, sí, claro que usarás el cupón? —Me recosté para leer la información adjunta—. ¿Lina?

«¿De qué diablos estamos hablando?».

—Sí, mamá.

—Vas a tener que mirarlo tú, no se me dan bien estas cosas.

—Claro —dije, sin saber a qué estaba accediendo.

—¿O ya tiene corbata? —«¿Quién?». Mi atención volvió a la conversación—. ¿Tiene? —insistió ante la falta de respuesta—. Tu nuevo novio.

Pequeñas esferas de sudor se me formaron en la frente ante la perspectiva de tener que discutir esto.

«Él». El novio que no tenía pero mi familia creía que sí. Porque yo se lo había dicho. Les había mentido.

De golpe, fui incapaz de articular palabra. Esperé a que mi madre cambiara de tema con el estilo caótico y veloz que adoptaba cada vez que yo entraba en pánico.

«¿Qué se supone que tengo que responder? No, mamá. No tiene corbata porque no existe. Me lo he inventado todo, ¿de acuerdo? No quería que pensarais que estoy sola y soy patética».

Podría colgarle o decirle que estaba ocupada y dar por terminada la conversación. Pero después me arrepentiría y, la verdad, era incapaz de soportar más peso del que ya tenía sobre los hombros. Aparte, mi madre no era tonta. Se iba a dar cuenta. Había salido del útero de esa mujer.

Durante unos segundos, ninguna dijo nada. No podía creer que, por primera vez en la vida, la matriarca Martín esperara mi respuesta en silencio.

«Mierda».

Más segundos.

«Mierda, mierda, mierda».

«Confiesa», decía la vocecita de mi conciencia. Pero negué con la cabeza y me concentré en las gotas de sudor que se me deslizaban espalda abajo.

—Lina —dijo finalmente, con la voz intranquila, preocupada—. ¿Ha pasado algo? —Solo un ser humano horrible y mentiroso la preocuparía de ese modo.

—No… —Me aclaré la garganta e ignoré la presión que sentía en el estómago, bastante parecida a la vergüenza—. Estoy bien.

La escuché suspirar. Uno de esos suspiros que son como una bofetada. Me hizo sentir mal. Me la imaginaba mirándome con decepción y un poco de tristeza, negando con la cabeza. Lo odiaba.

—Lina, sabes que puedes contármelo todo.

La culpa creció y me invadió el estómago. Era una persona horrible. Y estúpida a más no poder. ¿Qué podía hacer aparte de seguir mintiendo? ¿Decir la verdad era una opción?

—¿Habéis roto? Eso tendría sentido, porque nunca hablas de él. Hasta el otro día, nunca lo habías mencionado. —Una pausa en la que pude escuchar mis latidos—. Tu prima Charo hizo un comentario. —Cómo no. Si mamá lo sabía, el resto de la familia ya se había enterado. Cuando no respondí, continuó—: Dijo que no habíais subido ninguna foto juntos a Facebook.

—Ya nadie utiliza Facebook, mamá —dije con los ojos cerrados y la voz débil por la lucha que estaba teniendo conmigo misma.

—¿Y *Prinstanam*? O lo que sea que uséis los jóvenes. Ahí tampoco has subido ninguna foto. —Podía imaginarme perfectamente a Charo investigando todas mis redes sociales para encontrar a este hombre imaginario para, posteriormente, frotarse las manos al no encontrar nada—. Charo dijo que, si una relación no se oficializa en *Prinstanam*, no es seria.

—Se llama Instagram. —Mi corazón latió más fuerte.

—De acuerdo. —Volvió a suspirar—. Pero si lo has dejado, o él te ha dejado a ti, eso da igual, puedes decírnoslo. A papá y a mí. Sé lo mucho que te ha costado conocer a alguien desde…, ya sabes, Daniel.

Ese último comentario fue como una puñalada. Se convirtió en una sensación fea y dolorosa que me hizo preguntarme por qué había mentido, por qué me costaba pasar página (como había insinuado mi madre) y por qué me había metido en esta situación.

—Llevas años sin traer a nadie a casa. Nunca has mencionado que hubieses conocido a alguien. Ni siquiera lo mencionaste antes de comentar que ibas a traerlo a la boda. Así que, si te has quedado soltera… —Un golpe familiar y afilado me atravesó el pecho—. No pasa nada.

«¿No pasa nada?».

Si eso fuera cierto, se lo podría contar sin problemas. Tendría la oportunidad de terminar con este circo de mentiras, enterrar la culpa en algún lugar oscuro y profundo, y respirar. Podría decirle que, efectivamente, volvía a estar soltera y que, por lo tanto, no llevaría a mi (inexistente) novio a España. Que iría sola a la boda. Y que no pasaba nada. Ella misma lo había dicho. Y quizá tuviera razón. Solo necesitaba creérmelo. Respiré hondo, sentí una oleada de coraje y me tomé la decisión: iba a contarle la verdad.

Ir sola no iba a ser divertido. La lástima y los susurros del pasado iban a ser una tortura. Y me quedaba corta. Pero no tenía otra opción.

El rostro gruñón de Aaron interrumpió mis pensamientos. Sin avisar. Sin que yo lo invocase. No. Lo pateé. No había vuelto a mencionar el tema desde el lunes. Habían pasado cuatro días. Tampoco cambiaría nada que lo hubiera hecho. Estaba sola en esto. Además, no tenía motivos para creer que lo había dicho en serio.

No pasaba nada, mamá lo había dicho.

Abrí la boca para contestar, decidida a madurar y dejar de actuar como una mentirosa compulsiva, pero cómo no, la suerte no estaba de mi lado. Las palabras de mi madre mataron mis intenciones antes de que nacieran.

—Cada persona es diferente. —El tono de su voz debería haber sido indicio suficiente de lo que se venía—. Unos tardan más que otros en encarrilar su vida después de cosas como las que te tocó vivir a ti. Algunos necesitan más tiempo. Y no tienes que avergonzarte si aún no lo has superado. Daniel está comprometido y tú no. Pero da igual. Puedes venir sola a la boda, Lina. —El estómago me dio un vuelco de solo pensarlo—. No digo que Daniel haya encarrilado su vida porque, bueno, fue él quien abandonó el bote. —Que me echara esa verdad a la cara solo empeoraba las cosas. Había seguido con su vida mientras que yo… Yo me había estancado. Y todos lo sabían—. Todos lo saben, cariño. Y todos lo entienden. Has pasado por mucho.

«¿Todos lo entienden?».

Se equivocaba. Todos creían que lo entendían, pero nadie lo hacía. No se daban cuenta de que esos «pobrecita», «pobre Lina», acompañados por esas miradas de lástima y movimientos de cabeza, como si comprendieran el trauma, el ser incapaz de encontrar a

alguien y tener que mentirle a mi familia al respecto. La mera idea de aparecer sola sabiendo que Daniel (mi primer amor, ex, hermano del novio y padrino) iba a ir con su prometida, hacía que quisiera arrancarme la piel. Eso solo iba a darles la razón.

Soltera y sola después de haber huido del país con el corazón roto.

Estancada.

Lo había superado, pero joder, no podía olvidar todo lo que había ocurrido… Me había arruinado la vida. Me iluminé: no solo entendí por qué llevaba años soltera y le había mentido a mi familia, sino por qué había decidido no retractarme.

«Todos lo entienden. Has pasado por mucho».

«Mucho» se quedaba corto.

Nop. No podía. No lo haría. No sería esa Lina delante de toda mi familia, de todo el bendito pueblo. Delante de Daniel.

—Lina… —Mi madre dijo mi nombre de ese modo que solo hacen las madres—. ¿Sigues ahí?

—Por supuesto. —La voz me sonó temblorosa por todas las emociones. Lo odiaba. Me enderecé en la silla—. No te preocupes, no ha pasado nada —mentí. Mentiras y más mentiras. «Lina Martín, mentirosa profesional, impostora»—. Viene conmigo, ya te lo dije. —Me reí, pero no sonó bien—. Si me hubieras dejado hablar antes de llegar a conclusiones precipitadas y darme sermones, hace rato que lo sabrías.

Silencio al otro lado del auricular. Solo silencio. Mi madre no era tonta. Ninguna madre lo era. Si había un momento de paz era porque se estaba preparando.

—De acuerdo —dijo demasiado bajo—. ¿Aún estáis juntos?

—Sí —mentí.

—¿Y vendrá contigo a la boda? ¿A España?

—Correcto.

Entonces me di cuenta de que me sudaban tanto las manos que, si no me hubiera aferrado al teléfono con todas mis fuerzas, se me hubiera caído.

—Dijiste que vivía en Nueva York, ¿no?

—*Sip*.

—¿Es americano?

—Nacido y criado.

—¿Me recuerdas su nombre?

Me quedé sin aliento. Mierda. No le había dado ningún nombre. ¿O sí? Creía que no, pero…

Recorrí las opciones que tenía a toda velocidad. Desesperada. Necesitaba un nombre. Qué cosa tan sencilla y accesible. Un nombre. Un simple nombre. El nombre de un hombre que no existía, o al que todavía no había encontrado.

—Lina… ¿Estás ahí? —preguntó mi madre. Se rio, parecía nerviosa—. ¿Te has olvidado del nombre de tu novio?

—No seas tonta —dije, y escuché la angustia en mi voz—. Yo…

Vi una sombra por el rabillo del ojo y me distraje. Miré hacia la puerta de mi oficina y, justo como había aparecido en mi vida, un año y ocho meses atrás, en el peor momento posible, Aaron Blackford se materializó en el umbral y se metió en el ojo del huracán.

—¿Lina? —Creí escuchar a mi madre.

En solo dos zancadas se acercó y se situó al otro lado del escritorio, dejándome una pila de papeles sobre la mesa. ¿Qué hacía? No íbamos a la oficina del otro. Nunca lo hacíamos, ni lo necesitábamos ni queríamos. Esa mirada fría cayó sobre mí. Frunció el ceño, intentando descifrar mi crisis existencial. Eso era exactamente lo que pasaba. Que te pillen es mucho peor que mentir. A los pocos segundos, puso una expresión de horror. Pude ver cómo me juzgaba. De todas las personas que podrían haber entrado en mi oficina, tenía que ser él.

«¿Por qué, Dios? ¿Por qué?».

—Aaron. —Me escuché decir, con dolor.

—¿Aaron? —Apenas fui consciente de que mi madre había repetido su nombre.

—Sí —murmuré y lo miré. ¿Qué diablos quería?

—De acuerdo —dijo mamá.

«¿De acuerdo?».

—¿Qué? —dije poniendo unos ojos como platos.

Aaron, que había sumado dos más dos y había entendido de qué iba la conversación, se mantuvo extremadamente tranquilo. Aunque a estas alturas no debería sorprenderme.

—¿Llamadas personales en el trabajo? —me acusó, negando con la cabeza.

Mi madre, que seguía en el teléfono, preguntó en español:

—¿Ese es él? ¿El tal Aaron con el que sales?

Se me tensó todo el cuerpo. Tenía los ojos y la boca abiertos, lo miré fijamente mientras las palabras de mi madre me resonaban en el cráneo, claramente vacío, porque ¿qué diablos acababa de hacer?

—¿Lina? —insistió.

Aaron frunció todavía más el ceño y suspiró con resignación, aún de pie al otro lado del escritorio. No se iba. ¿Por qué no se iba?

—Sí —respondí, pero no me di cuenta de que iba a tomárselo como la confirmación que esperaba. Por supuesto, lo hizo. Debería haberlo sabido, ¿no?—. No —agregué, queriendo retroceder.

Pero Aaron chistó, volvió a negar con la cabeza y detuvo lo que fuera que estaba a punto de salir de mi boca.

—Yo… —Oh, Dios mío, ¿por qué hacía tanto calor en la oficina?—. No sé, mamá.

«¿Tu madre?», preguntó Aaron sin emitir sonido alguno.

—¿Cómo no vas a saberlo? —preguntó mamá al mismo tiempo.

—Yo… yo… —tartamudeé sin saber qué iba a decir. Ni al hombre gruñón ni a mi madre. Sentía que estaba volando en piloto automático, nos íbamos a estrellar y no podía hacer nada para evitar el impacto. Ninguno de los controles respondía.

—Ay, hija —dijo mi madre entre risas—. ¿Es Aaron, sí o no?

Quería gritar. Tenía la necesidad incontenible de llorar o abrir la ventana y tirar el teléfono al tráfico frenético de Nueva York. También quería romper algo. Con mis propias manos. Apreté los pies por la frustración. Todo a la vez. Quería hacer todo eso al mismo tiempo.

Cubrí el auricular del teléfono con una mano y me dirigí al hombre que tenía delante con la voz abatida:

—¿Qué quieres?

—No, por favor, no permitas que yo, o el trabajo, interrumpamos tu llamada personal. —Sacudió una mano antes de cruzarse de brazos y llevarse un puño al mentón—. Esperaré a que termines.

Si hubiese sido posible que a una persona le saliese vapor de las orejas, se me hubiese formado una nube negra encima de la cabeza.

—Te dejo, pareces ocupada —dijo mi madre, que seguía al otro lado. Miré a Aaron y, antes de que pudiera procesar sus palabras,

agregó—. Espera a que la *abuela* se entere de que sales con alguien del trabajo. ¿Sabes qué dirá?

—*Uno no come donde caga*. —Seguía teniendo el cerebro en piloto automático porque no dudé antes de responder. Aaron frunció un poco los labios.

—Eso es. —Escuché la carcajada de mi madre—. Vuelve al trabajo. Ya nos hablarás de él cuando vengáis a la boda, ¿de acuerdo?

«No», quería decirle. «Acabaré ahogada en mis propias mentiras».

—Por supuesto, mamá —dije en su lugar—. Te quiero. Dile a papá que también le quiero.

—Yo también te quiero, cielo —dijo mi madre antes de colgar. Me llené los pulmones del aire que tanto necesitaba, miré al hombre que me acababa de complicar la vida diez veces más y tiré el teléfono encima del escritorio como si me estuviera quemando la palma de la mano.

—Así que era tu madre. —Asentí con la cabeza, incapaz de hablar. Era lo mejor. Solo Dios sabía las cosas que podían salir de mi boca traicionera—. ¿Todo bien en casa? —Suspiré y volví a asentir—. ¿Eso qué significa? —preguntó con lo que parecía genuina curiosidad—. ¿Qué es lo que has dicho en español justo antes de colgar?

Seguía mareada por esa horrible y catastrófica llamada. Lo que había hecho y lo mucho que lo había arruinado todo. No tenía tiempo para jugar a la traductora con Aaron, quien, además, era la última persona con la que quería hablar.

«Jesús, ¿cómo lo consigue? En solo unos segundos…».

Negué con la cabeza.

—¿A ti qué te importa? —estallé.

Se estremeció. Fue un movimiento muy sutil, pero estaba segura de que lo había hecho. Me sentí como una idiota y me llevé las manos a la cara para intentar calmarme.

—Lo siento —susurré—. Estoy un poco… estresada. ¿Qué quieres, Aaron? —pregunté con la voz más suave y la mirada fija en el escritorio. Me valía cualquier lugar que no fuera él. No quería darle la oportunidad de verme tan… desencajada. Odiaba la idea de que me viera tan mal. Si no fuera totalmente inapropiado, me

tiraría al suelo, gatearía debajo del escritorio y me escondería.

—Te he traído algunos documentos, creo que serán de ayuda con los talleres que pensamos. —Como me negaba a mirarlo, solo podía advertir la diferencia en el tono. Me hablaba con una voz casi amable. Al menos para alguien como Aaron—. Te los he dejado en el escritorio.

Oh. Registré la superficie del escritorio, los encontré y me sentí todavía más imbécil. Se me revolvió el estómago y experimenté algo demasiado cercano a la desesperación como para sentirme mejor.

—Gracias —murmuré mientras me masajeaba las sienes con los dedos y cerraba los ojos—. Podrías habérmelos enviado por correo. —Si lo hubiera hecho, nos habríamos ahorrado todo esto.

—Lo hubieses impreso tú, te gusta subrayar las ideas importantes.

Tenía razón. Cuando tenía que concentrarme mucho en algo, necesitaba tenerlo en papel y subrayar. Pero cómo… Oh, mierda. Bueno, daba igual que Aaron se hubiera dado cuenta. Probablemente lo había hecho porque creía que era un desperdicio de papel o malo para el medioambiente. Y eso no cambiaba el hecho de que había sido una imbécil por hablarle así.

—Tienes razón, lo hago. Eso ha… —Arrastré las palabras, seguía mirando el escritorio—. Ha sido muy amable. Los leeré durante el fin de semana.

Sin levantar la vista, cogí la pila de papeles y la acerqué. No hablamos durante un buen rato. Sabía que seguía ahí, como una estatua, sin moverse, pero mirándome. No dijo nada ni me dio un motivo para mirarlo. Seguí concentrada en los papeles que había impreso para mí.

Ese instante pareció estirarse dolorosamente durante una incómoda cantidad de tiempo, pero justo cuando estaba a punto de perder esa extraña batalla y levantar la vista, se fue. Esperé un tiempo prudencial para asegurarme de que se había alejado y… me desmoroné.

Mi cabeza se desplomó contra el escritorio con un ruido ensordecido. No, no sobre el escritorio, sobre la pila de papeles que me había traído Aaron (muy amablemente) justo antes de que yo lo arruinara todo y le dijera a mi madre que mi novio se llamaba

Aaron.

Gruñí. Todo era un desastre. Como yo. Empecé a dar suaves golpes al escritorio con la cabeza. «Estúpida». *Pam*. «Idiota, tonta, boba y mentirosa». *Pam, pam, pam*. Eso era lo peor de todo. No solo era idiota, también era una mentirosa.

Darme cuenta me hizo volver a gruñir.

—Guau. —Se escuchó desde la puerta. Era la voz de Rosie.

Bien. Necesitaba a alguien en quien pudiera confiar para salir un poco de esta locura en la que me había metido y para que me internara en la institución psiquiátrica más cercana. Era incapaz de… comportarme como una adulta.

—¿Todo bien, Lina?

Nop.

Nada de lo que había hecho estaba bien.

—Espera, espera, espera, espera. —Rosie sacudió las manos entre nosotras, haciendo el signo universal de parar el carro—. ¿Qué le has dicho a tu madre?

—Ya te lo he contado —dije mientras engullía lo que quedaba de mi sándwich de *pastrami*.

—Quiero volver a escuchar la última parte. —Rosie se inclinó en la silla y puso unos ojos como platos—. ¿Sabes qué? Deberías volver a empezar. Estoy segura de que me he perdido algo. Todo esto me parece demasiado, incluso para ti.

Entrecerré los ojos y le dediqué una sonrisa falsa en la que estaba segura de que se había colado algún resto del *panini*. Ya me daba igual que las personas que almorzaban en el espacio común del decimoquinto piso me vieran. De todas formas, a esa hora no eran muchos. Era increíble que una empresa de Nueva York invirtiera todo ese espacio (y dinero, porque la decoración era digna de revista) en hacer un área común para un grupo de adictos al

trabajo que solo lo usaban para almorzar. Apenas había un par de mesas ocupadas, las que estaban más cerca de los ventanales.

—No me mires así —dijo mi amiga—. Y, por favor, aunque te quiero mucho, no quiero ver la lechuga que tienes en la boca.

Puse los ojos en blanco y terminé de masticar.

Por desgracia, el sándwich no me había animado como esperaba. La creciente bola de ansiedad seguía exigiendo comida.

—Debería haber pedido uno más. —Si fuera cualquier otro día, lo hubiera hecho. Pero faltaba muy poco para la boda y estaba intentando cuidar lo que comía.

—Sí, ¿y sabes que más deberías haber hecho? Contarme todo esto antes. —Su tono de voz, como siempre, era amable, pero lo que escondían sus palabras me erizó la piel—. Ya sabes, desde el momento en que decidiste inventarte un novio.

Me lo merecía. Sabía que Rosie iba a patearme el trasero (con dulzura) cuando se enterara de que le había ocultado este asunto de decirle a mi familia que tenía novio.

—Lo siento. —Estiré la mano para coger la suya—. Lo siento mucho, Rosalyn Graham. No debería habértelo ocultado.

—No, claro que no. —Se quejó.

—En mi defensa, diré que iba a contártelo el lunes, pero me interrumpió ya sabes quién. —Ya no me atrevía a decir su nombre en voz alta porque parecía que lo estaba invocando. Le apreté la mano—. Te lo compensaré. Le pediré a mi *abuela* que te ponga una velita y rece para que tengas muchos hijos.

Rosie suspiró e hizo como si lo estuviera considerando.

—De acuerdo, acepto tus disculpas. —Me devolvió el apretón—. Pero en lugar de muchos hijos, preferiría que me presentaras a alguno de tus primos.

—¿Uno de mis qué? —Retrocedí por la sorpresa, escrita por toda la cara.

—Ese que surfea y tiene un pastor belga parece sacado de un sueño. —Su respuesta solo hizo crecer mi sorpresa y el rubor en sus mejillas.

—¿Sacado de un sueño? —Ninguno de los salvajes que tengo por primos podría considerarse «sacado de un sueño». Rosie todavía se puso más roja.

¿Cómo conocía a alguien del clan Martín? A menos que…

—¿Lucas? —farfullé mientras recordaba que le había enseñado algunas fotos. Pero de Taco, su perro. No de él—. ¿Lucas? ¿El cabeza hueca? —Mi amiga asintió como quien no quiere la cosa y se encogió de hombros—. Eres demasiado buena para Lucas —siseé—. Y Taco también.

—Taco —dijo entre risitas—. Qué nombre tan adorable.

—Rosie, no. —Quité la mano y cogí la botella de agua.

—¿No qué? —La sonrisa seguía fija en sus labios mientras pensaba en mi primo. Podía suponer las cosas que se estaba imaginando…

—Qué asco, Rosie, por Dios. Es un bárbaro, un bruto. No tiene modales. Deja de fantasear con mi primo. —Tomé un sorbo de agua para pasar el mal trago—. Detente o me veré obligada a contarte historias horribles de nuestra infancia y a arruinarte la imagen que tienes de los hombres en general.

—Si tienes que hacerlo… —Sus hombros se desplomaron—. Tampoco va a ayudarme en nada. No necesito ayuda para eso. —Hizo una pausa y suspiró con tristeza. Quise volver a cogerle la mano y decirle que su príncipe azul llegaría algún día. Solo tenía que dejar de salir con imbéciles. Y eso incluía a mis parientes—. Pero antes, ¿podemos hablar de tu historia de terror?

Ah. Eso.

—Ya te lo he contado todo. —Me miré las manos, ocupadas arrancando la etiqueta a la botella—. Escena por escena. Desde el momento en que les dije a mis padres que estaba saliendo con alguien hasta cuando me las ingenié para hacerle creer a mi madre que esa persona se llamaba Aaron por culpa de cierta persona de ojos azules que apareció en el momento más inoportuno. —Rasqué con más fuerza y arranqué la etiqueta de golpe—. ¿Qué más quieres saber?

—Eso son los hechos, ¿tú qué piensas?

—¿Ahora? —pregunté y ella asintió—. Que debería haber pedido postre.

—Lina… —Rosie apoyó los brazos en la mesa y se inclinó hacia delante—. Ya sabes a qué me refiero. —Me lanzó una mirada acusadora que, como se trataba de Rosie, solo era un poco menos amable que su expresión habitual. Sin sonrisa. O una más pequeña—. ¿Qué piensas hacer?

«¿Cómo rayos voy a saberlo?».

Me encogí de hombros y recorrí el espacio común con la mirada: las mesas de madera, viejas y astilladas; los helechos que adornaban la pared de ladrillos que tenía a la derecha.

—¿Hacerme la tonta hasta que mi avión toque suelo español y tenga que explicar por qué mi novio no me ha acompañado a la boda?

—Cariño, ¿estás segura de que quieres hacer eso?

—No. —Negué con la cabeza—. Sí. —Con las manos en las sienes, intenté aliviar un incipiente dolor de cabeza—. No lo sé.

—¿Y si lo consideras? —Preguntó, después de procesarlo unos segundos.

—¿A quién? —Me quité las manos de las sienes para dejarlas sobre la madera mientras el estómago se me desplomaba—. ¿A quién tengo que considerar?

Lo sabía, pero me negaba a aceptar que se hubiese atrevido a sugerirlo.

—Aaron. —Me respondió con ánimo.

—Ah, ¿el hijo pródigo de Lucifer? No entiendo por qué debería considerar su oferta. —Rosie juntó las manos sobre la mesa, como si estuviera preparándose para una negociación, y yo entrecerré los ojos.

—No creo que Aaron sea tan malo. —Tuvo el coraje de decir. Le respondí con un resoplido dramático. Mi amiga puso los ojos en blanco—. De acuerdo, puede que sea… un poco seco y que se tome las cosas demasiado en serio —señaló, como si la palabra «poco» fuera a mejorar el panorama—. Pero tiene cosas buenas.

—¿Cosas buenas? —bufé—. ¿Como qué? ¿Un interior de acero inoxidable? —No se rio. La cosa se estaba poniendo seria.

—¿Tan horrible te parece hablar con él sobre su oferta? Porque, dicho sea de paso, fue él quien se ofreció. —Sí, era la peor idea del mundo. No sabía por qué lo había hecho.

—Ya sabes lo que opino de él, Rosie —dije con expresión incrédula—. Sabes lo que pasó. Lo que dijo.

—Eso fue hace mucho tiempo, Lina. —Mi amiga suspiró.

—Sí —admití, cerrando los ojos—. Pero eso no quiere decir que lo haya olvidado. Que hayan pasado meses no significa que vaya a pasarlo por alto.

—Hace más de un año.

—Veinte meses. —La corregí demasiado rápido como para poder ocultar que llevaba la cuenta—. Casi dos años —murmuré, bajando la mirada hacia la bola de papel de aluminio que anteriormente había envuelto mi almuerzo.

—Esa es la cuestión, Lina —enfatizó Rosie con suavidad—. Te he visto darles segundas, terceras y hasta cuartas oportunidades a personas que la cagaron mucho más. Algunos hasta reincidieron.

—No es lo mismo. —Tenía razón, pero era digna hija de mi madre y, por lo tanto, más terca que una mula.

—¿Por qué no?

—Porque no. —Su mirada se endureció; no iba a dejarlo pasar. Me iba a hacer decirlo. Íbamos a hablarlo. De acuerdo—. ¿Porque le dijo a nuestro jefe que prefería trabajar con cualquier otra persona de InTech? Además, en su segundo día de trabajo. —El recuerdo hizo que la sangre me subiera a la cara—. Y quiero resaltar que dijo «cualquiera». Eso incluye a Gerald, ¿entiendes? —No había escuchado que Aaron hablara de Gerald en particular, pero estaba segura de que sí había escuchado todo lo demás.

«Cualquiera menos ella, Jeff. Ella no. No creo que pueda soportarlo. De hecho, ¿está capacitada para ocuparse de este proyecto? Parece joven e inexperta».

Eso era lo que le había dicho Aaron a nuestro jefe por teléfono justo cuando yo pasaba por la puerta de su oficina. Lo escuché por accidente y había sido incapaz de olvidarlo. Lo tenía grabado a fuego en la memoria.

—Solo hacía dos días que me conocía, Rosie. Dos. —Hice el gesto con el dedo índice y corazón—. Y era nuevo. Llegó y me desacreditó delante de mi jefe. Indirectamente, me echó del proyecto y cuestionó mi profesionalidad. ¿Y por qué? ¿Porque no le había caído bien en los dos minutos que hablamos? ¿Porque era joven? ¿Porque sonreía y me reía y no era un cíborg como él? Siempre he trabajado duro. He trabajado como una loca para llegar a donde estoy. Sabes perfectamente el efecto que pueden tener ese tipo de comentarios. —Sentí como la voz se me volvía cada vez más aguda a medida que me subía la presión y comenzaban a retumbarme las sienes.

Todavía temblorosa, respiré hondo para intentar calmarme.

Rosie asintió y me miró con la comprensión que solo son capaces de sentir los buenos amigos. Pero había algo más. Y me daba la impresión de que no iba a gustarme lo que tenía que decir.

—Lo entiendo. De verdad. Lo juro. —Sonrió. De acuerdo. Habíamos empezado bien. Necesitaba que me apoyase en esto. Y sabía que lo hacía. La vi rodear la mesa y sentarse a mi lado. Se dio la vuelta y quedamos cara a cara. «Oh, oh, se viene». Rosie apoyó una palma en mi espalda y continuó—. Odio tener que ser yo quien te lo recuerde, pero ni siquiera querías estar en el proyecto de Sol Verde. No parabas de quejarte de ese cliente. —¿Por qué me había buscado una mejor amiga con memoria fotográfica? ¿Cómo podía recordar que me alegré de que me asignaran otro proyecto?—. Y —siguió—, como has dicho, Aaron no te conocía.

Exactamente. Ni se había molestado en conocerme antes de identificarme como un obstáculo y hablar mal de mí. Me crucé de brazos.

—¿Dónde quieres llegar, Rosalyn?

—A que te juzgó antes de tiempo, eso no te lo niego. —Me dio unos golpes en la espalda—. Pero debes admitir que a veces eres demasiado… informal, relajada, espontánea y ruidosa.

—¿Disculpa? —Hasta en España se dieron cuenta de que me había ofendido. Suspiré. Mierda.

—Te quiero, cariño —dijo mi amiga con una sonrisa cálida—, pero es la verdad. —Abrí la boca, pero no me dio la oportunidad de responder—. Eres una de las personas que más trabaja en esta empresa. Eres brillante y, además, te las ingenias para crear un ambiente de trabajo divertido y relajado. Por eso eres jefa de equipo.

—Me gusta lo que estoy oyendo —murmuré—. Continúa.

—Pero Aaron no tenía forma de saberlo.

—¿Lo estás defendiendo? —Puse unos ojos como platos—. ¿Tengo que recordarte que las amigas tienen que odiar a los enemigos de sus amigas? ¿Tengo que imprimirte una copia del código de amigas?

—Lina. —Sacudió la cabeza con frustración—. Vamos a ponernos serias.

—De acuerdo, está bien. Perdóname. Puedes continuar. —Desplomada en la silla, me serené de inmediato.

—Te hizo daño, lo entiendo. Y creo que la situación te molestó lo suficiente como para ignorarlo todo este tiempo.

Sí, me había hecho enfurecer, además de herirme. Siempre me había molestado que la gente sacase conclusiones basadas en apariencias, y eso era justamente lo que había hecho Aaron. Sobre todo porque me había esforzado por darle la mejor bienvenida posible. Me había presentado en su oficina con un regalo de bienvenida (una taza con una frase graciosa sobre ingenieros). Aún hoy, sigo sin saber por qué lo hice. No lo había hecho nunca. ¿Y cómo reaccionó él? Me miró horrorizado, con la boca abierta, como si me hubiese crecido una segunda cabeza, mientras yo hacía chistes como una idiota en una secuencia verdaderamente incómoda. Por eso, escucharlo decir eso sobre mí solo dos días después me había hecho sentir insignificante y patética. Como si me hubieran apartado del proyecto por no comportarme como una adulta.

—Me tomaré tu silencio como una confirmación de lo que acabo de decir —dijo Rosie, apretándome el hombro—. Te hizo daño y eso no está bien, cariño. ¿Pero vas a odiarlo toda la vida por eso? —Quería decir que sí, pero a estas alturas, ya no lo sabía, así que evadí su pregunta.

—Tampoco es que haya intentado ser mi amigo. No ha parado de molestarme.

Ahí no entraba la barrita de granola. Ni los papeles que imprimió, aunque no tenía por qué hacerlo. Ni el hecho de que el miércoles se había quedado hasta tarde para ayudarme con el Día de Puertas Abiertas. Sin tener en cuenta estas tres cosas, no había parado de molestarme.

—Tú tampoco has parado. —Contraatacó—. Los dos sois igual de malos. De hecho, me parece muy tierno cómo no paráis de encontrar excusas para ver al otro y…

—Oh, de ninguna manera —interrumpí, y me giré para quedar cara a cara—. Déjame frenarte antes de que empieces con las miraditas y no sé qué. —Tuvo el valor de reírse a carcajadas. La miré boquiabierta—. No te conozco.

—Qué ciega estás, cariño —dijo cuando se recuperó.

—No lo estoy. Parece que necesitas que te refresque la memoria, así que déjame explicarte cómo son las cosas. —Levanté el dedo

índice—. Desde que lo que escuché decir esas cosas horribles y prejuiciosas sobre mí, nada más y nada menos que a nuestro jefe, su nombre está en mi lista negra. Y sabes que me tomo esa lista muy en serio. Esa mierda está tallada en piedra. —Golpeé un puño sobre la otra palma para enfatizar mis palabras—. ¿He perdonado a Zayn Malik por irse de One Direction?

—Oh, Dios sabe que no. —Rosie meneó la cabeza riendo.

—Exacto. Del mismo modo en que no he perdonado lo que nos hicieron David Benioff y D. B. Weiss el 19 de mayo de 2019. —Sacudí el dedo índice entre nosotras—. ¿Acaso Daenerys de la Tormenta de la casa Targaryen, primera de su nombre, no se merecía algo mejor? —Hice una pausa para que aportara su opinión—. ¿O no, Rosie?

—De acuerdo, en esto tienes razón —admitió—. Pero…

—Sin peros. —La detuve con una mano en el aire—. Aaron Blackford está en mi lista negra y allí se quedará. Punto final.

Mi amiga analizó mis palabras, asimilando lo que acababa de decir. O de exponer con pasión. Rosie se desplomó con un suspiro.

—Solo quiero lo mejor para ti. —Me dedicó una de esas sonrisas tristes que me hacían pensar que la había decepcionado.

—Lo sé. —Como el koala que era, me abalancé sobre ella y la envolví con los brazos para darle un buen apretón. Dudo que fuera ella la que lo necesitaba. Toda esta situación me estaba consumiendo—. Pero Aaron Blackford no es lo mejor para mí. —Disfruté el abrazo, cerré los párpados uno o dos segundos.

Como si no hubiese tenido suficiente, cuando volví a abrirlos, vi una figura que solo podía ser de un hombre.

—Maldita sea, Rosie —susurré aún rodeándola con los brazos mientras hacía contacto visual con el hombre que se acercaba—. Lo hemos invocado otra vez.

Lo vi reducir la distancia a zancadas. Seguíamos abrazadas, así que tuve que mirarlo por encima del hombro de Rosie. Aaron contempló nuestro abrazo entre pálido y absorto. No estaba segura de lo que sentía porque había logrado ocultar lo que pensaba detrás de su infame ceño fruncido.

—¿Qué? ¿A quién hemos invocado? —Escuché decir a Rosie mientras nos desenredábamos bajo la atenta mirada de Aaron—. Ah, a él —susurró. Sin lugar a dudas, Aaron la había escuchado,

pero no reaccionó.

—Hola, Blackford. —Forcé una sonrisa—. Qué sorpresa verte por aquí.

—Catalina —respondió—. Rosie. —Miró su reloj antes de volver a centrarse en nosotras (sobre todo en mí) con una ceja levantada—. Veo que sigues en tu pausa para la comida.

—Ya ha llegado la policía de los descansos —murmuré por lo bajo. Tenía las dos cejas levantadas, casi tocándole el pelo—. Si has venido a darme lecciones sobre cómo convertirme en un robot, no tengo tiempo.

—De acuerdo —respondió sin más. Después se dirigió a mi amiga—. Pero he venido a comentarle algo a Rosie.

«¿En serio?».

Fruncí el ceño. Sentía una bola en el estómago.

—¿En serio? —replicó mi amiga.

—Héctor te está buscando, Rosie. Dijo algo acerca de que un proyecto se estaba desmoronando porque alguien, a quien llamó *Rompemanos*, tuvo un ataque —explicó—. Nunca lo había visto así.

—¿*Rompemanos* Oliver? —Mi amiga se sobresaltó—. Es uno de nuestros clientes. Él… te estrecha la mano con tanta fuera que puedes sentir cómo se te amontonan los huesos. —Negó con la cabeza—. Eso da igual. Oh, mierda. —Cogió todas sus cosas: la identificación de la empresa, las llaves de la oficina y la cartera—. Oh, no, no, no. —Una mirada de pánico se apoderó de su rostro—. Eso significa que ha acabado la reunión. Debería haber estado, pero los problemas de Lina… —Le pellizqué el brazo para que no dijera nada más. Aaron reaccionó, si es que entrecerrar los ojos puede considerarse como reaccionar—. Los que tiene con su gato —continuó Rosie. Otro pellizco. No tenía ningún gato y ella lo sabía—. ¿El gato del vecino? —Rosie no nos miraba ni a mí ni a Aaron mientras se ponía roja—. Sí, su vecino Bryan. Sí, eso. El gato de Bryan. El Señor… Gato. —Sacudió la cabeza. Aaron entrecerró aún más los ojos antes de centrarse en mí. Me miró a la cara mientras mi amiga seguía balbuceando su mentira—. Esta semana, Lina le está cuidando el gato a Bryan porque su abuela está enferma. Ya sabes que a Lina le encanta ayudar. —Asentí despacio con la cabeza, como si las mentiras de Rosie tuvieran algún sentido.

—¿No eras alérgica a los gatos? —preguntó Aaron.

—Lo soy. —Pestañeé, pasmada—. ¿Cómo lo…? —Me aclaré la garganta. No me importaba. Negué con la cabeza—. Es uno de esos gatos sin pelo.

—Un gato sin pelo. —Metió las manos en los bolsillos y puso cara de estar procesándolo.

—Como el de *Friends* —dije, intentando sonar relajada—. El gato de Rachel. Un Sphynx. —No parecía estar entendiendo a qué me refería—. ¿Vives en Nueva York, eres estadounidense y nunca has visto *Friends*? —Nada—. ¿Nunca? Bah, olvídalo.

Aaron se quedó callado y fingí que no nos había pillado.

—Bueno… —dijo Rosie antes de regalarnos una sonrisa de oreja a oreja, con dientes. La falsa—. Tengo que ir a hablar con Héctor.

Me miró como pidiendo disculpas. Yo también me levanté, me daba miedo quedarme y tener que contar algo más sobre Señor Gato.

—Gracias, Aaron, por haber venido a buscarme. Eso ha sido muy —me miró de reojo—, muy amable por tu parte. —Puse los ojos en blanco. Rosie levantó ligeramente los hombros—. ¿Verdad, Lina?

Probablemente pensó que estaba siendo muy lista, pero no.

—La persona más amable sobre la faz de la Tierra —dije sin emoción.

—Luego hablamos.

Subió las escaleras corriendo y nos dejó atrás. Un silencio incómodo invadió la sala. Aaron se aclaró la garganta.

—Catalina… —dijo.

—¿Qué, Rosie? —interrumpí, simulando que mi amiga me había llamado. «Cobarde», pensé. Pero después de todo lo que había pasado hoy y de nuestro comienzo accidentado durante la conversación con Rosie, hablar con Aaron era lo último que quería hacer—. Espérame, ya voy —le grité a mi amiga sin prestar atención a cómo Aaron apretaba los labios en una línea mientras lo dejaba atrás—. ¡Que sí, ya voy! —Volví a girarme para mirarlo por encima del hombro—. Lo siento, Blackford, tengo que irme. ¿Me envías un correo? Perfecto, adiós.

Cuando le di la espalda, Rosie apareció ante mi vista. Le daba al botón del ascensor sin parar.

—¡Rosalyn Graham! —grité, esforzándome para no darme la vuelta para ver el par de ojos azules que estaba segura de que tenía

clavados en la espalda.

Capítulo 5

TE DAS CUENTA DE QUE no le caes bien al universo cuando, después de una semana laboral extenuante, coronada con un viernes catastrófico, empieza a llover a cántaros justo en el momento en el que vas a salir de la oficina.

—Me cago en la leche —maldije por lo bajo, mirando las nubes negras que tapaban el cielo y la lluvia que caía con violencia.

Cogí el móvil y consulté el tiempo. La tormenta de verano azotaría Manhattan unas cuantas horas más. Perfecto, mejor imposible.

Eran las ocho pasadas, por lo que quedarme en la oficina hasta que aflojase no era una opción. Necesitaba meterme en la cama. No, lo que necesitaba era una lata de Pringles y una tarrina de Ben & Jerry's, pero ese no era un placer del que fuera a gozar hoy. Probablemente acabaría engañando al estómago con las sobras de verduras que tenía en la nevera. Un trueno rugió cerca y me devolvió al desagradable presente. La lluvia caía con más fuerza y las ráfagas de viento movían el agua de un lado a otro.

En la seguridad de la entrada de InTech, saqué la chaqueta que usaba cuando ponían el aire acondicionado demasiado fuerte y me la puse encima de la cabeza, esperando que, por arte de magia, se convirtiera en una barrera que me protegiera de la lluvia. Por

suerte, aunque el bolso que había elegido esa mañana no era el más bonito, era impermeable. Bajé la vista y vi mis nuevos mocasines de gamuza que, al contrario que el bolso, eran preciosos, pero no resistentes al agua. Contemplé su estado impoluto por última vez. «Hasta la vista, zapatos de trescientos dólares», les dije con la mirada.

Entonces empujé la puerta de vidrio y me lancé a la noche oscura. Me llevó solo cinco segundos bajo la lluvia darme cuenta de que llegaría a la línea C completamente empapada. «Fantástico», pensé mientras caminaba rápidamente bajo la catarata inclemente. «Tengo cuarenta y cinco minutos de viaje hasta Brooklyn. Me voy a pasar todo el viaje a casa empapada».

Doblé la esquina del edificio y otro trueno retumbó sobre mí. Llovía cada vez más y, a medida que la lluvia se acumulaba en la inútil chaqueta-paraguas, mis pasos se volvían más lentos y torpes. Una ráfaga de viento me arrojó parte del pelo contra la mejilla. Intenté quitarme los mechones mojados de la cara con el codo y seguí saltando. Enseguida me di cuenta de que todo era una mala idea.

Pisé un charco con el pie derecho y me deslicé hacia delante mientras la otra pierna seguía firme en la acera. Las manos, que seguían sujetando el abrigo, dieron vueltas en el aire para intentar mantener el equilibrio. «Por favor, por favor, por favor, universo». Cerré los ojos para no atestiguar mi propio destino. «Por favor, universo, no permitas que esta semana de mierda acabe así». Mi pie se deslizó un poco más y contuve la respiración mientras me detenía milagrosamente. Abrí los ojos. Estaba cerca de acabar espatarrada, pero seguía de pie.

Antes de que pudiera enderezarme y reanudar mi camino bajo la lluvia, un coche se detuvo a pocos metros. Solo conocía a una persona con un coche de ese color. «Sigue caminando, Catalina», me dije mientras seguía con mis brincos torpes. Por el rabillo del ojo, vi como bajaba la ventanilla del acompañante. Sin acercarme al vehículo, que sospechaba que pertenecía a alguien con quien no tenía ganas de interactuar, me giré hacia el conductor. Seguía intentando cubrirme la cabeza con esa prenda inútil y empapada.

Aaron estaba dentro, con el cuerpo inclinado sobre la puerta del acompañante, y, aunque podía ver cómo movía los labios, el ruido

del tránsito, el viento y la lluvia me impedían entender qué decía.

—¿Qué? —grité en su dirección, sin moverme.

Aaron sacudió una mano, probablemente quería que me acercara. Me quedé de pie, con los ojos cerrados, mojada como si acabara de salir de la piscina. Sacudió el dedo índice con violencia. Oh, por Dios, no.

Vi como su expresión cambiaba al habitual ceño fruncido mientras decía palabras que no podía oír, pero seguramente eran «imposible» y «testaruda».

—¡No te escucho! —aullé sobre la lluvia.

Sus labios dijeron algo parecido a «maldita sea», pero también podía ser «quiero una pera». Aunque, a juzgar por su ceño, me decantaba más por la primera.

Puse los ojos en blanco y me acerqué muy despacio, evitando volver a resbalar. De todas las personas que vivían en Nueva York, él era la última frente a quien quería caerme.

—Sube al coche, Catalina. —Pude escuchar la exasperación en su voz, incluso sobre la furiosa e impiadosa tormenta. Justo como sospechaba, no quería una pera—. Catalina —dijo, mirándome fijamente—. Entra.

—Es Lina. —Sabía que no valía la pena intentarlo, llevaba dos años usando mi nombre completo. Pero estaba frustrada. Irritada. Cansada. Y empapada. Sin tener en cuenta que odiaba mi nombre completo. Papá (como buen friki que era) nos había llamado como a dos monarcas españolas, Isabel y Catalina. Pero el que me tocó a mí nunca se puso de moda en mi país—. ¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió negando con la cabeza, con la boca abierta por el desconcierto—. Nos vamos a Disneyland. ¿Tú qué crees? —Miré dentro del coche de Aaron Blackford con una expresión de genuina confusión—. Catalina. —Vi como su rostro pasaba de la irritación a algo parecido a la resignación—. Te llevo a casa. —Estiró los brazos y abrió la puerta del acompañante, como si ya hubiéramos llegado a un acuerdo—. Antes de que pilles una neumonía o vuelvas a estar a punto de romperte el cuello —agregó la última parte muy despacio.

—Te lo agradezco. —La sangre se me acumuló en las mejillas. Me reí, enseñando todos los dientes. Intenté alejar la vergüenza que sentía y taparla con una sonrisa falsa—. Pero no hace falta. —Me

quedé de pie delante de la puerta abierta, el pelo mojado se me había vuelto a pegar a la cara. Finalmente bajé el abrigo y comencé a escurrirlo—. Me las apaño yo sola. Solo es lluvia. Todo este tiempo he sobrevivido sin romperme el cuello, creo que podré llegar a casa sin problema. Además, no tengo prisa. —Además, te estoy evitando desde que te fuiste de mi oficina esta tarde.

Mientras seguía, inútilmente, escurriendo agua del abrigo, vi como inclinaba las cejas y adoptaba su expresión anterior. Estaba procesando mis palabras.

—¿Y el gato?

—¿Qué gato?

—Señor Gato. —Ladeó la cabeza.

Seguro que el agua me había lavado el cerebro por qué tardé unos segundos en entender de qué estaba hablando.

—El gato sin pelo de tu vecino que no te produce alergia —dijo despacio mientras yo ponía unos ojos como platos—. De Ryan.

—Bryan. —Alejé los ojos—. Mi vecino se llama Bryan.

—Da igual. —No escuché lo último que dijo, pero sí me fijé en la fila de coches que se estaba formando detrás del de Aaron—. Sube. Vamos.

—En serio, no hace falta. —Otro coche se sumó a la fila—. Señor Gato sobrevivirá un rato más sin mí. —Aaron abrió la boca, pero antes de que pudiera decir algo, el sonido de una bocina me asustó, di un pequeño salto y casi me caigo de culo—. ¡Por el amor de Dios! —exclamé.

Giré la cabeza con el corazón en la garganta y me di cuenta de que era uno de los infames taxis amarillos de Nueva York. Después de todos estos años en la ciudad, había aprendido la lección. No debías meterte con un taxista enfadado, o un neoyorquino enfadado en general: te dirán lo que sienten justo cuando lo sientan. Una oleada de insultos demostró mi teoría. Me di la vuelta justo a tiempo para ver a Aaron insultar por lo bajo. Parecía tan furioso como el conductor. Otro bocinazo (esta vez mucho mucho más largo) me ensordeció y volvió a hacerme saltar.

—Catalina, ya. —El tono de Aaron era severo. Pestañeé. Estaba mareada por todo lo que sucedía a mi alrededor—. Por favor.

Y, antes de que pudiera procesar sus palabras, una figura amarilla nos adelantó y nos regaló un furioso «¡Imbéciles!»,

acompañado por un último golpe de bocina. Esas palabras —el «por favor» de Aaron y el «imbéciles» del taxista— hicieron que me metiera en el coche. Con una velocidad impresionante, me desplomé en el asiento de cuero, que hizo un chillido, y cerré la puerta de golpe.

El silencio nos envolvió de inmediato, solo se escuchaba el ruido amortiguado de la lluvia contra el techo del coche y el leve rugido del motor que nos llevaba a través del caos que era el tráfico de Nueva York.

—Gracias —murmuré mientras me abrochaba el cinturón. Estaba muy incómoda.

—Gracias a ti —respondió Aaron con los ojos fijos en el camino—. Por no obligarme a bajar para meterte en el coche a la fuerza.

Sus palabras me pillaron con la guardia baja. Puse unos ojos como platos antes de entrecerrarlos.

—¿En qué mundo eso es una buena idea?

—Tenía mis dudas, créeme.

Su respuesta no tenía sentido. Y, por algún motivo, hizo que me subiera el calor a las mejillas. Aparté la mirada y me concentré en la dinámica anárquica de los coches. Intenté enderezarme en el asiento, incómoda, pero me detuve cuando escuché los ruidos extraños que hacía mi ropa mojada contra el cuero.

—Esto… —Comencé mientras me sentaba en el borde y estiraba el cinturón de seguridad, lo que solo provocó más ruidos—. Tienes un coche muy bonito. —Me aclaré la garganta—. ¿Tienes un ambientador con olor a coche nuevo y cuero? —Sabía que no era así, el interior estaba impecable.

—No.

Seguí moviéndome hasta llegar casi al final del asiento. Volví a aclararme la garganta. Enderecé la espalda y abrí la boca, pero no salió nada. Estaba demasiado concentrada en no destrozar la tela más cara que había tocado en la vida. Era una idea horrible. No debería haber subido al coche. Tendría que haber caminado.

—Catalina. —Escuché a Aaron a mi izquierda—. ¿Habías subido antes a un coche?

—¿Qué? Por supuesto. ¿Por qué lo dices? —pregunté desde el borde del asiento del copiloto. Junté las cejas. Podía tocar el

salpicadero con las rodillas. Me miró, analizando mi postura. Ah—. Bueno, para que lo sepas —agregué—, siempre me siento así. Me encanta verlo todo de cerca. —Fingí estar concentrada en el tránsito—. Me encaaaanta la hora punta. Es tan…

Frenó de golpe y todo mi cuerpo se fue hacia delante. Tan de repente que cerré los ojos por instinto. Prácticamente podía saborear el plástico que cubría las delicadas líneas del salpicadero y los lujosos detalles de la madera. Pero algo me frenó a mitad de camino.

—Jesús. —Escuché que me decía.

Abrí un ojo y pude ver el camión de reparto que nos había cerrado el paso. Después abrí el otro ojo y, cuando bajé la mirada, descubrí por qué no me había estampado contra la superficie pulida del salpicadero de Aaron. Una mano. Una grande. Con los cinco dedos abiertos sobre mi esternón y, bueno, mi pecho. Antes de que pudiera pestañear, me estaba empujando hacia atrás, un concierto de chillidos acompañaba el movimiento, hasta que toda mi espalda estuvo contra el respaldo.

—Quédate ahí. —La orden llegó desde la izquierda. Sus dedos seguían calentándome la piel a través de la delgada blusa—. No te preocupes por el asiento, solo es agua. Se secará.

Las palabras de Aaron no me infundieron seguridad. Sonaba tan enfadado como hacía unos minutos. O quizá más. Apartó la mano con un movimiento enérgico y firme. Tragué saliva y agarré el cinturón de seguridad, en el sitio que había ocupado su mano.

—No quiero estropearlo.

—No lo harás.

—De acuerdo —dije, mirándolo de reojo. Tenía los ojos fijos en el camino y fulminaba con la mirada al responsable de esa maniobra tan peligrosa.

—Gracias.

Nos pusimos en marcha. El silencio invadía el coche, pero Aaron seguía concentrado en la carretera y yo pude distraerme. Me sorprendí a mí misma cuando recordé las palabras de Rosie: «No creo que Aaron sea tan malo». Pero ¿por qué esa idea había esperado hasta ahora para aparecer en mi cabeza? El señor Simpatía tampoco estaba siendo más agradable de lo habitual. Aunque debía admitir que acababa de salvarme de la lluvia. Y de un buen golpe

en la cabeza. Suspiré en silencio y me maldije por lo que estaba a punto de hacer.

—Por cierto, gracias por imprimirme esos papeles —dije despacio, luchando contra el impulso de retractarme de inmediato. No lo hice. Podía ser diplomática. Al menos por ahora—. Muy amable por tu parte, Aaron. —La última parte me estremeció, admitirlo me dejó un sabor raro en la lengua. Me giré para mirarlo y me encontré con su perfil. Vi como relajaba un poco la dura línea de la mandíbula.

—De nada, Catalina. —Siguió mirando el camino.

«Dios mío, podemos ser civilizados».

Antes de que pudiera continuar, un escalofría me recorrió la espalda y me hizo temblar. Me abracé la cintura con la esperanza de calentarme bajo la ropa empapada. Las manos de Aaron se dispararon hacia los controles, subió la temperatura y encendió la calefacción de mi asiento. De inmediato sentí el placer del aire caliente acariciándome los tobillos y los brazos, calentándome las piernas.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. Gracias. —Lo miré y le sonreí. Giró la cabeza y me miró a los ojos con una expresión escéptica, como si estuviera esperando que agregara algo. Puse los ojos en blanco—. Que no se te suba a la cabeza, Blackford.

—No me atrevería. —Separó una mano del volante y juraría que percibí un rastro de humor en su voz—. No sé si debería disfrutarlo o preguntarte si te encuentras bien.

—Es una buena pregunta, pero no sé si puedo responderla. —Me encogí de hombros en un intento de no soltar lo primero que se me viniera a la cabeza. Suspiré—. Si te soy sincera, estoy calada hasta los huesos, hambrienta y cansada. Si fuera tú, lo disfrutaría.

—Un día malo, ¿eh? —El indicio de humor se había esfumado.

—Una mala semana, querrás decir. —Sentí el inicio de otro escalofrío y me hundí más en el calor del asiento. Aaron respondió con un sonido profundo que retumbó por todo el espacio—. No te va a sorprender, pero he estado cerca de matar a varias personas esta semana —confesé, aprovechando la tregua como una oportunidad para desahogarme con él—. Y tú ni siquiera has encabezado la lista.

Lanzó un bufido. Considerando la tregua que habíamos pactado, creo que estaba autorizada a admitir que me sentía más a gusto. Sonreí.

—Yo… —dijo, como si estuviera considerando algo—. Tampoco sé cómo tomármelo. ¿Debería estar ofendido o agradecido?

—Ambas cosas, Blackford. Además, aún no se ha acabado el día, así que, si te esfuerzas mucho, aún puedes recuperar tu puesto en el *ranking* de personas que más despiertan mi instinto asesino.

Nos detuvimos en un semáforo. Aaron giró la cabeza lentamente. Su expresión relajada me pilló con la guardia baja. Sus ojos, de un azul profundo, estaban despejados, y tenía la expresión más relajada que le había visto hasta el momento. Nos miramos fijamente durante dos o tres segundos. Otro escalofrío me recorrió el cuello. Culpé a la ropa mojada. Sin desconcentrarse y, como si tuviera ojos en el lateral de la cabeza, dobló la esquina cuando se puso verde.

—Voy a necesitar que me indiques a partir de aquí.

Confundida, giré la cabeza en dirección contraria. Me concentré en la ancha avenida por la que estábamos transitando.

—Oh —murmuré—. Ya estamos en Brooklyn.

Había estado tan… distraída que me había olvidado de decirle a Aaron dónde vivía. Aunque no estaba desorientado. Para nada.

—Vives por aquí, ¿no? En el norte de Brooklyn.

—Sí —balbuceé—. En Bed-Stuy —confirmé con un movimiento de cabeza—. Yo… ¿Cómo lo sabías?

—Siempre te estás quejando sobre ello. —¿Qué? Parpadeé, esperando la explicación—. ¿Por aquí vamos bien o tengo que girar? —continuó.

—Sigue por la calle Humboldt, yo te digo cuándo girar.

—De acuerdo.

—¿Así que me quejo de vivir en Brooklyn? —tartamudeé, sujetándome fuerte al asiento. Entré en calor de golpe.

—Por el viaje —respondió con calma. Abrí la boca, pero continuó—. Siempre dices que tienes cuarenta y cinco minutos de viaje de casa al trabajo. —Hizo una pausa a propósito—. Lo mencionas todos los días. —Cerré los labios con firmeza. Me quejaba, pero no con él, sino con el resto de la oficina. Vale que la mitad de las veces Aaron estaba cerca, pero nunca pensé que

pudiera interesarle lo que yo tenía que decir en cuestiones ajenas al trabajo. O que tuvieran que ver conmigo en general—. ¿Quién me ha robado el primer puesto? —Su pregunta me sorprendió—. En la lista de personas que has querido asesinar esta semana.

—Eh… —dudé, sorprendida de que le interesara tanto como para preguntar.

—Me gusta conocer a la competencia —dijo. Giré la cabeza en su dirección—. Es justo. —¿Eso había sido un chiste? Oh, Dios, lo había sido, ¿no?

—Déjame ver. —Estudié su perfil y sonreí con cautela. Sabía jugar a este juego—. De acuerdo. Jeff. —Empecé a contar con los dedos—. Mi prima Charo. —Otro dedo—. Y Gerald. Sí, definitivamente él también. —Dejé caer las manos en mi regazo—. Ni siquiera estás en los tres primeros puestos, Blackford. Felicidades. —Mi sorpresa era genuina. Vi como fruncía el ceño.

—¿Qué problema tienes con tu prima?

—Oh, nada importante. —Sacudí la mano en el aire. Pensé en la conversación con mi madre y en los comentarios que había hecho la aspirante a Sherlock cuando no encontró ninguna evidencia fotográfica de mi novio falso—. Dramas familiares.

Aaron le dio vueltas un buen rato. Conducía en silencio. Usé ese tiempo para mirar las borrosas calles de Brooklyn a través de las gotas que corrían por el vidrio de la ventanilla.

—Gerald es idiota —dijo el hombre que ocupaba el asiento del conductor. Lo miré con los ojos bien abiertos. Su perfil era rígido, serio. Creo que nunca lo había escuchado insultar a alguien—. Un día recibirá lo que se merece. Me sorprende que todavía no haya ocurrido, la verdad. Si de mí dependiera… —Negó con la cabeza.

—Si de ti dependiera, ¿qué? —Se le tensó la mandíbula. No respondió, alejé los ojos y me centré en el tránsito. Esta conversación no tenía sentido. Y tenía demasiada poca energía como para intentar seguir el hilo—. No pasa nada. No es la primera vez que me ocurre algo así con él.

—¿Eso qué significa? —dijo con un tono extraño que intenté ignorar.

—Que no ha sido amable conmigo desde que me ascendieron —respondí con tanta honestidad como pude, sin entrar en detalles. No quería que Aaron sintiera pena ni compasión. Me encogí de

hombros y golpeé las palmas contra el regazo—. Es como si no pudiera aceptar que alguien como yo tenga el mismo puesto que él.

—¿Alguien como tú?

—Sí —exhalé y mi respiración empañó el vidrio—. Una mujer. Primero pensé que desconfiaba de mí porque me consideraba demasiado joven. Eso hubiese tenido sentido. Después se me pasó por la cabeza que quizá me juzgaba por ser extranjera. Sé que algunos compañeros se burlan de mi acento. Una vez escuché a Tim llamarme Sofía Vergara. Sé que era una burla, pero me pareció un cumplido, sobre todo porque no tengo ni la mitad de las curvas ni el carisma de esa mujer, así que no me tomo a mal la comparación. No lo digo porque no me guste mi cuerpo. Estoy bien… como soy. —Normal. Sin gracia. Y era verdad. En mi pueblo, se me consideraba del montón. Pelo castaño y ojos marrones. Más bien bajita. Ni gorda ni delgada. Caderas anchas, pero pecho relativamente pequeño. Cualquiera en España cumplía estas descripciones. Era una más—. Quería perder algo de peso para la boda, pero no creo que mis métodos estén funcionando.

Emitió un sonido que me hizo darme cuenta de que no solo había hablado de más, sino que me había ido por completo del tema, y mi interlocutor era Aaron, que no sabía cómo funcionaban las conversaciones superficiales.

—Da igual. —Me aclaré la garganta—. A Gerald no le hace gracia que me dieran este puesto, y no tiene nada que ver con que sea joven o española. Así funciona el mundo, y seguirá siendo así hasta que deje de girar. —Más silencio. Lo miré con curiosidad. Quería saber en qué estaba tan concentrado sin intentar corregirme. Ni siquiera me había dicho que dejara de quejarme o que no le importaba lo que tenía que decir. Parecía enfadado. Otra vez. Tenía la mandíbula rígida y el ceño fruncido. Por el rabillo del ojo, vi la intersección de mi calle—. Ah, gira en la siguiente, por favor —le indiqué, y alejé los ojos de su rostro—. Vivo al final de esa calle.

Aaron siguió mis indicaciones en silencio. Todavía parecía molesto por algo que había dicho. Por suerte, vi mi edificio antes de abrir la bocaza y preguntar.

—Ahí. —Señalé con el dedo—. El edificio de la derecha. El que tiene la puerta roja.

Aaron frenó y aparcó en un sitio vacío. Parecía que lo habían

reservado justo para él. Me fijé en su mano derecha cuando apagó el motor. El silencio llenó el vehículo. Tragué con fuerza y miré a mi alrededor. Intenté concentrarme en las *brownstones*, esas casas características de este lado de Brooklyn; en los pocos árboles que había; en la pizzería de la esquina, donde solía pedir cuando no me apetecía cocinar o tenía mucha hambre; me concentré en todo menos en la forma en que el silencio me oprimía el pecho y en cómo esa opresión aumentaba a medida que pasaba más tiempo dentro del coche.

—Vale, voy a… —dije, jugueteando con el cinturón de seguridad y sintiendo cómo el calor me subía a las orejas.

—¿Has pensado en mi propuesta? —interrumpió Aaron. Mis dedos se quedaron congelados sobre el cinturón. Levanté la cabeza muy lentamente hasta que quedamos cara a cara.

Por primera vez desde que me había subido al coche, miré realmente a Aaron. Lo estudié de arriba abajo. La luz tenue de las farolas le iluminaban el perfil. La tormenta había parado, pero el cielo seguía oscuro, como si solo fuera la calma antes del huracán.

Estábamos bastante a oscuras, no había forma humana de saber si sus ojos tenían ese tono de azul profundo que me indicaba que hablaba en serio (esperaba que no fuera el caso) o del azul claro que anunciaba el principio de una batalla. Lo único que percibía era que tenía los hombros tensos. Un poco más anchos de lo habitual. Hacían que el coche pareciera demasiado pequeño. Todo su cuerpo se había expandido. Incluso la distancia entre su asiento y el volante era mayor de lo habitual. Tanto que cabía otra persona. Cuando empecé a preguntarme qué diría si le proponía sentarme en su regazo para comprobar mi teoría, Aaron se aclaró la garganta, creo que dos veces.

—Catalina. —Volvió a atraer mi atención a su cara.

—¿Quieres…? —Me fui apagando, un poco abrumada por haberme imaginado sobre el regazo de Aaron. «Soy una ridícula»—. ¿Necesitas hacer pis o algo? —Aaron frunció el ceño, se acomodó en el asiento y se inclinó hacia mí.

—Probablemente me arrepienta de preguntar esto, pero ¿por qué crees que lo necesito?

—Has aparcado delante de mi casa. Creí que quizá necesitabas ir al baño. Y, sinceramente, estaba deseando que no fuera para el

número dos. —Su pecho se infló, inhaló hondo y dejó salir el aire.

—No, no necesito ir al baño. —Me analizó como si no pudiera descifrar qué estaba haciendo ahí, en su coche, mientras yo me preguntaba exactamente lo mismo—. ¿Tienes una respuesta?

—¿Una respuesta? —Me congelé.

—A lo que te propuse. ¿Lo has pensado? Y, por favor, deja de fingir que no lo recuerdas. —«Maldita sea, otra vez esas palabras». El corazón me dio un vuelco y se me detuvo un segundo por el espanto.

—No estoy fingiendo —murmuré, haciendo exactamente lo que acababa de pedirme que no hiciera.

En mi defensa, tenía que ganar algo de tiempo para poder descifrar cómo… lidiar con esta situación. Y, todavía más importante, intentar entender por qué. ¿Por qué se ofrecía? ¿Por qué insistía? ¿Por qué se molestaba? ¿Por qué creía que podía ayudarme? ¿Por qué parecía sincero? ¿Por qué…? ¿Por qué?

Esperaba que hiciera algún comentario sarcástico o que pusiera los ojos en blanco porque me estaba haciendo la tonta, o incluso que retirara la oferta porque saltaba a la vista que me estaba haciendo la difícil a propósito y él no solía tener paciencia para esas cosas. O eso es de lo que quise convencerme. Pero de todas las cosas que pensaba que podían llegar a suceder, hizo la única para la que no estaba preparada.

—Iré contigo a la boda de tu hermana —dijo Aaron. Suspiró, abatido. Pestañeé. Parecía que estaba dispuesto a repetirlo las veces que hicieran falta hasta que le diera una respuesta.

Como si estuviera ofreciendo algo supersimple. Algo que implicara una respuesta sin demasiada consideración. Algo como: «¿Vas a querer postre, Lina? Sí, claro, quiero una porción de tarta de queso. Muchas gracias, Aaron». Su oferta no era para nada simple, lo más diferente a una tarta de queso que podía imaginar.

—Aaron. —Le disparé una mirada—. No hablas en serio.

—¿Por qué crees eso? —«No sé, ¿por todo?».

—Bueno, para empezar, eres tú. Y yo soy yo. Somos nosotros, Aaron. No puedes estar hablando en serio.

—Estoy hablando muy en serio, Catalina. —Pestañeé. Otra vez. Y me reí con amargura.

—¿Es un chiste, Blackford? Sé que el humor no es tu punto

fuerte, pero déjame decirte que no deberías aventurarte a hacer chistes si no tienes claro qué cosas son graciosas y cuáles no. Así que voy a ayudarte: esto no es gracioso. —Lo mire directamente a los ojos.

—No estoy bromeando. —Frunció el ceño.

Me lo quedé mirando un buen rato. *Nop*. No. No podía no estar bromeando. No podía decirlo en serio. Me llevé las manos al pelo, enredado y húmedo. Lo eché hacia atrás con un movimiento enérgico. Estaba lista para irme y, sin embargo, no podía moverme.

—¿Tienes otra opción? ¿Una mejor que yo? —Sus preguntas dieron justo en el clavo al que asumo que había apuntado cuando vio como se me hundían los hombros, abatidos—. ¿Tienes alguna otra opción?

No, no la tenía. Y que estuviera siendo tan directo no me hacía sentir mejor. El calor me subió a las mejillas y me quedé en silencio.

—Me lo tomaré como un no —dijo—. No tienes a nadie.

Fue como una patada en la boca del estómago. Intenté con todas mis fuerzas que nada de eso se me reflejara en la cara. No quería que Aaron Blackford sospechara lo tonta y patética que me habían hecho sentir sus palabras. Qué sola debía estar para que mi única opción fuera un compañero de trabajo al que ni siquiera le caía bien. Pero tenía razón. Y, por mucho que me doliera admitirlo, no tenía a nadie. Solo a Aaron. Él (y solo él) conformaba mi lista de opciones.

Pero primero tenía que decidir si iba a llevar a alguien a España. Ay, Dios. Mierda. ¿Se había dado cuenta de lo que había ocurrido en mi oficina? ¿Que le había dicho a mi madre que mi novio se llamaba Aaron? No. Negué con la cabeza. Era imposible. Imposible.

—No entiendo por qué estás haciendo esto —le dije, creo que fue lo más sincero que le había dicho en la vida. Suspiró y dejó escapar el aire muy poco a poco.

—Y yo no entiendo por qué te cuesta tanto creer que puedo hacerlo.

—Aaron. —Dejé salir una risita sofocada—. No nos llevamos bien. No tengo ningún problema con eso, no podríamos ser más… diferentes. Incompatibles. Y, si a duras penas conseguimos compartir el mismo espacio por más de unos minutos sin ser sarcásticos o querer arrancarnos la cabeza, ¿por qué piensas que

esto es una buena idea?

—Nos llevamos bien. —Tuve que contener una carcajada.

—De acuerdo, eso sí ha sido gracioso. Buen trabajo, Blackford.

—No estoy bromeando. —Frunció el ceño—. Y soy tu única opción. —Disparó otra vez. Maldita sea. Seguía teniendo razón en eso. Apoyé la espalda contra la puerta del acompañante mientras él seguía resoplando—. ¿Quieres ir sola a la boda? Porque soy el único que puede evitarlo.

Uf, realmente pensaba que estaba desesperada y que no tenía escapatoria. «Sí», dijo una voz en mi cabeza, «porque estás desesperada y no tienes escapatoria».

—De acuerdo —dije por lo bajo—. Digamos que te sigo el juego con esta idea ridícula. ¿Qué ganas si acepto tu oferta? —Me crucé de brazos y me di cuenta de que la ropa, todavía mojada, se había adherido a mi cuerpo—. Te conozco y sé que no vas a hacerlo por amor al arte. Tienes alguna motivación oculta. Una razón. Un objetivo. Seguro que quieres algo a cambio; si no, jamás me ayudarías. No eres esa clase de persona. Al menos, no conmigo.

Aaron tiró la cabeza hacia atrás de un modo casi imperceptible, pero yo sí me di cuenta. Se quedó en silencio un buen rato y casi pude escuchar cómo pensaba.

—Podrías hacer lo mismo por mí —dijo finalmente. «¿Lo mismo?».

—Tendrás que ser más específico, Blackford. ¿Tu hermana se casa? —Hice una pausa—. ¿Tienes hermanos? No tengo ni idea, pero bueno, supongo que eso tampoco importa. ¿Quieres que te acompañe a una boda?

—No —respondió. No sabía si se refería a los hermanos. Pero continuó—. No se trata de una boda, pero necesito una pareja.

¿Una pareja? ¿Por qué sonaba tan… tan… diferente cuando me lo pedía él? ¿Por qué sonaba tan tremendamente diferente cuando era Aaron el que necesitaba a alguien y no yo?

—Yo… —Me detuve, me sentía mal por un motivo que no entendía—. ¿Necesitas una pareja? —Lo señalé—. ¿Tú? ¿Una mujer que finja ser tu pareja?

—No tengo ninguna intención de aparecer con un chimpancé, como ya sugeriste. Así que, sí, una mujer. —Hizo una pausa, estaba empezando a fruncir el ceño—. Tú. —Cerré la boca y volví a abrirla

en un círculo, seguro que parecía un pez.

—Entonces quieres que yo —me señalé— finja ser tu novia.

—No he dicho eso…

—¿No tienes novia? —lo interrumpí, la pregunta brotó de mi interior.

—No. —Cerró los ojos un segundo y negó con la cabeza una sola vez.

—¿Ni siquiera alguien con quien quedas de vez en cuando? —Volvió a negar con la cabeza—. ¿Algo ocasional?

—No. —Suspiró.

—Déjame adivinar. No tienes tiempo para esas cosas.

Me arrepentí justo cuando lo dije, pero tenía curiosidad. Así que, quizá, si respondía, no me arrepentiría tanto. Se encogió de hombros y relajó un poco la espalda. Como aceptando que o me respondía por las buenas o le sacaría las palabras por las malas.

—Tengo tiempo, Catalina. Tengo mucho tiempo, de hecho. —Incluso en la oscuridad del coche, pude ver como sus ojos me atravesaban con una honestidad para la que no estaba preparada—. Pero me lo reservo para alguien que valga la pena.

Vaya humos, qué engreído. Y, para mi sorpresa…, *sexy*. Guau. Sacudí la cabeza. *Nop*. La única palabra con *s* con la que podría describir a Aaron Blackford era… sarcástico. Sobrado. Sospechoso. Sobrio. Quizá hasta sieso. Pero no *sexy*. *Nop*.

—¿Por eso no tienes pareja? —pregunté, esforzándome por sonar fría e indiferente—. ¿Porque tus estándares son tan altos como un rascacielos?

—¿Por eso tú no tienes con quien ir a la boda? —Me la devolvió sin perder ni un segundo.

—Yo… —Ojalá ese fuera el motivo y no pura estupidez, además de ser una mentirosa compulsiva sin instinto de autopreservación—. Es complicado, pero tengo mis motivos. —Dejé las manos sobre el regazo y mantuve la vista fija en el tablero.

—El que diga que hace las cosas sin motivo, miente.

—Entonces, ¿cuál es tu motivo? —pregunte sin apartar los ojos del plástico negro y suave que recubría el interior del coche—. ¿Qué te ha llevado a pedirme que finja ser tu pareja?

—Es una larga historia. —Aunque no lo estaba mirando, sentí como exhalaba. Parecía tan cansado como yo—. Es un compromiso

social. No puedo prometerte que vaya a ser divertido, pero es por una buena causa. —Hizo una pausa. No hablé, me limité a procesar los escasos indicios que me había dado—. Te lo contaré todo si aceptas acompañarme, por supuesto.

Giré la cabeza en su dirección y vi que tenía los ojos azules fijos en mí. Una parte me desafiaba y la otra se mantenía expectante. La posibilidad de averiguar cosas sobre la desconocida (y posiblemente inexistente) vida personal de Aaron Blackford era una tentación. Sabía cómo convencerme. «Bien jugado, Blackford».

—¿Por qué yo? —pregunté como una estúpida polilla que se acerca demasiado a la luz—. ¿Por qué no otra persona?

—Porque, si algo he aprendido en estos meses, es que eres la única mujer que conozco que estaría dispuesta a hacer una locura como esta —respondió sin vacilar ni apartar la mirada—. Y puede que tú también seas mi única opción.

No me lo tomé como un cumplido porque sabía que no lo era. Acababa de llamarme «loca». Pero joder, algo (algo en la manera en la que lo había dicho, algo en ese día tan raro y en el modo inesperado en el que se habían desencadenado los hechos para dejarme claro que, al igual que yo, él también necesitaba a alguien) me había hecho bajar la guardia.

—Sabes que tendrías que pasar un fin de semana en España conmigo, ¿no?

—Sí —asintió.

—Y a cambio, ¿solo quieres una noche? ¿Una noche en la que tendré que fingir que soy tu pareja?

Volvió a asentir y, esta vez, algo se endureció en su mirada. Cerró la mandíbula y formó una línea con los labios. Conocía esa expresión. Había discutido con esa mirada muchas veces.

—¿Tenemos un trato? —dijo finalmente.

¿Nos habíamos vuelto locos? Nos miramos en silencio mientras yo rumiaba una respuesta. Mis labios se movían sin emitir sonido alguno, hasta que logré hablar.

—De acuerdo. —Sí, definitivamente nos habíamos vuelto locos—. Trato hecho.

—Trato hecho —repitió, y una sonrisa atravesó su rostro.

Sí, locos de remate.

Este pacto era un territorio desconocido entre nosotros. De

pronto, el aire parecía ser más espeso y me costaba respirar.

—Está bien. De acuerdo. Bueno. —Pasé un dedo por la superficie impecable del salpicadero—. Entonces, tenemos un trato. —Sentí como mi ansiedad se multiplicaba a cada segundo que pasaba dentro de ese coche y me dediqué a inspeccionar una partícula de polvo imaginaria—. Hay muchos detalles que deberíamos discutir. —Para empezar, el hecho de que iba a tener que fingir que era mi novio y no solo mi acompañante. O el hecho de que iba a tener que fingir estar enamorado de mí—. Pero primero cuéntame un poco más de este evento al que tengo que acompañarte. ¿Cuándo es?

—Mañana. Pasaré a buscarte a las siete.

—¡¿Mañana?! —Se me tensó todo el cuerpo. Aaron se acomodó en su asiento para alejarse de mí.

—Sí. Tienes que estar lista a las siete, en punto —enfatizó esto último. Estaba tan sorprendida que ni siquiera puse los ojos en blanco cuando siguió dando órdenes—. Sería ideal que llevases un vestido de gala. —Encendió el coche con la mano derecha—. Ahora ve a descansar, Catalina. Es tarde y se nota que necesitas dormir un poco. —Su mano izquierda se desplomó sobre el volante—. Mañana hablaremos del resto.

Por algún motivo, las palabras de Aaron no me llegaron al cerebro hasta que cerré la puerta principal y solo pude terminar de procesar su significado cuando escuché el motor de su coche avanzar y desaparecer en la lejanía.

Tenía una cita. Una cita falsa. Con Aaron Blackford. Y necesitaba un vestido de gala.

Capítulo 6

NO ME IBA A PONER histérica. *Nop*. Mi piso parecía un campo de batalla, pero yo estaba relajada. ¿La explosión que había ocurrido en mi armario? Prácticamente controlada.

Me miré en el gran espejo que había colocado contra una de las paredes de mi estudio, con el que me había prometido que iba a ser el último vestido que me probara. El problema no era que no tuviese ropa, era mucho más simple que eso. La raíz de la crisis (y, hasta ahora, el mayor dolor de cabeza del mes, que, teniendo en cuenta todo lo que me había ocurrido, era mucho decir) era que no sabía para qué me estaba vistiendo.

«Tienes que estar lista a las siete, en punto. Sería ideal que llevases un vestido de gala».

No tenía ni la más remota idea de por qué no había insistido para que me diera más detalles, pero era un error al que ya estaba acostumbrada. Era como solía abordar las cosas. Me tiraba a la piscina y ya. Ese era el motivo por el que me metía en líos de los que después no sabía salir. Prueba número uno: la mentira. Prueba número dos: lo que la mentira implicaba. En otras palabras, el trato que había hecho con alguien a quien nunca, ni en mis peores sueños (mejor dicho, pesadillas), pensé que iba a necesitar ni que iba a necesitarme a mí: Aaron Blackford.

«*Loca*», murmuré para mis adentros mientras desabrochaba otro vestido. ¿Lo podía considerar de gala? «*Me he vuelto loca. He perdido la maldita cabeza*». Me lo quité por las piernas, lo arrojé a la pila de vestidos descartados que crecía encima de la cama y cogí la bata. La de peluche rosa, porque necesitaba algo reconfortante y esa era la forma más rápida de conseguirlo. Era esto o darme un atracón de galletas.

Me masajeé las sienes mientras contemplaba el estado en que se encontraba mi piso. Normalmente me encantaba no tener paredes que dividieran la sala de estar, el dormitorio y la cocina. En general, me gustaba vivir en un estudio; aunque fuera pequeño, no dejaba de estar en Brooklyn. Pero ahora que veía el desastre que había montado, me dio un poco de rabia no tener algo más de espacio o paredes que limitaran el desastre a una sola habitación.

Había ropa, zapatos y bolsos desparramados por todos lados: en la cama, en el sofá, en las sillas, en el suelo, en la mesita de café; no se había salvado nada. El piso que solía mantener tan ordenado y que había decorado con tanto esmero, en tonos de blanco y crema, con algunos detalles *boho* (como la hermosa alfombra tejida que me había costado más de lo que estaba dispuesta a admitir), ahora parecía un campo de batalla más que una casa. Quería gritar.

Me ajusté el cinturón de la bata y cogí el móvil.

Faltaban dos horas para las siete en punto y estaba desesperada. Si las cosas seguían como hasta ahora, iría desnuda.

No tenía ningún vestido de gala. Porque era tonta. Porque no sabía para qué me estaba vistiendo y no había preguntado.

Ni siquiera tenía el número de Aaron para pedirle auxilio y enviarle algunos emoticonos pasivo-agresivos para dejarle claras mis intenciones. No solía fraternizar con mis enemigos, así que nunca había necesitado su número. Hasta ahora, aparentemente.

Tiré el móvil encima de la pila de vestidos descartados y me dirigí a la calidez de la sala de estar. Cogí el portátil, que había dejado encima de la mesita de café redonda y blanca que había comprado en una tienda de antigüedades un par de semanas atrás, y me desplomé en el sofá. Acomodada entre los suaves cojines, entré al correo de la empresa.

Era mi último recurso. Con un poco de suerte, ese adicto al trabajo estaría sentado delante del ordenador, aunque fuera sábado.

¿Este trato no era una especie de… acuerdo de negocios? Tenía que ser así. No éramos amigos (ni siquiera nos llevábamos bien), así que solo podía ser un acuerdo por conveniencia. Un favor entre colegas. Sin tiempo que perder, empecé a escribir:

De: cmartin@InTech.com
Para: ablackford@InTech.com
Asunto: ¡Solicitud de información urgente!

Señor Blackford,

Estaba irritada (sí, conmigo misma, pero también con él) y no estaba de humor para llamarlo por su nombre.

En relación a nuestra última conversación, sigo a la espera de que me comunique los detalles de la próxima reunión. Me encuentro sin nada de información y, si la situación sigue así, eso constituiría un incumplimiento del contrato previamente discutido y acordado.

Había visto todas las temporadas de *Gossip Girl* y sabía las terribles consecuencias que podía acarrear no llevar la vestimenta adecuada a un compromiso social en la maldita ciudad de Nueva York.

Es de vital importancia que comparta la información solicitada tan pronto como sea posible.

Quedo atenta a su respuesta.

Saludos cordiales,

Lina Martín

Sonriendo para mis adentros, le di a enviar y vi como el correo abandonaba el buzón de salida. Miré la pantalla, esperando que apareciera su respuesta. Después de actualizar la página tres veces sin obtener resultados, la sonrisa se había borrado. A la quinta, se me empezaron a formar pequeñas gotas de sudor en la nuca (la bata

tampoco ayudaba). ¿Y si no respondía? O, incluso peor, ¿y si todo esto era una broma? Una forma malvada de fastidiarme y hacerme creer que iba a ayudarme. Como en *Carrie*. «No, Aaron nunca haría algo así», decía una voz en mi cabeza.

Pero ¿por qué no? Tenía pruebas suficientes como para demostrar que Aaron era capaz de algo así. ¿Por qué creía que lo conocía? Por favor, era una persona que iba a compromisos sociales por una buena causa. No lo conocía. Mierda. Necesitaba esas galletas. Me iba a permitir el capricho.

Cuando volví al ordenador, con un paquete de galletas en la mano y la boca llena de un consuelo dulce y mantecoso, la respuesta de Aaron me estaba esperando. Un pequeño suspiro de alivio abandonó mis labios. Mordí otra galleta y abrí el correo.

> De: ablackford@InTech.com
> Para: cmartin@InTech.com
> Asunto: Re: ¡Solicitud de información urgente!
>
> Estaré allí en una hora.
>
> Saludos,
>
> Aaron

—¿Qué coñ…? —Una galleta atragantada y la consecuente tos me impidieron terminar la frase. Aaron estaba en camino. A mi piso. Llegaría en una hora. Una antes que lo que habíamos acordado.

Fui a la cocina en busca de agua, miré a mi alrededor e intenté procesar la magnitud del desastre. Mierda. No debería importarme, lo sabía. Pero ¿permitir que Aaron lo viera? De ninguna manera. Prefería ahogarme con otra galleta antes que darle pie a criticarme. No lo soportaría.

Apoyé el vaso en la encimera y, sin perder un solo segundo, me puse manos a la obra. Una hora. Tenía sesenta minutos (conociendo a Aaron, ni uno más ni uno menos) para arreglar esta escena del crimen.

Me pasé toda la hora intentando dejar el piso mínimamente presentable. Cuando sonó el timbre, seguía pareciendo un peluche

gigante, y mi frustración había aumentado.

—La puntualidad de este imbécil… —murmuré para mis adentros mientras arrastraba los pies hacia la puerta—. Ni que fuese británico.

Le abrí con el portero automático mientras me arreglaba el moño. Me esmeré en relajarme. «Te está ayudando. Sé amable», me dije. «Lo necesitas».

Llamaron a la puerta. Esperé dos segundos y respiré hondo, preparándome para ser tan amable como me fuera posible. Giré la cerradura y cambié mi expresión a una neutral mientras abría.

—Aaron —dije con un tono seco—. Yo… —Iba a decir más cosas, pero se desvanecieron. Junto con mi expresión neutral. Me quedé boquiabierta—. Yo… —Volví a mirar. No encontraba las palabras. Me aclaré la garganta—. Yo… Ho-hola. Vaya. —Aaron se me quedó mirando, divertido, yo solo podía pestañear y desear no tener los ojos tan abiertos como los sentía.

Pero ¿cómo no iban a estarlo? ¿Qué ojos eran capaces de mantener su tamaño normal con lo que tenía delante? Ese no era Aaron. No. Ni de coña. Era un hombre al que nunca había visto. Una versión de Aaron diferente a la única que conocía. Este Aaron era… guapísimo. Y no en plan «es mono». Este Aaron era elegante. Iba bien vestido. Era atractivo de un modo abrumador, rollo «señoras y señores, cojan los abanicos».

Mierda, ¿por qué iba así vestido? ¿Dónde había quedado el Aaron que llevaba pantalones aburridos y camisas abotonadas hasta arriba al que había apuntado en mi lista negra y archivado con la etiqueta *no tocar*? Una sola mirada y había empezado a tartamudear.

Pestañeé y encontré la respuesta justo delante de mis narices. Ese cuerpo alto y esculpido al que no debería estarle prestando tanta atención llevaba un traje negro. No, no era un traje. Era un esmoquin. Un maldito esmoquin más digno de una alfombra roja que del umbral de mi piso de Brooklyn.

No encajaba aquí, conmigo. Ni su pelo oscuro, ni la camisa de un blanco imposible, ni la pajarita, ni la mirada azul profundo que analizaba mi rostro y mi expresión, ni el esmoquin de estrella de cine, y mucho menos las cejas oscuras que se fruncían en medio de la frente.

—¿Qué diablos llevas puesto? —pregunté con una exhalación—. ¿Es una broma? ¿Qué te dije sobre ser gracioso, Aaron?

—¿Qué llevo puesto yo? —Vi como sus ojos se alejaban de los míos y bajaban por mi cuello, mirándome de arriba abajo varias veces—. ¿Yo? —Algo cambió en su expresión, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—Sí… —Me sentía extremadamente expuesta e incómoda. Esperé a que su mirada volviera a mi cara, sin saber qué hacer ni decir—. ¿Qué es eso? —susurré en voz alta.

—Me veo obligado a hacer la misma pregunta. —Apuntó uno de sus largos dedos hacia mí—. Puede que no fuese muy específico, pero me imaginé que eras lo suficientemente inteligente como para no pensar que iba a llevarte a una fiesta de pijamas.

Tragué, consciente de que me estaba poniendo roja. Pero negué con la cabeza. Eso era bueno. Sabía cómo manejarme con este Aaron. Podía hacerlo. Por el contrario, no tenía ni idea cómo abordar al que me había dejado sin palabras y sin aire.

—Ah, ¿crees que debería cambiarme? —Levanté los hombros. Cogí el dobladillo de la bata rosa e intenté no pensar en lo ridícula que me sentía intentando ocultar lo que realmente sentía detrás de una aparente sagacidad—. No quería destacar en la fiesta de pijamas. ¿Crees que habrá aperitivo? —Se lo pensó un segundo.

—¿No te estás asando? Eso es mucho *velour* para una persona tan pequeña. —¿*Velour*?

—Y eso es mucho conocimiento sobre telas para una persona que solo tiene dos tipos de prendas en su armario.

Algo atravesó su rostro, pero no logré descifrarlo a tiempo. Cerró los ojos un segundo. Estaba irritado. Su paciencia lo estaba abandonado. Lo sabía. «No lo conseguirá. Estamos perdidos».

—Primero —dijo, recuperando la compostura—, me estás mirando descaradamente. —Una ola de calor me subió a las mejillas. Me había pillado—. Después me has regañado por lo que llevo puesto. Y ahora criticas mi estilo. ¿Me vas a invitar a pasar o siempre recibes a tus invitados en el umbral y los insultas?

—¿Quién ha dicho que seas mi invitado? —Sin ocultar mi fastidio, me di la vuelta, me alejé y lo dejé en la puerta—. Te has invitado tú solito —dije por encima del hombro—, así que supongo que no necesitas que te invite a pasar, ya eres un niño grande.

—¿Niño grande? Cerré los ojos, agradecida de estar dándole la espalda.

Sin creerme que acabara de llamarlo «niño grande», fui a la cocina y abrí la nevera. El aire frío me hizo sentir un poco mejor. Miré el interior un minuto y, finalmente, me di la vuelta con una sonrisa falsa. Aaron Blackford (y su esmoquin) estaban apoyados contra la isla angosta que separaba la cocina de la sala de estar. Tenía la mirada fija en algún punto por encima de mis rodillas. Seguía analizando mi atuendo. Parecía encontrarlo escandalosamente intrigante.

Me di cuenta de que me molestaba. El modo en que me miraba me hacía sentir fuera de lugar, y eso que yo estaba en mi casa y él era el intruso que había aparecido una hora antes. Era una estupidez, pero me hacía recordar lo pequeña que me había sentido cuando lo escuché hablar con Jeff nada más llegar a la empresa. O cuando casi tira a la basura la taza que le regalé, sin molestarse en ocultarlo. O todas las observaciones y comentarios que me había hecho los últimos dos años.

Rosie tenía razón; no podía dejarlo pasar. Me aferraba al resentimiento como si mi vida dependiera de ello. Como si este fuera una puerta flotando en el mar y yo no llevara chaleco salvavidas.

—Parece bastante inapropiado para el verano. —Aaron señaló mi bata con la cabeza.

Tenía razón. Me estaba asando viva, pero necesitaba el confort de la bata. Lo imité y me apoyé en la encimera.

—¿Puedo ofrecerte algo, Anna Wintour? ¿O quieres seguir enumerando los motivos por los que mi bata te escandaliza? —Reprimió una sonrisa. A mí nada de esto me hacía gracia—. ¿Agua? —Seguía completamente quieto, menos sus comisuras, que seguían luchando contra una sonrisa—. Hubiese sido más fácil —dije mientras le acercaba una botella de agua y cogía una para mí— si me hubieses contestado al correo. No hacía falta que vinieras tan pronto.

—Lo sé. —Por supuesto que lo sabía—. Te he hecho un favor viniendo antes.

—¿Un favor? —Entrecerré los ojos—. Ni que me hubieras traído churros.

—Me lo apunto —dijo, y parecía que lo decía en serio. Justo cuando abrí la boca para preguntarle a qué se refería, continuó—. ¿Por qué no me has llamado en lugar de mandar ese correo tan… rebuscado? Nos hubieras ahorrado tiempo a ambos, señorita Martín —dijo con el ceño fruncido.

Ja, sabía que había dado en el clavo al llamarlo «señor Blackford».

—De acuerdo, para empezar, no te he pedido que vinieras. Ha sido cosa tuya. —Abrí la botella y di un sorbo—. Además, ¿cómo iba a llamarte si no tengo tu número, listillo? —Lo miré por encima de la botella. Sus cejas oscuras se inclinaron.

—Deberías tenerlo. En el último evento de *team-building* nos pasamos los números personales. Yo tengo el tuyo. Tengo el de todo el mundo.

Bajé la botella lentamente y volví a enroscar el tapón.

—Pues yo no tengo el tuyo. —Me había negado a guardar el número de Aaron porque, de nuevo, era una resentida. No me enorgullecía, pero esa era la verdad—. ¿Para qué iba a necesitarlo? —Lo vi analizar mis palabras antes de negar con la cabeza. Se separó de la isla de la cocina y se enderezó.

—Dime qué es eso tan importante. —Reencauzó la conversación—. ¿Cuál es esa información que tenía que enviarte con tanta urgencia?

—No puedo elegir un vestido si no sé dónde vamos —señalé con el ceño fruncido—. Esto es de Vestimenta 101.

—Pero si ya te lo dije. —Levantó una ceja—. Es un compromiso social.

—Eso fue lo que dijiste. —Apoyé la botella en la encimera y entrelacé las manos—. Pero no es suficiente información. Necesito más detalles.

—Ropa de gala —respondió el cabeza dura de ojos azules—. ¿Cómo no va a ser eso información suficiente para elegir un vestido?

—¿Información suficiente? —repetí muy despacio y me llevé la mano al pecho, como si jugase con un collar de perlas imaginario.

—Sí —asintió.

—Las respuestas de una o dos palabras no son información suficiente, Aaron —dije con tono de burla. No podía creerlo, de

verdad pensaba que estaba siendo coherente.

Me costaba aceptarlo después de que se presentara vestido como si fuese a una de esas galas del Upper East Side donde la gente no se toca las mejillas al darse dos besos y habla de sus vacaciones en los Hampton. ¿En qué cabeza cabe que yo tuviese algo para ir a un evento así?

—¿Qué parte no entiendes? ¿«Noche» o «gala»? —Se metió las manos en los bolsillos—. Existe una prenda para ir a este tipo de eventos: los vestidos.

—¿En serio me estás explicando eso? —Pestañeé—. Eres tan… —Sacudí los puños en el aire, a punto de tirarle algo—. Ufff.

Se metió las manos en los bolsillos mientras me miraba. Estaba tan… guapo y elegante. Seguro que se dio cuenta de mi expresión porque le cambió la mirada.

—Es un evento para recaudar fondos que se hace todos los años. —Mi boca se abrió cuando escuché ese detalle crucial—. Tendremos que ir a Manhattan. A Park Avenue para ser más exacto. —No, no, no, no. Eso parecía pijo de cojones—. Es un evento de etiqueta, así que tendrás que vestirte con algo formal. Un vestido de gala. —Me miró de arriba abajo con desconfianza y, finalmente, se detuvo en mis ojos—. Como te dije desde un principio.

—Aaron —dije entre dientes—. *Mierda. Joder*. —Las groserías en español se me escaparon de la boca—. ¿Un evento para recaudar fondos? Eso es muy… de ricos. —Sacudí la cabeza, tanto que casi se me deshace el moño—. No, mentira, suena a «soy tan rico que me limpio el culo con billetes». Y, no, no quiero juzgar antes de tiempo, pero por Dios —dije mientras daba vueltas por mi pequeña cocina—. Podrías haberme avisado. Podrías habérmelo dicho ayer, ¿no? Hubiese ido de compras, Aaron. Hubiese preparado, no sé, algunas opciones para que pudieras elegir. No tengo ni idea de lo que haré ahora. Tengo algunos vestidos formales, pero no son… adecuados. —Ya eran las seis pasadas.

—¿Te hubieses tomado todas esas molestias para esto? —Puso una expresión que no estaba acostumbrada a ver en él. Pero su boca enseguida volvió a la posición habitual—. ¿Por mí? —Me detuve en seco.

—Sí. —¿Por qué se sorprendía?—. Claro que sí. —Analicé su rostro y me di cuenta de cómo me miraba—. En primer lugar,

hubiese odiado llegar a tu «evento de recaudación de fondos» —hice comillas con los dedos— vestida como un payaso. Aunque no lo creas, me queda algo de vergüenza y amor propio. —Los ojos de Aaron seguían brillando de un modo que me ponía nerviosa—. Y, en segundo lugar, no quiero que luego quieras vengarte y lo utilices en mi contra en la boda de mi hermana. O acusarme de infringir una cláusula y dar por terminado nuestro acuerdo ahora que cuento con que me acompañes a España. Yo… —Arrastré las palabras y perdí fuerza en la voz—. Te necesito, ¿sabes? —La última frase se me escapó y no fui consciente de lo que acababa de decir hasta que fue demasiado tarde y ya no podía retractarme.

—Nunca haría eso. —La velocidad con la que respondió me pilló por sorpresa—. No te dejaré en la estacada. Tenemos un trato. —Alejé la mirada. Lo que acababa de admitir me hacía sentir vulnerable. Me concentré en sus manos: las había sacado de los bolsillos y ahora descansaban a ambos lados de su cuerpo—. No lo haré, Catalina. —Lo escuché decir—. Ni aunque hagas que me arrepienta, y sé bien que sabes cómo hacerlo.

Tenía la sensación de que había sido sarcástico a propósito. Solo un poco, para tentarme a responder. Pero por alguna razón, no lo hice. Sus palabras parecían sinceras. Aunque no podía saberlo con certeza. No podía olvidarme de nuestra historia. De todos los golpes, codazos y empujones. De todas las formas que habíamos descubierto para lograr que el otro nunca pudiera olvidarse de lo mal que nos caíamos.

—Lo que tú digas, Blackford. —No sonaba como si le creyera, pero no me quedaba otra opción—. No tengo tiempo para esto. —Ni siquiera estaba segura de qué era «eso». Me llevé las manos al cuello y me lo masajeé, intentando poner la mente en blanco—. Solo… ponte cómodo. Veré qué puedo encontrar para este evento al que asistiremos.

Me dirigí hacia él, su complexión ancha me impedía pasar a la sala de estar. A un paso de distancia, me detuve, miré hacia arriba y levanté una ceja para pedirle que se apartara. Aaron me miró desde su altura, sus ojos recorrieron toda mi cara, bajaron por mi garganta, mi cuello, hasta dónde me había masajeado. Cuando sus ojos volvieron a los míos, vi algo que no había visto antes.

Nos quedamos cerca, mis pies descalzos prácticamente rozando

la punta de sus zapados. Sentí cómo se agitaba mi respiración al darme cuenta. Mi pecho se inflaba y desinflaba un poco más rápido a cada segundo que pasaba bajo su escrutinio. Me resistí a desviar los ojos y le sostuve la mirada. Con la cabeza inclinada hacia atrás, me pareció más alto que nunca. Como si hubiera crecido un par de centímetros. Era imposible dejar de mirarlo, enfundado en ese esmoquin que lo hacía parecer más alto y grande. Era imposible no querer perderse en cada detalle.

Su lengua recorrió el labio superior y me hizo desviar la vista a su boca. Los labios gruesos brillaron bajo la luz de mi cocina. El calor empezaba a recorrerme la piel bajo la estúpida bata. Estar tan cerca de él, verlo y tener que procesar tantas cosas al mismo tiempo hacía que ese calor se volviera insoportable.

Volví a sus ojos, que me estaban estudiando. Había algo atrapado, escondido detrás de esa mirada. Aunque solo fue un segundo, se inclinó unos centímetros en mi dirección. Aunque no sé si había sido producto de mi imaginación. Tampoco importaba.

—Lo digo en serio —dijo con voz grave; puede que un poco ronca, ahora que la escuchaba de cerca. Hacía rato que había perdido la capacidad de pensar con claridad, pero sabía de qué hablaba. Por supuesto que lo sabía. Exhaló con suavidad, el aliento le olía a menta—. No tomaré ningún tipo de represalia. Sé lo importante que es para ti la boda de tu hermana. —La sinceridad de sus palabras me impactó todavía más que la cercanía de nuestros cuerpos. Me quedé boquiabierta, el estómago me dio un vuelco—. No voy a romper mi promesa. Nunca lo hago.

¿Aaron Blackford intentaba tranquilizarme? ¿En serio? ¿Me estaba prometiendo que, sin importar lo que hubiese entre nosotros, podía estar tranquila? ¿Que cumpliría su promesa? ¿Que no se arrepentiría? ¿En serio estaba haciendo todo eso? Porque era lo que parecía. Eso solo podía significar dos cosas: o leía la mente (esperaba que no fuera el caso) o puede que Rosie no estuviera equivocada. Quizá Aaron no era tan malo. Quizá me había equivocado. Yo… no sabía qué decir. No sabía qué hacer. Y, cuanto más tiempo pasaba en silencio, después de que él se hubiera abierto de esa forma, más crecería el calor y la confusión, y más me costaba pensar con claridad.

—¿Lo has entendido, Catalina? —insistió. La calidez me invadió

todo el cuerpo.

«No», quería decir, «no entiendo nada de lo que está pasando». Pero aunque mi garganta se movió, las cuerdas vocales no emitieron ningún sonido. Se me escapó un sonido extraño que hizo que necesitara aclararme la garganta.

—Tengo que ponerme en marcha —conseguí decir—. O me visto ya o llegaremos tarde.

Con un movimiento sorpresivamente ágil para alguien de su tamaño, Aaron se apartó. Se situó en un rincón, era demasiado alto y ancho para mi piso. Ocupaba demasiado espacio y me provocaba un hormigueo incómodo. Sobre todo cuando pasé por su lado y mi hombro, cubierto por la bata, le rozó el pecho. Un pecho tremendamente sólido. Todo el calor que sentía me subió a la cara.

«Basta». Avancé a pesar de que me flaqueaban las piernas y tenía la piel pegajosa. «Solo necesito quitarme esta bata», dije confiada, tirando del cuello. «Es la culpable de este calor».

Me obligué a pensar en otra cosa. Como… en vestidos. No en Aaron. No en Aaron con esmoquin. O en su pecho. O en cualquier otra parte de su cuerpo. Tampoco en lo que había dicho. Pero mi cabeza empezó a girar y quise mirar hacia atrás. Mirarlo.

«No».

Llegué al armario y abrí las puertas. Me centré y me puse a hurgar entre mis cosas en un intento de encontrar cualquier prenda que pudiera estar a la altura de las circunstancias. Desde las profundidades de mi armario, rescaté el único vestido con el potencial para salvarme. Cogí un par de tacones que reservaba para ocasiones especiales, algunos accesorios y fui al baño. De camino, miré a Aaron de reojo. Deambulaba cerca del sofá de terciopelo azul (que parecía enano a su lado) mientras miraba el móvil. No levantó la cabeza cuando pasé por su lado. Bien. Lo prefería a que husmeara en mi ropa o presumiera de cuerpo delante de mí. Tenía que ser el esmoquin. Este comportamiento (esta reacción que me causaba) no era normal.

—Voy a… cambiarme aquí —dije por encima del hombro al hombre que parecía ocupar todo el espacio—. Ponte… cómodo.

Dentro de la única habitación separada del resto por paredes (el baño), me sentí más tranquila. Mi temperatura corporal bajó. No tenía pestillo, así que solo cerré la puerta, colgué el vestido de la

barra de ducha y empecé a maquillarme y peinarme.

Al cabo de una eternidad (y, al mismo tiempo, no el tiempo suficiente), quedé conforme con el resultado. La mujer que me miraba desde el espejo de cuerpo entero (que me había empeñado en instalar en el baño) llevaba un vestido sin mangas largo hasta el suelo de un color entre el negro ónix y el azul noche. El corte y la tela eran bastante sencillos (no podía considerarse un vestido de gala), pero el tajo que subía hasta la mitad del muslo le daba un toque de elegancia; aunque la verdadera estrella era el escote, que, pese a que no dejaba ver nada de piel (porque se cerraba justo debajo del cuello), estaba bordado con unas piedras blancas que parecían perlas. Era precioso. Y el motivo por el que lo había comprado por impulso hacía unos meses. No solo no había tenido oportunidad de estrenarlo, sino que también había olvidado que lo tenía.

Comprobé los rizos que me caían por encima de los hombros. No eran perfectos, pero no estaban mal. Pensé en pintarme los labios de rojo, pero tampoco quería pasarme. Prefería guardarme esa carta para cuando tuviera una cita de verdad.

Suspiré despacio y sentí un pinchazo en el pecho. Llevaba una eternidad sin salir con alguien. No porque sintiera que no merecía estar con alguien o no pensase que soy atractiva. Había tenido un par de citas desde que me había mudado a Nueva York, pero había dejado de intentarlo. ¿El problema era yo? Parecía que, al irme de España, hubiera perdido la confianza y la voluntad de volver a enamorarme.

Mientras me miraba en el espejo me di cuenta de que no recordaba la última vez que había puesto tanto esmero en mi ropa, pelo y maquillaje. Deseaba no haberlo recordado porque hacía mucho tiempo que había prometido dejar de autocompadecerme. Juré que nunca más seguiría ese camino.

Entonces, ¿por qué me sentía así? ¿Cómo había llegado a este punto? Al punto en que, por primera vez en meses, prestaba atención a mi apariencia, y por alguien que ni siquiera quería algo conmigo. Una cita falsa. Un trato. Una especie de negocio. Dios mío, ¿cómo había llegado al punto de necesitar inventarme una pareja para no sentirme una completa fracasada? Mis miedos se hicieron más presentes que nunca. Estaba rota. Estaba…

Un golpe en la puerta me devolvió a la realidad y me recordó que alguien me esperaba al otro lado. Y, si los golpes eran una pista, se estaba impacientando.

—¿Te falta mucho, Catalina? —La voz grave de Aaron atravesó la puerta—. Llevas mucho rato ahí dentro.

Miré el pequeño reloj que tenía en uno de los estantes del baño: siete menos cuarto. Me quedaban quince minutos, según la hora a la que iba a pasar a buscarme. Negué con la cabeza. Otro golpe. Esta vez más fuerte. Más impaciente.

—¿Catalina?

Decidí responderle con silencio. Alguien tenía que demostrarle que no siempre podía salirse con la suya. Además, me había prometido quince (de acuerdo, catorce) minutos más.

Todavía con el corazón encogido, deslicé un pie en el tacón y lo puse sobre la tapa del retrete para abrochármelo. Me tomé mi tiempo. Seguí con el izquierdo. Me quedaban algunos minutos y planeaba…

El tercer golpe nunca llegó. La puerta se abrió de par en par, me sobresalté y me encontré delante de un hombre muy inquieto. Sus ojos azules, agitados, se posaron sobre los míos.

—Catalina. —Vi una pizca de alivio en esos lagos de impaciencia—. ¿Por qué no has respondido? Llevas una hora aquí metida.

Recorrió todo el largo del vestido con los ojos y fue endureciendo la expresión a cada centímetro. Comprobé como se le tensaba la mandíbula mientras su mirada volvía a encontrarse con la mía.

¿Estaba… enfadado? La vocecita de mi cabeza decía que, por la forma en que me miraba, se arrepentía de haberme pedido que lo acompañara. Ignoré el nudo que se me había formado en la boca del estómago y me dejé atrapar por la primera emoción que me invadió. Una que me era familiar cuando se trataba de él.

—Aaron Blackford —siseé intentando recuperar la voz—. ¡¿Qué demonios te pasa?! —Inflé y desinflé el pecho—. ¿No sabes llamar?

—He llamado. —Su tono era tan firme como su expresión—. Dos veces. —Esa estúpida voz grave retumbó por todo el baño.

—Podría haber estado desnuda, ¿sabes?

—Pero no lo estás —dijo, todavía firme. Se movió para quedar

justo delante de mí, sin soltar el pomo de la puerta. Lo cogía con tanta fuerza que me pregunté si el metal resistiría—. Definitivamente no estás desnuda.

Su expresión se ensombreció cuando nos miramos. Cuanto más tiempo pasaba, más me sudaban las palmas. «Dios, ¿qué está pasando?». El corazón me latió más rápido mientras el aire se llenaba de una tensión que no llegaba a comprender. Era sofocante. Más de lo que lo había sido en la cocina. Tanto que pude sentir como mis defensas caían, toda clase de pensamientos me azotaban la mente y no tenía nada para protegerme de los golpes.

—¿Hay…? —Rompí el silencio con la voz agitada—. ¿Hay algún problema? —Negó con la cabeza una vez y recorrió mi cuerpo muy rápido con los ojos.

—Has encontrado un vestido.

—Sí —admití, bajando la vista—. Ha pasado tanto tiempo desde mi última cita que me había olvidado de que lo tenía. —Vi como le cambiaba la expresión y me hizo sentir muy estúpida por lo que acababa de decir—. Da igual. Tampoco llevaría esto a una cita. Es el único vestido de gala que tengo, así que espero que sirva. —Me pasé las manos sudorosas por la falda, pero me detuve cuando me di cuenta de que podía ensuciar la tela.

—Servirá —dijo.

«¿Servirá?». No sé qué esperaba que dijera, pero mentiría si dijera que no me molestó un poquito.

—Perfecto —respondí y aparté la mirada, no quería dejar caer los hombros—. Podemos irnos. —Se quedó donde estaba, sin decir nada—. Vamos. —Insistí, forzando una sonrisa—. No querrás llegar tarde, ¿no?

Unos segundos después, se apartó sin mirarme a los ojos, y lo agradecí. No estaba lista para volver a mirarlo. Salí del baño con solo dos cosas en mente. Uno: no volvería a rozarle el pecho con el hombro. Y dos: no había ningún motivo para sentirme ofendida por lo que acababa de decir Aaron Blackford.

Capítulo 7

DESPUÉS DE QUINCE MINUTOS EN absoluto silencio dentro del coche, decidí que ya no lo aguantaba más. No estaba de humor para charlar de cualquier cosa y sabía que quedarme esperando a que Aaron dijera algo era como esperar que saliera agua de las piedras. Iba a tirarme del coche en marcha si no rompía ese silencio.

—Con que recaudación de fondos… —Mis palabras resonaron demasiado altas en el pequeño espacio. Aaron asintió, mantuvo la mirada fija en el camino y ambas manos en el volante—. Supongo que es para una buena causa. —Volvió a asentir—. ¿Y se organiza todos los años? —Un gruñido afirmativo. Si no empezaba a hablar, si no decía algo, no iba a ser yo la que saltase del coche: lo tiraría a él—. Y… —Necesitaba una pregunta que no pudiera responder con sí o no—. ¿Cómo se recaudan los fondos? —Pareció considerarlo y casi pensé que iba a tener que rogarle.

—Una subasta. —Por fin.

—¿Y qué se subasta? —Jugueteé con el sencillo brazalete de oro que llevaba en la muñeca, a la espera de una respuesta que nunca llegó—. ¿Arte? —Hice girar la delicada joya—. ¿Clases de golf? —Otro giro—. ¿Un yate? —Lo miré. Nada. Sin respuesta—. ¿La ropa interior de Elvis Presley? —Con eso conseguí una reacción. Me miró, confundido, antes de volver a centrarse en el camino—.

¿Qué? —Me encogí de hombros—. Te informo de que alguien subastó la ropa interior que había usado Elvis en un concierto que dio en los setenta. Sucia. —Aaron negó con la cabeza. Seguro que eso había escandalizado al Señor Correcto, pero seguía sin hablar, así que tuve que volver a llenar el silencio—. No te preocupes. Nadie la compró. —Estudié su perfil en búsqueda de algún gesto. Nada—. Ni siquiera ofertaron —aclaré—. No sé nada de subastas. —Más silencio. De acuerdo—. Pero supongo que la conclusión es que nadie quería la ropa interior de Elvis. —Se me escapó una risita—. Lo que, para ser sincera, renueva un poco mi fe en la humanidad. No todo está perdido, ¿no? —Se le movió el músculo de la mandíbula—. ¿Quién puede querer tener algo así? Y, lo que es todavía peor, ¿para qué? ¿Para enmarcarlo? —Apenas curvé los labios—. Imagina ir a casa de alguien y ver que tiene la ropa interior de alguien enmarcada y colgada en el comedor. O en el baño. —Aaron me lanzó una mirada rápida con algo parecido al asombro.

—Contigo nunca se sabe, ¿no? —dijo finalmente. ¿Qué había sido eso?

—¿El qué? —pregunté con el ceño fruncido mientras él negaba con la cabeza.

—Nunca sé qué vas a decir. —Su voz sonó seria—. Siempre encuentras el modo de pillarme desprevenido. Casi nadie es capaz de hacerlo.

Ah… ¿Qué se suponía que debía hacer con esa información? ¿Era… un cumplido? Había estado divagando sobre la ropa interior de Elvis colgada en la sala de estar de alguien, así que no. No era un cumplido. Además, estábamos hablando de Aaron, eso disipaba cualquier duda que pudiera tener.

—Bueno, puedo contarte una infinidad de datos absurdos —ofrecí con una sonrisa—. De todo tipo, no todos están relacionados con ropa interior.

—Claro… —murmuró.

—A no ser que quieras usar este precioso tiempo para, no sé, hablarme un poco sobre el evento al que estamos yendo. —Esperé uno, dos y tres segundos. Una vez más, se quedó en silencio—. Quizá podrías explicarme qué hago aquí, fingiendo ser tu pareja. Es una buena forma de empezar.

Cogió el volante con más fuerza; me di cuenta por qué, bueno, me había pasado los últimos minutos mirándolo cuidadosamente. Y seguía sin hablar.

—Dijiste que me lo contarías todo si accedía a venir. —Fruncí el ceño, esta frustración empezaba a incomodarme.

—Lo dije, ¿no?

—*Sip* —respondí. No entendía por qué estaba siendo tan… misterioso. Aunque así era Aaron, ¿no? No sé de qué me sorprendía.

Vi como recorría el volante con las manos y se le tensaba la tela del esmoquin. No pude evitar darme cuenta del modo en que sus brazos llenaron la manga. Dejé la mente en blanco un segundo, volviendo a sentir la extraña sensación que había experimentado en el apartamento. Me desestabilizaba. Él. Su presencia, su cercanía, su apariencia. Otra vez. Siendo objetiva, era imposible no darme cuenta de lo pequeño que hacía que pareciera el asiento del coche (sobre todo porque no hablaba, así que no tenía otra opción que no fuese mirarlo). Pero no había nada objetivo en la forma en que mis ojos recorrían sus brazos, sus hombros y subían hasta su rostro contra mi voluntad. Estoico. Tan serio y estoico. No sonreía (Aaron nunca sonreía), pero nunca me había resultado tan evidente.

Me di cuenta de que no era solo el esmoquin. Hasta ahora, había sido capaz de ignorar lo atractivo que era Aaron. Claro que sabía que era apuesto, pero le daba más importancia a su personalidad antipática. Aunque eso no cambiaba los hechos: Aaron tenía todo lo necesario para despertarme el deseo de mirar. Todas esas cosas que no buscaba, pero que, por algún motivo, me atraían. Todas las cosas que yo no era. Alto, tan alto e imperturbable, puro músculo y movimientos controlados, gestos disciplinados y serenos. El modo en que su piel clara y el pelo oscuro hacían resaltar los ojos de un profundo e intenso azul que no había visto en nadie más.

Alejé la mirada con determinación y me maldije por haberme permitido pensarlo. «¿Qué diablos estoy haciendo?». Tenemos que hablar de cosas importantes. No tengo tiempo para pensar en su estúpido, enorme y aparentemente seductor cuerpo. Todo era culpa del esmoquin. Maldito esmoquin.

—Te estás haciendo el difícil, Blackford. Pero no pasa nada —dije. Aaron seguía sin darme la explicación que quería—. Puedo adivinarlo. —Lo haré si eso me ayuda a dejar de pensar en hacer

cosas locas y estúpidas contigo—. ¿Quieres jugar? —Más silencio—. Bien, me lo tomaré como un sí. Juguemos. —Me acomodé en el asiento para girarme un poco hacia la izquierda—. ¿Por qué estoy aquí? Veamos… ¿Para protegerte de una exnovia loca? —Básico, pero era un buen comienzo—. No me extrañaría que atrajeras a las locas.

—¿Qué significa eso? —Me miró por el rabillo del ojo y arrugó la frente. Negó con la cabeza y volvió a concentrarse en el camino—. ¿Sabes qué? No quiero saberlo.

—De acuerdo, bien. Supongo que no. No hay ex locas. —Me llevé el dedo índice a la barbilla—. Mmm… Si no me necesitas para protegerte, ¿es para darle celos a alguien?

—No —respondió muy rápido.

—¿Seguro? —Arqueé las cejas—. ¿Ninguna chica de la que te quieras vengar? ¿Enseñarle lo que se ha perdido? ¿Volver a encender esa historia de amor?

—Ya te he dicho que no tiene nada que ver con parejas anteriores. —Se tensó.

—De acuerdo, bien. Lo pillo. Cálmate, Blackford. No te exasperes. —Movió los labios, pero no conseguí descifrar si fue por ira o por diversión—. No sé —continué, me lo estaba pasando pipa—. Si no es nada de eso, entonces… ¡Ah! Un amor no correspondido. Es eso, ¿no? —Junté las manos por encima del pecho—. Tiene que ser alguien que ignora tus ojos de perrito abandonado. No, espera, no sé si sabes poner esa mirada. —Giré la cabeza, se me acababa de ocurrir algo—. ¿Sabes que no puedes hacerte el duro con una mujer que te despierta interés? Puede que los ojos de perrito abandonado sean demasiado para ti, pero si existe alguien que consigue hacer latir tu corazón de piedra…

—No —me interrumpió—. No se trata de nada de eso. —Respiró hondo, su pecho se elevó y se desinfló en una gran exhalación—. No me gustan los juegos, Catalina.

—¿Los juegos en general o este en particular? —Apoyé las manos en el regazo, hice una pausa, no entendía de dónde había salido esa reacción—. ¿O te refieres a los juegos sexuales? ¿Juegos de seducción?

Cuando escuché mis palabras, cerré la boca de golpe. No podía haber dicho eso. A Aaron. Él tampoco se lo creía porque hizo un

sonido que interpreté como una risa, aunque estaba muy lejos de serlo. Parecía que lo estuvieran estrangulando.

—Tú… —Movió la cabeza, consternado—. Por Dios, Catalina. —Con la frente arrugada, abrí la boca para decir algo, pero Aaron se me adelantó—. Cuando una relación se acaba, se acaba. —Su voz sonó una octava más aguda—. Y, si alguien me interesa, le dejo claras mis intenciones. Encontraré la manera de que lo sepa. Tarde o temprano, se lo haré saber. No te usaría, a ti o a quien sea, para algo así. Como dijiste en tu piso, soy un niño grande.

Sentí como el calor me subía a la cara. Me ruboricé. Y estaba segura de que el maquillaje no ocultaba el tono rojo intenso que se había apoderado de mis mejillas. Miré hacia otro lado.

—Ah, vale. —Luché contra el impulso de tocarme la cara para ver si la tenía caliente—. Ya veo.

No veía nada. Tampoco entendía por qué había reaccionado de ese modo. Y mucho menos por qué necesitaba mi ayuda si no le gustan los juegos y era «un niño grande». Pero últimamente me desconcertaba todo lo relacionado con este hombre. Sobre todo en los momentos en que mi cuerpo decidía dejar de cooperar y hacía que la piel me ardiese. Decidí centrarme en las luces de la ciudad, que se hacían más pequeñas a medida que avanzábamos.

—Dijiste que me lo contarías todo si aceptaba venir. —Tragué saliva, no quería que mi voz delatara cuánto me importaba—. Si hacíamos… esto el uno por el otro.

—Tienes razón —dijo, aunque no agregó nada más. No me giré para mirarlo—. En la universidad, jugaba a fútbol —confesó al cabo de un rato. Me pilló por sorpresa.

Sujeté el cinturón de seguridad para intentar reprimir el «hostia» que peleaba por salir. De acuerdo, eso no explicaba nada, no era la respuesta que estaba esperando, pero era lo primero que sabía de él que no tenía nada que ver con el trabajo. En casi dos años. Si mis oídos no me engañaban, Aaron acababa de abrirse… por primera vez. Solo un poco, pero no dejaba de ser una grieta en su grueso caparazón, y, de pronto, deseé tener un martillo a mano para acabar de romperlo.

—¿Fútbol? ¿El que se juega con cascos y una pelota alargada? —pregunté intentando mantener el tono lo menos alterado posible. Tenía una ligera idea de deportes, pero era europea; tenía que

asegurarme de que estuviéramos hablando del mismo juego.

—Exacto, el de la pelota alargada —asintió—. Jugaba en mi ciudad, Seattle, donde fui a la universidad.

—Seattle. —Repetí, masticando esa nueva información. Más. Quería más—. Eso queda al norte de Washington, ¿no? Lo sé por *Crepúsculo*. Técnicamente, Forks está a unas horas de distancia. —Me arrepentí de mencionar *Crepúsculo*, pero cualquier recurso me servía y, fuera de los pocos lugares en los que había estado, mi conocimiento de geografía estadounidense se basaba en libros y películas.

—Ese mismo —dijo. Relajó los hombros, solo un poco, pero conociéndolo como lo hacía, eso significaba que tenía luz verde para seguir preguntando.

—Entonces, ¿lo que vamos a hacer hoy tiene que ver con tu vida de futbolista? —pregunté. Aaron asintió.

—Todavía me invitan a algunos eventos. Sobre todo porque mi familia está involucrada con la NCAA —explicó mientras conducía por una de las avenidas más anchas de Manhattan—. Una vez al año, organizan un evento en beneficio de los animales, aquí, en Nueva York, y asisten muchas personas importantes.

—¿Tú eres una de esas personas? —Después iba a tener que buscar qué era la NCAA, pero presentía que había algo que no me estaba contando—. Oh, Dios, Aaron, ¿estás intentando contarme que vienes de una larga dinastía de nobleza futbolística?

—Catalina. —Frunció el ceño. Fiel a su estilo, esa fue toda la respuesta que obtuve.

—¿Tu familia estará allí?

—No —dijo. Su expresión se endureció un poco y confirmó mi sospecha. Supongo que también iba a tener que buscarlo en internet—. Los fondos recaudados esta noche se destinarán al refugio, rehabilitación y reubicación de los animales rescatados de Nueva York. Asisto siempre que puedo. Me gusta encontrarme con personas que conozco de toda la vida, y también me importa la causa.

Me olvidé de inmediato de lo que me estaba contando sobre su familia. ¿A Aaron le importa el bienestar de los animales? En ese momento, una bola de calor y confusión se me instaló en el pecho. La sensación empeoró cuando me imaginé a Aaron cogiendo en

brazos a los cachorritos para los cuales recaudaba fondos. Recostado sobre el césped. En su uniforme de fútbol. Con pantalones ajustados. Los hombros interminables. Algo de tierra en las mejillas. El calor creció y se hizo más difícil de ignorar.

—Eso es… genial —dije, intentando borrar las imágenes de mi cabeza—. Muy amable por tu parte. —Aaron se giró para mirarme y levantó una ceja. Seguro que el innegable rubor de mis mejillas lo había confundido. ¿Por qué no podía dejar de ruborizarme?—. ¿Siempre llevas una pareja falsa a estos eventos? —Lancé sin pensar.

—No. —Apretó los labios en esa línea tan típica de él—. Siempre he ido solo. Es la primera vez que voy en pareja. —En pareja. ¿Pareja? Alcé las cejas. Una pareja falsa, no una real. Estaba a punto de corregirlo, pero habló antes de que pudiera hacerlo—. Ya casi hemos llegado.

Me quedé sentada en silencio, intentando procesar todo lo que acababa de escuchar. Esta nueva capa de Aaron que había descubierto. Una pequeña grieta por la que me había dejado espiar su interior. Y todas esas imágenes mentales tan peligrosas que, por más que me resistiera, iban a acompañarme mucho tiempo. También tenía que procesar eso.

—Espera —dije mientras me giraba hacia la derecha—. No me has dicho qué se subasta. Ni por qué querías que te acompañara.

Detuvo el vehículo delante de uno de los muchos rascacielos de Park Avenue. Cuando levanté la vista, vi a un aparcacoches en la acera. Miré a Aaron con los ojos bien abiertos. ¿Había aparcacoches? Mierda. Me miró una última vez y juraría que pude percibir algo lobuno y salvaje en sus ojos.

—Yo. —Ladeó la cabeza y me sostuvo la mirada—. Eso es lo que se subasta. —Su voz, acorde con su mirada, me provocó un escalofrío que me recorrió los brazos—. Y por eso pujarás esta noche, Catalina. Por mí.

Abrí todavía más los ojos, con la mandíbula prácticamente tocándome los pies. Solo pude pestañear mientras miraba a Aaron abrir la puerta del conductor. Rodeó el coche y yo intenté (sin éxito) recuperar la compostura. Le hizo un gesto al aparcacoches para que no abriera mi puerta, iba a hacerlo él mismo. La húmeda brisa veraniega me rozó los brazos y las piernas mientras el hombre

de ojos azules, del que empezaba a entender que sabía muy poco, me alargaba la mano.

—Señorita Martín, si me permite. —Parpadeé, sentía el cuerpo paralizado por… motivos que todavía no podía reconocer ni clasificar. Una de sus comisuras se curvó en lo que parecía el comienzo de una sonrisa; claramente estaba disfrutando de mi desconcierto, lo dispersa que estaba. Dios, nunca le había visto esa expresión—. Es para hoy, Catalina.

Ese comentario era tan propio de Aaron, del Aaron que conocía, con el que estaba familiarizada y me sentía cómoda (el que era seco y exigente, no el que me llevaba a una gala benéfica para que pujara por él en una subasta) que le cogí la mano. La mía era tan pequeña en comparación.

Me ayudó a salir del coche. La falda del vestido de gala, que no era tan de gala, cayó en cascada sobre mis piernas. Aaron me soltó la mano demasiado rápido, pero sentí el calor del contacto en la palma durante un rato. Después empujó y sostuvo la enorme y suntuosa puerta del rascacielos de Park Avenue para que pudiera pasar. Di un paso hacia delante, intentando controlar el ritmo frenético de mi corazón.

Muy bien. Un pie detrás de otro. Esta noche iba a pujar en falso por mi falsa pareja. Que pronto sería mi falso novio si nuestro trato se mantenía en pie después de este evento.

No era para tanto, ¿no?

Capítulo 8

CUANDO AARON DIJO QUE ERA un evento para recaudar fondos, y que después habría una subasta, me imaginé que se haría en una habitación lujosa y recargada, llena de millonarios viejos y estirados. No sé por qué. Nunca me hubiera esperado la impactante terraza en la que nos recibieron con una copa del champán más delicioso que he probado en la vida. Y mucho menos a las modernas (y un poco extravagantes) personas de todas las edades y estilos que habían asistido. ¿Quién diría que las altas esferas de la gran manzana podían ser tan… coloridas?

No llegué a conocerlos a todos. Nos centramos en las personas relacionadas con el mundo del fútbol. Después de la revelación de Aaron y el vínculo de su familia con este deporte, no me extrañó. Se pasó toda la hora presentándome a entrenadores, coordinadores de equipos, un cazatalentos y varias personas influyentes cuyos puestos no conocía, pero asentí como si supiera exactamente lo que hacían. Las únicas personas desvinculadas del mundo deportivo con los que hablamos fueron unos pocos emprendedores cuyas corporaciones, empresas o proyectos también desconocía.

Cada vez que nos cruzábamos con un grupo de personas, Aaron simplemente me presentaba como Catalina Martín, sin más. Eso me ayudó a relajarme y a empezar a disfrutar de la noche. Era la

primera vez que asistía a un evento como ese, lo mínimo que podía hacer era divertirme.

—Ya te lo he dicho, pero me alegro de verte, Aaron. —Angela, una mujer de unos cincuenta años, enfundada en un vestido que debía valer el doble o el triple que el mío, sonrió—. Y más en compañía. —El calor me subió a las mejillas. Intenté distraerme dándole un sorbo al champán. Llevábamos unos minutos hablando con ella, aunque yo me había limitado a contemplarla en silencio, llena de admiración. Su elegancia y su porte me impresionaban. Tenía una mirada amable, a diferencia del resto de los invitados. El hecho de que fuera quien había planificado todo el evento era la guinda del pastel—. Entonces, Aaron… —Angela sonrió un poco más—. Supongo que participarás de la subasta, ¿no? Todavía no he podido mirar la lista.

—Sí, claro —respondió Aaron, de pie a mi lado.

No habíamos tenido tiempo de discutir qué implicaba ofertar por él. Cuando acabé de procesarlo, ya estábamos en el ascensor, a punto de entrar en la fiesta. Desde entonces, nos habíamos movido de un grupo a otro, así que no había tenido oportunidad de interrogarlo.

—Me alegro de oírlo. —Le dio un sorbo a su bebida—. Para ser sincera, tenía mis dudas. —Angela inclinó la cabeza hacia atrás—. La subasta del año pasado fue… intensa. Y divertida, no lo vamos a negar. —Aaron se movió en su sitio. Lo miré y, por cómo se le tensaron los hombros, supe que le incomodaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Me picó la curiosidad—. Me alegro de que hayas traído a alguien —continuó Angela—. Estoy segura de que eso reavivará las llamas. —Se giró hacia mí—. Catalina, querida, espero que estés preparada para una competencia feroz. —Sentí que Aaron volvía a moverse.

—¿Competencia feroz? —repetí mientras pensaba en las palabras de Aaron y conectaba todas las piezas: «por eso pujarás esta noche, Catalina. Por mí».

—No hay nada de qué preocuparse. —Aaron sujetó la copa con un poco más de fuerza. Lo miré unos segundos. Eso solo había aumentado mi curiosidad. Me giré hacia Angela, que sonreía traviesa.

—No me preocupa. —Sonreí de un modo bastante parecido al de

Angela—. Siempre estoy lista para una buena historia. —Escuché el suspiro resignado de Aaron. Angela sonrió todavía más.

—Creo que le cederé a Aaron el honor de contártelo —dijo. Después se inclinó hacia mí y susurró—. Seguro que su versión de la historia es más interesante, sobre todo la parte que nadie vio. —«¿Eh?». Antes de que pudiera preguntar por los detalles que me moría de ganas de escuchar, algo (alguien) le llamó la atención a Angela—. Ah, ahí está Michael. Si me disculpáis, voy a saludarlo.

—Por supuesto —asintió Aaron. Seguía rígido, aunque estaba segura de que se alegraba de su partida—. Ha sido un placer verte, Angela.

—Sí. —Le dediqué una sonrisa amable—. Encantada de conocerte, Angela.

—El placer es mío, Catalina. —Volvió a inclinarse y me saludó con un beso en el aire—. No permitas que se salga con la suya. —Me guiñó un ojo y se fue hacia un grupo de gente.

La terraza estaba amueblada con mesas altas, que parecían sacadas de una revista de decoración, y lámparas de pie hechas de mimbre, las cuales eran la única fuente de iluminación. Me di la vuelta para mirar a Aaron y descubrí que él ya me estaba mirando. Traté de detener el calor que me subía por el cuello y me aclaré la garganta.

—Soy toda oídos, Blackford. —Me llevé la copa a los labios y me terminé la bebida que llevaba paseando desde que habíamos llegado—. Es hora de que me pongas al día.

Aaron meditó sus palabras unos segundos.

—Como supongo que ya habrás adivinado, el evento consiste en una subasta de solteros.

—Una subasta de solteros. —Repetí por lo bajo—. Entonces supongo que, para ti, esto solo será un sábado más. —Aaron bufó. Giré el dedo índice en el aire—. Continúa. Quiero saber más.

—Eso es todo. —Balanceó el vaso que llevaba en la mano.

—Tendrás que disculparme, Blackford, pero creo que te equivocas. Además, me gustaría saber dónde me estoy metiendo. —Me fulminó con la mirada y yo reprimí una sonrisa—. De acuerdo. Entonces, en esta subasta… se oferta por un soltero, ¿no?

—Correcto.

—Y asumo que quienes ofertan son mujeres y hombres solteros,

¿no? —Asintió—. Y pagan una suma de dinero —señalé—. Todo por la beneficencia. —Volvió a asentir. Me di unos golpecitos en el mentón—. Me pregunto… No, olvídalo. Es una estupidez.

—Suéltalo, Catalina —dijo, cansado.

—Si se oferta (y se compra) a estos solteros… —Lo vi entrecerrar los ojos, toda su cara transmitía exasperación—. ¿Después qué? ¿Para qué se compra al soltero? —De nuevo esos labios apretados. Continué—. Me refiero a que no es como pujar por un barco o un Porsche. Supongo que no puedes montarte al soltero.

Eso sonó fatal. Técnicamente, sí puedes montarte a alguien.

—Me he expresado mal —me apresuré a aclarar. Su expresión cambió—. No me refería a montar como a un caballo, sino que no puedes subirte para ir de paseo, que es lo que la gente hacer con los coches, pero no con los hombres. Al menos, yo nunca lo he hecho. —Negué con la cabeza. Lo estaba empeorando. Cuanto más hablaba, más empalidecía Aaron—. Ya sabes a qué me refiero.

—No —respondió Aaron, y se llevó el vaso a los labios—. Casi nunca sé a qué te refieres, Catalina. —Se llevó la mano a la sien—. La puja más alta gana una cita con el soltero en cuestión, además de aportar dinero a una buena causa. Para eso compran al soltero. —«Perdona, ¡¿qué?!».

—¿Una cita?

—Sí, una cita. —Frunció el ceño.

—¿Una cita de verdad?

—Sabes lo que es una cita, ¿no? Cuando dos personas acuerdan un encuentro, el cual suele incluir salir a comer y, a veces, otro tipo de actividades. —Me midió con la mirada—. Como montar en algo.

Separé los labios. No, mejor dicho, me quedé boquiabierta. ¿Estaba…? ¿Acababa de…?

—Muy gracioso. —Me ardían las mejillas, pero tenía cosas más importantes de las que ocuparme. Porque eso significaba…—. Entonces, ¿tendremos que…? Ya sabes, ¿hacerlo?

—¿El qué exactamente?

—Tener una cita —expliqué, bajando la voz para que nadie pudiera oírnos—. Mi puja no será de verdad, así que… ¿Tenemos que hacerlo de todos modos? ¿Tendremos una cita falsa? —A juzgar por la expresión de Aaron, algo de lo que acababa de decir le pareció especialmente desagradable. Su garganta se movió muy

lentamente, como si acabara de tragar algo amargo—. No te preocupes. Ya lo veremos. Supongo que tampoco es tan importante. —Mi principal preocupación era salir del hoyo en el que me había metido—. ¿Y te subastan todos los años?

Miró hacia otro lado antes de volver a fijarse en mí.

—Desde que me mudé a Nueva York. Esta es la tercera vez.

—¿Y cada año has tenido una cita con quien ha ganado la apuesta? —Bueno, eso no podía considerarse cambiar de tema, pero mi parte cotilla quería saberlo. O eso es lo que me decía a mí misma.

—Por supuesto. Es parte del trato. —Recordé lo que había dicho antes.

—Y tú siempre cumples con tu palabra.

—Exacto.

Esa confirmación. Que dijera que era parte del trato fue como si me dieran una patada en el estómago. En mi piso, le creí cuando dijo que nunca se arrepentiría de nuestro acuerdo. Y me sentí… Sí, un poco escéptica, pero de algún modo, especial, por decirlo de alguna manera. Como si lo estuviera haciendo por mí y pudiera contar con él. Quizá porque sabía lo importante que era para mí, porque sabía cuánto lo necesitaba. Pero parecía que me había equivocado. Así era Aaron. No quería tener nada que ver conmigo. Y eso tenía sentido. Había sido una estúpida por pensar de otra manera.

—¿Y qué haces en esas citas? —pregunté sin pensar, para que no pudiera ver ninguna emoción en mi cara—. ¿Dónde las llevas?

—Nada especial —admitió con un suspiro—. El soltero suele organizarlo todo y elegir el plan. Las dos veces que participé, organicé algo en un refugio de animales de la ciudad. Pasamos un rato ahí, ayudamos un poco, llevamos a pasear a algunos perros.

Eso era… adorable. Generoso, amable y, si tenía en cuenta cómo se me había parado el corazón, mucho más de lo que hubiera esperado de él. Bajé la vista y vi que volvía a juguetear con el brazalete, nerviosa.

—¿Es lo que hiciste con la ganadora del año pasado?

—Sí. —Me estaba pidiendo, en silencio, que no siguiera por ese camino. Que no preguntara sobre lo que había mencionado Angela.

—Ah —dije distraída—. Hablando del año pasado. —Tenía que

pregúntaselo—. ¿Qué fue lo que pasó durante la subasta?

—No mucho. —Se le tensaron los hombros y me miró, resignado.

—¿Ah, sí? —dije fingiendo sorpresa—. ¿Esa feroz competencia a la que Angela ha dicho que no debía temer no te trae ningún recuerdo? —Dobló las comisuras hacia abajo en una especie de puchero. Un puchero. En los labios de Aaron—. ¿No te viene ningún recuerdo a la mente? —insistí, tratando de acostumbrarme a esa imagen—. ¿En serio? ¿Nada? —Aaron Blackford siguió haciendo un puchero, lo que me hizo querer sonreír con todas mis fuerzas. No lo hice. Contuve el impulso—. De acuerdo. —Me encogí de hombros—. Supongo que tener postores ansiosos es tu pan de cada día, Blackford. —Bromeé. ¿Cómo podía no hacerlo cuando parecía que en cualquier momento iba a salir corriendo? Además, había empezado él—. ¿Cómo ocurrió exactamente? ¿Se te tiraron encima? ¿O fueron más sutiles? ¿Te lanzaron billetes a los pies? ¿Te los metieron en la ropa interior? —Si este hombre hubiese tenido la habilidad de ruborizarse, hubiera apostado todo mi dinero a que, en cualquier momento, se le enrojecerían las mejillas—. No hay nada de lo que avergonzarse. Eres un niño grande.

—Sí, eso ya lo has dicho antes. —Las cejas casi se le salen de la frente. Se acercó un poco—. Puedo defenderme solo.

—No lo parece. —Mi voz sonó más temblorosa de lo que me hubiera gustado. Dio un paso más y sentí un aleteo en el estómago.

—Por suerte, estás aquí esta noche —dijo inclinándose sobre mí y clavándome esos ojos azules. El aleteo creció. No tenía sentido. Debería estar… ¿Qué? ¿Qué era lo que debería estar sintiendo?—. Y la puja más alta será la tuya.

Se me aceleró el corazón cuando lo miré. Su cercanía me abrumaba, aunque no en el mal sentido. Aaron no se alejó; al contrario, siguió hablando. Su voz sonaba cada vez más cerca.

—El dinero corre de mi cuenta. La donación saldrá de mi bolsillo, no del tuyo, así que no te contengas. Necesito que hagas la oferta más alta. Tírame el dinero a los pies, si es lo que quieres, pero asegúrate de que seas tú. —Se detuvo y sentí cómo se me secaba la garganta— quien me compre. ¿De acuerdo?

Sus últimas palabras resonaron en mi cabeza, se mezclaron con el aleteo de mi estómago e hicieron que se me erizara la piel. Tuve

que alejarme para poder a procesar lo que acababa de decirme. Yo apenas podría pagar un par de cientos de dólares, así que esperaba que Aaron lo hubiese planificado todo con su billetera y no con la mía. Eso me llevaba a considerar dos posibilidades: o realmente le importaba la causa o era tan rico como para que no le preocupara cuánto tenía que invertir para ahorrarse una cita. Una cita a la que tendríamos que ir cuando todo esto acabase, si seguíamos las reglas. Pero no sería real. Porque esto no era real. Todo era una farsa.

—Bueno, un trato es un trato, Blackford —dije, y me encogí de hombros.

Intenté alejar el extraño y confuso pensamiento de tener una cita con Aaron. En un refugio de animales. Y verlo jugar con unos perritos adorables. En su uniforme de fútbol. Con…

«Por el amor de Dios, tengo que acabar con estas imágenes mentales».

Aaron abrió la boca, pero antes de que pudiera decir algo, un hombre se acercó. Le puso una mano en el hombro y Aaron se giró, asustado, pero se relajó cuando vio quien era.

—Si no lo veo, no lo creo. —Le dio unos golpes en la espalda con firmeza—. ¿Aaron Blackford honrándonos con su presencia esta noche? Este es mi día de suerte. —Aaron resopló, corto y muy flojo, pero conseguí escucharlo.

—El mío seguro que no, ahora que estás aquí —murmuró, levantó la comisura derecha y dibujó el fantasma de una sonrisa. El hombre (que, por como reaccionó, era o había sido alguien cercano a Aaron en algún momento) negó con la cabeza.

—Eso ha dolido. —Se llevó una mano al pecho mientras se le arrugaba la oscura piel de alrededor de los ojos—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que vi esa cara tan horrorosa?

—Menos del que me gustaría, la verdad. —El rostro de Aaron, que solía permanecer inmutable, se relajó en presencia de este hombre misterioso—. ¿Cómo estás, TJ? —Pude percibir la calidez en su voz, la familiaridad.

—Nunca he estado mejor. —TJ (como lo había llamado Aaron) asintió con la cabeza—. Me alegro de haber vuelto, aunque no lo creas. Nunca pensé que echaría tanto de menos la ciudad.

Se me escapó una carcajada mientras contemplaba el intercambio que se desplegaba delante de mí: un Aaron totalmente

nuevo y diferente. Uno relajado, lo suficiente como para casi sonreír y bromear con quien parecía ser un viejo amigo.

—Pero… Oh, veo que tu culo solitario tiene compañía esta noche. Hola. —TJ se enderezó y una sonrisa se apoderó de su rostro. Debía tener la edad de Aaron, año arriba, año abajo. Era casi tan alto como él y tenía los hombros igual de anchos. El interés en sus ojos marrones me pilló por sorpresa, aunque estaba segura de que ese interés no era por mí, sino porque Aaron había acudido con alguien—. ¿No vas a presentarnos, grandullón? ¿Dónde están tus modales? —Le dio un codazo en las costillas. Aaron ni se inmutó por el empujón de su amigo, era como una pared de ladrillos. No por nada lo habían apodado «grandullón», algo que le recordaría toda la vida. Sus labios, que segundos antes estaban haciendo un puchero, se abrieron, pero ya era demasiado tarde—. De acuerdo. Me presentaré yo mismo —dijo el amigo de Aaron, sin darle la oportunidad de responder. Alargó la mano—. Tyrod James. Encantado de conocerte. —Aaron emitió un sonido parecido al resoplido anterior—. TJ, para los afortunados que me tienen como amigo. —Se le ensanchó la sonrisa. Le estreché la mano, riendo.

—Encantada de conocerte. Soy Catalina Martín, pero por favor, llámame Lina. —La cálida palma de TJ se apoyó sobre mi mano.

—¿Y qué te trae por aquí, Lina? —Ladeó la cabeza, sin soltarme la mano.

—Yo… Mmm… —Sonreí, incómoda. No sabía qué decir. Miré a Aaron de reojo.

—Jugábamos juntos en Seattle —intervino Aaron. Se dirigió a su amigo—. Catalina ha venido conmigo.

TJ me miró y esperó, en silencio, que siguiera con la presentación. De acuerdo, lo de «Catalina ha venido conmigo» había sido muy vago y redundante, pero era un buen punto de partida. Me aclaré la garganta.

—Sí, hemos venido juntos. Aaron y yo. —Agité una mano entre nosotros—. Él… me pasó a buscar y condujo hasta aquí. En su coche. Juntos. —Asentí con la cabeza, a TJ se le iluminaron los ojos, divertidos, lo que me hizo sentir incómoda y me empujó a querer llenar el silencio—. Tengo carnet. Pero el tráfico en Nueva York es aterrador. Así que nunca me he atrevido a conducir por la ciudad. —«Innecesario, Lina»—. Pero bueno… Menos mal que

Aaron me pasó a buscar. A él no le asusta el tráfico. De hecho, es él quien puede resultar aterrador a veces. —Solté una risa, pero murió enseguida—. No es que a mí me asuste. Si no, no me hubiese subido a su coche. —«Cállate, Lina. Cállate. Ya». Sentí como Aaron me fulminaba con la mirada. También TJ, pero de un modo mucho menos hostil y más absorto—. Así que, sí, en resumidas cuentas, hemos venido juntos.

Avergonzada, recordé que me merecía la humillación por la mentira que había dado paso a todo esto. El amigo de Aaron se rio entre dientes y se metió ambas manos en los bolsillos del esmoquin marrón que llevaba. Los ojos de TJ saltaron entre nosotros, su mirada rebotó entre Aaron y yo varias veces. Lo que fuera que había percibido fue suficiente para que negara con la cabeza en un movimiento que solo podía significar que me había metido en un apuro.

—Mmmm… —dijo y se encogió de hombros—. Bueno, Aaron puede ser aterrador. —Me guiñó un ojo—. Yo, por mi parte, soy un encanto.

—Me he dado cuenta. —Sonreí, contenta de que TJ hubiera cogido las riendas de la conversación.

—Como ya sabrás, esta noche se subastarán un par de solteros, y no solo estoy soltero. —Levantó ambas manos, la malicia gravada en la cara. Miró a Aaron y yo hice lo mismo, lo estaba fulminando con la mirada—, sino que también me he inscrito a la subasta. Estoy seguro de que voy a salir caro, pero te prometo que…

—TJ —lo interrumpió Aaron—. No será necesario. —Se acercó a mí, su brazo casi me rozaba los hombros. Esa semilla que había plantado en mi piso (la plena consciencia de su cuerpo y el modo en que su cercanía se había vuelto difícil de ignorar) floreció. Levanté la vista para mirarlo y él inclinó la cabeza hacia abajo, sus ojos fijos en mí—. Puedes dejar de venderte —le dijo a su amigo sin despegar la mirada de la mía. Sentí el fantasma de una mano en mi cintura. O eso creí, porque todo iba demasiado rápido como para estar segura—. Catalina va a ofertar por mí. —Parpadeé, cautivada por los ojos de Aaron y lo cerca que habían sonado sus palabras, casi acariciándome la sien izquierda.

—Pareces muy seguro —dijo TJ, mis ojos seguían en Aaron—, teniendo en cuenta que te ha descrito más como su chófer que como

su cita. —Aaron despegó la mirada de la mía y la dirigió a su amigo. Hice lo mismo. Algo pasó entre esos hombres y, por un segundo, sentí que debía intervenir. Después TJ tiró la cabeza hacia atrás y se rio, rompiendo la tensión—. Es una broma, grandullón. —Otra carcajada—. Tendrías que haberte visto la cara. Por un segundo, creí que me ibas a tirar al suelo o algo así. Sabes que ese no es mi estilo. Nunca iría a por la chica de un amigo.

—No soy… —Abrí la boca para corregir a TJ y decirle que no era la chica de Aaron, pero las condiciones de nuestro acuerdo eran difusas y no tenía ni idea de si más adelante iba a arrepentirme. Era su cita falsa y haría una oferta falsa, pero ¿eso quería decir que también era su chica falsa? Mierda, tendríamos que aclarar esas cosas antes de ir a España. El simulacro estaba resultando mucho más difícil de lo que esperaba—. No te iba a tirar al suelo, TJ.

—Veo que hay cosas que nunca cambian —murmuró Aaron. Se relajó con un suspiro, se giró y se inclinó hacia mí. Me rozó el brazo con el pecho, haciéndome sentir su calor—. Como lo gracioso que crees que eres.

—Vamos —intervine—. Solo te está tomando el pelo. —Lo mismo que hubiera hecho yo si no sintiera un cosquilleo incómodo y fuera capaz de concentrarme en algo más que en el punto en el que nuestros cuerpos se rozaban—. Un poco de diversión sana.

—¿Ves? Escucha a tu chica. Solo quería molestarte. —TJ seguía sonriendo—. Como en los viejos tiempos. —Una pregunta apareció en mi mente. ¿Por qué TJ había llevado a Aaron hasta el límite? ¿Eran así siempre? Debía ser eso. De la nada y en cuestión de segundos, Aaron se había vuelto territorial—. Ah, ahora que me acuerdo —dijo TJ, poniendo una expresión sombría—, me enteré de lo del entrenador. Lo siento, amigo. Sé que no os habláis, pero sigue siendo tu…

—No pasa nada —interrumpió Aaron. Pude sentir la tensión en su cuerpo. El cambio. Noté su incomodidad y cómo había subido la guardia de repente—. Te lo agradezco, pero no hay nada que lamentar. —Levanté la vista y vi que miraba fijamente a su amigo.

—De acuerdo —dijo TJ—. Sé que no hace falta que te lo recuerde, pero el tiempo corre, tío. Si queréis arreglar las cosas, no os queda mucho. —TJ le habló a su amigo con un sentimiento que no logré identificar, pero quería entender de dónde venía, cómo

afectaba a Aaron y qué tenía que ver con el entrenador al que había mencionado TJ—. He convencido a mi padre para que viniera. Lo he apuntado a la subasta. —Otra vez esa sonrisa maliciosa—. Ya va siendo hora de que salga un poco y vuelva a vivir su vida. Está muy entusiasmado. —Antes de que Aaron o yo pudiéramos responder (Aaron porque todavía estaba perdido en sus pensamientos y yo porque estaba tratando de entender por qué), TJ me habló—. Así que, Lina, si te cansas de esa cara tan aburrida, ya sabes que no solo habrá uno, sino dos James en el escenario.

—No lo olvidaré. —Le sonreí, intentando relajar el tono de voz—. Aunque creo que este me tendrá bastante ocupada. —Sentí como Aaron me miraba. Me puse roja.

¿Qué acababa de decir?

—Lo que me recuerda —dijo TJ— que la subasta está a punto de empezar. De hecho, me han mandado a robarte a este feo. Así que, si no te importa, Lina, tenemos que irnos.

—Ah, por supuesto. —Miré a mi alrededor y vi que todo el mundo se había acercado al escenario, que estaba en una esquina de la terraza. Me invadió una ola de nerviosismo—. Id, chicos. —Se me endureció la sonrisa—. Puedo prescindir de su compañía durante un rato. —Bajé la voz—. Ya sabes que es muy hablador. —Señalé a Aaron—. A mis oídos les sentará bien el descanso. —TJ lanzó otra carcajada.

—¿Estás segura de que quieres gastarte el dinero en él, Lina? Solo te digo que…

—Corta el rollo, ¿quieres? —Aaron lo fulminó con la mirada.

—Vale, vale. Solo quería asegurarme, colega. —TJ levantó las manos.

Me reí, pero la risa sonó un poco estrangulada porque Aaron había acortado la distancia que nos separaba y ahora tenía el brazo completamente apoyado sobre su pecho. No quería que se fuera. Lo miré, sus ojos azules me pedían disculpas. Seguro que saltaba a la vista que estaba nerviosa si Aaron se sentía culpable por dejarme sola un rato. Negué con la cabeza, tenía que dejarme de estupideces.

—Segurísima, TJ —respondí mientras miraba a Aaron a la cara—. Ve. Estaré bien. —Dudó, pero no se movió. Me sentí mal por haberle hecho creer que tenía que cuidarme—. No seas tonto,

grandullón. Tienes que irte. Yo estaré bien.

Sin pensarlo, le di unos golpecitos en el pecho, dejando la palma ahí. Lentamente, bajó la mirada hacia mi mano y la electricidad me recorrió el brazo. La quité de inmediato, no tenía ni idea de por qué lo había hecho, más bien había sido un acto reflejo. Aaron se sentía mal por dejarme sola (probablemente porque había puesto cara de que alguien le había pegado a mi cachorrito), y automáticamente quise consolarlo con contacto físico. Un roce amistoso. Pero no éramos amigos, no tenía que olvidarme de eso. Me aclaré la garganta.

—Ve, lo digo en serio. —Levanté la copa vacía y sentí que me ruborizaba por enésima vez—. Voy a ver si alguien me la rellena.

—Puedo quedarme un rato más y explicarte cómo funciona la subasta. —Su voz sonó extrañamente gentil. Me incomodó—. O puedo ir a buscarte otra copa. —Otra vez la necesidad de tocarlo para dejarle claro que iba a estar bien, pero me contuve.

—Me las apaño sola —le dije despacio, no podía ser tan complicado.

—¿Y si quiero hacerlo?

—Lo averiguaré. —La necesidad de enfrentarme a él (de volver a la normalidad) me llevó a ponerme de puntillas y acercarme a su oído para que pudiera escucharme—. Y, si no lo consigo, intentaré no gastarme tu dinero en alguna estupidez como un yate o la ropa interior de Elvis; aunque no te prometo nada, Blackford.

Me enderecé. Esperaba que pusiese los ojos en blanco o soltase un bufido. Cualquier cosa que indicara que había conseguido lo que me proponía y que habíamos vuelto a la normalidad: a los Aaron y Lina con los que me sentía cómoda. Pero tenía los ojos llenos de… algo que me dejó inquieta y agitada. Lo ocultó con un parpadeo.

—De acuerdo —respondió sin más.

Ninguna respuesta sarcástica. Ninguna reprimenda por haber insinuado que me gastaría su dinero en un barco. Ninguna mirada horrorizada por la mención de la ropa interior de Elvis. Nada más que «de acuerdo».

«De acuerdo, entonces».

—Bien, vamos —dijo TJ, arrastrando a Aaron lejos de mí—. Te veo luego, Lina. —Me guiñó un ojo.

—Sí… —balbuceé. Negué con la cabeza e intenté parecer menos

confundida de lo que estaba—. ¡Conquistad a ese público! —los alenté con un puño en el aire.

TJ se rio abiertamente y Aaron siguió mirándome de una forma peculiar. Esperaba que no significara que se arrepentía de haberme pedido que lo acompañara.

Se dieron la vuelta y se alejaron, caminando juntos. La vista era demasiado tentadora como para dejar de mirarlos. Vi como TJ se acercaba a mi falsa pareja para decirle algo que probablemente solo podía saber él. Aaron no se detuvo; su única reacción fue negar con la cabeza. Después apartó a TJ con una fuerza que hubiera hecho volar a cualquier otra persona. Otra carcajada de TJ retumbó en el aire.

Me quedé sonriendo mientras veía cómo se alejaban. Ver a Aaron con estas personas, que pertenecían a una faceta de su vida que desconocía (una que mantenía oculta, como todo lo demás), era tan extraño como fascinante.

Mi mano se levantó sola y me pilló por sorpresa.

—La chica del vestido azul noche ofrece mil quinientos —dijo Angela (que estaba a cargo de la subasta) con una sonrisa que mostraba que estaba sorprendida.

Se me secó la garganta y se me hizo imposible tragarme el coraje. Me sentía un ser humano despreciable por ofertar una cantidad tan ridícula por alguien. Un hombre. Un soltero. Que no era Aaron.

El hombre mayor por el que acababa de ofertar, de aspecto entrañable, lo celebró desde el centro del escenario. Pude ver como la cara se le llenaba de alivio. Se inclinó en mi dirección. Por más que me sintiera fatal y culpable, además de estar completamente aterrada, no pude evitar devolverle la sonrisa.

Deseando que mis ojos se quedaran en su lugar (y no saltaran

hacia Aaron, que estaba en la parte izquierda del escenario, esperando su turno), intenté sacudirme el merecido sentimiento de culpa que se me había instalado entre los hombros. Tranquila. Tenía que tranquilizarme. Alguien ofertaría más dinero. El señor solo necesitaba un empujón para entrar en confianza.

Y eso era lo que había hecho. O lo que había querido hacer después de los cinco minutos de silencio incómodo y desolador que siguieron a la presentación del pobre señor. Había reconocido esa sonrisa de inmediato. La había visto en el rostro de TJ.

—Damas y caballeros, mil seiscientos por Patrick James. —La voz de Angela llegó a través de los altavoces. Ninguna mano se levantó. Ni una.

Mierda.

El hombre que, tal como había imaginado, era el padre de TJ, Patrick (que seguía en el escenario, con su pelo gris, tirantes y la espalda un poco encorvada por la edad), estaba fuera de lugar comparado con el resto de hombres que estaban a la venta. Sonrió, satisfecho con el resultado. Con haber tenido una oferta, la mía. Y eso era muy muy malo. Había venido a ofertar por Aaron. No por un hombre que, según la presentación de Angela, era un viudo que buscaba una segunda oportunidad, no solo en el amor, sino en la vida en general.

Estaba dispuesta a tener una cita con él, no podía quedarme de brazos cruzados cuando, por alguna razón, un hombre que me recordaba a mi difunto *abuelo*, el padre de TJ, se quedaba ahí, de pie, esperando que alguien, quien fuese, ofertase por él. Por Dios, esto era un evento de caridad. Se suponía que veníamos a donar dinero, ¿no? Y era justamente lo que había hecho. Solo que, técnicamente, ese dinero no era mío.

Hice una mueca.

«No mires a Aaron, Lina. No lo hagas».

Lo pondría de mi bolsillo. Pero la duda era, ¿podía ofertar por dos solteros? Mierda. Esperaba que sí.

—Al señor James le gusta cenar a la luz de las velas y cree que todos forjamos nuestro propio destino. —Angela siguió vendiendo al dulce hombre que había en el escenario. Patrick asentía con la cabeza. Nadie levantaba la mano. «*Mierda. Mierda. Mierda*». No podía mirar a Aaron. Seguro que estaba echando humo por las

orejas. Después me disculparía. Intentaría… explicárselo—. Es un marinero aficionado, una actividad que practica desde que su nieto le compró un velero, el cual espera aprovechar en su cita.

Por el rabillo del ojo, detecté al menos cinco mujeres con ganas de tener una cita en un velero. Sentí tal alivio que parecía que había perdido cinco kilos de golpe.

Entonces busqué a Aaron con la mirada. No me costó encontrarlo. Mis ojos sabían exactamente dónde estaba. Contuve la respiración. Estúpido, estúpido esmoquin. Estaba tan metida en la subasta que, verlo tan imponente y seguro sobre ese escenario, me pilló con la guardia baja.

La puja por Patrick siguió de fondo mientras mis ojos buscaban los de Aaron. Los tenía entrecerrados, probablemente intentando entender qué acababa de pasar. Aparte de eso, lo veía… bien. Estoico, neutral. Como siempre. Excepto por el cautivante esmoquin que le iba como un guante. Encontré un poco de consuelo en el hecho de que no pareciera completamente furioso. Me encogí de hombros y articulé un «lo siento» sin sonido. Cerró los ojos un poco más y negó con la cabeza, muy despacio.

«No es cierto», formaron sus labios.

Resoplé.

«Sí que lo es», respondí. Lo sentía mucho, y él… volvió a negar con la cabeza. No me creía.

«No».

Ofendida por las palabras que acababa de modular (dos veces), aunque tenía motivos para estar enfadado, levanté ambas manos, irritada.

Por Dios, este hombre…

—Mil novecientos para la dama del vestido azul noche. —Escuché decir a Angela.

Espera, ¿qué? No.

Me estremecí, dejé caer las manos a ambos lados y ya no las moví. Miré a Angela para confirmar lo que acababa de hacer, aunque esta vez hubiera sido un accidente. Vi que señalaba en mi dirección. Mierda.

Volví a mirar a Aaron, que estaba poniendo los ojos en blanco y tenía los labios apretados en esa línea que conocía tan bien. Hice una mueca y le dediqué una sonrisa tensa que esperaba que le diera

a entender cuánto lo sentía y cuánto deseaba que Patrick tuviera otro velero, porque iba a necesitar que alguien hiciera otra oferta.

Angela anunció la próxima suma, sin respuesta. La culpa regresó, con una pizca de vergüenza, lo que me llevó a enfrentarme a Aaron con una mirada seria y decir, otra vez, «lo siento», muy despacio para asegurarme de que lo entendiera. Los ojos de Aaron se encontraron con los míos, aunque su expresión se mantuvo impasible.

«Lo juro». Mis labios formaron las palabras en silencio, de la forma más exagerada posible. Después puse una mueca triste y dejé el resto del cuerpo quieto para no ofertar por error por ningún otro soltero. «Lo siento mucho», modulé como una idiota. Y era verdad. Que lo sentía. Aunque también la parte de que era idiota.

Algunas personas me miraron, pero no dejé que me desalentaran y seguí con los labios doblados hacia abajo, diciéndole con los ojos a Aaron que lo sentía. Aunque, técnicamente, la culpa había sido suya por elegirme a mí para hacer algo para lo que claramente no estaba preparada.

Debí hacer algo porque, antes de que pudiera entender lo que estaba pasando, a Aaron le temblaron los hombros un par de veces, relajó la postura y se llevó una mano a la parte posterior del cuello mientras bajaba la cabeza. No le podía ver la cara, así que no tenía ni idea de lo que le pasaba. Seguramente estaba a punto de transformarse en Hulk de pura frustración. Justo cuando empezaba a preocuparme de verdad, levantó la cabeza y me dejó ver algo que nunca hubiera imaginado.

La sonrisa más grande y bonita que había visto en la vida le invadía el rostro y hacía que se le arrugaran las comisuras de los ojos. Era un hombre que no podía procesar. Un hombre que nunca había visto. Un hombre al que no sabía cómo odiar. Se me iluminó la cara por lo que veía. Sentí la tensión en las mejillas por la sonrisa con la que estaba respondiendo: una igual de grande e inesperada.

Entonces, Aaron comenzó a reírse. Inclinó la cabeza hacia atrás y sus hombros se sacudieron por la risa. Todo encima del escenario, delante de todo el mundo, como si no tuviera ninguna preocupación. Parecía que yo tampoco la tenía porque, en ese momento, solo me podía concentrar, solo podía pensar y solo me importaba la risa inesperada y gloriosa de Aaron. Mis dedos

quisieron escabullirse hasta el móvil para sacarle una foto que me sirviera como prueba de que había pasado de verdad. Para poder revivir este momento (Aaron Blackford, que tenía la capacidad de irritarme con solo una palabra, había iluminado la estancia entera con una sonrisa de la que me había privado todo este tiempo) cada vez que quisiera.

¿Qué me pasaba? ¿Qué problema tenía? ¿Tan grave era que ni siquiera me importaba que fuera un problema?

Antes de que pudiera recuperarme de los efectos de algo tan mundano como una sonrisa, aunque inusual en el hombre al que no podía dejar de mirar, si dirigió al centro del escenario.

—Maravilloso. Estoy segura de que Patrick y su afortunada acreedora, la dama del abanico azul, disfrutarán lo que tiene preparado. —Estaba tan absorta con mi cita falsa que no me di cuenta de que otra persona había ofertado por Patrick—. Y por último, pero no menos importante, Aaron Blackford. Damas y caballeros, vamos a empezar por mil quinientos. Y recordad… —Puso unos ojos como platos y soltó una risita—. Bien, supongo que no tengo que recordar que, por favor, ofertéis por el último soltero de la noche solo si queréis contribuir a la causa. —Entendí a qué se refería cuando miré a mi alrededor. Más de diez personas tenían las manos levantadas—. Me gusta veros tan comprometidos con la causa —continuó Angela con una sonrisa traviesa—. Mil quinientos para la dama de rojo.

Me di la vuelta para identificar a quien se refería: estaba sentada en primera fila y debía sacarme veinte años, más o menos. No quería juzgar o ser superficial, pero me podía hacer una idea de lo generosa podía llegar a ser su donación. Volví a mirar el escenario y me topé con Aaron. Su sonrisa se había desvanecido, ahora sus rasgos parecían duros y vacíos. Una decepción punzante, que no tuve tiempo de procesar, me atravesó. Tenía una misión y estaba fracasando. Por segunda vez. Respiré hondo para coger fuerzas. No podía permitir que me distrajera algo tan maravilloso pero insignificante como la habilidad de Aaron para reír o sonreír.

—¿Mil setecientos? —anunció Angela, e hice un gesto con la mano para ofertar. Demasiado tarde—. Para la dama de rojo.

La Dama de Rojo (y otras cinco o seis manos) me había ganado… otra vez. Miré a Aaron de reojo, lo tensos que tenía los

hombros me indicaba que estaba tan decepcionado como yo. Me enderecé, decidida a concentrarme solo en Angela y sus palabras.

—Maravilloso —dijo al micrófono—. Subamos un poco, damas y caballeros. Parece que el señor Blackford está muy solicitado. ¿Qué les parece mil novecie…?

Mi mano salió disparada, sin apartar la mirada de la Dama de Rojo, que había sido más rápida que yo. De nuevo. Angela se rio y la señaló, aceptando su oferta. Para mi sorpresa, la Dama de Rojo se dio la vuelta y me miró con un gesto de superioridad. Entrecerré los ojos. Y una mierda. Esto no tenía nada que ver con la caridad. Esto ya era personal.

Angela anunció la siguiente suma y levanté la mano con una velocidad impresionante, tanto que casi me desgarro un músculo, pero lo que escuché a continuación hizo que valiera la pena:

—Para la adorable dama de azul noche. —Angela me sonrió desde el atril. Le devolví el gesto y sentí un fuego extraño en la boca del estómago, similar al de los hombros.

Anunció la siguiente oferta, que también fue mía. «¡Ja! Chúpate esa, Dama de Rojo». Giró la cabeza como si pudiera escuchar mis pensamientos. Entrecerró mucho los ojos y frunció los labios. Volvió a tocarse el pelo rubio, despectiva. En ese momento, supe que no me había equivocado al decir que era algo personal. Esta señora estaba al acecho. Y yo no iba a permitir que me robara a mi Aaron… «No, espera, no es tuyo. Es solo Aaron, a secas». No dejaría que robara a Aaron.

Cuando anunció la siguiente oferta, y antes de que Angela pudiese abrir la boca, yo ya había hecho la mía. La Dama de Rojo me miró de una forma que podría haber congelado el sol en un día de verano, y me sentí tentada a sacarle la lengua, pero cuando recordé los mil motivos por lo que eso sería inapropiado, me limité a sonreír.

Seguí luchando contra la Dama de Rojo unas cinco o seis rondas, cada una un poco más rápida que la anterior: nuestros brazos se movían a más velocidad, las miradas que intercambiábamos eran más gélidas. Estaba agitada y tenía la sensación de que había corrido detrás el camión de los helados por Central Park. Pero había valido la pena porque Aaron seguía siendo mío. «No mío, sino… Da igual».

Estaba tan centrada en la batalla que me había olvidado del hombre que había en el escenario. Desde que había empezado a correr sangre con las ofertas, no lo había mirado. Justo cuando iba a prestarle atención a Aaron, mi mano volvió a levantarse (tan alto como la ridícula cantidad de dinero que habíamos alcanzado), pero esta vez, lo hice yo sola.

—A la una para la dama de azul noche —gritó Angela, señalándome. El corazón empezó a latirme con fuerza. Vi que la Dama de Rojo tenía un hombre de pelo gris al lado, tenía los labios apretados y los brazos cruzados—. A las dos —continuó Angela justo cuando el hombre le susurraba algo al oído a la Dama de Rojo, que suspiró y asintió, reacia.

«Vamos, vamos, vamos. Aaron ya casi es mío».

—Vendido a la adorable y muy apasionada dama de azul noche. —Angela cerró la subasta con un guiño.

Sentí como un grito de alegría me subía por la garganta y me giré hacia Aaron. Quería hacer un bailecito de la felicidad y agitar las manos en el aire. También sentí la necesidad de gritar groserías, pero enseguida me di cuenta de que era una estupidez de la que después me arrepentiría. Pero cuando por fin lo miré, esa efusividad se esfumó. Ni siquiera sonreía. Solo… me miraba.

Me invadió la decepción al no encontrar esa sonrisa que había visto antes, y me pregunté si las cosas iban a ser así de ahora en adelante: yo buscando la sonrisa de Aaron y él negándose a dármela. Me tragué el sentimiento, intentando alejar esos estúpidos pensamientos de mi cabeza. De todas formas, curvé las comisuras de los labios y lo celebré un poco. Aaron solo asintió, parecía que le estuviera dando vueltas a algo. Algo que lo preocupaba.

Fruncí el ceño y vi como bajaba del escenario y caminaba hacia mí sin percibir cómo me hacía sentir que no pareciera ni un pelín contento. Por el contrario, me concentré en mantener un gesto que esperaba que le recordase a una sonrisa.

El hombre de ojos azules al que acababa de comprar para tener una cita que nunca se llevaría a cabo se detuvo a pocos centímetros. Inclinó la cabeza hacia abajo tanto que la barbilla casi le rozaba la clavícula. Esperé, pero no dijo nada. Pensé en decir algo, pero no se me ocurrió qué, así que seguimos en silencio.

Esta novedad con la que me había familiarizado demasiado

rápido como para sentirme bien y cómoda hizo que se me pusiera la piel de gallina. Entonces entendí lo raro e impactante que era que nos encontráramos en esta situación. La noche en sí ni siquiera parecía real.

Tragué saliva y cambié el peso de pierna, incómoda bajo la mirada de Aaron. Fui incapaz de soportar el silencio que se había instalado entre nosotros:

—Espero que vengas con velero, Blackford —dije finalmente, con un hilo de voz—. No hagas que me arrepienta de no haberme quedado con Patrick.

Aaron no se inmutó. Me miró a los ojos y, durante un segundo, vi algo de calidez en ellos, y unas pequeñas arrugas por la sonrisa que sabía que se rehusaba a regalarme. Algo se movió dentro de mi pecho. Algo sutil y pequeño, que casi no percibí, pero que no ayudó a que mi respiración (todavía alterada por la subasta) volviera a la normalidad. Se acercó un poco.

—A veces creo que disfrutas haciéndome sufrir. —Su voz, normalmente grave, sonó como un susurro y eso les dio a sus palabras un tono reflexivo.

—Ah. —Fruncí el ceño. Abrí la boca, pero me costó seguir—. Vale, tienes derecho a estar molesto, pero para ser justos, deberías haberme advertido de que iba a ser tan intenso. —Me reí, incómoda—. De haberlo sabido, hubiese traído mis estrellas ninja. Me hubiesen venido bien con la Dama de Rojo.

Aaron me miró, quieto y en silencio, de una forma que volvió a inquietarme. El silencio se instaló entre nosotros e hizo que me diese cuenta de que la multitud agrupada delante del escenario se había dispersado. Desde la otra punta de la terraza, nos llegó un murmullo y una melodía. Aaron rompió el silencio.

—Baila conmigo.

Capítulo 9

ESTIRÓ LA MANO EN EL pequeño espacio que había entre nuestros cuerpos. Al principio, dudé. No estaba segura de sí tenía un motivo para desconfiar de su propuesta o si simplemente era mi *modus operandi* con Aaron.

—¿Es parte del trato? —pregunté. Aaron frunció el ceño—. Que bailemos. Todo forma parte del espectáculo, ¿no? —expliqué.

No estaba ciega ni era estúpida, y estaba bastante segura de que bailar no entraba en el plan inicial. Pero una parte de mí seguía confundida, y la confusión crecía a cada segundo que pasaba. Por decirlo de alguna forma, me estaba poniendo un chaleco salvavidas hasta aclarar todo este lío.

—Claro —respondió Aaron. Relajó el ceño, pero su brazo seguía esperando mi respuesta—. Es parte del espectáculo.

Acepté la propuesta y permití que su enorme mano sostuviera la mía, aún dudosa de que fuera una buena idea. Amablemente, Aaron me condujo a la pista. Las piernas me temblaron con una extraña mezcla de entusiasmo e incertidumbre. Su mano era cálida y firme, y me hacía sentir bien, pero me provocaba un cosquilleo que hundía el salvavidas al que intentaba aferrarme con uñas y dientes.

Seguía sin estar segura de que fuera una buena idea cuando me arrastró con delicadeza hasta donde bailaba un pequeño grupo.

Cuando se giró y se acercó (mucho), acabé de definir que era mala idea; tanto que evalué la posibilidad de salir corriendo o fingir que estaba mareada para no tener que enfrentarme a lo que estaba a punto de pasar.

Bailar.

Juntos.

Aaron Blackford (mi enemigo desde hacía años) y yo.

Ay, Dios.

Aaron me envolvió la cintura con los brazos y sentí como un impulso eléctrico, con origen en el punto en que su mano me tocaba la espalda, me recorría todo el cuerpo. Se me cortó la respiración y el estómago me dio un vuelco. Tragué con fuerza e incliné la cabeza hacia atrás. Juraría que tenía una mirada desafiante pero cautelosa. Todo al mismo tiempo. Y eso me produjo una chispa de expectación.

Apoyé las manos en su pecho firme y tonificado, pero al contrario de lo que había pasado la última vez que lo había tocado accidentalmente, esta vez no las aparté. Entonces me atrajo hacia él. Enseguida encajé mi pequeño cuerpo con el suyo, mucho más grande.

Un segundo después, empezamos a movernos. Del pecho hacia abajo, casi todas las partes de nuestros cuerpos se tocaban. Aaron se movía seguro de sí mismo y guiaba los movimientos, mientras yo estaba rígida y descoordinada. Exhalé por la nariz e intenté relajar las extremidades. Me concentré en la dinámica del baile para silenciar la alarma roja que se había disparado dentro de mi cabeza y me impedía pensar en otra cosa.

Bailando. Estábamos bailando. Nuestros cuerpos se movían al mismo ritmo. Se suponía que no haríamos nada de eso. Una situación en la que Aaron y Lina, que apenas se soportan, no deberían encontrarse porque era una actividad para personas que se llevaban bien.

Aaron me hizo dar una vuelta con un movimiento preciso y volvió a apretarme contra él, lo que hizo que el corazón se me acelerara de un modo inapropiado. La música era lenta, perfecta para balancearse y olvidarse de todo lo que no fuera ese ritmo tranquilo. Ideal para perderse en la paz que generaba estar en los brazos de otra persona. Pero cuanto más nos balanceábamos, lo que

sentía cada vez difería más de la paz. El Aaron que tenía delante era tan… grande, firme y cálido.

Seguramente ese fue el motivo por el que tropecé. Antes de poder entender lo que estaba pasando, mis pies perdieron el paso, se enredaron y, de no haber sido por el hombre que me sostuvo con sus fuertes brazos y volvió a enderezarme, hubiese acabado en el suelo.

—Gracias —murmuré con la cara ardiendo y el cuerpo más rígido—. Y perdón.

Dios mío. En la vida me había ruborizado tanto en una sola noche. No me reconocía. Aaron me apretó un poco más entre sus brazos.

—Por precaución —dijo, y me acercó todavía más. Todas mis terminaciones nerviosas se habían convertido en un cable de alta tensión. Se me puso la piel de gallina, se me aceleró el corazón y la cabeza me dio vueltas.

—Ah. Sí. —Las palabras llegaron estranguladas a mis oídos—. Gracias.

Me puse todavía más roja. Aaron asintió con un sonido mientras me rozaba suavemente la espalda con el pulgar y dibujaba un círculo que me dejó la piel de gallina a su paso, y se extendió hasta cada rincón y milímetro de mi cuerpo. Por mucho que intentase convencerme de que era una reacción física completamente normal al estar en contacto con un cuerpo masculino, entre los brazos de un hombre, el problema era que ese alguien era Aaron.

O llevaba demasiado tiempo sola o me estaba volviendo loca. Porque esto se sentía… bien. Muy bien. Demasiado bien. Me miró los labios. Fue tan rápido que me convencí de que me lo había imaginado. De todos modos, tampoco importaba porque se acercó tanto que me olvidé de todo.

Me fijé en detalles que nunca había visto. Como lo gruesos que tenía los labios cuando no los apretaba en una línea. O lo largas y oscuras que eran sus pestañas, incluso lo bien que le enmarcaban los ojos. O las líneas apenas perceptibles que le adornaban la frente, justo por encima del entrecejo, que incluso tenía un aspecto amable cuando no estaba fruncido.

Estaba tan perdida en esos detalles que casi vuelvo a tropezarme, pero Aaron me apretó contra él y acercó su rostro a mi

oído.

—¿No se supone que esto se te da bien, Catalina? —preguntó. Su aliento me golpeó en la sien. Me concentré en mis pies para no prestar demasiada atención a lo cerca que estaba de sus labios.

—¿A qué te refieres? —respondí ausente. Aaron volvió a hacernos girar con un movimiento tranquilo y preciso.

—Creía que llevabas el ritmo en la sangre —explicó en voz baja, sin alejar la cabeza ni un milímetro—. ¿O era la música en las venas?

—No es mi estilo —mentí. Esperaba no tener las orejas rojas por la mortificación. Nunca había bailado así de mal, pero no tenía nada que ver con la música, la culpa era del hombre que me hacía ruborizar—. O quizá sea la pareja de baile.

Aaron se rio, corto y por lo bajo, pero me recordó a la forma en la que se había reído antes, dejándome sin respiración. Inhalé para intentar recuperarla. Enseguida me arrepentí. Fue una idea pésima. La peor que había tenido, ya que me llené los pulmones con el perfume de Aaron. El embriagador y masculino perfume de Aaron. «¿Se puede desoler un perfume? Por favor, universo».

—¿Acabas de admitir que hay algo que no se te da bien? —preguntó Aaron, sacándome de mis pensamientos—. ¿A mí?

—En la vida me he jactado de ser una bailarina maravillosa. —No cuando mi pareja se esmera en distraerme tanto—. Además, eso de llevar el ritmo en la sangre es un estereotipo. La mayoría de los españoles no podrían coordinar tres pasos ni aunque su vida dependiera de ello.

—Apuesto a que sí. Entonces seguiré guiándote. —Su voz ronca sonó un poco más cerca de mi oído que antes—. Por si tenías alguna duda, perteneces a ese grupo de españoles.

—Lo sé desde hace años, así que no pares —murmuré, no tenía sentido negar algo tan obvio—. No sabía que bailabas.

Justo cuando pensé que era físicamente imposible que su cuerpo estuviera más cerca, que se inclinara más sobre mí, sumergió todavía más la cabeza. Una maniobra imposible. Tenía los labios justo encima de mi oreja.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, Catalina.

En respuesta, mi cuerpo se tensó aún más. El estómago se me llenó de mariposas. Tuve que esforzarme por recordar que solo

estaba fingiendo tener una cita con él… o algo por el estilo. Había hecho el numerito de pelearme con la mujer de la subasta así que, falsa o no, el resto de los invitados esperaban esta cercanía y no que saliera corriendo con el rabo entre las piernas. Le apoyé las manos en el pecho con más determinación. Por desgracia, eso solo convirtió el aleteo de mi estómago en un alboroto descontrolado.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Aaron con genuina curiosidad.

—Dijiste que esto no tenía nada que ver con una mujer —balbuceé lo primero que se me vino a la cabeza y deslicé la mano por su pecho; la pregunta y el interés me habían pillado con la guardia baja—. Pero me ha parecido todo lo contrario.

—Nunca había visto a la señora Archibald tan enfadada —confesó. Volví a ponerle la mano en el pecho, intentando no distraerme con cómo se sentía su piel, incluso bajo las capas de tela.

—¿Conoces a la señora Archibald? —Sentí como asentía una sola vez con la cabeza, su mandíbula me acariciaba la sien—. Déjame adivinar. Esta no ha sido la primera vez que se ha desatado una riña solidaria por tu culpa.

—Desgraciadamente, no.

—Aaron Blackford, encantador de fieras. —Solté una risa relajada, pero el sonido sonó un poco tembloroso. Un suspiro suave me golpeó la oreja y provocó una ola de escalofríos.

—La señora Archibald no era la única compradora descontrolada, si mal no recuerdo.

—Se te está subiendo a la cabeza —murmuré. Pero Aaron tenía razón. Había muchas mujeres, más jóvenes y atractivas, que también se habían mostrado interesadas.

—¿Por eso me pediste que viniera? —No respondió de inmediato, así que continué—: Supongo que ahora todo tiene sentido. Lo que Angela dijo y TJ confirmó.

—¿El qué?

—Que Aaron Blackford tiene miedo de un puñado de señoras ricas y ansiosas de pujar por su compañía.

—¿Te estás burlando de mí? —dijo justo en mi oído.

Movió la mano por mi espalda y cambiamos de ritmo con la nueva canción. Claro que me estaba burlando de él, pero jamás lo admitiría en voz alta. Me relajé un poco entre sus brazos.

—¿Te pasa muy a menudo?

—¿Qué exactamente, Catalina? —preguntó muy bajito—. ¿Que casi me cambien por el dueño de un barco o tener una compañera de baile con habilidades cuestionables?

—Ninguna de las dos —continué, sintiendo cómo se me formaba una sonrisa en la cara—. Que las mujeres se te tiren encima. Vi lo tenso que estabas encima del escenario. Parecías listo para saltar y salir corriendo. —Pensé en el hecho de que me hubiera llevado. Todo tenía sentido—. ¿Te incomoda ese tipo de atención?

—No siempre. —Sentí la caricia de su mandíbula contra la mejilla. Ese contacto tan ínfimo provocó una descarga eléctrica, que me bajó por el cuello—. No me asusta que una mujer muestre interés por mí, si es eso a lo que te refieres. No las alejo, no a todas.

—Oh, de acuerdo —dije en un suspiro inseguro.

Claro que no. Sabía que tenía necesidades. Pero me negaba a pensar en ello con sus brazos en mi cintura. Deslizó las manos a la parte baja de mi espalda. La piel de mi cara (no, todo mi maldito cuerpo) estaba en llamas. Ajustó el agarre.

—Gracias —dijo soplando una suave brisa en mi pelo.

—¿Por qué? —casi susurré.

—Por no pisarme. —Abrí la boca para disculparme, pero continuó—. Y por no rendirte con la señora Archibald. El año pasado las cosas… se pusieron un poco incómodas cuando descubrió que nuestra cita consistía en limpiar perreras y pasear a los animales durante un par de horas. —Sentí un suspiro contra el cuello—. Aunque veo que no consiguió disuadirla para volver a intentarlo.

Me puse un poco a la defensiva. Sacudí la cabeza despacio, intentando entender qué me estaba pasando. Todos los giros, y el baile en general, me estaban mareando.

—Lo siento por tu cuenta bancaria, considerando la suma que ha acabado pujando, pero me ha alegrado mucho ver la cara de fastidio que ha puesto cuando he ganado —confesé, y me sorprendió que me hubiese importado tanto—. También me dan pena los perritos que tuvieron que soportarla el año pasado. ¿Qué clase de hipócrita financia una fundación para animales callejeros cuando odia a los perros? Esos pobres cachorritos… Si no viviese en un piso diminuto, los adoptaría a todos. Qué demonios, encantada

me ofrecería como voluntaria para pasar un rato con ellos cualquier día.

—Puedes venir conmigo, si es lo que quieres. —Sus palabras quedaron flotando en el aire. Una parte de mí quería decir que sí. Sí a la oportunidad de conocer una nueva faceta de él. Incluso a conseguir otra sonrisa—. Al fin y al cabo, has pagado por una cita.

—Con tu dinero.

—Eso da igual. —Contraatacó—. Es parte del trato.

Una punzada de dolor inesperado me devolvió a la realidad. «Parte del trato». Eso era Aaron, un hombre que cumplía su palabra. Tiró la cabeza hacia atrás y me dejó verle la cara, su mirada me analizó.

—Yo… —vacilé, me sentía estúpida por haber considerado, aunque fuera un solo segundo, que realmente quería que lo acompañara—. Solo…

Mierda. Todo lo que había pasado esa noche me daba vueltas en la cabeza. Aaron con esmoquin. Las nuevas sensaciones que me provocaba. La subasta. Su sonrisa. Su risa. Bailar. Mi cuerpo contra el suyo, muy juntos. Todo eso y el hecho de que nos iríamos a España en un par de semanas. Todo enredado en nudos que me hacían perder la cordura.

Aaron seguía mirándome con una expresión extraña. Probablemente esperaba que dijera algo que no fuera un balbuceo.

—Eso… —Sacudí la cabeza—. No quiero que te metas en problemas por mí —dije finalmente—. Supongo que alguien comprobará que las condiciones de la subasta se cumplan, ¿no? —No sabía si había condiciones, y mucho menos si alguien iba a comprobar algo—. Lo último que quiero es interponerme en las buenas acciones de la fundación —continué, aunque él no cambió de expresión—. Nadie tiene por qué saber que la cita es falsa, ¿no?

—No, nadie tiene por qué saberlo. —Siguió mirándome de ese modo analítico que no comprendía.

—Ni que somos amigos, ¿no? —Eso no había sonado bien. ¿Éramos amigos?

—¿Eso es lo que quieres que seamos, Catalina? —respondió Aaron con calma—. ¿Amigos?

—Sí —respondí. ¿Quería? Nunca lo habíamos sido, aunque no por mi culpa. Yo no tenía nada que ver con esa decisión—. No

—corregí cuando recordé el gran obstáculo que había entre nosotros. El que él había puesto, no yo. Lo había decidido él, no yo. No era justo que me preguntara eso—. No lo sé, Aaron. —Tenía las palmas sudadas y la garganta seca. Estaba… confundida—. ¿Qué clase de pregunta es esa? —Aaron sopesó mis palabras.

—¿Sí o no? —insistió.

Abrí y cerré la boca. Sin que me diese cuenta, habíamos dejado de bailar. Dejé caer la mano que sostenía contra su pecho. Siguió el movimiento con la mirada. Algo quedó atrapado detrás de la máscara indescifrable que era su expresión.

—Olvídalo —dijo y dejó caer los brazos que tenía alrededor de mi cintura—. Ha sido una mala idea.

Eso me hizo estremecer, pero no entendí por qué había hecho eso o a qué se refería. Nos quedamos de pie, uno delante del otro, sin movernos. Por mucho que Aaron hubiera sido distante y desdeñoso en el pasado, nunca había estado tan… lejos. Era como si mis palabras lo hubiesen herido.

La necesidad de acercarme y apoyar la mano en su pecho volvió a aflorar. No era capaz de comprender, por mucho que me esforzara, por qué. La pequeña voz de mi cabeza (que asumía que debía ser el sentido común) me decía que debía alegrarme de volver al camino que nunca deberíamos haber abandonado.

Últimamente me costaba mucho entrar en razón. Así que, cuando levanté el brazo (porque era incapaz de consolar a los que me rodeaban sin abrazos o el contacto que necesitasen) y Aaron se alejó, me dolió. Me enfadé conmigo misma por haber sido tan estúpida.

—¿Ves? —dije por lo bajo—. Por esto no sé si podremos ser amigos. Por esto nunca lo hemos sido.

Esa noche solo había sido una casualidad, y ese era el motivo. Las cosas siempre se nos iban de las manos.

—Tienes razón. —Su voz no podía ser más inexpresiva—. Ser tu amigo es lo que menos me interesa.

Fue como estar de pie debajo de una lluvia de granizo. Ahí, uno frente al otro, el granizo agujereó la pequeña burbuja en la que habíamos pasado las últimas horas. En la que habíamos estado cuando bailamos. Justo antes de que la tregua tácita que habíamos acordado nos reventara en la cara. Como debería haberme

imaginado que pasaría. Pestañeé sin saber qué decir.

—Si me disculpas —dijo—. Me despido y te llevo a casa.

Se dio la vuelta y me dejó donde estaba. Atornillada al suelo. Sobre unas piernas en las que no confiaba si no me sostenían sus brazos. El corazón me latía con fuerza en el pecho. Sentí como el frío se me filtraba en la sangre por su repentina ausencia y empecé a cuestionarme todo lo que había pasado esa noche. Me costaba convencerme de que no había significado nada. Nada de nada.

Nunca habíamos sido amigos.

Habíamos vuelto a ser los mismos Aaron y Lina que siempre habíamos sido, y era algo que no cambiaría nunca.

Capítulo 10

CUANDO ENTRÉ A LAS OFICINAS de InTech el lunes siguiente, sentía como si me hubiera tragado una bola de plomo con el café. La sensación crecía a cada paso que daba, como si la bola se expandiera, ocupando cada vez más espacio.

No me había sentido tan… intranquila desde la llamada en que me había enterado del compromiso de Daniel. La llamada que dio inicio a la mentira. Pero esto era diferente, ¿no? Este nudo que se me había formado en la boca del estómago no tenía nada que ver con eso que había escupido en un lapsus de desesperación y estupidez. Aunque quizá sí.

Por mucho que me resistiera a admitir que lo que sentía tenía que ver con cómo habían acabado las cosas con Aaron el sábado, tenía que hacerlo. Y, por mucho que me resistiera a perder el tiempo preocupándome por eso, así eran las cosas.

Era ridículo, ¿por qué le iba a dar vueltas a la noche del sábado (o a él)? No tenía ningún motivo para hacerlo. Por lo menos, ningún motivo lógico. No éramos amigos. No nos debíamos nada. Y lo que sea que dijera… (o hiciera, o qué aspecto tenía, o cómo oliera, sonriera o me sostuviera entre sus brazos mientras bailábamos, o lo que fuera que me hubiera susurrado al maldito oído) debería resbalarme. Pero mi mente tenía otros planes.

«Ser tu amigo es lo que menos me interesa». Es lo que había dicho. No lo podría haber dejado más claro. Por mí, perfecto. De todos modos, no estaba buscando una amistad. Lo había hecho en sus primeros días en InTech, pero ese tren había pasado hacía tiempo. Estaba en mi lista negra por un motivo, y ahí es donde tendría que haberse quedado: en la lista negra.

El único, pequeñísimo, problema era que lo necesitaba. Y… Dios. Ya me ocuparía de eso más tarde.

Traté de dejar de pensar en el drama con Aaron y destruir esa semilla de intranquilidad para que no creciera y se convirtiera en otra cosa. Colgué el bolso en la silla, cogí la agenda y entré a la sala en la que una vez al mes hacíamos el Desayuno de Novedades, al que solía asistir Jeff y los cinco equipos que coordinaba. Por desgracia, no, no desayunábamos y veíamos las noticias. Solo era una reunión en la que se servía café horrible y algo que no tenía derecho a llamarse galletas mientras Jeff nos informaba de los últimos anuncios y novedades.

Fui de las primeras en llegar. Me senté en mi sitio y, con la agenda abierta, me puse a repasar las tareas que había apuntado para esta semana mientras la habitación se iba llenando.

Sentí una suave caricia en el brazo y un ligero perfume a melocotón. Sabía perfectamente a quién me encontraría cuando me diese la vuelta, y sabía que estaría sonriendo.

—Hola. ¿Quieres almorzar en Jim's o en Greenie's? —preguntó Rosie en voz baja.

—Vendería mi alma por un *bagel* de Jim's, pero no debería. —Hoy no era día de ensalada; no estaba de humor para eso, pero la boda estaba a la vuelta de la esquina—. Así que Greenie's.

—¿Estás segura? —Rosie miró las galletas que había en la mesa que quedaba al lado de la puerta—. Dios, cada día son peores. —Me reí, pero antes de que pudiera responder, mi estómago rugió.

—Me arrepiento de no haber desayunado —murmuré y le hice una mueca a mi amiga.

—Lina. —Rosie frunció el ceño, parecía un poco alarmada—. Tú no eres así, cariño. La dieta que estás haciendo es una estupidez.

—No es una dieta. —Puse los ojos en blanco, ignorando la voz en mi cabeza, que estaba de acuerdo con mi amiga—. Solo me estoy cuidando.

—Iremos a Jim's —interrumpió y, con la mirada, me dio a entender que no me creía.

—Créeme, con el fin de semana que he tenido, iría encantada y arrasaría con todo, pero me veo obligada a rechazar tu invitación.

—¿Qué has hecho? —Mi amiga me analizó la cara y seguro que detectó algo porque levantó una ceja. Incliné la silla hacia atrás y bufé.

—No he hecho… —Me detuve. Había hecho muchas cosas—. Luego te cuento, ¿de acuerdo?

—En Jim's. —Aunque parecía preocupada, asintió con la cabeza y se fue a sentarse junto a Héctor, su líder de equipo.

Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, lo saludé con la mano y le sonreí. Me respondió con un guiño.

Después (pillándome con la guardia baja, cosa que no tendría que haber pasado), se me encendió el radar interno que me alertaba de la presencia de Aaron. El corazón empezó a latirme a mucha velocidad y lo aceché con la mirada.

«No es tan guapo. Solo es alto», me dije. Algo golpeó contra mi caja torácica. «Era el esmoquin, mi cuerpo no está reaccionando igual a esa camisa ni a los pantalones ajustados», pensé mientras seguía con los ojos los largos pasos que daba hasta la silla que sabía que iba a elegir, un par de filas más adelante y hacia mi izquierda. «Sí, su cara no me despierta la necesidad de escribir poesía», me convencí mientras estudiaba su perfil, recto y masculino, desde la mandíbula hasta la línea de pelo tupido que limitaba con su frente.

Lo tenía todo bajo control. Mi cuerpo había vuelto a la normalidad. No necesitaba el consuelo de un *bagel* con salmón y queso crema.

Pero entonces Aaron se dio la vuelta. Sus ojos atravesaron la habitación y se cruzaron con los míos. Me pilló mirándolo de un modo demasiado intenso para alguien que, hacía un par de minutos, había jurado que no iba a prestarle atención. Sentí como me ruborizaba, estaba segura de que estaba roja como un tomate. Sin embargo, no fui la primera en alejar los ojos. Fue él. Bajó la mirada y se concentró en otra cosa. Una cosa que no era yo. No me sentó bien. Que me rechazara tan rápido me molestaba más que nunca.

—Buenos días a todos. —La voz de Jeff me sacó de mis pensamientos antes de que pudiera darle más vueltas al asunto. El

murmullo que había en la habitación se detuvo en seco—. Este Desayuno de Novedades será relativamente corto. Tengo que asistir a una reunión de la que me he enterado hace solo treinta minutos, así que no os pongáis muy cómodos y atacad las galletas cuando queráis —dijo entre risas nuestro jefe, pero nadie se movió. Por supuesto.

—Como ya sabéis, estamos atravesando un momento de cambios importantes. Entre otras cosas, vamos a hacer una reestructuración completa. Todo repercutirá en la forma en que conocemos la compañía. Pero tranquilos, no tenéis por qué preocuparos. Iremos introduciendo estos cambios poco a poco durante los próximos meses.

La pantalla, colgada en una de las paredes de la sala de conferencias, mostró un gráfico de las cinco divisiones, con el nombre de nuestro jefe bien destacado por encima (Jeff Foster), y los cinco líderes justo debajo (Aaron Blackford, Gerald Simmons, Héctor Díaz, Kabir Pokrehl, y yo, Catalina Martín).

Había habido rumores (más que nada, comentarios en el pasillo) de que iba a haber grandes cambios en la empresa. Algo que haría que todo se tambaleara. Pero a decir verdad, nadie sabía a ciencia cierta qué iba a pasar.

—Dicho esto —continuó el jefe después de aclararse la garganta—, me gustaría adelantaros algo antes de que os enteréis por la circular oficial.

El hombre al que mi amiga Rosie, un poco borracha, había llamado «zorro gris» dudó un segundo. Se tocó el cuello de la camisa antes de apretar una tecla del ordenador y apareció una nueva diapositiva en la pantalla, con un diagrama muy similar al anterior. Casi una copia, esencialmente lo mismo, excepto por un detalle. El nombre de Jeff ya no estaba en el recuadro azul que quedaba por encima de los cinco líderes de equipo. La bola de plomo se me cayó a los pies. Nuestro jefe juntó las manos mientras mi mirada rebotaba entre él y la pantalla.

—Me complace anunciar que Aaron Blackford será el próximo jefe del Departamento de Soluciones de InTech. —Las palabras de Jeff me entraron por los oídos y se me quedaron rebotando dentro de la cabeza, como si mi cerebro no pudiera procesarlas—. Aaron es una de las personas más responsables y eficientes que he tenido el

placer de supervisar, y ha demostrado que se merece este ascenso, así que no tengo ninguna duda de que hará un gran trabajo. —Todos se habían quedado mudos por la sorpresa—. Todavía no se ha establecido cuándo asumirá todas mis responsabilidades, pero quería daros la primicia antes del anuncio oficial.

Jeff siguió hablando, probablemente repasando los temas que se tenían que discutir en el Desayuno de Novedades. O quizá no… No lo sabía. No estaba escuchando. Seguía dándole vueltas a su anuncio, incapaz de pensar en otra cosa. «Aaron Blackford va a ser mi jefe».

No pude evitar mirar a Aaron, que se había inclinado hacia atrás en la silla. Tenía los ojos fijos en él, su expresión seguía inmutable. Todavía más de lo habitual. Hubo una pausa y algunos aplausos, a los que mis manos se unieron de forma automática.

«Aaron Blackford será mi nuevo jefe y yo he tenido una cita con él. Y aunque fue falsa, podía ser real a ojos de todos los demás». Durante un segundo, viajé en el tiempo hacia un pasado que había dejado atrás y no quería recordar. Ni revivir. Sacudí la cabeza para intentar alejar el torbellino de recuerdos indeseables. No, no iba a pensar en eso, no delante de todos.

Seguía con la mirada clavada en Aaron, analizando su expresión vacía. Esto lo cambiaba todo… Lo que fuera que había entre nosotros. Daba igual que fuera mi única opción. Daba igual si mi familia se tragaba que éramos pareja teniendo en cuenta que discutíamos y nos peleábamos todo el tiempo. Daba igual que me hubiera confesado que no quería ser mi amigo ni que yo no supiera en qué punto nos dejaba eso.

Daba igual porque nuestro acuerdo se había terminado. Tenía que acabar. No haría esa tontería con el hombre al que acababan de ascender a jefe. Con mi jefe. No volvería a ponerme en una situación que ya había vivido y había acabado fatal. Solo para mí. Aunque esta vez fuera falso (como el sábado), no iba a arriesgarme.

El chirrido de las sillas me devolvió a la habitación. Todos, incluido Aaron, se levantaron y se dispersaron. Miré los ojos verdes de Rosie, enmarcados por rizos oscuros.

«Mierda», moduló mi amiga.

Tenía razón, era una mierda.

Y aún no le había contado nada.

Busqué a Aaron por el rabillo del ojo y lo vi detrás de Rosie. La determinación que no había podido encontrar unos minutos antes cogió forma en mi cabeza. Mamá me había enseñado que no tenía que guardarme las cosas. Ignorar los problemas y esperar a que desaparecieran no era el camino más inteligente. Porque no desaparecían. Tarde o temprano (y siempre cuando menos lo esperabas) explotaban.

Con esta nueva determinación recorriéndome el cuerpo, le hice un gesto a Rosie y dejé que las piernas me guiaran fuera de la sala. Mis cortas extremidades tenían una misión: intentar alcanzar las grandes zancadas que daba el hombre al que perseguía.

En menos de un minuto (tiempo suficiente para que el corazón se me acelerara por el esfuerzo y la expectativa), llegó a su oficina. Yo entré un segundo después.

Miré como se dirigía a su silla para desplomarse en ella. Cerró los párpados y se llevó una mano a la cara para frotarse los ojos.

Seguro que pensaba que estaba solo. Dudaba que Aaron dejase que alguien lo viese así. Parecía muy cansado. Mostraba su cara real, no esa fachada de acero detrás de la que solía esconderse.

Como me había ocurrido el sábado, sentí la necesidad de consolarlo. Y, aunque no quería, casi me acerco para preguntarle si estaba bien. Por suerte, el poco sentido común que me quedaba se interpuso y evitó que me avergonzara. Aaron no quería mi consuelo. Ni siquiera quería ser mi amigo.

Me quedé de pie al otro lado del escritorio, con solo ese mueble entre nosotros. Finalmente, manifesté mi presencia.

—¡Felicidades! —solté con una dosis extra de entusiasmo, de la que me arrepentí de inmediato. Aaron se enderezó y apoyó la mano en el apoyabrazos.

—Catalina —dijo con una voz que ya no podía escuchar sin pensar en el sábado. Me miró fijamente mientras su expresión volvía a la normalidad—. Gracias.

—Te mereces el ascenso. —Se lo merecía. Eso era verdad. Y, más allá de todo lo que sentía, me alegraba por él.

Asintió en silencio. Cogí la agenda con ambas manos, sabía que era el único modo de no empezar a juguetear con algo por los nervios. Traté de aclararme las ideas para poder poner en palabras lo que había venido a decir.

—Creo que deberíamos… —Arrastré las palabras, sin saber cómo decirlo—. Creo que lo mejor es que… —Negué con la cabeza—. Sé que probablemente no tengas tiempo para hablar, pero creo que deberíamos hacerlo. —Frunció el ceño—. En privado. —Lo frunció todavía más—. Si tienes tiempo, claro.

No quería que cerrara la puerta porque la mera idea de quedarme a solas en una habitación con Aaron hacía que se me acelerara tanto el corazón que me resultaba imposible de ignorar. Pero era la única forma de asegurarnos de que nadie entrara o nos escuchara.

—Por supuesto —dijo sin relajar la expresión—. Siempre tengo tiempo para ti. —Otra punzada en el pecho.

En un segundo, se levantó, rodeó el escritorio y luego a mí, que seguía con la mirada fija en el lugar que había ocupado un par de segundos antes. Ahí de pie, como una completa idiota, lo escuché cerrar la puerta y el sonido rebotó en toda la habitación.

—Lo siento —murmuré cuando volvió a aparecer delante de mí—. Podría haberlo hecho yo. Pero no… —Suspiré—. No lo había pensado. Gracias.

—No pasa nada. Ya podemos hablar.

No se sentó en la silla, sino que se apoyó en el escritorio. Me clavó la mirada, esperando.

—Sí, ya podemos hablar. —Repetí, echando los hombros hacia atrás—. Creo que deberíamos hacerlo. —Lo vi asentir y sentí la piel pegajosa por el miedo—. Me gustaría aclarar las cosas después de… lo que pasó.

—Sí, tienes razón —concordó. Sus brazos lo sostenían y las manos se aferraban con fuerza al borde del escritorio—. Tenía intención de hablar contigo después de la reunión. Había pensado que podíamos comer juntos.

Comer juntos.

—Pero nunca lo hemos hecho.

—Lo sé —dijo casi con amargura. Suspiró muy despacio—. Pero quería proponértelo de todos modos. —Lo miré fijamente, incapaz de ignorar el efecto que sus palabras tenían en mí—. Aunque no creo que pueda, las noticias me han cambiado los planes. —Eso… era tan sorprendente como que hubiera dicho que quería comer conmigo.

—¿No sabías que Jeff iba a anunciar tu ascenso?

—No. No creía que fuera a pasar tan pronto. Y menos hoy —confesó. Mi mente se llenó de preguntas—. Pero ya da igual. Supongo que querías hablar sobre nosotros…

—Pero sí que importa. —Me opuse, indignada e intentando ignorar cómo ese «nosotros» me había hecho sentir—. No quiero quitarle hierro a que Jeff te haya hecho una encerrona. No sé por qué haría una cosa así. Es… —Bajé la voz cuando me di cuenta de que la había alzado—. Poco profesional.

—Lo es, tienes razón. —El azul en sus ojos resplandeció, ahora era él quien parecía sorprendido—. Y se lo haré saber, créeme.

—Bien. Deberías.

Su expresión se ablandó y tuve que alejar la vista, la clavé en algo encima de su hombro. No quería que supiera cuánto me importaba. No tenía que saberlo. Seguíamos siendo los mismos Lina y Aaron de siempre (muy lejos de ser amigos) y, encima, pronto nos separaría un paso más en la jerarquía de la empresa.

Solté una mano de la agenda, que parecía sostener con todas mis fuerzas, y me rasqué la nuca. Seguía sin querer desplazar la mirada hacia la izquierda, donde iba a encontrarme con sus ojos. Opté por bajarla, siguiendo la costura de la camisa que le cubría los hombros. Un silencio espeso nos envolvió.

—Escucha, sobre nuestro acuerdo… —Comencé.

—El sábado yo… —dijo Aaron al mismo tiempo. Lo miré y me hizo un gesto para que continuara. Acepté con una inclinación de cabeza.

—Lo diré y luego desapareceré de tu vista, te lo prometo. —Exhalé por la nariz, sin prestar atención a su ceño fruncido—. Ahora que te has convertido en el jefe del departamento, lo que es genial, de verdad, felicidades —le dediqué una sonrisa amable—, las cosas… van a cambiar entre nosotros. —Arrastré los pies, no me gustaba cómo había sonado. No existía un «nosotros». No después de lo que había pasado el sábado, y menos aún después de esto—. Lo que intento decir es algo que probablemente ya habrás descubierto por tu cuenta, pero quería aclarar las cosas. —Aaron apretó la mandíbula—. Nuestro acuerdo se ha acabado. Fue una estupidez y ahora todavía tiene menos sentido. No es para tanto. Te ayudé el sábado, pero no me debes nada. Tómatelo como un

agradecimiento por tu ayuda con el Día de Puertas Abiertas, ¿de acuerdo? Estamos en paz.

Esperaba quitarme un peso de encima, pero no fue el caso. Era como si mis palabras me hubieran puesto aún más peso encima.

—¿Estamos en paz? —preguntó Aaron, que separó la mano de la superficie de roble—. ¿Qué significa eso?

—Significa que no me debes nada —dije levantando los hombros, totalmente consciente de que me estaba repitiendo—. Puedes olvidarte de esta tontería. —Los ojos se le llenaron de una extraña mezcla de confusión y frustración—. Creo que estoy siendo bastante clara, Aaron. No es necesario que sigamos con nuestro trato. Ni volar a España, ni ir la boda, ni fingir ser mi novio, ni jugar a juegos de mesa con mi familia y conmigo. Nada de eso será necesario.

—¿Tu novio? —preguntó en un susurro.

Ah, mierda. Era la primera vez que usaba esa palabra.

—Mi cita o como quieras llamarlo.

—¿Has conseguido a otra persona? ¿Es eso? —Lo fulminé con la mirada. ¿Estaba hablando en serio?

—No, no es eso.

—Entonces iré contigo. —Tensó todavía más el músculo de la mandíbula.

—No tienes que hacerlo. —Me esforcé para que no viese que me estaba irritando.

¿Por qué siempre lo hacía todo tan difícil?

—Pero te dije que lo haría, Catalina. Me da igual que creas que estamos en paz. —Su voz sonaba tan firme y lo dijo con tanta confianza que no fui capaz de dudar de su decisión—. Lo del sábado no cambia nada.

—Lo cambia todo —dije, quizá con demasiada energía. Aaron abrió la boca, pero no le di la oportunidad de rechistar—. Igual que tu ascenso, Aaron. Serás mi jefe. Mi supervisor. El jefe del departamento. No deberías distraerte por tener que asistir a una boda conmigo al otro lado del océano. Imagínate las cosas que diría la gente si se entera. No permitiría que me cuestionen… —Me detuve, estaba diciendo demasiado—. Esto es demasiado… —«¿Ridículo? ¿Imprudente? ¿Todas las anteriores?». Sacudí la cabeza. Estaba agotada y mareada—. De verdad, ya no es necesario.

—Entiendo que quieras ir con cuidado ahora que todo el mundo sabe que van a ascenderme. —Sacudió la cabeza. Por supuesto que no se iba a rendir tan fácilmente—. Pero no va a ser de un día para otro, así que las cosas no tienen por qué cambiar.

Esperó a que le contestara, pero en lugar de palabras, una avalancha de algo completamente diferente me trepó por la garganta: los recuerdos de un tiempo en el que había sido tan idiota como para estar en una posición parecida, con la diferencia de que no era una relación falsa, sino una real. Tan real que todavía no había conseguido deshacerme del dolor que me provocó su destrucción.

—Es un riesgo que no estoy dispuesta a correr. —Revelé más de lo que me hubiera gustado—. No lo entenderías.

—Entonces ayúdame a entenderlo —dijo, de forma abierta y sincera—. Cuéntamelo para que pueda entenderlo. Al menos concédeme eso.

—No. Eso son cosas que me reservo para mis amigos. —Dije sin pensar mientras le daba vueltas a las palabras que se habían estado repitiendo en mi cabeza desde el sábado.

Su expresión cambió y esperé que se pusiera a la defensiva, como solía hacer, pero no fue así.

—Catalina —dijo con un tono muy lejos de lo que esperaba—. No puedo decir nada que cambie lo que dije el sábado, así que no lo haré.

—Bien —asentí en un tono muy diferente al que quería—, porque me da igual si quieres ser mi amigo o no. No tienes que darme explicaciones ni retractarte. Las cosas llevan siendo así dos años, no tengo problema con eso. —Su mirada se endureció, pero continué—: No tenemos diez años. No tenemos por qué forzar una amistad. No tenemos por qué ser amigos. Sobre todo ahora que serás mi jefe. Ni siquiera tenemos que ser simpáticos. No pasa nada. Por eso te libero de nuestro acuerdo. Me las apañaré sola. —Por mucho que me resistiera, eso era lo que hacían las damas de honor solteras y mentirosas: ir solas a las bodas—. No estás faltando a tu palabra, Aaron. Soy yo quien te está liberando.

Nos quedamos ahí un buen rato, mirándonos. El corazón me latía de forma desbocada mientras intentaba convencerme de que esa expresión no era de arrepentimiento, que no sentía algo que no

tenía ningún sentido que sintiera. A menos que se arrepintiera de haberse comprometido a esta locura. Eso sí sería comprensible. Antes de que pudiera darle más vueltas, el sonido de una llamada entrante invadió la habitación. Aaron se sacó el móvil del bolsillo sin alejar los ojos y descolgó.

—Blackford. —Una pausa. Nos miramos fijamente, su expresión se endureció—. Sí, de acuerdo. Me ocuparé yo mismo. Dame dos minutos. —Lo vi dejar el móvil en el escritorio y enderezarse. Me miró de un modo que hizo que se me ruborizaran el cuello y las orejas, como si la piel de las mejillas, la nariz y el mentón escondieran las respuestas que buscaba—. Hay algo que no me estás diciendo —dijo finalmente. Tenía razón. Había muchas cosas que no le estaba diciendo. Y no iba a hacerlo—. Pero tengo paciencia. —Algo golpeó contra mi caja torácica. No entendí a qué se refería ni por qué sentía una presión en el pecho de golpe—. Me han llamado para algo importante, así que tengo que irme. —Dio un paso en mi dirección, con ambas manos en los bolsillos y los ojos fijos en mí—. Vuelve al trabajo, Catalina. Pero esta conversación no ha acabado.

Un segundo después, Aaron desapareció por la puerta. Me dejó sola en su oficina, contemplando el espacio vacío, pensando en lo bien que se había adaptado a su nuevo rol, dudando de si la conversación realmente continuaría y encontrando bastante improbable que hubiese algo por lo que pudiese ser paciente. Porque, hasta donde yo sabía, ninguno de los dos tenía nada que esperar del otro.

Capítulo 11

TODO FUE CUESTA ABAJO A partir de ahí.

Aunque había querido dar por zanjado el tema con Aaron, nuestra conversación ni siquiera me había aliviado un poco. Por supuesto que le había dejado muy claro que lo liberaba de todas sus responsabilidades, pero hacía dos semanas que sus palabras me rondaban la mente.

«Hay algo que no me estás diciendo», había dicho, «pero tengo paciencia». Era como estar esperando que estallara una bomba. Aparte, no le había contado nada a Rosie. Todavía. Lo haría en cuanto tuviera un plan de contingencia para la boda. Para la que solo faltaban tres días. Tres.

Miré el reloj analógico que tenía encima del escritorio. Eran las ocho de la noche y aún me quedaba mucho para acabar.

¿Cómo iba a estarlo si nada iba acorde al plan? No había encontrado a nadie para cubrir a Linda y Patricia, así que seguía encargándome de su trabajo; todavía no había resuelto cómo íbamos a entretener a los invitados durante las dieciséis horas que iba a durar el Día de Puertas Abiertas; y acababa de enterarme de que un cliente muy importante, Terra-Wind, se había puesto en contacto con nuestra competencia. No porque fueran mejores que nosotros, sino porque eran de los que ofrecían sus servicios a un

precio ridículamente bajo. Llevaba lidiando con esa crisis las últimas tres horas.

—Gracias, señorita Martín —dijo un hombre con traje oscuro desde mi ordenador—. Analizaremos su oferta y le comunicaremos nuestra decisión.

—Gracias por su tiempo —dije con una sonrisa amable—. Quedo atenta a su respuesta, señor Cameron. Que tenga una buena noche.

Presioné finalizar en la sala de conferencias que había compartido con el representante de la junta directiva de Terra-Wind, me quité los auriculares y cerré los ojos un momento. Dios, ni siquiera sabía cómo me había ido. Solo esperaba haberlo persuadido. Mi equipo valía cada centavo y Terra-Wind era una empresa de energía renovable con los recursos y el potencial para hacer algo por el estado de Nueva York. Quería ese proyecto.

Abrí los ojos y vi el nombre de mi hermana en la pantalla del móvil, que se había iluminado. Tuve sentimientos encontrados. Cualquier otro día hubiese descolgado de inmediato. Pero hoy no. Ya había enviado varias de sus llamadas directamente al buzón. Si fuera una emergencia real, toda mi familia me estaría llamando.

«*Lo siento mucho, Isa*», dije como si pudiera escucharme, «no tengo tiempo para ocuparme de otro problema relacionado con la boda». Silencié el teléfono, lo puse boca abajo, y cogí la pila de currículums que me habían enviado de Recursos Humanos. Iba a revisar algunos y me llevaría el resto a casa.

Cuatro currículums más tarde, dejé caer el subrayador que había elegido llena de optimismo. Apoyé la espalda en el respaldo. Me daba vueltas la cabeza, posiblemente porque llevaba horas trabajando con el estómago vacío. Otra vez. Estaba haciendo dieta, aunque mal. Me regañé por ser tan tonta.

Por mucho que me odiara por eso, no podía dejar de pensar en el momento en que estuviera delante de Daniel. Mi ex, el hermano del novio y padrino de boda, quien, a diferencia de mí, estaba felizmente prometido. Ya podía sentir a todos los invitados mirándome, mirándonos, midiendo mi reacción y evaluándolo todo: desde mi aspecto hasta el modo en que había curvado los labios o empalidecido al verlo. Pensé en posibles respuestas para cuando me preguntaran por qué llevaba tanto tiempo soltera y Daniel no.

«¿Lo superará en algún momento? ¿Será capaz de procesar todo

lo que pasó? Por supuesto que no. Pobrecita. Lo que pasó la ha marcado de por vida».

¿Era tonta por querer tener buen aspecto en esa situación? No bien. No solo pasable. Quería verme completa delante de todas las miradas que estarían escrutándome. Hermosa, impecable, inalterable. Necesitaba dar la impresión de que había vuelto a encarrilar mi vida. Que lo tenía todo resuelto. Feliz. Del brazo de un hombre.

Objetivamente, sabía lo estúpido que sonaba, sabía que no debería valorarme dependiendo de si tenía pareja, tenía una piel radiante o estaba más delgada. Pero es lo que iban a hacer todos.

Sacudí la cabeza para intentar alejar esos pensamientos, pero solo conseguí empeorar el mareo. Mi cuerpo reclamaba cualquier cosa que pudiera llenar el vacío que tenía en el estómago.

«Agua. Eso ayudará».

Cogí el móvil y la credencial de la empresa. Tenía las piernas más débiles de lo que me hubiera gustado. Había un dispensador de agua al otro lado del pasillo. Tres llamadas perdidas de mi hermana. Con la diferencia de hora, seguro que ya estaba dormida.

Lo siento, novia

Godzilla

Seguí escribiendo, aunque me costaba enfocar. Dejé de caminar, intentando volver a concentrarme en la pantalla.

Hablamos mañana, ¿vale?

Quise continuar, pero las letras empezaron a bailar. Mis dedos perdieron fuerza y empezaron a vacilar encima del teclado. Vi doble, después borroso, y no logré distinguir las palabras que creía haber escrito.

Respiré temblorosa mientras intentaba darle a enviar.

«Agua. Necesito agua».

Levanté la cabeza y mis piernas continuaron su camino,

logrando avanzar un par de metros. Sabía que el dispensador estaba justo ahí, probablemente a cinco o seis pasos de distancia. Pero empecé a ver estrellas y todo se volvió blanco. Un segundo después, volvió la iluminación fluorescente del pasillo, que parecía más angosto y se convertía en un túnel.

—Guau —murmuré. Hasta que tuve que apoyar una mano en la pared para no perder el equilibrio, ignoré que mis piernas habían seguido avanzando—. Oh, *mierda* —tartamudeé.

Se me cerraron los párpados y pude sentir como se me iba la sangre de la cabeza, dejándome mareada e inestable. Quise abrir los ojos, pero solo veía blanco. Una cortina de niebla blanca y espesa lo cubría todo. Aunque quizá era la pared. No estaba segura.

«Yo… Estoy jodida. Muy jodida. Son las ocho y media. No queda nadie». Eso pensaba mientras intentaba identificar todas las señales que indicaban que me estaba yendo directamente hacia el suelo. Y… Mierda. No podía recordar. No podía… pensar. Sentía el sudor en la piel y solo quería cerrar los ojos y descansar, sin darme cuenta de que eso era una mala idea. Entonces, mis piernas empezaron a rendirse.

Estaba acostada en el suelo.

«Bien. Esto es bueno. Descansa y ya verás como te sientes mejor». Me dejé caer hacia un lado. «Está frío, pero va… a… mejorar».

—Catalina. —Una voz atravesó la neblina. Era profunda, urgente. Tenía los labios fríos y los sentía ajenos a mi cuerpo, así que no respondí—. Mierda. —Otra vez esa voz. Después algo cálido en mi frente—. Dios. Joder, Catalina.

La había cagado. Lo… sabía. Había hecho algo mal y quería admitirlo en voz alta a quien quisiera escucharme, pero solo era capaz de balbucear algo que no significaba… nada.

—Ey. —La voz se ablandó, ya no parecía enfadada. Y yo… estaba tan cansada—. Abre esos ojazos marrones. —La presión que había sentido en la frente bajó hasta la mejilla. Se sentía bien contra la piel fría y húmeda, así que no me resistí—. Ábrelos por mí. Por favor, Catalina. —Mis párpados se agitaron un instante y se encontraron con esos dos círculos azules que me hacían pensar en el océano. Se me escapó un suspiro y la sensación de vacío retrocedió un instante—. Ahí estás. —La voz. Más suave. Aliviada. Parpadeaba

despacio mientras empezaba a recuperar la visión. Ojos de un azul profundo. Pelo tan negro como la tinta. La sólida línea de la mandíbula—. ¿Lina?

«Lina».

Me hacía gracia que esa voz me llamase por el apodo que usaban todos. No, no todo el mundo. Pestañeé un poco más, pero antes de que mis ojos pudieran enfocarse en un punto fijo, alguien me levantó en el aire. El movimiento fue lento, gentil, no lo noté hasta que empezamos a avanzar. La cabeza enseguida empezó a darme vueltas.

—Mi cabeza —dije por lo bajo.

—Lo siento. —Sus palabras retumbaron a mi lado e hicieron que me diese cuenta de que mi mejilla descansaba contra algo sólido y cálido. Algo que latía. Un pecho—. Quédate conmigo, ¿de acuerdo? —«De acuerdo, me quedaré». Me enterré en ese cuerpo, lista para entregarme al agotamiento—. Ojos abiertos, por favor.

De algún modo, cumplí. Me dejé caer sobre un hombro que, a medida que avanzábamos, me resultaba más familiar. Y, poco a poco, se me fue aclarando la vista. La cabeza ya no me daba vueltas y parecía haber vuelto a atornillarse a mis hombros. El sudor dejó de invadirme la piel.

Miré a mi alrededor mientras recordaba lo que había pasado. Me había desmayado, por no comer suficiente. Como una completa idiota. Suspiré y miré hacia arriba. Me concentré en una barbilla coronada por unos labios muy apretados.

—Aaron —susurré. Sus ojos azules se encontraron con los míos por un instante.

—Aguanta. Ya casi hemos llegado.

Aaron me estaba llevando en brazos. Su brazo derecho me sostenía las piernas, con la mano bien abierta sobre un muslo, la izquierda me sostenía la espalda y tenía los dedos extendidos en mi cadera. Antes de que pudiera pensar en ello o concentrarme en el reconfortante y maravilloso calor que emanaba, empezó a bajarme.

Confundida, miré a mi alrededor. Mi mirada se topó con un horrible y perturbador cuadro de un niño con los ojos muy grandes. Siempre lo había odiado y sabía exactamente dónde estaba colgado: solo podíamos estar en la oficina de Jeff. Era la única persona que no lo encontraba aterrador.

Apoyé el culo en una superficie de terciopelo y mi espalda lo siguió, descansando sobre algo parecido a un cojín. Apoyé las manos a ambos lados y sentí la tela. Cuero. Un sofá. Jeff tenía uno en su oficina. Uno de esos de cuero, pretencioso y elegante.

Aaron volvió a acariciarme la cara, captando toda mi atención. Estaba cerca, muy cerca. Arrodillado en el suelo, frente a mí. Su cercanía era reconfortante, pero su expresión no concordaba con la tranquilizadora sensación de sus dedos sobre mi piel.

—¿Quieres recostarte? —preguntó, sonaba un poco alterado.

—No, estoy bien. —Intenté que mi voz aparentase seguridad, aunque estaba lejos de sentirla. Frunció el ceño—. Pareces enfadado. —Era una observación que debería haberme guardado para mí, pero supuse que, dadas las circunstancias, no estaba en posición de elegir lo que salía de mi boca—. ¿Por qué estás enfadado?

—¿Cuándo comiste por última vez? —Su ceño se frunció aún más y se movió para enderezar la espalda. Vi como se sacaba algo del bolsillo. Hice una mueca.

—El almuerzo, creo. Más bien un *brunch*. No había tenido tiempo de desayunar, así que piqué algo a las once.

—Por Dios, Catalina.

Su mano se detuvo justo frente a mí y me dejó ver lo que sostenía. Estaba envuelto en papel de cera blanco. Me disparó una mirada que hubiese acobardado a cualquier otra persona. Una que definitivamente iba a ayudarlo en su nuevo puesto. Pero aunque mi tanque de combustible estuviera vacío, seguía siendo Lina Martín.

—Estoy bien, señor Robot.

—No, no estás bien. —Disparó. Después, con mucho cuidado, apoyó sobre mi regazo lo que sabía que era la deliciosa barrita de granola casera de Aaron Blackford—. Te has desmayado, Catalina. Eso es justo lo contrario a estar bien. Come.

—Gracias, pero ya estoy bien. —Bajé la mirada, analizando la barrita. La cogí con una mano temblorosa. La desenvolví con dedos torpes—. ¿Siempre llevas una contigo? —Vacilé, mi estómago seguía quejándose.

—Come, por favor. —Era muy extraño cómo hacía que «por favor» sonara como una amenaza.

—Por Dios. —Mordí y hablé con la boca llena. Me daba igual

porque acababa de levantarme del suelo pálida, sudorosa y a punto de desvanecerme—. Ya te he dicho que estoy bien, soy fuerte.

—No —dijo enfadado, y me fulminó con la mirada—. Una tonta, eso es lo que eres. —Fruncí el ceño. Quería sentirme ofendida, pero tenía razón, aunque no iba a admitírselo—. Cabezota —murmuró por lo bajo. Dejé de masticar e intenté levantarme para salir de la oficina con pasos firmes. Me detuvo con una mano extrañamente gentil—. No me provoques. —Ese maldito ceño había vuelto para vengarse. Me entregué al suave contacto de su palma y dejé que mi cuerpo cayera—. Cómete la barrita, Catalina. No es mucho, pero servirá.

—Estoy comiendo. —Sentí el fantasma de su mano en mi hombro y me estremecí—. No hace falta que me des órdenes.

Alejé los ojos y seguí masticando, intentando no pensar en lo mucho que quería volver a sentir esas palmas sobre mi piel. O que me envolviera con esos fuertes brazos. Necesitaba su consuelo. Me recorrió un escalofrío por el agotamiento de los músculos, estaba echa polvo.

—Quédate aquí. Ahora vuelvo. —Asentí sin levantar la vista. Me limité a tragar. Aaron volvió a los pocos segundos, dando zancadas con determinación—. Agua —anunció, y dejó caer una botella en mi regazo. También me dio mi móvil.

—Gracias. —La destapé y me bebí la mitad de golpe.

Cuando terminé, volví a levantar la mirada. Tenía a Aaron delante, de pie. Todavía parecía molesto y fastidiado. Alejé los ojos, me sentía muy pequeña sentada ahí.

—Supongo que esta pronto será tu oficina. Espero que te permitan redecorarla. —Miré el horrible cuadro colgado a su espalda.

—Catalina. —El modo en que dijo mi nombre me alarmó. Uf. No tenía cuerpo para un sermón—. Eso ha sido muy estúpido. No comer, arriesgarte a la hipoglucemia con el edificio vacío. ¿Qué hubiese pasado si nadie te hubiese ayudado?

—Tú estabas aquí, ¿no? —respondí. Seguía sin mirarlo—. Siempre estás aquí. —Un sonido salió de su garganta. Otra advertencia. «No me vengas con esa mierda», eso era lo que quería decir.

—¿Por qué no estás comiendo? —Su pregunta fue como una

bofetada—. Antes, siempre, pero siempre, tenías algo en la mano. Por Dios, llevabas dulces en los bolsillos en los momentos más extraños e inapropiados. —Eso me hizo levantar la cabeza y encontrarme de frente con esos ojos heladores. Tenía razón; comía todo el tiempo. Y eso era parte del problema, ¿no?—. ¿Por qué has dejado de hacerlo? ¿Por qué llevas un mes sin comer? ¿Por qué no comes como siempre? —Entrecerré los ojos y junté las manos.

—¿Me estás llamando…?

—No —siseó—. Ni lo intentes.

—Bien.

—Cuéntame —insistió, su mirada se endureció como una piedra—. ¿Por qué no comes?

—¿No es obvio? —Se me aceleró la respiración, cada palabra requería más esfuerzo que la anterior. Me costaba admitir la verdad—. Porque quiero perder peso, ¿de acuerdo? Para la boda.

—¿Por qué? —respondió, sorprendido. La sangre que había abandonado mi cerebro volvió de golpe. En el peor momento. Como siempre.

—Porque… —Exhalé—. Porque eso es lo que hace la gente antes de un evento importante. Porque quiero verme lo mejor posible, por mucho que te cueste creerlo. Porque quiero estar increíble. Porque, aparentemente, he estado llenándome la boca de carbohidratos veinticuatro horas los siete días de la semana y mi cuerpo los ha ido acumulando. Porque, bueno… Lo he hecho, ¿de acuerdo? ¿Qué más da?

—Catalina —dijo, tenía la voz llena de desconcierto—. Eso es… ridículo. Nunca has sido así. —¿Tanto le costaba creer que quería verme guapa?

—¿Así cómo, Aaron? —susurré sin fuerza—. ¿Qué es lo que te parece tan ridículo? ¿Tanto te cuesta creer que me preocupo por mi aspecto?

—No necesitas ponerte a hacer esas mierdas. Eres muy inteligente como para exponerte a una dieta así —dijo. Pestañeé. Pestañeé un poco más.

—¿Acabas de decir «mierda»? ¿En el trabajo? —Bajé la voz—. ¿En la oficina de Jeff?

Ahora que lo pensaba, últimamente había dicho varias palabras por el estilo, ¿no? Bajé la vista y él sacudió la cabeza, dejando caer

los hombros en un signo de derrota.

—Jesús. —Exhaló—. Joder, Catalina. —Guau.

—Cuántas palabrotas —dije mientras intentaba descubrir qué era lo que le estaba pasando—. No creo que mis oídos vayan a recuperarse, Blackford.

Se llevó una mano a la nuca e inclinó la cabeza hacia atrás, haciéndome recordar ese momento que no conseguía olvidar. La maravillosa risa que lo había seguido. Cuando había sonreído con libertad. Tan alegre como era posible. Pero en ese momento, no hizo nada de eso. Solo estiró los labios y se le arrugaron las comisuras de los ojos.

—Eres mona —dijo, para sorpresa de todos—. Pero no creas que eso te va a servir de algo. Sigo enfadado.

¿«Mona»? ¿Cómo en «qué pequeña y graciosa eres, me provocas ternura» o como en…? Me detuve. Cerré los ojos un instante para dejar de pensar.

—¿Te sientes mejor? ¿Puedes levantarte?

—Sí, no tienes que cogerme en brazos. —Abrí los ojos y asentí, aunque la punzada en el pecho me recordó lo cómoda que me había sentido—. Gracias.

—Puedo hacerlo si…

—Sé que puedes, Blackford —lo interrumpí. Si volvía a ofrecerse, era capaz de aceptar—. Gracias por lo de antes, pero lo tengo todo bajo control. —Asintió y alargó la mano.

—Vamos. Coge tus cosas, te llevo a casa. —No le cogí la mano.

—Puedo…

—Ni se te ocurra. —Me detuvo. Dios, no sabía cuál de los dos era más testarudo—. Puedes dejarme acompañarte y llevarte a casa —hizo una pausa, como la buena reina del drama que era— o puedo arrastrarte y meterte en el coche a la fuerza.

Le sostuve la mirada, levanté la mano y la dejé cerca de la suya. Medí sus palabras. Ordené mis pensamientos. Intentaba ignorar cuánto me hubiera gustado que optara por la segunda opción. Y, lo que era todavía más perturbador, no creía que fuera por el placer que me produciría llevarle la contraria.

—Vale —dije, entrelazando mis dedos con los suyos con toda la naturalidad que me permitía la diferencia de tamaño—. No te lo tomes tan a pecho, Blackford.

Suspiró. Pero entonces me levantó e hizo algo con nuestras manos. Algo que, de alguna manera, cambió la disposición de nuestras palmas, que quedaron muy juntas.

Sentí un revoloteo en el centro de mi pecho. Y, mientras salíamos de la oficina, me di cuenta de que pronto dejaría de ser de Jeff, nuestro jefe. Se iba a convertir en la oficina de Aaron. Demasiado pronto.

Eso debería ser motivo suficiente para soltarle la mano y salir corriendo en dirección contraria. Debería haber sido suficiente para que dejara de disfrutar la calidez de su mano y que no le permitiera llevarme a casa. Debería haberlo sido. Pero irónicamente, hacía mucho que no escuchaba las advertencias. Qué más daba si las ignoraba un poco más.

—¿Hola? —Una voz masculina me trajo de vuelta a la vida. «*Un poquito más*», rogué en silencio mientras luchaba para no volver a caer rendida. «*Un ratito más*»—. Soy Aaron.

¿Aaron? Con los ojos cerrados, pegajosos y pesados, intenté comprender lo que estaba pasando a mi alrededor. ¿Por qué escuchaba la voz de Aaron a mi lado? Quería seguir durmiendo.

Apenas conseguí reconocer las características de la suave vibración de un motor. «¿Estoy en un coche? ¿Un autobús?». Pero no nos estábamos moviendo. Un sueño. Sí, eso tenía sentido. Estaba soñando.

Confundida y haciendo un esfuerzo enorme, me hundí más en la calidez de mi cama y decidí que no me importaba si soñaba con Aaron. Tampoco iba a ser la primera vez.

—Sí, ese Aaron. —La voz masculina ya no sonaba tan distante—. Sí, me temo que sí —continuó. Cada palabra me despertaba un poco más—. Está dormida. —Sentí una caricia en la mano y mi piel volvió a la vida. Era demasiado real para ser un sueño—. No, todo

va bien. —La textura de barítono de la voz de Aaron reverberó en mis oídos y encontré un consuelo extraño en ello—. De acuerdo, le diré a Catalina que te llame. —Una pausa, seguida de una carcajada—. No, no soy de esos. Me encanta la carne. Sobre todo el cordero. —Carne. Sí. A mí también me encantaba. Deberíamos comer carne juntos, Aaron y yo. Divagué un segundo, pensando en cordero jugoso y tostadito, y también en Aaron—. De acuerdo. Gracias. Igualmente, Isabel. Adiós.

Espera.

«Espera. ¿Isabel? ¿Isabel como mi hermana Isabel?».

Más confusión se instaló en mi mente, todavía nublada. Mis ojos luchaban por abrirse. No estaba en mi cama. Estaba en un coche inmaculado. Obsesivamente limpio. El coche de Aaron. Estaba en el coche de Aaron. No estaba soñando. Y… Isabel. Me había llamado antes, ¿no? Y me había escrito. Y yo la había ignorado.

De repente, todo lo que había pasado las últimas horas irrumpió en mi mente y me abrumó el cerebro, que seguía a medio gas.

No. Abrí totalmente los párpados y enderecé la espalda.

—Estoy despierta —anuncié.

Mientras mi cabeza rebotaba en todas direcciones, mi mirada se quedó fija en el dueño del coche en el que había estado durmiendo. Se pasó ambas manos por el pelo, cansado, y se giró hacia mí.

—Bienvenida —dijo, mirándome de una forma extraña—. Una vez más. —Se me estrujó el corazón, aunque no tenía ni idea de por qué.

—Hola —conseguí decir, con el cerebro hecho papilla.

—Tu hermana ha llamado —comentó Aaron, e hizo que se me tensara todo el cuerpo—. Cinco veces seguidas —agregó. Abrí la boca, pero mi lengua no pudo formar las palabras. Ninguna—. No te preocupes, está todo bien. Ha dicho que le mandaste un mensaje muy raro —explicó mientras me daba el móvil. Lo cogí y le rocé los dedos. Miré el mensaje, sabiendo que me miraba fijamente. Por Dios, era ininteligible. Alarmante—. Entonces empezó a contarme el tema de las mesas y los asientos, o eso creo. También ha comentado algo sobre servilletas. —Lo miré y vi como volvía a tocarse el pelo. Tenía los músculos del brazo flexionados y mis ojos, que seguían adormilados, parecían absortos en ese movimiento—. Lo siento. No debería haberlo cogido —se disculpó, volviendo a atraer mi mirada

hacia su cara.

—No pasa nada —dije, para mi sorpresa—. Si ha llamado a las tres o cuatro de la madrugada de España es porque estaba muy preocupada. Era capaz de llamar a los bomberos de Nueva York para que se presentaran en mi piso si no respondía.

—Me alegro, porque el móvil no paraba de sonar. —Le brillaron los ojos—. Y tú… —Negó con la cabeza, despacio—. Tú no duermes, te mueres, Catalina.

Tenía razón.

Ni la llegada del apocalipsis (aunque los cuatro jinetes vinieran galopando hacia mí gritando mi nombre) podría despertarme si estaba profundamente dormida. Algo irónico, porque Isabel hablando con Aaron era parecido a cómo me imaginaba el fin del mundo.

Puse unos ojos como platos cuando me di cuenta de lo que acababa de pasar. Aaron había hablado con mi hermana. Había mencionado algo de carne. Cordero. El menú de la boda. Lo que eso implicaba hizo que girara la cabeza de golpe.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Aaron mientras yo tenía un ataque de pánico.

—Sí —mentí, forzando una sonrisa—. Superbien. —Aaron levantó una ceja. Puede que mi respuesta fuese un indicio de que tan tan bien, tampoco estaba.

—Le dije que te habías dormido, pero creo que mañana deberías llamarla. —Señaló el móvil—. A juzgar por el monólogo de cinco minutos que ha soltado en español antes de que pudiera decirle que no eras tú, estoy seguro de que eso la tranquilizaría. —Sus labios se curvaron en lo que podía ser el indicio de una sonrisa.

—Sí —murmuré, demasiado absorta en su boca como para pensar en cómo manejar esta crisis—. Vale.

La mueca se estiró en una sonrisa torcida.

«Venga ya». ¿Por qué le quedaba tan bien? No sonreía suficiente.

Pero eso no importaba. Lo que importaba era que Aaron había hablado con mi hermana y ella no tenía filtro. Nunca lo había tenido.

—Dime, Aaron —comencé, las palabras salieron como una catarata—, supongo que le has dicho tu nombre a mi hermana.

—Sí. —Levantó una ceja—. Es lo que suelen hacer las personas

cuando se presentan.

—Ajá. —Asentí muy lentamente—. ¿Y cómo te has presentado, exactamente? ¿Tipo: «Hola, soy Aaron»? —Puse una voz más grave para imitarlo—. ¿O tipo: «Solo soy Aaron, nadie especial. Hola»?

—No estoy seguro de haber entendido la pregunta. —Ladeó la cabeza—. Pero me decanto por la primera opción. Aunque mi voz no suena así.

—Ay, Aaron. —Exhalé por la nariz y me llevé las yemas de los dedos a las sienes—. Esto es horrible. Estoy… —Pestañeé, sentía cómo perdía el color—. Ay, Dios. —Aaron frunció el ceño.

—Catalina. —Sus ojos azules me evaluaron, preocupados—. Creo que deberíamos ir al hospital para que comprueben que estás bien. Creo que te has dado un golpe en la cabeza. —Se alejó un poco, puso una mano sobre el volante y la otra en el cambio de marchas.

—Espera, espera. —Lo detuve justo antes de que arrancara el motor—. No es eso. Estoy bien. En serio. —Me lanzó una mirada—. Estoy bien. —No me creía—. Te lo prometo. —Dejó caer una mano sobre el regazo—. Pero necesito pedirte un favor. —Asintió. «Dios mío, qué fácil ha sido»—. Necesito que me digas exactamente lo que le has dicho a Isabel.

—Ya te lo he dicho. Hace un minuto. —Se llevó una mano a la nuca.

—Hazlo por mí. Dame el gusto. —Sonreí débilmente—. Necesito saber qué le has dicho.

Me miró como si le estuviera pidiendo que se quitara la ropa e hiciera una coreografía en medio de Times Square. Lo que no me importaría…, pero de nuevo, no importaba.

—Por favor. —Lo intenté con las palabras mágicas.

Aaron me miró un buen rato. Por algún motivo, esas dos palabras resultaron ser la clave para conseguir que hiciera cosas por mí sin ofrecer resistencia. Suspiró y se hundió todavía más en su asiento.

—De acuerdo.

—Ah, y no te ahorres ningún detalle. Si puedes, quiero las palabras exactas. —Volvió a exhalar.

—Cuando pasamos al inglés, dijo que estaba encantada de conocerme. Que más te valía tener una buena excusa para no haber

cogido el teléfono porque ese mensaje la había asustado. Que el estúpido *hippie* que estaba a cargo de las flores iba a arruinarle la boda porque ahora los manteles no irían a juego con su ramo. —Bufé. Ese pobre florista iba a pagar por sus pecados. Aaron continuó—. Y que nos veríamos en unos días. En la boda. —Esa parte me quitó todas las ganas de reírme—. Antes de eso me preguntó si era uno de esos modernos de ahora que no comen carne. Porque, en ese caso, se vería obligada a desinvitarme. Después aclaró que era broma y que más me valía ir si no quería enfrentarme a las consecuencias. Sobre todo si me gusta el cordero. Le dije que sí, que me encanta el cordero, pero que no suelo comerlo. —Dejé salir un rugido feo y alto, similar al de un animal.

—*Mierda*. Qué desastre. Qué completo y maldito desastre. —Me llevé las manos a la cara, cubriéndome con las palmas con el deseo de que fuera así de sencillo esconderme de esta situación.

—Puede que dijera algo parecido, cuando creía que hablaba contigo. —Entonces, con curiosidad científica, preguntó—. ¿Qué significa exactamente?

—Significa mierda. Desastre. Lío. Catástrofe —respondí con la voz ensordecida por los dedos.

—Teniendo en cuenta el tono que tenía al principio, tiene sentido.

—Aaron. —Dejé caer las manos en el regazo—. ¿Por qué le dijiste que ibas a ir? Falta muy poco para la boda. Me voy en tres días.

—Ya hemos hablado de esto —dijo, sonaba tan exhausto como yo—. No le dije que iba a ir. Ella lo asumió. —Lo miré de reojo.

—¿Después de lo que pasó? —pregunté, intentando abordar el tema desde otro ángulo—. ¿Dejaste que lo asumiese después de la conversación en la que acordamos que nuestro trato había terminado? —¿Se le había olvidado? Porque a mí no.

—Te dije que ya lo hablaríamos. —«¿Cuándo?». Quería preguntarle. ¿De camino al aeropuerto? Nos estábamos quedando sin tiempo.

—Pero no lo hemos hecho, Aaron. —Dos semanas. Había tenido dos semanas. Y, por mucho que me odiara por ello, una parte de mí esperaba que me buscara. Ahora me daba cuenta. Bueno, al menos eso explicaba por qué no se lo había podido contar a Rosie. O a mi

familia. Todavía. Negué con la cabeza. Era tan tonta—. Y no tenemos por qué hacerlo. No tenemos nada de que hablar.

Aaron apretó la mandíbula y no dijo nada más. Me sonó el móvil un par de veces, pero lo ignoré. Estaba demasiado ocupada fulminando a Aaron con la mirada.

Sin energía, me di por vencida y apoyé la cabeza en el reposacabezas del asiento del copiloto. Cerré los ojos y deseé poder cerrar también el mundo. Me llegaron más mensajes, el teléfono no dejaba de sonar, así que bajé la vista a mi regazo. Volví a ignorarlo.

—¿Qué voy a hacer? —Pensé en voz alta—. En unas horas, Isabel llamará a todo el mundo para contarles que ha hablado con el novio de Lina. —Estaba con el agua al cuello—. Supongo que siempre puedo decirles que hemos cortado. —Lancé un suspiro. Después me giré para mirarlo—. No nosotros, sino… —Negué con la cabeza—. Ya sabes a qué me refiero. —Aaron se enderezó, ocupando gran parte del espacio disponible. Antes de que pudiéramos decir nada, me volvió a sonar el móvil. Lo levanté con la intención de silenciarlo—. Por el amor de Dios. —Un número alarmante de mensajes apareció en la pantalla y confirmó mis sospechas.

Isabel: Acabo de hablar con tu novio. Qué voz tan *sexy* y profunda. Envíame una foto, por favor.

Mamá: Tu hermana me ha contado que ha hablado con Aaron. Si quiere un menú vegetariano, todavía podemos hablar con el restaurante y pedirles que le preparen algo de pescado. Come pescado, ¿no? Eso no es carne, ¿o sí? A menos que los vegetarianos coman pollo. ¿Comen pollo? ¿Charo era flexotariana? ¿Flexatariana? No lo recuerdo. Pero comía jamón y

chorizo. Ya sabes que no sé nada de las modas estas. Si come, también podemos pedirle pollo. Pregúntale.

Oh, por Dios, Jesusito. ¿Por qué mi madre estaba despierta?

Isabel: ¿Es raro que no sepa qué aspecto tiene tu novio? ¿Es feo? No pasa nada. Apuesto a que lo compensa de otro modo.

Mamá: Ya me dirás qué va a comer. No hay problema. No se lo contaré a la abuela. Ya sabes cómo es.

Isabel: Sabes que estoy bromeando. No voy a juzgar a tu novio por su apariencia. Tampoco voy a pedirte una foto de su pene, eso es asunto tuyo; aunque no me opondré si quieres enseñarme una.

Gruñí.

Otra broma. Aunque lo de la una voz *sexy* es en serio. Eso ha sido.

—Eso solo nos deja dos opciones —dijo el hombre que tenía sentado al lado.

Giré la cabeza y casi me doy contra la suya, porque estaba mirando por encima de mi hombro. Cerca; su boca estaba demasiado cerca de mi mejilla. Me llevé el móvil al pecho mientras me ponía roja.

—¿Cuánto has entendido?

—Suficiente —dijo Aaron, mi futuro jefe, y se encogió de hombros. «Por supuesto que lo había entendido. Después de todo, esto era el circo de Lina Martín»—. Lo suficiente como para desaconsejarte que finjas que hemos roto antes de escuchar las opciones que tenemos.

El hombre se había metido solo en esta trinchera, estaba justo en la línea de fuego. Debería estar enfadada. Furiosa. Y quería estarlo. Pero que se incluyera en esto y saber que no tenía que arreglar este desastre yo sola (uno que yo misma había creado y que había crecido hasta formar esta compleja telaraña de mentiras) me hizo sentir un poco… mejor. Un poco menos desamparada. Mucho menos sola.

—¿Tenemos? —dije, y pude escuchar la duda en mi voz. La resistencia para creer en lo que decía se mezclaba con la esperanza de permitírmelo.

—No voy a obligarte a hacer nada, Catalina. —Aaron me fulminó con una mirada que conocía muy bien. Esta era la última vez que iba a repetir lo que estaba por decir—. Hay algo que no me estás diciendo. Algo que te hizo cambiar drásticamente de idea después del anuncio de Jeff. —Levantó una mano y se la pasó por el pelo oscuro, como si se estuviera preparando para algo—. Te dije que hablaríamos y no lo hemos hecho. Eso es culpa mía. Tengo mis motivos, pero ahora mismo tampoco importan. —Dejó que lo procesara un momento. Y lo hice. Lo procesé y me llegó hasta el estómago—. Podemos hacer que funcione. Haremos que funcione, si es lo que quieres. —Hizo una pausa y me quedé sin respiración—. Haré que funcione.

Miré esos ojos llenos de determinación. Lo quería. Quería que funcionara. Tenía razón al decir que era mi mejor opción. Porque lo era. Incluso antes de que todo esto pasara. Pero las cosas habían dado un giro drástico. «Van a ascenderlo. Se convertirá en mi jefe. Eso cambia las cosas. Ya aprendí la lección con Daniel». Y ahora, todo volvía a girar. «Todos esperan que vaya con él. Ahora más que

nunca. Es demasiado tarde para retractarnos».

Quizá… si nadie del trabajo se enterara de nuestro acuerdo, no habría riesgo. Nadie tenía motivos para imaginar que nos iríamos de vacaciones juntos, mucho menos a España para una boda. Nadie se había enterado de la subasta.

No paraba de darle vueltas al escenario que me aterraba: yo aterrizando en España sin nadie a mi lado, sola, prisionera del pasado, sonrisas de lástima, miradas de tristeza, susurros. La sangre abandonó mi cuerpo y la sensación me hizo acordarme de lo que había sentido un par de horas atrás, cuando me había desmayado.

—¿Cuál es la opción A? —susurré, exhausta de intentar sacar conclusiones sola—. Has dicho que tenemos dos opciones. ¿Cuál es la primera? —Aaron puso su expresión de negocios.

—La opción A es que vayas sola a la boda. Por mucho que lo desaconseje, sigue siendo una opción. —Escucharlo de parte de alguien que no era yo hizo que un escalofrío me recorriera los brazos—. Sé que estarás bien, pero eso no significa que sea el camino más fácil para… lo que sea que quieras lograr.

—No quiero lograr nada.

—Ninguno de los dos nos lo creemos. Pero no pasa nada. De todos modos, tienes otra opción. Y, si decides ir a por esta, no estarás sola. Llevarías refuerzos. —Se llevó la palma al pecho—. A mí. Tú, mejor que nadie, sabes que los proyectos difíciles requieren la cantidad adecuada de refuerzos para llevarse a cabo con éxito. Si me llevas, eso será lo que haré. No tendrás que enfrentarte a nadie sola. Les darás exactamente lo que les prometiste. —Algo chocó con mis costillas y casi tuve que acariciarlas para aliviar la sensación—. Si me llevas como tu cita y novio, algo que convenientemente olvidaste mencionar, atajas el problema de raíz. Tan sencillo como eso. —Aaron Blackford presentó su oferta de un modo impecable. Directo al grano.

—¿Sencillo? Estás loco si crees que esto será sencillo —murmuré—. Si la mayor parte del tiempo apenas puedes soportarme, imagínate un ejército de Linas de todas las formas y colores. Durante tres días.

—Estoy preparado. —La pregunta era: ¿lo estaba yo? ¿Estaba preparada para dar el salto y arriesgarme a que la historia se repitiera? Aaron volvió a hablar—. Nunca me ha asustado tener que

trabajar para conseguir algo, Catalina. Incluso cuando tengo todas las de perder.

Esas palabras hicieron que casi tuviera que abrir la boca para coger aire. Como si esa declaración tuviera más peso del normal y me hubiese golpeado.

«Estoy siendo estúpida».

No. Estaba totalmente loca. Y lo que estaba a punto de decir era una señal de cuánto había perdido la cordura. Pero vamos a ver, no era nada que no hubiéramos acordado antes.

—De acuerdo. —Cedí—. Ya te lo he advertido… Dos veces. Supongo que ya no hay vuelta atrás. Estamos juntos en esto, tú y yo.

—Yo no fui el que lo canceló. —Tenía razón. Después dijo—: Y ya estábamos juntos en esto. —Alejé la mirada, no quería que viera cómo me hacía sentir eso.

—Lo que tú digas, Blackford. Solo espero que no metas la pata.

—No lo haremos —declaró con firmeza—. No te olvides de que siempre consigo lo que me propongo.

Pestañeé. Sus últimas palabras me daban un poco de miedo. Íbamos a necesitar cierto grado de confianza, incluso una pizca de locura, para que el plan tuviera éxito. Ignoré el alivio y la sensación de que me había quitado un peso de encima. Finalmente, dejé que mi mirada se perdiera fuera del coche.

—Esta no es mi calle. —No reconocía la zona en la que habíamos aparcado.

—No, hemos venido a buscar algo para cenar —dijo, señalando un puesto de comida callejera, decorado con colores, flores y máscaras de lucha—. Aquí hacen los mejores tacos de pescado de la ciudad.

Mi estómago gruñó al pensar en tacos de pescado. Aunque no voy a mentir, cualquier tipo de tacos hubiera tenido el mismo efecto. Eso sí, los de pescado eran mis favoritos.

—¿Tacos de pescado?

Juntó las cejas. Tenía tanta hambre que podría haberle besado el ceño.

—Te gustan —afirmó, no preguntó. Tenía razón.

—De hecho, me encantan. —Aaron asintió, como si quisiera reafirmar su argumento.

—Puede que se lo hayas comentado a Héctor algo así como… cientos de veces —comentó de forma casual. Parpadeé. Millones, más que cientos—. ¿Cuántos quieres? Yo suelo pedir tres. —«¿Suelo pedir?».

—Tres está bien —confirmé, un poco ausente, mientras pensaba en otra cosa.

Me lo imaginé viniendo aquí de vez en cuando, pidiendo tres tacos, manchándose los dedos (normalmente impecables) de salsa, y que esta se le quedaba en las comisuras (que solían estar tan impolutas).

«Para, Lina», me regañé. «Los tacos no son *sexys*, sino pegajosos».

—Vuelvo enseguida —dijo mientras se desabrochaba el cinturón. Al segundo, mis dedos se movieron hacia el mío para ir con él—. No —ordenó mientras abría la puerta—. Quédate en el coche. Yo los traigo.

—No tienes que cuidarme ni comprarme la cena, Aaron —me quejé para que dejara de actuar como mi madre—. Ya has hecho bastante.

—Sé que no tengo que hacerlo —dijo, saliendo del coche. Se inclinó y volvió a meter la cabeza—. De todos modos, ya tenía pensado cenar aquí. Ha dado la casualidad de que estabas en mi coche —explicó como si supiera lo que necesitaba escuchar. No se equivocaba—. Y deberías comer algo. Solo serán unos minutos.

—De acuerdo —suspiré, dándome por vencida. Jugueteé con los dedos mientras se alejaba. Lo volví a llamar. Se detuvo—. Que sean cuatro —pedí con un hilo de voz. Comportarme como una estúpida con la comida se había acabado—. Por favor.

Aaron me miró en silencio durante tantos segundos que me cuestioné si tendría que haber pedido ese taco de más. Cuando habló, lo hizo muy bajo.

—Intenta no volver a dormirte, ¿vale? No puedo prometerte que vaya a sobrar comida cuando te despierte, si es que lo consigo. —Entrecerré los ojos.

—Que Dios te libre, Blackford —dije entre dientes un segundo después de que cerrara la puerta de golpe y cruzara la calle.

Treinta minutos después, tenía un paquete de comida para llevar que olía que alimentaba en las manos mientras entraba en mi casa.

Cinco tacos… Aaron me había comprado cinco y no cuatro como le había pedido. Con arroz y chiles verdes. Y se había negado a que pagase mi parte.

—Yo invito —había dicho.

Después guardó su número en mi móvil y me pidió que le enviara los detalles de mi vuelo cuando llegara a casa. Me hizo prometer que comería y me iría a dormir, como si no fuese exactamente lo que tenía en mente. Entonces, sin entregarme al pánico que sentiría a la mañana siguiente, hice justo lo que me había dicho. Él. Aaron Blackford. Quien pronto sería mi jefe y, todavía más pronto, mi pareja en la boda de mi hermana. Porque, justo como había dicho, podía contar con él.

Capítulo 12

HORAS PARA ABORDAR EL VUELO hacia la perdición nupcial: veinticuatro.

Nivel de ansiedad: llegando al estado de alarma.

Plan de contingencia: *brownies* de tres chocolates. Un camión entero.

Si había aprendido algo del día anterior, era que me había comportado como una completa idiota con mi salud. Y, aunque sabía que llenarme la boca de chocolate era pasar de un extremo a otro, nunca había sido una chica que se quedara en el medio.

Eso era exactamente lo que me había traído hasta la avenida Madison, el único lugar de Nueva York que tenía el poder de aplacar a la bestia furiosa que era mi ansiedad.

—¿Lo quieres para llevar, Lina? —preguntó Sally desde el otro lado del mostrador—. Por cierto, ¿cómo está Rosie? ¿No ha venido contigo?

—Me encantaría que estuviera aquí, pero me temo que estoy sola.

Cuando llegué a casa, me pasé dos horas hablado por teléfono con Rosie. Me costó contarle el plan que estaba a punto de llevar a cabo. Me respondió con chillidos (innecesarios) y me pinchó con eso de las miraditas que, claramente, eran imaginación suya. Pero

agradecía que mi amiga volviese a jugar en mi equipo, aunque fuese el Equipo Mentira. Saber que me estaría esperando con una sonrisa comprensiva y el bote de helado que sin lugar a duda iba a necesitar significaba mucho para mí.

—Y no, gracias, me tomaré el café y el *brownie* aquí. —Hice una pausa para reconsiderarlo—. *Brownies*. Que sean dos, por favor —le dije a Sally—. Hoy me voy a dar un capricho. El plan de hoy es pasear y relajarme. Me he pedido el día libre en el trabajo.

—Debes haberme echado mucho de menos si vas a quedarte tanto tiempo —comentó mientras pesaba metódicamente los granos de café y me regalaba una sonrisa por encima del hombro—. No te culpo, ¿quién no iba a echarme de menos?

—Por supuesto que te he echado de menos. —Me reí entre dientes—. Eres mi camarera favorita del mundo mundial. —Seguía todos sus movimientos con los ojos, estaba empezando a salivar.

—Solo lo dices porque tengo lo que necesitas, pero no te detengas, por favor.

Iba a admitir que tenía razón, y quizá hasta pedirle matrimonio, si eso significaba tener café gratis e ilimitado de por vida, pero entonces miró a mis espaldas mientras presionaba el botón que creaba el milagro de la cafeína. Un destello de cariño le atravesó el rostro.

—Buenos días —dijo a la persona que tenía detrás. Me dirigió una mirada traviesa y volvió a concentrarse en su nuevo cliente—. ¿Lo mismo de siempre? ¿Expreso doble sin azúcar? —Hizo una pausa y sentí como el recién llegado se acercaba. Fruncí el ceño. Ese pedido me resultaba familiar. Oscuro, amargo, sin alma, justo como…

—Enseguida, Aaron. —Enderecé la espalda y mantuve la cabeza fija hacia delante mientras ponía unos ojos como platos.

—Gracias, Sally.

Esa voz pertenecía al hombre con el que cogería un avión al día siguiente, al que presentaría como mi novio. Me giré, despacio, y me encontré con un par de ojos azules y una expresión seria que conocía demasiado bien. Abrí la boca, pero fui incapaz de decir algo.

—Es peor de lo que pensaba —dijo, mientras me inspeccionaba la cara y sus labios se apretaban en esa línea tan típica de él.

—¿Perdón? —respondí, burlona, imitando su voz y mirándolo de arriba abajo con la boca abierta.

—Tus ojos. —Me señaló la cabeza—. Se ven enormes en tu cara. Más grandes que de normal. ¿Estás segura de que la cafeína es una buena idea? Pareces un poco alterada.

—¿Alterada? —Entrecerré mis ojos enormes y más grandes que de normal.

—Sí —asintió de forma despreocupada—. Como si estuvieras al borde de una crisis nerviosa.

Mordiéndome la lengua, respiré hondo para evitar tener una crisis nerviosa (como había dicho) justo en ese momento.

—Antes que nada: estoy tranquila. —Me miró, incrédulo—. Sí. No solo tranquila, sino serena, fíjate. Como un estanque de esos con el agua en calma. —Le di la espalda y me giré hacia Sally, que estaba apoyada en el mostrador, con la mano en la barbilla, absorta en mi conversación con Aaron—. Creo que voy a retirar eso de que te echo de menos, Sally —bromeé. Ella sonrió aún más y se enderezó. Miré a Aaron de reojo—. ¿No deberías estar en el trabajo, señor Robot? Ya sabes, en vez de ir por ahí señalando lo alteradas que parecen las desconocidas con las que te cruzas en la cafetería.

—Tú no eres una desconocida. —Contraatacó con calma y se apoyó en el mostrador, justo detrás de mí—. Y sí he ido a trabajar. Por la mañana. Pero me he tomado el resto del día libre.

—¿En serio? —Suspiré dramáticamente—. ¿Qué es tan importante para que Aaron Blackford se coja un día libre? ¿Se ha congelado el infierno?

—Medio día —corrigió.

Sally dejó nuestros pedidos en el mostrador. Al mismo tiempo. Me pareció raro, ya que había llegado varios minutos antes que Aaron. Entrecerré los ojos mientras ella me dedicaba una sonrisa angelical.

—Ya está, chicos. Lo mejor para mis clientes favoritos. Expreso doble sin azúcar y un café corto de leche. —Entonces me acordé de que le había preguntado a Aaron si quería lo de siempre.

—¿Vienes mucho por aquí, Aaron? —lo interrogué. Suponía que no porque, considerando lo mucho que frecuentaba Around the Corner, debería habérmelo cruzado—. ¿Cómo conoces este lugar?

Existía Google Maps, Tripadvisor, Time Out y otro millón de

páginas web que podrían haberlo llevado hasta aquí. Sin embargo…

—Vengo bastante —respondió mientras se sacaba la cartera del bolsillo.

Con los ojos todavía entrecerrados y mientras me fijaba en como abría la cartera, recordé algo. Había hablado con Aaron sobre Around the Corner. Más bien había hablado conmigo misma sobre la cafetería y Aaron lo había escuchado… Fue cuando apareció en mi oficina para ayudarme con el Día de Puertas Abiertas. La epifanía me hizo enderezar la espalda.

—¿Qué es lo que te sorprende tanto, Catalina? Presto atención cuando hablas. Hasta cuando mascullas para tus adentros. Lo que, por cierto, haces cada dos por tres. De vez en cuando, hasta dices algo interesante.

—¿Lees mentes o algo así?

—Por suerte, no. La mayor parte del tiempo, me horrorizaría saber lo que piensas. —Estiró el brazo y le dio la tarjeta de crédito a Sally—. Cóbramelo todo.

«De acuerdo. En primer lugar, ¿le horrorizaría? Y segundo, ¿mascullo cada dos por tres?». Sally cogió la tarjeta de crédito y me sacó de mi estúpido asombro.

—Espera —aullé y capturé la atención de Sally y Aaron—. No tienes que invitarme. Tengo dinero.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

—¿Y si yo no quiero? —discutí. Sally miró al hombre que tenía a mi espalda. Yo también me giré y vi una expresión calmada.

—¿Hay algún motivo por el que no quieres que te invite, Catalina? Creo que, si fuera otra persona, no opondrías ninguna resistencia a que te invitara a café y un *brownie*. —Miró el mostrador—. Un par de *brownies*.

—Hay un buen motivo, sabelotodo. —Di un paso hacia él. Uno pequeño. Bajé la voz—. Ya te debo suficiente. Y no me refiero a los tacos de pescado de anoche, ¿de acuerdo? —Nos miramos fijamente—. No necesito seguir acumulando deudas. —Si el cambio en su cara era indicio de algo, diría que la última parte lo había molestado.

—No me debes nada —dijo con el ceño fruncido—. Que te invite a tacos, café o cualquier otra cosa no significa que estés en deuda conmigo. —Negó con la cabeza, algunos mechones de pelo oscuro,

siempre tan bien peinado, rebotaron y captaron toda mi atención. Relajó el ceño y me dirigió una mirada algo distante—. ¿Alguna vez aceptarás algo sin rechistar?

—Eso… —Arrastré las palabras, no sabía qué decir—. Esa no es una pregunta fácil de responder, Blackford.

—Ya veo.

Ladeó la cabeza antes de girarse hacia mí y recortar gran parte de la distancia que nos separaba. Fue un movimiento inesperado y se me alteró la respiración por la sorpresa. Consciente de lo cerca que estábamos, tartamudeé. De repente, no sabía qué decir o si era necesario que dijera algo. Alargó un brazo y me acarició la sien. Separé los labios y un cosquilleo me invadió toda la piel.

—Siempre peleando. —Le miré la cara, preciosa y serena, sus ojos azules escrutando mi reacción—. Resistiéndote. —Me dio un vuelco el corazón, como si acabara de correr dos o tres kilómetros. Acercó la cabeza, dejando la boca demasiado cerca de donde habían estado sus dedos. Casi tan cerca como había estado cuando bailamos—. Es como si quisieras que te rogara. ¿Es lo que quieres? ¿Qué te ruegue? —Su voz sonó tan… íntima. Pero fue lo que dijo después lo que revolucionó mis pensamientos—. ¿Las cosas van a ser así? ¿Me voy a tener que arrodillar? —Guau. Un calor familiar me subió por el cuello y se me esparció por las mejillas. Me calentó la piel. Después bajó e hizo que me subiera la temperatura corporal en cuestión de segundos. Aaron me sostuvo la mirada mientras el estómago me daba un vuelco—. Déjame consentirte. Quiero hacerlo.

—De acuerdo —dije, temblorosa. Exhalé. Se me secaron los labios y los apreté, como si intentara controlar el caos que me invadía el cuerpo y la mente. Me aclaré la garganta. Dos veces—. Puedes pagarme el café. No tengo ganas de que me ruegues ni de que montes un espectáculo en medio de la cafetería. —Me aclaré la garganta por tercera vez, mi voz todavía no había vuelto a la normalidad—. Paga todo lo que quieras. —Hice una pausa para intentar recuperar el control—. Y gracias. —Aaron asintió con la cabeza y vi el inicio de una sonrisa de satisfacción.

—¿Ves? No ha sido tan difícil, ¿no? —señaló. Sus labios se curvaron un poco más, regocijándose y… «Oh, espera». De repente, lo comprendí.

—Estabas… —No me lo podía creer. Nada de esto. Mi reacción, el hecho de que me hubiera… calentado por diversión—. Solo querías demostrar tu teoría.

—Puede que sí —dijo, y sus labios se curvaron. Por fin abandonó mi espacio personal y se alejó. Me miró de reojo, con esa mueca todavía en los labios—. ¿Estás decepcionada, Catalina?

No me lo puedo creer.

Y, lo que era todavía peor, esto significaba que era plenamente consciente del efecto que tenía sobre mí. Sabía lo que me provocaba su cercanía. A mis sentidos. A mi cuerpo. Y acababa de ganar esta estúpida discusión. Lo miré boquiabierta mientras se llevaba la taza a los labios, complacido consigo mismo.

—¿Sabes qué, Aaron? —Me encogí de hombros, tratando de reprimir la sonrisa—. La verdad es que sí estoy decepcionada.

—¿Sí? —Esa sonrisita, tan pagada de sí misma, se desvaneció.

—Oh, muy decepcionada. ¿Y sabes qué suelo hacer cuando pasa eso? —Me giré hacia Sally—. Sally, ponme uno de cada. Y he cambiado de idea, pónmelo todo para llevar, por favor. —Mis labios se movieron en lo que esperaba que no pareciera una sonrisa malévola—. Este de aquí insiste en pagar. —Señalé a Aaron con el pulgar—. Así que, por favor, que lo haga antes de que te espante la clientela con no sé qué tontería de arrodillarse.

—Oh, no queremos que eso pase, ¿verdad? —dijo Sally y me guiñó un ojo—. Te gustan mucho los pastelitos de limón. ¿No prefieres que te ponga dos en vez de uno? —preguntó mientras cogía la caja más grande. Asentí.

—¡Qué idea tan maravillosa! Tienes razón, me encantan. ¿Por qué no me pones dos *muffins* de arándonos? Tienen una pinta deliciosa. —Aaron seguía a mi lado, atestiguando mi numerito.

—Si crees que esto me molesta, es que no has entendido que ayer hablaba en serio. —Ignoré cómo me hizo sentir eso—. Pero espero que compartas.

—Creía que me estabas consintiendo, no que yo te estaba consintiendo a ti.

Si no lo conociera tan bien, se me hubiera pasado la chispa de diversión en sus ojos. Pero allí estaba. Y, mientras miraba esa cara que tanto había despreciado en el pasado (puede que injustamente, lo admito), lo entendí. Yo me estaba divirtiendo tanto como él,

incluso más. Y no solo teníamos eso en común: a ambos se nos daba fatal disimular. Pero por algún motivo, por primera vez, a ninguno de los dos nos importaba. Nos quedamos ahí, mirándonos fijamente. Ambos reprimiendo una sonrisa traviesa. Escondiendo nuestra diversión como un par de cabezotas, esperando a que el otro cediera.

—De acuerdo. —La voz de Sally rompió el hechizo e hizo que me girara de golpe. Tenía una sonrisa de oreja a oreja—. Todo listo.

—Muy bien, gracias —murmuré. Con un poco de esfuerzo, conseguí cogerlo y apoyármelo en el pecho—. Gracias a ti también, Blackford. Siempre es un placer hacer negocios contigo.

—No vas a compartir, ¿no?

—*Nop*. —Nos miramos fijamente mientras los segundos pasaban.

—No… —vaciló un segundo, parecía que había cambiado de idea. Se me aceleró el corazón—. No me gusta tener que correr por la terminal. Así que intenta no llegar tarde mañana. Ya no tiene…

—Gracia. Lo sé, Blackford. Adiós. —Me giré y me alejé.

Primero había intentado que compartiese mi botín con él y ahora esto. Un día, iba a tirarle algo a esa cara tan ridículamente simétrica que tenía. Juro iba a hacerlo, pero no iba a ser un *brownie*.

Capítulo 13

AARON NUNCA LLEGABA TARDE. No estaba programado para esa clase de comportamiento negligente. Lo sabía porque llevaba un año y ocho meses intentando llegar antes que él a todas las reuniones.

Eso solo podía significar una cosa: no iba a venir. Había entrado en razón y había comprendido lo ridículo que era nuestro plan. Mi plan; al que él había accedido. ¿O era al revés? A estas alturas, ya no lo sabía.

Tampoco me importaba si venía o no. Porque esa era la única explicación razonable a estar sola en medio de la terminal de salidas, bajo un enorme panel que mostraba el estado y horario de todos los vuelos. Un sudor frío me recorría la espalda y no tenía a nadie al lado. Al menos, no el hombre hosco de ojos azules que debería haber llegado hacía rato.

Miré a todos lados mientras dejaba que la idea se asentara. Estaba sola. Una ola de pánico me bajó por la columna. Y algo más. Algo parecido a la traición. Lo que no tenía mucho sentido. No tenía motivos para sentirme traicionada. Ni abandonada. No quería que esas emociones hicieran estragos en mi cabeza. Ni en mi pecho. Porque entendía perfectamente por qué podía haberse arrepentido. De todas formas, era una locura. No tenía sentido. ¿Por qué aceptaría participar en el plan que yo había tramado?

Miré la maleta y el bolso que había dejado en el suelo, a mis pies, mientras intentaba olvidarme de cómo me sentía. «Todo irá bien», me dije. «Olvídate de esa estúpida y arrasadora sensación que no deberías estar sintiendo y ve a facturar la maleta».

Lo último que quería era subirme sola a ese avión, pero lo haría. Me enfrentaría a mi familia (a Daniel, su prometida, el pasado que había dejado atrás y a las consecuencias de mi mentira) con la cabeza alta. Y lo haría sola, por mucho que me hubiese permitido confiar en que tendría a alguien a mi lado esas cuarenta y ocho horas.

Dios. ¿Cómo había permitido que pasara esto? ¿Qué había hecho Aaron Blackford para volverse indispensable?

Con los brazos en jarra, me quedé donde estaba por el que me juré que iba a ser el último minuto. Para que me quedara claro, volví a repetirme que todo iba a salir bien.

¿La presión que sentía detrás de los ojos? Nervios. Volver a casa siempre me provocaba alegría y remordimiento a partes iguales. Tanto nostalgia como dolor por los recuerdos. Ese era el motivo por el que no iba muy a menudo. Pero nada de eso importaba. Era una niña grande. Antes de Aaron, ya tenía en mente ir sola, y es lo que iba a hacer.

Con una exhalación temblorosa, vacié la cabeza y el pecho de cualquier pensamiento que hubiera quedado dando vueltas y dejé caer los brazos para coger las maletas.

Ya está bien. Hora de irse. El infierno no espera a…

—Catalina —dijo detrás de mí una voz que pensé que ya no tendría el placer (no solo el placer, sino el alivio, la alegría, el maldito entusiasmo) de oír.

Cerré los ojos y me tomé unos segundos para deshacerme de la ola de sobreexcitación y las emociones inapropiadas que había intentado alejar, sin éxito alguno.

«Aaron está aquí. Ha venido». Tragué saliva y apreté los labios. «No estoy sola. Está aquí».

—¿Catalina? —insistió.

Me di la vuelta, muy lentamente, intentando que mi boca no formara lo que sabía que iba a ser una sonrisa temblorosa. Una que delataría todas las emociones que luchaban por salir. Su ceño fruncido me dio la bienvenida y juro que nunca me había alegrado

tanto ver ese gesto testarudo que lo hacía juntar las cejas.

«Ha venido, ha venido, ha venido».

Ladeó la cabeza.

—¿Estás…? —Antes de que pudiera terminar de formular la pregunta, me lancé a sus brazos. Después lo abracé lo mejor que pude.

—Has venido. —Las palabras salieron ensordecidas por la tela de lo que fuera que llevaba puesto.

Su pecho era cálido, amplio e invitaba a acurrucarse. Durante un segundo, quise que no me importara cómo me había hundido en él o lo mucho que me iba a avergonzar más tarde.

Para bien o para mal, estaba abrazando a Aaron.

Y él… no me devolvía el abrazo, pero tampoco me alejaba. Tenía los brazos a los lados, donde estaban antes de que me tirara encima de él. Su pecho tampoco se movía mucho. Era como abrazar una escultura de mármol, dura e irrompible; pero le latía el corazón. Ese era el único indicio de que no le había ocasionado un paro cardíaco.

A pesar de eso, se había quedado completamente quieto. Di un paso hacia atrás, muy lentamente, y levanté la mirada.

Vale, tenía el mismo aspecto que una estatua. Quizá lo había roto con el abrazo. Eso explicaría por qué apenas pestañeaba mientras me miraba fijamente.

Entonces, empecé a procesar todo lo que había ocurrido en el último minuto. Desesperada, busqué algo que decir, cualquier cosa que me sirviera como excusa para esta breve locura que me había llevado a entregarle mi cuerpo. No encontré nada.

—¿Creías que no vendría? —Fue él quien rompió el silencio. Una parte de mí no quería admitirlo, aunque era bastante obvio. Aaron continuó, con tono acusatorio—. Me has abrazado porque pensabas que no vendría. —Su mirada me analizaba como si no pudiera creer o entender lo que acababa de suceder—. Nunca me habías abrazado.

Di otro paso hacia atrás mientras me frotaba las manos. La forma en la que me miraba me abrumaba.

—No creo que cuente como abrazo cuando una de las partes no colabora, Capitán No tan Obvio. —En ese momento, decidí que, en mi cabeza, no había sido un abrazo—. Además, has llegado tarde y

nunca llegas tardes, ¿qué esperabas que pensara?

Mientras me alejaba un poco más para poner distancia entre nosotros, lo vi de cuerpo entero. De pies a cabeza. Y…, sí, también de cabeza a pies. Me di cuenta de que, la tela suave contra la que había estampado la mejilla, era una camiseta de algodón blanca y lisa. Las piernas, que no se habían movido ni un centímetro mientras lo abrazaba, estaban enfundadas en un par de vaqueros. Y los… ¿Eso era calzado deportivo? Sí, definitivamente lo era.

No tenía ni idea de cómo esperaba que fuera vestido, pero no así. No estaba preparada para que llevase algo que no fuera la camisa de manga larga metida dentro de los pantalones de vestir, como siempre lo había visto. Parecía relajado. Normal. No había ni rastro de la máquina de trabajar distante y de acero inoxidable con la que compartía oficina. La que era capaz de gritarte para que mantuvieras la distancia.

No. Irónicamente, quería volver a apoyar la mejilla contra su pecho. Lo que era ridículo. Además de peligroso. Esta nueva versión de Aaron era tan peligrosa como la que sonreía y se reía. Porque me gustaba. Tanto que ponía en peligro la salud de nuestro plan. O la mía.

—Catalina —me llamó Aaron, obligándome a mirarlo a la cara. Tenía las mejillas calientes, aunque intenté disimular que había estado comiéndomelo con la mirada. Y disfrutándolo.

—¿Sí?

—Te he preguntado si ya has acabado.

Mierda.

—¿Terminado con qué, exactamente? —Me rasqué el cuello, intentando disimular la vergüenza.

—De entrar en pánico por mi supuesta ausencia. ¿Has acabado? Porque estoy aquí, justo como te prometí. Y no he llegado tarde, tú has llegado muy pronto, para mi sorpresa. —Ladeó la cabeza y agregó—: Ya era hora. —Entrecerré los ojos y miré la hora en el móvil.

—De acuerdo, puede que tengas razón. —Volví a mirarlo—. Ya era hora.

—Bien. —Levantó la comisura derecha—. Ya que nos hemos puesto de acuerdo —comenzó, y no me gustó lo presumido que sonaba—, ¿crees que has acabado de mirarme o es que me ha

crecido una segunda cabeza? Porque me gustaría ir tirando.

—*Sip*. —Pillada—. He acabado. —Enderecé los hombros y cogí la maleta—. Es que no sabía que tenías ropa normal. —Aaron arqueó una ceja. Mis ojos me traicionaron y volvieron a mirarlo de arriba abajo. Maldita sea, iba muy mono, y demasiado cómodo y suavecito. Sacudí la cabeza—. Vamos, señor Robot. Tenemos unas maletas que facturar —le dije, obligándome a alejar los ojos—. Ahora que has llegado y tal.

Cogí la bolsa (llena a reventar), me la colgué del hombro e intenté caminar con tanta gracia como pude, pero probablemente me parecía un poco a un *sherpa* sobrecargado. Aaron me alcanzó con un solo paso. Lo vi levantar una ceja cuando me miró por el rabillo del ojo.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en España? —Señaló mi equipaje, que puede que fuera un poco más grande de lo estrictamente necesario—. ¿No volvíamos el lunes?

—Eso haremos.

—¿Todo eso es solo para tres días? —Aaron puso unos ojos como platos e hizo el numerito de mirarme a mí y a mi equipaje varias veces.

—Sí, ¿por qué?

Apreté el paso mientras me esforzaba por evitar que el peso de la bolsa que llevaba al hombro me hiciera limpiar el suelo de la terminal con el culo. En lugar de responder, me puso una mano en el hombro, obligándome a detenerme. Sin darme pie a quejarme, lo cogió y se lo colgó del suyo. El alivio físico fue tan inmediato que se me escapó un gemido.

—Por Dios, Catalina —resopló y me miró, horrorizado—. ¿Qué llevas aquí dentro? ¿Un muerto?

—No es un simple viaje de fin de semana, ¿vale? Deja de avergonzarme por mi equipaje —le dije al hombre de ceño fruncido que caminaba a mi lado—. Tengo que llevar muchas cosas: maquillaje, accesorios, secador de pelo, planchas, cremas, todos los vestidos, seis pares de zapatos…

—¿Seis pares de zapatos? —graznó Aaron mientras fruncía aún más el ceño.

—Sí. —Respondí rápidamente, buscando el mostrador de facturación con la mirada—. Uno para cada uno de los tres

conjuntos que necesito, y tres de repuesto. —Hice una pausa y pensé en algo—. Por favor, dime que al menos has traído un par de repuesto. —Aaron se acomodó la bolsa y negó con la cabeza.

—No, no he traído ningún par de repuesto. Pero no pasa nada. Al contrario, tú… —Volvió a negar con la cabeza—. Eres…

—¿Brillante? —completé—. ¿Astuta? ¿Un genio a la hora de hacer maletas? Ya lo sé. Y espero que lleves suficiente ropa en esa maleta diminuta que has traído.

—Ridícula —murmuró—. Eres ridícula.

—Veremos quién es el ridículo cuando le pase algo a tu camisa, corbata o traje y tengas que ir a la boda con uno de mis vestidos.

Gruñó.

—Seis pares de zapatos —murmuró el hombre de ropa informal que fruncía el ceño—. Una ridícula que lleva su peso en ropa —continuó tan bajo que casi no pude entenderlo.

—Si pesa demasiado, puedes devolvérmelo. No necesitaba tu ayuda. —Su cabeza se disparó en mi dirección y me hizo saber con la mirada que esa no era una opción. Acepté la ayuda con un suspiro—. Gracias, Blackford, muy amable por tu parte.

—Sí que la necesitabas. —Contraatacó, y me hizo arrepentirme de haberle dado las gracias—. Podrías haberte hecho daño. —Aaron giró a la izquierda y, por fin, vi los mostradores de la aerolínea con la que íbamos a volar. Lo seguí.

—Valoro la preocupación, grandullón, pero yo también tengo músculos. —Pasó por alto que había usado su apodo.

—Por supuesto. Aparte de ridícula, tenías que ser cabezota —murmuró entre dientes. Tuve que ocultar la sonrisa.

—Le dijo la sartén al cazo.

Me miró de reojo y aceleró el paso, con su maleta pequeña y razonable en una mano y mi bolsa ridículamente llena en el hombro. Desde mi posición, algunos pasos por detrás, no me quedaba otra opción que dejar que mi mirada deambulara por su espalda. Una no-muy-pequeña y, sin lugar a dudas, lejos-de-estar-calmada parte de mí se maravillaba por el modo en que los vaqueros le realzaban los muslos tonificados, que en una época lo habían impulsado por un campo de futbol. Esa misma parte se agitó todavía más cuando descubrí el modo en que sus bíceps, que habían llevado una pelota de cuero alargada por ese mismo campo, se

flexionaban por el peso de mi bolsa.

Uf. Era demasiado perturbador cuánto me distraía la parte trasera de Aaron ahora que lo conocía más. Ahora que conocía todas esas pequeñas partes de su vida. No solo de las que me había enterado la noche de la gala, sino también las que había descubierto al buscarlo por internet.

Sí, había caído presa de la curiosidad. Pero solo una vez. Solo me había permitido hacerlo una vez. Aunque me había costado conseguir ese nivel de autocontrol. Sobre todo considerando cómo lo que había descubierto en internet se me había quedado grabado en la mente y demandaba mi atención más a menudo de lo que me gustaría admitir.

Mi memoria parecía resistirse a dejar ir las imágenes de un Aaron más joven (igual de estoico, con los hombros igual de anchos y la mandíbula igual de tensa) vestido con un uniforme púrpura y dorado que hacía que se me acelerara el pulso de solo pensarlo. O los titulares que indicaban que había destacado por encima de sus compañeros. Y lo que más me costaba olvidar, los artículos (había encontrado más de una docena) en los que lo alababan por su rendimiento y le aventuraban un gran futuro en el mundo del deporte. Pero nada de eso había pasado.

¿Por qué? ¿Por qué la cobertura pública de su carrera futbolística acababa de repente? Eso era lo que no había conseguido descubrir. Y solo alimentaba mi necesidad de saber más. De conocer más cosas sobre este hombre al que creía que había descifrado hacía tiempo, pero comenzaba a entender que no podría haber estado más equivocada. Como si le hubiese dado pie para entrar, Aaron se dio la vuelta para mirarme con las cejas en alto.

—¿Algún problema? —Me pilló con la guardia un poco baja. Solo pude negar con la cabeza—. Entonces, vamos. A este paso, nunca llegaremos a España.

—Ojalá tuviéramos esa suerte —murmuré. De todos modos, apreté el paso para alcanzarlo. Cómo no, tenía razón.

Tenía cosas más importantes en las que pensar. Como el avión al que subiríamos en pocas horas o el hecho de que, cuando lo hiciéramos, no habría vuelta atrás.

No me creía que lo estuviéramos haciendo. Lo estábamos haciendo, y no podíamos fallar.

Cuando aterrizáramos en España, tendríamos que hacer creer a toda mi familia que estábamos completa e irremediablemente (de sentir mariposas en el estómago y todo ese rollo) enamorados. O, al menos, que podíamos soportarnos más de diez minutos sin provocar un conflicto internacional.

Por más que no supiera cómo íbamos a conseguirlo, sí estaba segura de algo. Nosotros, Aaron y yo, descubriríamos cómo hacerlo.

Teníamos que hacerlo.

Capítulo 14

—Y DECÍAS QUE LOS POSTRES NO eran para tanto. Bueno, este pastel de chocolate no dice lo mismo, amigo. —Me refería al sorprendentemente maravilloso postre que nos habían servido a bordo—. ¿Crees que me darán otro trozo? —Gemí de placer.

Joder, era tan bueno que ni siquiera me avergonzaba de hacerlo. Ni siquiera con Aaron sentado a mi lado en el lujoso asiento de primera clase. Porque, claro, volábamos en primera clase. Todavía no acababa de entender cómo le había permitido pedir (o, mejor dicho, exigir) que me cambiaran de clase sin oponerme. Pero sabía qué había implicado que me pasara un brazo por los hombros y usara la palabra «novia», lo que, en retrospectiva, me había enceguecido lo suficiente como para asentir como una tonta mientras sacaba el pasaporte.

—¿Amigo? —Bajó el periódico con el que se tapaba la cara y vi que tenía una ceja levantada.

—Silencio. Estoy intimando con este pastel. —Suspiró y volvió a centrarse en la lectura. Con la cuchara en alto, vacilé antes de llevármela a la boca—. No tenías por qué hacerlo, lo sabes, ¿no? Conseguirme un billete en primera clase es demasiado. —Escuché un gruñido evasivo—. Hablo en serio, Aaron.

—Pensaba que querías comer en silencio.

—Te devolveré el dinero. Ya estás haciendo mucho. —Suspiró sobre mis palabras.

—No es necesario. Soy miembro del Sky Club de la aerolínea y he acumulado muchos puntos —explicó mientras me metía el último trozo de ese paraíso de chocolate en la boca—. Como he dicho antes, así podemos usar este tiempo para prepararnos.

Cuando finalmente devoré lo que se había convertido en la mejor parte del día, me limpié la boca con la servilleta, antes de dejarla en la bandeja, y me giré hacia Aaron.

—La pausa ha terminado. —Me ignoró. Golpeé el periódico con el dedo índice—. Tenemos que ponernos manos a la obra. Vamos. —Otro golpe—. Momento de prepararse.

—¿Tienes que hacer eso? —se quejó Aaron.

—Sí. —Golpeé el periódico un par de veces más. Era imposible que siguiera leyendo—. Necesito que me prestes atención. Solo hemos repasado algunos familiares y nos estamos quedando sin tiempo. —Doblé una de las esquinas y me asomé—. ¿Me estás prestando atención?

—No necesitas hacer nada de eso. —Bajó las grandes páginas impresas en blanco y negro con un movimiento enérgico—. Siempre te presto atención, Catalina. —Mi dedo se quedó congelado en el aire.

—Ja. —Entrecerré los ojos—. Qué tierno, intentando comprarme con esos trucos baratos. —Lo medí con lo que esperaba que fuera una mirada seria—. No vas a librarte endulzándome los oídos. Las relaciones internacionales de los Estados Unidos no son tan importantes como la boda.

—De acuerdo —dijo mientras, con un gesto reticente, doblaba el periódico de forma meticulosa y lo dejaba en la bandeja. Sus ojos azules cayeron de lleno en mí—. Soy todo tuyo. Sin distracciones. —«Todo tuyo». Me quedé sin aliento.

—¿El novio y la novia? —Logré decir.

—Gonzalo e Isabel. —Puso los ojos en blanco, como si la pregunta hubiese sido demasiado fácil. Me desafiaba.

—¿Trío de primos a los que no tienes que dar bola? —Hice una pausa y ladeé la cabeza—. Sobre todo si te abordan con «Hola, ¿quieres escuchar algo gracioso?».

—Lucas, Matías y Adrián. —No vaciló. De acuerdo, bien. Esos

salvajes eran peligrosos; nunca sabías qué podía salir de sus bocas. O de ellos en general.

—¿Padres de la novia, que serían tus futuros suegros si lo nuestro fuera real?

—Cristina y Javier —respondió de inmediato—. Tengo que ser educado, pero tutearlos o se ofenderán y creerán que soy un idiota pretencioso. —Aaron hizo una pausa después de repetir exactamente las palabras que le había dicho antes. Acomodó su gran cuerpo en el asiento, que, aunque era espacioso, parecía pequeño cuando se trataba de él—. Javier es profesor de Historia en la universidad y habla inglés; Cristina es enfermera y su inglés no es… tan bueno. Sin embargo, tengo que ir con pies de plomo, aunque parezca que no me entiende, es posible que esté midiendo cada una de mis palabras.

Asentí, impresionada. Estaba acertando todas mis preguntas… por segunda vez. No es que me sorprendiera, ya había demostrado que su determinación no tenía límites. Aaron no hacía las cosas a medias; era el mejor. Siempre.

«Mejor así». Iba a necesitar toda esa determinación con la familia Martín y el resto de los invitados. Pero eso no significaba que estuviera completamente satisfecha. Todavía.

—¿Padres del novio?

—Juani y Manuel —respondió, rápido.

Asentí y lo vi abrir la boca. Supe qué iba a decir antes de que lo hiciera. También eran los padres del hermano del novio, que era mi ex.

—De acuerdo, próxima pregunta —me apresuré antes de que pudiera hablar—. ¿Prima a la que debes evitar a toda costa a menos que yo esté contigo para controlar la situación? —Me di la vuelta en el asiento para quedar cara a cara.

En un intento de ver cómo trabajaba bajo presión, puse la expresión más asertiva que pude. Apretó la mandíbula, parecía distraído. Mierda. ¿Estaba dudando? No debería dudar. Estaba a punto de protestar cuando recuperó la compostura.

—Charo.

El nombre de mi prima sonó diferente en los labios de Aaron, adornado con su fuerte acento estadounidense. Hubiese criticado su pronunciación de no haber sido por lo que hizo a continuación y el

impacto que provocó en mi cuerpo.

Levantó los brazos y acercó una mano a mi cara, muy despacio. Pasé los ojos de esa mano a su cara; tenía la mirada fija en un punto por encima de mi barbilla. Después, antes de que pudiera pararlo, me acarició la piel con el pulgar. Muy despacio. Me estaba tocando la mejilla. Muy cerca de la boca. Todas y cada una de mis quejas murieron y se fueron al cielo en el momento en que su dedo entró en contacto con mi piel. Volvió a hablar, absorto en el movimiento de su pulgar.

—Charo —repitió, distraído. Mientras tanto, yo… Me quedé congelada donde estaba, sintiendo cómo ese simple contacto me erizaba la piel—. Dijiste que tenía que huir de la mujer de pelo rojo y ojos verdes inquisitivos. Charo.

Cómo un contacto tan ínfimo podía quemar tanto era algo que no había conseguido descifrar. Separé los labios y dejé escapar una exhalación temblorosa. Aaron levantó la vista y me miró a los ojos. La sangre se arremolinó y me llegó al cuello, las mejillas y las sienes. Se esparció por todo mi cuerpo mientras le sostenía la mirada y veía cómo se le oscurecían los ojos.

Cuando Aaron alejó la mirada y apartó la mano, me sentí más tranquila. Pero esa tranquilidad duró poco porque, cuando volví a bajar la vista, vi que tenía el pulgar manchado de chocolate. Chocolate que había estado en mi cara.

Por Dios.

Sin embargo, lo que casi me hace caer del asiento fue algo completamente diferente. No fue saber que había estado hablando con pastel en la cara desde vete a saber cuándo. *Nop*. Tampoco saber que había ocurrido delante de Aaron, quien probablemente lo mencionaría en el futuro. No. Lo que casi me hace caer de bruces al suelo fue que Aaron abriera esos labios, que solía mantener apretados en una línea inexpresiva, y chupara el chocolate que le había quedado en el pulgar. Chocolate que había limpiado de mi comisura.

Una horda de emociones me estalló en el estómago mientras miraba cómo tragaba con un dejo de aprecio en la cara. Yo… Mierda. Solo pude mirarlo fijamente, completamente… extasiada. Sorprendida.

Debería estar horrorizada, pero no. La boca de Aaron me tenía

hipnotizada, y noté como el calor, que segundos antes se me había concentrado en la cara, viajaba por todo mi cuerpo hasta lugares muy interesantes, mientras mis ojos seguían fijos en sus labios.

Por el rabillo del ojo, vi como Aaron se limpiaba metódicamente la mano con la servilleta que estaba sobre mi bandeja.

—Tenías razón, el pastel está delicioso. —Se aclaró la garganta, como si nada acabase de pasar—. Como iba diciendo, tenemos que evitar a la prima Charo. —Cuando logré volver a hacer contacto con sus ojos, me sentí, en muchos sentidos, caliente, molesta y extraña—. Has hecho mucho énfasis en lo importante que es que Charo no sospeche de nosotros. De nuestro trato.

Vi como volvía a levantar la mano. Una vez más, me acarició la comisura con el pulgar. Esta vez, fue el doble de intenso, aunque también el doble de suave. Mis párpados se cerraron por un instante.

—Creo que ya has limpiado todo el chocolate. —La voz me salió tan temblorosa que casi no la reconocí—. Gracias.

—Quería estar seguro —respondió por lo bajo mientras pasaba la mirada desde ese maldito lugar cerca de mi comisura hasta mis ojos—. ¿Siguiente pregunta?

—¿Padrino?

Me retorcí en el asiento. La intranquilidad reemplazó el cálido cosquilleo de antes. Quizá porque ese tema me dejaba mal cuerpo. O quizá porque lo que acababa de pasar me había desestabilizado. No podía estar segura, pero contuve la respiración mientras esperaba su respuesta.

—Daniel. —Aaron me sostuvo la mirada—. Es tu ex y el hermano del novio. —Asentí una vez. No sabía qué más hacer. Aaron se reacomodó en el asiento, bajando un poco la cabeza para quedar a la altura de mis ojos—. No me has contado mucho sobre él. ¿Hay algo más que debería saber?

Me miró en silencio, casi expectante, toda su atención puesta en mí. Como había dicho antes. Solo que, esta vez, no era un truco. Sentí la necesidad de abrirme con él y contárselo todo, aunque dudé.

—No. Eso es todo. —Le miré las manos, que descansaban en su regazo—. Es mi ex y el hermano mayor de Gonzalo. Así es como se conocieron, los presentamos cuando empezamos a salir. Y… eso es

todo.

Si fuera más inteligente, le contaría toda la historia. Pero últimamente parecía que me esmeraba en tomar decisiones estúpidas. Así que no dije nada más.

En mi defensa, enfrentarme con el culpable de mi situación actual ya era bastante difícil. No quería pasarme todo el rato hablando sobre Daniel porque eso significaba revisitar recuerdos de malas decisiones y corazones rotos.

Así que no, no tenía ganas de hablar a la ligera sobre el tema, sin importar lo crucial que era para el espectáculo que estábamos a punto de montar. Incluso cuando una parte de mí se rehusaba a reconocer lo pequeña que me haría sentir revelarle a Aaron esa faceta, incluso cuando sabía que le estaba mintiendo. Otra vez. Claro que esta vez era una mentira por omisión, pero tenía el potencial para explotarme en cara en un futuro. Como cualquier mentira.

—Puedes confiar en mí —dijo con suavidad.

Quizá podía. Pero eso no significaba confesarle a Aaron algo que no había sido fácil para mí. Esa parte de mi vida, que llevaba mucho tiempo guardada bajo llave… tanto que la cerradura estaba oxidada y ya no había forma de volver a abrirla. Eso explicaría cómo había llegado hasta aquí. Estaba en algún punto del Atlántico, sentada al lado de un hombre con el que me costaba compartir el mismo aire sin querer tirarle algo a la cara, pero que, de algún modo, resultaba ser la única persona en toda la ciudad de Nueva York dispuesta a fingir ser mi novio.

—¿Cómo se llama mi *abuela*? —Mantuve la vista baja, lo más lejos posible de su cara. No quería que viese cómo me sentía. No me iba a hacer bien.

—Catalina —dijo mi nombre con algo parecido a la lástima. Lo odié.

—Mal —respondí—. No se llama Catalina, Aaron. Tienes que saberte el nombre de la única abuela que me queda viva. —Estaba desviando la conversación, pero eso no cambiaba los hechos: tenía que saberse el nombre de mi abuela—. ¿Entonces? —insistí—. ¿Cómo se llama mi *abuela*? —Aaron dejó caer la cabeza en el respaldo de terciopelo y cerró los ojos.

—Tu *abuela* se llama María y no habla ni una sola palabra de

inglés, pero no debo dejarme engañar: no es inofensiva. Si, por algún motivo, me ofrece comida, debo callarme y comer. —Lo dijo como si llevase semanas practicando ese discurso.

—Impresionante —asentí. Respiró hondo y me miró, pidiendo piedad.

—Lo hemos repasado un montón de veces, me está empezando a doler la cabeza. —Juntó las cejas—. Necesitas relajarte y yo, descansar. Venga. ¿Crees que puedes quedarte callada un par de horas?

—En primer lugar, solo lo hemos repasado tres veces. —Levanté tres dedos para dejárselo claro—. Y ni siquiera hemos acabado con la primera ronda de preguntas. Por otro lado, estoy completa y absolutamente relajada. Estoy más fresca que una lechuga, Blackford. Solo quiero asegurarme de que no mezcles datos básicos y lo arruines todo. Eres mi novio… —Me detuve cuando escuché lo que acababa de salir de mi boca—. Es tu papel en esta farsa de amor a la española. Mi novio falso. Así que deberías saberte los nombres de mi círculo íntimo para que nadie sospeche que, en realidad, no somos pareja. Y, confía en mí, lo sabrán ante la más mínima vacilación. —Eso lo hizo fruncir el ceño—. Sí, no me mires así —le dije, señalándole el entrecejo—. En España, los primos y los primos segundos también forman parte del círculo íntimo, ¿de acuerdo? Y los tíos, tías, tíos abuelos y tías abuelas. A veces hasta los vecinos. —Hice una pausa para pensar—. Ah, tendríamos que volver a repasar las descripciones físicas.

—No. —Aaron me paró en seco, se estaba frustrando por segundos—. Lo que tenemos que hacer es descansar. Y, si no quieres que te mire así, deberías dejarme descansar. ¿Quieres que esté de mal humor cuando aterricemos?

—Siempre estás de mal humor.

—¿Quieres que esté de peor humor que de costumbre y cause una mala impresión por culpa del cansancio? —Frunció más el ceño.

—¿Es una amenaza? —Lancé un suspiro.

—No —dijo, desconcertado por mi acusación—. Es lo que podría pasar si no me dejas dormir.

—Solo una vez más. Una rápida. ¿Repasamos solo los primos hermanos? —Rogué, haciendo un puchero. Aaron suspiró,

dramático—. O quizá deberíamos repasar cosas básicas, como mi color favorito, la película que me hace llorar o mi mayor miedo. —Aaron se desplomó en el asiento. Abrí la boca, pero levantó una mano para detenerme.

—Coral. *Posdata: te quiero*. Serpientes o cualquier cosa que se les parezca.

Bien, eso… era correcto. Después cerró los ojos y desconectó del mundo. Y de mí.

Sin palabras, lo imité y apoyé la cabeza en el respaldo mientras me repetía que no debía pensar en que Aaron lo había acertado todo. Pero el silencio solo hizo que los pensamientos y preocupaciones resonaran cada vez más alto.

Lo que había sentido antes volvió e hizo que me retorciese de los nervios. Perdí el control de la pequeña moderación que me gustaba conservar cuando estaba con Aaron.

—Solo quería asegurarme de que todo saliese a la perfección. —Mi voz sonó débil—. No quería provocarte dolor de cabeza.

Aaron debió notar algo, aunque no creía que mis palabras hubieran sido lo bastante altas como para llegarle a través del zumbido que invadía la cabina. Abrió los ojos de golpe y giró la cabeza.

—¿Por qué estás tan segura de que meteré la pata?

Su pregunta parecía sincera, y eso hizo crecer el nudo que tenía en el pecho. ¿Creía que me preocupaba que no se acordase del nombre de mi *tía abuela*? Yo era la verdadera impostora, no él.

—No es eso. —Negué con la cabeza, no podía encontrar las palabras correctas—. Yo… Quiero que crean que soy feliz.

—¿No eres feliz, Catalina? —Su mirada buscó la mía con esa intensidad tan propia de él que empezaba a creer que pronto me haría revelarle todos mis secretos.

—Supongo que sí. —Exhalé. Soné más melancólica de lo que pretendía—. Creo que soy feliz. Solo que quiero que todos en casa crean que lo soy. Aunque el único modo de conseguirlo sea este. —Moví una mano entre nosotros—. Si tú actúas. Si actuamos. Si creen que no estoy soltera porque estoy rota. —Vi cómo unía las piezas, así que continué—. Tenemos que conseguir que todos crean que estamos profunda, completa y absolutamente enamorados. Si se enteran de nuestro acuerdo, nunca me dejarán en paz. Tendré que

vivir con esta humillación de por vida. Será mucho peor que ir sola a la boda y que sientan lástima por mí hasta que me muera.

Si descubrían que había ido con alguien que solo estaba fingiendo ser mi novio, que ni siquiera era mi amigo, confirmaría lo que ya pensaban de mí. Que era la rota, atascada y patética Lina que veían.

A Aaron le brillaron los ojos con algo parecido a la comprensión. Como si finalmente le hubiese dado la ficha del puzle que le faltaba. La verdad detrás de mi motivación. Esperaba que no. Pero fuera lo que fuese, duró poco, porque nos interrumpieron.

Su atención se dirigió a la azafata, asomada por encima de nuestras cabezas, que le dedicó una sonrisa radiante a Aaron. Él no se la devolvió.

—¿Puedo ofrecerle algo para tomar, señor Blackford? ¿Señorita Martín?

—Dos *gin-tonics*, por favor. —Le respondió a la azafata de inmediato—. ¿Te parece bien, cariño?

—Sí, claro —susurré. Mi mente se centró en la última palabra: «cariño». Sentí como el calor me subía a las mejillas.

De acuerdo, eso… Eso había sido… En la vida me habían llamado así. Y, a juzgar por el revoloteo que sentía en el estómago, me había gustado. Oh, Dios. Me había gustado mucho, aunque fuera falso.

—Gracias, mmm… —Miré de reojo a la azafata, que seguía con la vista fija en Aaron—. Gracias, novio.

—Enseguida les traigo sus bebidas. —Asintió con la cabeza y apretó los labios.

—Es increíble —susurró Aaron cuando la azafata ya se había alejado— que te preocupe que yo arruine las cosas por confundir decenas de nombres españoles que acabo de escuchar por primera vez, pero pasas por alto que llamarme «novio» va a delatarnos bastante rápido.

—¿Decenas de nombres? —siseé—. Una decena. —Aaron me fulminó con la mirada—. Un par de decenas como mucho. Pero puede que tengas razón —admití para su sorpresa—. ¿Cuál quieres que sea tu apodo?

—El que tú quieras. Elige tú. —El efecto de «cariño» volvió con ánimos de venganza.

—No sé —dije, intentando quitármelo de la cabeza—. Supongo que alguno que tenga sentido en español. *¿Bollito? ¿Cuchi cuchi? ¿Pocholito?*

—*¿Bollito*?

—Es «panecillo». —Sonreí—. Esas bolitas de pan esponjosas, brillantes y tan tiernas que…

—Vale, no. —Frunció el ceño—. Creo que lo mejor será que nos llamemos por nuestro nombre —dijo mientras cogía nuestras bebidas de las manos de la azafata y me daba una—. No creo que pueda confiar en que elijas uno en español si no sé lo que significa.

—Puedes confiar en mí, ya deberías saberlo. —Me llevé un dedo a la barbilla y la golpeé un par de veces—. ¿Qué te parece *conejito*? Es un conejo bebé. —Con un largo suspiro, Aaron hundió su cuerpo en el asiento—. Tienes razón; no eres un conejo. —Hice una pausa—. ¿*Osito*? —Lo miré de arriba abajo con alevosía, como si estuviera evaluando cómo de bien le quedaba el nombre—. Sí, ese te sienta mejor. Te pareces a un oso. —Algo muy parecido a un gruñido se le quedó atascado en la garganta. Levantó el vaso y, de un solo sorbo, se bebió la mitad.

—Bebe y duerme un poco, Catalina.

—De acuerdo. —Me giré para acurrucarme en el asiento y le di un sorbo a mi bebida—. Ya que insistes tanto, será *osito*.

Por el rabillo del ojo, vi cómo se acababa la copa. No lo juzgaba. Íbamos a necesitar coraje líquido para sobrevivir a esto.

Capítulo 15

EL DESEMBARQUE, PASAR POR LA aduana y la recogida del equipaje fue un poco como uno de esos sueños en los que todo parece borroso e increíble, pero una parte de ti, en lo más profundo de tu inconsciente, sabe que no es real. Solo que, esa vez, sí lo era. Y el *pum, pum, pum* que me resonaba en los oídos era la prueba.

Sin embargo, una vocecita me repetía que iba a despertarme y, por mucho que el corazón le respondiera que ya estaba despierta, cuando llegamos a la puerta de llegadas, todo mi cuerpo se paralizó.

Las ruedas de mi maleta chirriaron cuando me detuve en seco. Con el aire atascado en la garganta, vi como las puertas se abrían y cerraban para dejar salir a las personas con las que habíamos compartido vuelo.

Miré a Aaron, que, hasta ese momento, había estado andando a mi lado, pero ahora se había adelantado un par de pasos, con mi bolsa a punto de reventar colgada del hombro.

—Aaron —grazné, oyendo el latido de mis oídos cada vez más alto—. No puedo hacerlo. —Era como si los pulmones se me hubiesen llenado de cemento—. Ay, Dios. —Exhalé—. Ay, Dios mío.

¿Cómo había permitido que la situación escalara tanto? ¿Qué iba a hacer si me explotaba en la cara? ¿Y si lo empeoraba todo? Estaba loca. No, era estúpida. Y quería golpearme la cabeza contra

algo. Quizá eso me haría entrar en razón.

Miré a mi alrededor, desesperada, buscando la forma de escapar. Una salida de emergencia. Pero no podía ver nada más allá de esas puertas que nos separaban de mis padres y seguían tragando pasajero tras pasajero.

—No puedo hacerlo —murmuré; no reconocía mi propia voz—. Esto es demasiado. No puedo salir y mentirle a toda mi familia. No puedo. No funcionará. Se darán cuenta. Quedaré como una tonta. Como la tonta que soy porque… —Aaron me sujetó la barbilla con los dedos y la levantó para que lo mirase.

—Ey. —Los ojos le brillaron bajo los fluorescentes que iluminaban la terminal, cautivándome—. Ahí estás. —No me sentía capaz de pronunciar una sola palabra sin perder el control. Solo meneé la cabeza. Dejó los dedos donde estaban—. No eres tonta —me dijo sin alejar la vista de mí. Cerré los párpados por un momento. No quería ver qué sentimientos escondía su expresión. Apenas podía resistirme.

—No puedo hacerlo —susurré mientras abría los ojos. Su voz se endureció.

—Catalina, no me seas ridícula.

Al contrario que el suave contacto de sus dedos, esa orden fue tajante, incluso insensible, teniendo en cuenta que estaba hablando con una mujer al borde de un ataque de nervios. Pero algo me forzó a (en realidad, me permitió) respirar. Y eso fue exactamente lo que hice. Inhalé y exhalé. Mientras tanto, Aaron me miró fijamente a los ojos con algo que debería haber disparado mi ansiedad hacia la estratósfera, pero todo lo contrario, me devolvió a la realidad.

—Podemos con esto —dijo con confianza. «Podemos». Ese «nosotros» implícito, por algún motivo, sonó más alto que el resto. Después, cuando creyó que estaba lista para escucharlo, dio el tiro de gracia—. Ya no estás sola. Ahora somos tú y yo. Estamos juntos en esto, y podemos hacerlo. —Por un motivo que no sabía identificar, le creí. Sin cuestionarlo ni protestar.

Ninguno de los dos dijo nada. Mis temerosos ojos marrones sostuvieron la determinación de sus ojos azules y, en silencio, la comprensión se instaló entre nosotros. Nosotros. Porque Aaron y yo nos habíamos convertido en un nosotros.

Sus dedos abandonaron mi barbilla y se entrelazaron con la

mano que tenía apoyada en el pecho. La apretó con delicadeza. «¿Lista?», me preguntó sin decir nada. Tomé una última bocanada de aire y avanzamos hacia las puertas del pequeño aeropuerto español. Hacia mis padres. Hacia esta ridícula farsa en la que estábamos a punto de embarcar. A esta… ¿cómo la había llamado? Ah, sí, a esta farsa de amor a la española que habíamos planeado.

Porque nosotros, Aaron y yo, podíamos con esto. Él mismo lo había dicho. Y yo le creía. Solo esperaba, por el bien de ambos, que tuviera razón.

—Papá, te lo voy a repetir una última vez, aquí estamos bien. —Busqué a mi falso novio por toda la habitación, necesitaba refuerzos. Me dedicó una media sonrisa.

—¿Y si le decimos a la *abuela* que vaya a casa de tu hermana? —continuó papá—. Podríais quedaros en el dormitorio de invitados, que es más grande. Aunque no sé si el tío José y la tía Inma tenían pensado quedarse ahí. Esperad, voy a llamarlos para…

—Papá —lo interrumpí, apoyándole una mano en el brazo—. Está bien. Esto es más que suficiente. No tienes que mover cielo y tierra. Deja tranquila a la *abuela*.

Una ola de nostalgia y familiaridad me creó un nudo en el estómago. Llevaba mucho tiempo sin ir a casa; todo era muy natural, como respirar, y, al mismo tiempo, parecía un recuerdo que llevaba mucho tiempo enterrado. Mi padre y su corazón de oro, siempre tan generoso. Preocupándose por todo. Esforzándose para que todos se sintieran como en su casa, aunque eso convirtiera las visitas en *Los juegos del hambre* de los dormitorios. Me había enfocado tanto en el miedo que me provocaba volver, que me había olvidado de que eran mi familia. Mi casa. Y, Dios, a pesar de todo, los había echado de menos con cada fibra de mi ser.

—Ay, cariño, tu padre tiene razón. No sé… —dijo mi madre, que

se había asomado por la puerta de la estrecha habitación para evaluar el panorama. Vaciló mientras buscaba las palabras—. Este hombre es tan alto y… grande.

Miró a Aaron, lo escrutó de la cabeza a los pies varias veces mientras negaba con la cabeza con una mezcla de asombro y escepticismo. Me pareció ver el inicio de una sonrisa en los labios de Aaron, que se curvaron unos centímetros. Lo fulminé con la mirada.

—Sé lo que significa *grande*. —Esa pequeña curva siguió allí hasta que miró a mi madre, que estaba analizando su expresión—. Valoro tu preocupación, Cristina. Pero no te preocupes, aquí estamos bien. De nuevo, muchas gracias por todo.

Igual que la de mi madre, mi mandíbula casi toca el suelo por segunda vez en ese día. La primera vez había sido en el aeropuerto, cuando descubrí que Aaron hablaba suficiente español como para presentarse a mis padres en mi lengua materna. Casi sin acento.

Poco después, mientras mi mandíbula seguía abierta de par en par, en el rostro de mamá apareció la sonrisa que reservaba solo para algunos miembros de la familia. Entonces exhaló, entre sorprendida y resignada, como si estuviera dispuesta a aceptar lo que había dicho Aaron sin oponer resistencia a cambio de que continuara hablando en español. Y eso también era algo que reservaba para unos pocos. Mi muy afortunado y muy falso novio le regaló una sonrisa amable.

—De todas formas, Catalina no ocupa mucho espacio —dijo Aaron de repente—. Nos acurrucaremos, ¿no, *bollito*? —Giré la cabeza en su dirección.

—Sí —dije entre dientes—. Nos acurrucaremos.

Juré que me las pagaría y miré a papá, horrorizada. Lo encontré sonriendo, con demasiadas cosas que procesar. Por su parte, mamá solo asentía mientras nos miraba y medía nuestra diferencia de tamaño.

Por suerte, eso no iba a ser un problema. La propiedad que mis padres alquilaban a turistas durante la temporada alta tenía dos dormitorios. Como todo en ese apartamento, eran pequeños y funcionales; solo tenían lo estrictamente necesario. Pero eso no significaba que tuviésemos que apretujarnos. Aaron y yo ni siquiera tendríamos que compartir habitación. Gracias a Dios. Pensar en eso

me recordó que ya era hora de que mis padres se fueran.

—Muy bien. Muchas gracias a los dos, pero creo que ya es suficiente —dije mientras los acompañaba o, mejor dicho, empujaba hacia la puerta—. Tenemos que deshacer las maletas y que prepararnos para la despedida.

—Vale, vale —dijo mi madre mientras se cogía del brazo de mi padre—. ¿Ves, Javier? Quieren estar solos. —Hizo un movimiento con las cejas—. Ya sabes.

Mi padre murmuró algo ininteligible, pero que venía a decir que no necesitaba detalles. Ignoré la insinuación de mi madre, les di un fuerte abrazo y los despaché. Mientras tanto, Aaron, muy educado, les volvió a dar las gracias (en español, para alegría de mi madre) y se quedó quieto en el rincón en el que estaba.

Con mis padres fuera, me giré hacia él para ver que estaba subiendo las maletas a la cama. Abrió la suya y empezó a deshacerla.

—No hace falta que hagas eso —dije sin molestarme en abrir mis maletas. Aaron levantó una ceja—. Dormiremos en habitaciones separadas —expliqué.

—Ah. —Fue todo lo que dijo.

Ignoré la mirada confundida que acababa de dispararme y avancé por el pasillo para guiarlo hacia la que sería su habitación. Con su propia cama. Aaron entró al dormitorio unos segundos después.

—¡Ta-da! —Hice un gesto con los brazos—. Aquí está tu habitación. Tu armario. El baño está en el pasillo. Y, sí, esa es tu cama.

Señalé la cama individual y me di cuenta de lo ridículamente pequeña que era. Todo el dormitorio era mucho más pequeño de lo que recordaba. Miré a Aaron, que estaba justo a mi lado, y lo vi inspeccionar la habitación con los brazos cruzados: el mismo gesto que había puesto mi madre mientras lo observaba a él. Lo miré de arriba abajo. Sí. Esto no iba a funcionar.

—De acuerdo —dije, aceptando que no había forma humana de que cupiera en esa cama—. Cambio de planes. Quédate con el otro, que es más grande. Yo dormiré en esta cama.

—No pasa nada, Catalina. Dormiré aquí.

—No, no lo harás. No entrarás en esa cama tan diminuta.

—Señalé lo obvio—. Ni siquiera en diagonal.

—Está bien. Ve a deshacer la maleta. Me las apañaré.

—No lo harás. Ni de coña. —Insistí, ignorando el modo pícaro en que Aaron me miraba por encima del hombro.

—Lo haré. —«Terco, cabezota», pensé—. Tú eres la única cabezota aquí —dijo el mentalista. Entrecerré los ojos.

—Bueno, a ver, te concederé el beneficio de la duda. —Señalé la cama—. Demuéstramelo. Demuestra que cabes y te dejaré en paz. —Aaron suspiró, descruzó los brazos y se llevó una mano a la cara.

—¿Puedes…? —Se detuvo y negó con la cabeza—. ¿Sabes qué? Solo por esta vez voy a darte el gusto. Solo para dejar de perder tiempo discutiendo hasta que nos salgan canas.

En dos zancadas, mi muy alto y falso novio se plantó delante de la modesta cama. «No entrará». Estaba segura. Así que me incliné y esperé a que me demostrara que tenía razón.

Aaron se subió al pequeñísimo mueble y el colchón rebotó exageradamente bajo su peso. Con un chillido agudo, se recostó de espaldas. Cambió de posición un par de veces mientras el colchón se seguía quejando por su peso. Nada. No cabía.

Miré a ese hombre, claramente más grande que la cama que tenía delante, con los pies colgando, recostado boca arriba, y dejé salir la sonrisa que había estado conteniendo. No era por el hecho de tener razón. *Nop*. La satisfacción y la sonrisa se debían a que el gruñón de Aaron se encontraba recostado en diagonal sobre la diminuta cama con el ceño fruncido. La mejor parte era que lo había hecho solo porque se lo había pedido. Porque ambos éramos igual de tercos. Y eso me hizo sonreír todavía más. Me acerqué y lo miré sin relajar la sonrisa.

—¿Cómodo?

—Mucho.

—Seguro que en la vida habías estado tan cómodo. —Puso los ojos en blanco.

—De acuerdo —dijo mientras se sentaba y su peso hacía chirriar los muelles del colchón más sencillo y (no vamos a mentir) más barato del mercado—. Tienes razón —continuó mientras se desplazaba hacia el borde, intentando abandonar la cama, que se estaba convirtiendo en arenas movedizas que se tragaban cada uno de sus movimientos—. ¿Podrías…?

Sin aviso, la estructura de la cama cedió con un gran estruendo y se llevó consigo una parte del colchón y a Aaron. Pegué un grito de sorpresa y me llevé las manos a la boca.

—¿Qué co…? —gruñó Aaron.

—Oh, Dios, Aaron. —La carcajada que se me escapó mientras miraba al hombre (más gruñón que de costumbre) sentado en medio de la pila de maderas y muelles se escuchó hasta en Nueva York. A juzgar por su ceño fruncido, distaba mucho de estar bien, pero de todos modos, pregunté—: ¿Estás bien? —Intenté tranquilizarme; juro que lo intenté. Pero no pude contener la risa, así que me reí. Cada vez más fuerte.

—Sí, todo bien —gruñó—. Nada que no pueda manejar.

—De acuerdo, pero solo por las dudas…

Le alargué la mano para ayudarlo, pero nos quedamos paralizados cuando escuchamos un grito procedente de la puerta de entrada. Una voz que hizo que un escalofrío me recorriera la columna vertebral.

—¡Hola! —chilló una voz aguda y estridente. ¿Era…?—. ¿Hay alguien en casa? —volvió a gritar esa voz que conocía tan bien y con quien estaba emparentada.

No. La mujer de pelo rojo que muy pronto haría su aparición solo lo preguntó por cortesía, sabía muy bien que había alguien. Charo. Mi prima Charo estaba allí, en el apartamento. Y, a juzgar por el sonido de sus tacones contra el suelo, llegaría a la habitación en…

—Ay, pero mira qué bien, ya habéis bautizado la cama. —Escuché una risita mucho más maliciosa que adorable a mis espaldas. Mi falso novio entendió al segundo la situación en la que nos encontrábamos. Sin esperar a que respondiera, mi prima siguió parloteando—. Pero mirad qué desastre. —Chistó—. Después de tanto tiempo soltera, cualquiera creería que habías perdido la práctica, Linita. —Hice una mueca. Qué simpática, la *primita*. Cerré los ojos de forma instintiva mientras sentía como el calor me subía por el cuello—. En serio, ¿cuántos años han pasado desde que lo de Daniel se fue a la mierda? ¿Cuatro? ¿Cinco? ¿Más?

Tierra, trágame.

Ni siquiera me había dado tiempo a saludarla y ya había sacado el tema. Y delante de Aaron. No quería ni mirarlo. ¿No podía

tragarme a mí también esa cama rota?

Y así, sin más, mi deseo se cumplió. Aaron me cogió del brazo y me atrajo hacia él, arrancándome un chillido, y hacia el caos que minutos antes había sido una cama. Terminé con la mitad del cuerpo extendido sobre él. Fue solo un segundo porque, antes de que pudiera comprender lo que estaba pasando, me rodeó con el brazo para acomodarme en su regazo y girarme para quedar cara a cara con Charo. Me tensé por el cambio de posición.

«Mierda. Estoy sentada en el regazo de Aaron. Espalda contra pecho. Culo sobre… Sí, sobre su regazo».

—Me declaro culpable de todo esto. —Su voz profunda sonó jodidamente cerca mientras, poco a poco, repasaba las partes de su cuerpo que habían entrado en contacto con el mío, mucho más blandito. Muslos, pecho, brazos, todo tan sólido y aplastado contra mi espalda. Contra mi trasero. Contra mis propios muslos y… Tenía que dejar de pensar en partes del cuerpo—. No puedo resistirme. —Me llegaron las palabras de mi falso novio mientras sentía como se le flexionaban los músculos—. ¿No, *bollito*?

Oh, por Dios. Él… Yo… Solo…

—Cierto, *osito*.

Charo nos fulminó con la mirada. Saltaba a la vista que le encantaba el espectáculo. Acababa de llegar y ya tenía una historia para contar hasta el fin de los días: la vez que Lina y su novio rompieron la cama. Apuesto que sumaría detalles falsos, como que había visto a Aaron desnudo o algo así.

Me vino una imagen de la nada. De Aaron. Sin ropa. Con todos esos músculos que sentía…

No. No. No.

—Ay, miraos —dijo mi prima y se llevó las manos debajo de la barbilla—. Sois adorables. Y, ¡Lina!, nunca me hubiese imaginado que fueras así de apasionada. —Charo levantó una ceja.

Aaron me apoyó una mano en la rodilla y el contacto me hizo estremecer. Dios, podía sentirlo en todas partes. Si conseguía relajar la espalda, me acurrucaría contra él. Esa palma tan cálida me apretó el muslo. No podía concentrarme y Charo esperaba que dijera algo.

—Ah, sí. —Recapitulé tan rápido como pude. Tenía que salir de ahí. De Aaron. Esa posición me abrumaba demasiado. De un modo

muy muy malo—. Emm… Sí, apasionada, ¡ya lo creo! Todo esto es muy apasionado —dije, retorciéndome sobre el regazo de Aaron mientras intentaba, sin éxito, escaparme de ese agujero negro con forma de hombre que me había atrapado—. Es apasionado porque estoy superloca. Loca por él, por supuesto. —Me retorcí un poco más y me di cuenta de que estaba atrapada entre sus grandes muslos. «Sigue hablando»—. Estoy tan enamorada que es una locura, ¿me entiendes? Tan…

—Creo que ya te ha entendido —me susurró al oído mi falso novio y disparó un estúpido escalofrío por todo mi cuerpo.

Me seguí moviendo sobre su regazo, intentando ignorar lo que tenía debajo (del culo, para ser más específica), sólido y cálido. No, caliente. Estaba caliente. Músculo sobre músculo sobre músculo. Y algunos se endurecían todavía más con cada estúpido movimiento que hacía sobre ellos.

Oh, por Dios. *Oh, Dios mío*. ¿Eso era…? No. No podía serlo. Aaron no podía estar… excitado. Desesperada, intenté apartarme una vez más, a lo que contestó con un gruñido.

—Para. —Respiró dentro de mi oído—. No estás ayudando.

Obedecí de inmediato, forzándome a relajarme.

«De acuerdo, puedo con esto. Piensa que es una silla. Un trono. No Aaron. Solo un trono con forma de hombre».

—¿Qué te trae por aquí, Charo? —Le dediqué a mi prima una sonrisa falsa.

—Ah. Iba a quedarme con una amiga, pero se le ha inundado el baño o algo así. Total, no me queda otra opción que quedarme aquí —explicó haciendo un pequeño gesto con la mano—. Creíais que ibais a tener todo el piso para vosotros, ¿no? —Otra vez esa risita molesta—. Os juro que no os molestaré. Ni siquiera os daréis cuenta de que estoy aquí.

Solo había una forma de no ver a Charo metiendo las narices donde no la llamaban, e incluía narcóticos fuertes.

—Genial. Bueno, deberíamos deshacer las maletas y dejarte hacer lo mismo —anuncié desde mi posición. Me aclaré la garganta—. Venga —agregué, pero ni Aaron ni yo nos movimos. Me aclaré la garganta todavía más fuerte—. ¿Vamos, *osito*?

Antes de poder preguntar nada más, Aaron me puso las manos en la cintura y me levantó para sacarme de su regazo. Con las

piernas temblorosas, quedé cara a cara con mi prima.

«Guau, de acuerdo, era así de fácil».

Aaron (que misteriosamente había recuperado su agilidad habitual) se retiró, dejando tras de sí el desastre de muelles y madera.

—No me he presentado. —Aaron estiró una de las manos que habían estado en mi cintura hacía solo un segundo, la que me había apretado el muslo—. Soy Aaron. Encantado de conocerte.

Mi prima (que sospechaba que ya le había pedido a mi madre toda la información que tenía sobre Aaron) le cogió la mano y tiró hacia ella.

—¡Ay, y habla español! El placer es mío, cariño. —Le plantó dos besos. Sí, estaba bastante segura de que no mentía cuando decía que el placer era suyo. Cuando soltó a Aaron, que parecía un poco abrumado, me envolvió en un abrazo—. Ven aquí, prima. También hay besos para ti. —Y, en un susurro, para que solo yo pudiera escucharla, agregó—. ¿Dónde tenías escondido a este hombre?

—Ah, prima, si tú supieras. —Lancé una carcajada.

Me alejé, conmovida por el contacto de la palma de Aaron en la curva de mi espalda. Di un paso hacia atrás y aterricé justo contra su pecho. Aaron me miró con intriga en la mirada.

—Ve a la habitación a deshacer las maletas, yo arreglaré este desastre que le hemos dejado a tu prima.

Eso era… muy considerado. Me había olvidado. Aparentemente, que mi prima se ocupara de una cama rota no estaba en mi lista de prioridades.

—Uy, no, no —intervino Charo antes de que pudiera disculparme—. Llamaré al tío Javi —dijo, refiriéndose a mi padre—. Vosotros poneos cómodos. Seguro que estáis agotados después del viaje. Solo tened cuidado de no romper la otra cama —agregó con una risotada—. Puedo asumir la culpa por esta, pero si rompéis la otra, me temo que os esperará una charla incómoda. —Guiñó un ojo.

Después de darle las gracias, nos retiramos al que iba a ser nuestro dormitorio. Nuestro dormitorio. El que ahora compartíamos. Mierda.

Más nos valía deshacer las maletas y ponernos cómodos. Si eso había sido una muestra de lo que nos esperaba los días siguientes,

mi falso novio y yo teníamos por delante un viaje complicado.

Con las maletas casi vacías y todos los atuendos para la boda colgados en el armario, miré la cama de reojo. Llevaba haciéndolo quince minutos. «Esperaré aquí», decía mientras yo deseaba que la tierra se la tragara y la hiciera desaparecer.

—Deja de preocuparte. Puedo dormir en el suelo si eso te hace sentir más cómoda. —Aaron me miró con el ceño fruncido.

—No estoy preocupada —mentí. No me había esperado tener que compartir la cama con él. No entraba en mis planes. Mis padres habían dicho que estaríamos solos en el piso. La mayor parte de los invitados eran de la zona y, los que no, solo vendrían para el gran día—. Somos adultos, y nos conocemos desde hace casi dos años. Podemos compartir una cama de forma civilizada. Al menos es de dos plazas. Y está entera.

—Les diré a tus padres que yo me ocuparé de la otra. Pagaré por todos los daños. —Había algo en su voz. Sonaba reflexivo y casi… avergonzado.

—No tienes por qué hacerlo, Aaron. —Hablaba en serio—. No ha sido culpa tuya. En realidad, esa cama ha durado más de lo que debía. Estas cosas… pasan.

Saqué un par de camisetas de la maleta y las estiré mientras analizaba mis palabras. Nunca me había pasado antes, pero suponía que sí, que eran cosas que pasaban. Quizá a Aaron ya le había pasado. Quizá había destruido docenas de camas y las había convertido en un desastre de muelles y madera. Era un hombre alto y robusto. No era de extrañar que las camas cedieran y se desplomaran bajo su peso. Sobre todo si se movía mucho. O si presionaba contra ellas de una forma concreta. O si se dedicaba a actividades que ponían a prueba la resistencia de la estructura y…

No, no, no.

Expulsé de mi mente la imagen de un Aaron desnudo y sudado haciendo…

No.

—De acuerdo —dijo mientras cerraba la cremallera de su maleta vacía—. Si estás segura de que podemos compartir la cama, lo haremos. Con un poco de suerte, esta no la romperemos.

Me emboscó una imagen mental completamente nueva. Una muy similar a la anterior, pero ahora me incluía a mí y… *Nop*.

Tenía que detener este disparate.

—Hecho —dije, deshaciéndome de esos pensamientos e ideas—. Nadie dormirá en el suelo. Con Charo dando vueltas, no podemos arriesgarnos a que nos descubran. Las parejas comparten la cama.

—¿Y cómo se supone que nos van a descubrir? ¿Tu prima va por la vida entrando en dormitorios ajenos?

—Bueno, Aaron, me encantaría poder decirte que no, pero estaría mintiendo. —Los años me habían enseñado que Charo era impredecible.

—Entonces —cambié de tema—, en un par de horas, nos juntaremos con los miembros más jóvenes de la familia para la fase uno de las despedidas de solteros.

—¿Me haces un pequeño resumen, por favor? —Solicitó. Aaron había acabado de deshacer la maleta (yo no). Apoyó la espalda contra el armario, que estaba en una de las esquinas del dormitorio, y depositó toda su atención en mí.

—Te encantará saber que vamos a pasar el día al aire libre, disfrutando del sol español y haciendo algo muy diferente a los masajes y beber mimosas. Que fue lo que yo propuse. —Caminé hacia el angosto vestidor y cogí una pila de toallas limpias—. Mi prima pequeña, Gabi, anuló mis poderes de dama de honor. —Dejé las toallas sobre la cómoda—. Y eso solo puede significar una cosa. —Hice una pausa dramática—. La Copa de la Boda.

—¿La Copa de la Boda? —Aaron dejó escapar una carcajada. Por extraño que fuera, ese ruidito me dio ganas de sonreír, pero lo ignoré y pasé a contarle cómo íbamos a pasar la tarde.

—En la Copa de la Boda —suspiré—, el Equipo Novia, formado por todas las mujeres invitadas a la despedida, compite contra el Equipo Novio, formado por los hombres —dije con sarcasmo—. Original, ¿no? Chicos contra chicas enfrentados en una serie de juegos y actividades. ¡Yupi! —Aaron asintió sin posicionarse.

—Puedo percibir tu entusiasmo, continúa. —Lo fulminé con la mirada.

—El equipo que consigue más puntos gana la Copa de la Boda.

—¿Es un trofeo físico o un premio simbólico? —preguntó Aaron, que estaba intentando tomárselo en serio. Sin éxito. Apenas podía contener la risa.

—Escucha. —Me llevé las manos a la cadera para imponerme—.

Te dije que no estaba a cargo de esto. Soy una dama de honor más bien a título honorífico. Mi prima Gabi está obsesionada con el deporte, y fue quien lo organizó todo. Así que da las gracias de que no tengas que compartir equipo conmigo. —Cogí mis productos de aseo y caminé hacia el modesto baño en *suite*. Mientras ponía las cosas en su sitio, seguí hablando—. Nada de esto me entusiasma, ¿de acuerdo? Si fuera por mí, todas las mujeres estaríamos en un *spa* y vosotros os iríais a otro lado a hacer vuestras… cosas de chicos.

—¿Cosas de chicos? —Escuché la voz de Aaron desde el dormitorio.

—Sí, daros golpes en el pecho, beber cerveza como si vuestra vida dependiera de ello o ir a un club de *striptease*. Qué sé yo. —Sacudí la cabeza, sabía que estaba cayendo en muchos estereotipos—. Pero no —continué mientras dejaba un pequeño bote de champú—, no podíamos tener tanta suerte. Lo gracioso es que el que más entusiasmado está con todo esto es Gonzalo. ¿Quién lo iba a decir? Prefiere una estúpida competición antes que disfrutar de su último día de soltero lejos de la novia. De todos modos, no me sorprende, Gonzalo está loco por mi hermana desde la primera vez que la vio. ¿Por qué iba a querer pasar un solo día lejos de ella? —Lo suyo era amor verdadero: sinceridad, devoción, cariño tangible. La clase de amor que trasciende la distancia, las diferencias y los obstáculos. Del tipo sobre el que se escriben libros. Pensar en eso me llenaba el pecho de calor y anhelo por algo que no sabía si alguna vez iba a encontrar—. Sea como sea, Gonzalo es el fan número uno de la Copa de la Boda. Y estoy segura de que va a alucinar cuando te vea. Va a gritar y a darte un abrazo de oso, y pasarás a ser su nuevo mejor amigo. Lo presiento. Gon es muy competitivo, siempre lo ha sido, así que estará en las nubes cuando se entere de que lo más cercano a un maldito dios griego recién salido del Olimpo va a formar parte de su equipo. —Resoplé.

Aaron se parecía un poco a esas esculturas. Tan estoico, con líneas suaves y simétricas. A Gonzalo le iba a encantar tener a Aaron…

«Un momento. ¿Qué acababa de decir?».

Cerré los ojos cuando me di cuenta de que había dicho que Aaron era un dios. Griego. Salido del Olimpo. En voz alta.

«Oh, por favor, que las paredes sean gruesas y hayan amortiguado el sonido. Por favor».

Sentí su presencia detrás de mí y, considerando el tamaño de la habitación, me quedé muy quieta. Abrí los ojos y miré su reflejo en el espejo. Se había apoyado en el marco de la puerta. Respiré hondo y recorrí la encimera con los ojos, miré cada objeto y subí la mirada hasta encontrarme con Aaron.

—¿Qué posibilidades hay de que no me hayas escuchado? —aventuré.

—Depende. —Vi como se le movía la garganta al tragar—. ¿Los dioses griegos tienen buen oído?

Tenía dos opciones: enfrentarme a esa situación como la adulta que era o ignorar lo que acababa de pasar como una maldita gallina. En silencio, recoloqué todo lo que acababa de dejar y elegí la segunda opción mientras percibía como seguía cada uno de mis movimientos con la mirada.

Un momento después, sentí cómo se giraba. Antes de que se alejara, lo llamé.

—Ah, otra cosa. —Vi el reflejo de su espalda en el espejo—. El equipo perdedor va a tener que hacer un baile con coreografía por la noche.

No respondió, pero cuando se alejó, supe que los ojos le ardían llenos de competitividad.

Capítulo 16

ME QUEDÉ DE PIE, CON las manos en la cintura, contemplando la paleta de verdes y azules que pintaba el paisaje frente a mí.

Cuando la gente piensa en España, se imagina playas repletas de gente bajo un sol implacable. Piensan en mesas llenas de jarras de sangría, paellas y todo tipo de tapas. Es probable que también piensen en un hombre de pelo negro cantando una serenata a la luz de la luna mientras sus dedos se mueven con una destreza impresionante por la guitarra. A decir verdad, no se equivocan. Es posible encontrar eso en España, pero solo es una pequeña parte de lo que representa mi país natal, y, tristemente, ni siquiera es el diez por ciento de todo lo que tiene para ofrecer.

La pequeña ciudad en la que había nacido quedaba en la costa norte de la península, atrapada entre el mar Cantábrico, siempre furioso y de color marfil, y un grupo de montañas de color esmeralda.

Y, contrario a las creencias populares, el sol no brilla los trescientos sesenta y cinco días del año. Sobre todo en las regiones del norte. *Nop*. El norte de España es conocido por pasar por las cuatro estaciones en el transcurso de unas pocas horas cualquier día del año. Lo que hace que la vegetación crezca salvaje y exuberante, y envuelva campos y colinas para crear una imagen en la que muy

pocos piensan cuando se imaginan España.

Así que, sí, el verano no es tan genial en el norte. Pero el cielo estaba sorprendentemente despejado y una brisa amable llegaba desde el mar. Me hizo acordarme de una época en la que aprovechábamos todo lo que podíamos días como este, como si nuestras vidas dependieran de ello. Desde el amanecer hasta la oscuridad total. Isabel y yo. Las hermanas Martín.

Miré de reojo al grupo de personas que se habían juntado para la Copa de la Boda y una parte de mí se preguntó qué estaría pasando dentro de la cabeza de Aaron.

«¿Cuál habrá sido su primera impresión del sitio en el que crecí? ¿Y de mi familia?».

Las presentaciones habían salido perfectas, más que bien. Si por algo eran famosos los españoles era por ser personas abiertas y hospitalarias. Nadie parecía sospechar de mi falso novio. Más allá de la incomodidad de tener entre ellos un *guiri* (como llamábamos a los turistas) que los obligaba a usar su inglés oxidado.

Solo había venido la generación más joven de las familias del novio y de la novia, con sus respectivas parejas, y algunos de nuestros amigos más cercanos. Excepto Lucas, el primo salvaje y de espíritu libre que nadie sabía dónde estaba. Y el padrino, también conocido como Daniel, mi ex, mi primera y única relación estable, o el hombre que mi familia creía que en la vida superaría. Él tampoco había llegado.

—Aquí está mi hermana favorita. —La voz llegó un segundo después de que alguien me embistiera desde atrás.

—Soy tu única hermana, idiota. Por supuesto que soy la favorita. —La cogí de los antebrazos, que me había echado alrededor del cuello.

—Qué más da. Sigues siendo mi favorita.

Le saqué la lengua y la miré por encima del hombro. Más allá de que las dos teníamos la misma estructura facial, no nos parecíamos en nada. Isabel siempre había sido más alta y estilizada, con destellos de verde en los ojos marrones que compartíamos (algo que siempre le había envidiado), y el pelo más ondulado y oscuro, como mamá. Pero las diferencias no acababan ahí. Mientras mi hermana se adaptaba enseguida a cualquier situación, a mí siempre me había costado encontrar mi sitio. Por algún motivo, nunca llegaba a

sentirme cómoda del todo. Eso me había empujado a seguir buscando un lugar al que pudiera llamar «hogar». Porque España ya no lo era. Pero Nueva York tampoco, por más que Rosie viviera allí y tuviera una carrera que me llenaba de orgullo. Siempre me había sentido… un poco sola. Incompleta.

—¿Hola? Tierra llamando a Lina —dijo, cogiéndome del brazo—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te escondes?

Era lo que estaba haciendo, ¿no? Aunque solo habían sido unos minutos. Mi hermana mayor me conocía demasiado bien. Tomé nota de que tenía que aumentar las precauciones con Aaron cuando ella estuviera cerca. Si había alguien capaz de leer entre líneas, esa era Isabel.

—No me estoy escondiendo. —Me encogí de hombros—. Solo quería un momento de paz lejos de la novia Godzilla. He escuchado que casi le arranca la cabeza al novio porque eligió unos zapatos que no le gustaron. —Me alejé y me giré para quedar cara a cara.

—Has escuchado bien. —Mi hermana y futura novia se llevó una mano al pecho, fingiendo consternación—. Solo tenía que hacer una cosa, Lina. Una. Y llegó a casa todo contento con un par de zapatos que me hicieron cuestionar su buen gusto. —Negó con la cabeza—. Estuve a punto de desinvitarlo de mi boda.

—Querrás decir «nuestra boda». —Reí.

—¿No es eso lo que acabo de decir? —Levantó una comisura con desconfianza—. Sea como sea, creo que tenemos como una hora hasta el almuerzo. ¿Estás lista? —Intercambiamos una mirada.

—¿Para morir? Siempre.

—Vamos, reina del drama —dijo Isabel, cogiéndome del brazo y llevándome hacia el grupo—. Hora de volver. Gabi me ha mandado a buscarte. Tenemos un horario que seguir, por si no lo sabías. —Hice un puchero—. Va, venga. Será divertido.

—Nunca lo ha sido ni lo será —dije, arrastrando los pies, pero siguiéndola de todos modos; no me dejaba otra opción—. Gabi se ha convertido en una emperatriz del ejercicio, y, aunque es adorable, también aterradora; todo el mundo le tiene miedo.

—No es para tanto —resopló Isa—. Además, todavía podemos ganar. Esos idiotas solo nos sacan tres puntos.

—¿Acabas de llamar idiota a tu prometido?

—Vaaale, el Equipo Novio solo nos saca tres puntos. ¿Mejor?

—Mejor. Pero —le disparé una mirada por encima del hombro—, van a aplastarnos como cucarachas.

Negué con la cabeza y pensé en la ventaja, en cuanto a agilidad y estado físico, del Equipo Novio sobre su contrincante femenino. Los puntos que habíamos conseguido nos los había dado Gabi por lástima y para que no perdiésemos la motivación. Pero no fue mi caso. La motivación me había abandonado hacía rato. Estaba lista para acabar de una vez e ir a llenarme la boca de comida. El *jet lag* empezaba a pasarme factura y llevaba horas con un vacío en el estómago.

—Puedes asumir tu parte de culpa. —El dedo índice de mi hermana reforzó la acusación—. Has traído al doble de Clark Kent a la fiesta.

—Se parece un poco, ¿no?

Isabel asintió.

—Y, de paso… —Hizo una pausa y, antes de que pudiera esquivarla o prepararme, me tiró de la coleta. Demasiado fuerte.

—¡Ey! —Me cogí el pelo para alejarlo de posibles ataques—. ¿A qué ha venido eso, novia Godzilla?

—No me seas llorica; te lo merecías. ¡¿Cómo te atreves a mantenerlo en secreto?! —Isabel señaló a Aaron y tuve que cogerle la mano.

—Isabel —le advertí. Me ignoró y continuó, meneando el dedo índice en dirección a mi falso novio—. Cállate. Va a escucharte.

Estábamos a pocos metros del grupo. Levantó una ceja y ladeó un poco la cabeza.

Maldita sea.

—Está saliendo contigo. ¿Por qué no deberías hablar de él con tu hermana? Le has visto la polla. Tenemos permitido hablar sobre eso. —Puso los ojos en blanco—. De hecho, creo que sería raro que no lo hiciéramos. Estoy segura de que él habla con sus amigos de tus tetas. —La maldije por dentro. Me miró fijamente para medir mi reacción. Miré nerviosa hacia donde estaba Aaron. Nuestras miradas se cruzaron. Esos ojos azules, que siempre encontraban el camino hacia mí, me sostuvieron la mirada. Jesús, ¿nos había escuchado? Sacudí la cabeza, muy lentamente, y volví a mirar a mi hermana—. Debo confesarte —dijo, encogiéndose de hombros— que, como solo lo habías mencionado un par de veces, estaba segura de que no era

serio. Pero ya no estoy tan segura.

—¿A qué te refieres? —Se me aceleró el corazón.

Me daba miedo lo que pudiera decir. Casi no habíamos tenido tiempo para actuar de forma cariñosa, o como demonios se comportase una pareja. Esto de la Copa de la Boda nos había consumido la energía.

—Bueno, para empezar, está aquí —señaló Isabel—. Que lo traigas a casa, a conocer a mamá, a papá y básicamente a todo el pueblo quiere decir que no es un tío cualquiera. Debe tener algo especial. No traerías a alguien con quien estuvieras saliendo de vez en cuando. Ni siquiera a uno tan guapo. Te cuesta confiar en la gente.

Tropezando con mis propios pensamientos, me detuve. Su reflexión había sido como una bofetada que me había dejado sin palabras.

«Impostora». La acusación tomó forma en mi cabeza. ¿Cómo no iba a hacerlo si era una mentirosa?

Isabel interpretó mi silencio como una invitación a seguir hablando.

—Y luego está la forma en la que te mira desde que llegamos. —Eh, ¿qué?—. Llevamos aquí un par de horas y no ha dejado de mirar y seguir cada uno de tus movimientos, como si fueras cagando arcoíris y dejando tras de ti un reguero de purpurina. Sería desagradable si no supiera exactamente lo que es estar enamorada. —Me dio un golpe en la mano—. Y créeme, hermanita, verte corriendo, toda roja y sudada, no es la imagen más *sexy* del mundo.

Volví a girar la cabeza en dirección a Aaron, que estaba bebiendo agua. No parecía ni la mitad de cansado que el resto, aunque él y Gonzalo habían llevado todo el peso del Equipo Novio. Perdida en el modo en que se le flexionaban los brazos y cómo se le movía la garganta al tragar, me preguntaba si mi hermana se lo había imaginado todo o si Aaron era tan buen actor. Quizá lo había subestimado.

—De todos modos —agregó cuando llegamos al grupo—, vas a tener que ponerme al día y contarme todos los detalles íntimos. No creas que, porque no te haya taladrado para que los sueltes, no quiero saberlos —advirtió Isabel con una mirada que me dio a entender que insistiría hasta que lo largara todo—. Hasta entonces,

sigue haciendo lo que estés haciendo. —Me guiñó un ojo—. Porque, *hermanita*, se muere por tus huesos. —Resoplé sin querer.

—Sí, claro. —Isabel levantó una ceja. «*Oh, mierda*»—. Claro que se muere por mis huesos, Isa. Es mi novio —aseguré tan segura como pude, pero no sonó nada convincente.

Aceleré el paso y me alejé de mi hermana antes de decir algo que me traicionara. Por suerte, cuando llegamos al grupo, Gabi estaba agitando una hoja con el horario e intentando convocar a todo el mundo en un círculo perfecto. Puse los ojos en blanco.

Mi prima (la mente maestra detrás de la Copa de la Boda) empezó a dar órdenes en español mientras todos intentábamos ignorar que Gonzalo había cogido a mi hermana por detrás y la había envuelto en un abrazo que incluía una buena cantidad de toqueteos y apretones inapropiados.

—Puaj —murmuré entre dientes—. Es mi hermana.

Pero al mismo tiempo, se me encogió el corazón. Me di cuenta de que una pequeña parte de mí observaba esa demostración pública de afecto con algo muy parecido al anhelo. Y esa sensación opresiva me molestaba y me despertaba unas preguntas muy específicas para las que no tenía respuesta. Todas en torno a lo mismo: ¿Algún día encontraría lo que tenían Isabel y Gonzalo? ¿Me lo permitiría? ¿Alguna vez estaría tan perdidamente enamorada de alguien como para olvidarme del resto del mundo?

Busqué a Aaron con la mirada, no porque quisiera que imitara a Gonzalo, sino porque el resto esperaba que lo hiciera. Cuando no lo encontré en el círculo de personas que rodeaban a Gabi, me preocupé un poco. Ella seguía dando instrucciones a todo el mundo. Le iban a arrancar la cabeza si no aparecía de inmediato.

Una caricia en el brazo me sacó de mi ensimismamiento. Giré la cabeza y me encontré con un par de ojos azules que me transmitieron algo extraño.

—Aquí estás —susurré mientras Gabi continuaba hablando de fondo—. Temía por tu integridad física. ¿A dónde habías ido?

—He estado aquí todo el rato.

Esa sensación extraña seguía ahí, pero la ignoré. No tenía tiempo para investigar lo que creía haber visto en los ojos de Aaron. Decidí centrarme en lo bien que le quedaban los pantalones cortos de chándal y la camiseta de manga corta.

—¿Te lo estás pasando bien? —Me ofreció una botella.

—Ah, gracias. —La cogí con ambas manos y, de algún modo, le acaricié los dedos con las palmas. Un par de chispas me subieron por los brazos, haciéndome apartar las manos con rapidez y llevarme la botella al pecho—. Ha sido… muy amable por tu parte. Muy de novio. —Lo miré y vi que fruncía el ceño. No le di la oportunidad de quejarse—. Y, para ser totalmente sincera, tampoco me estoy divirtiendo tanto —admití con un pequeño puchero. Lo decía en serio cuando le comenté a mi hermana que quería acabar de una vez—. Gracias a Dios esto ya se acaba, si no iba a tener que fingir una fractura de pierna o de muñeca. —Bajé la voz—. O pegarle a Gabi con algo.

—Espero no tener que llegar a ese punto. —Levantó la comisura derecha—. Entonces, ¿qué nos queda?

—Bueno, Gabi se ha guardado lo mejor para el final. —Suspiré—. Ahora empieza la competición de verdad. —Hice un gesto con las manos como si estuviera a punto de revelar un secreto universal—. El plato fuerte de la Copa de la Boda: el partido de fútbol. El europeo. —Aaron asintió, perdido en sus pensamientos.

—Creo que nunca he jugado.

—¿Nunca, nunca? —dije, animada. Lo vi asentir con la cabeza. Era mi única oportunidad de ganar—. ¿Ni siquiera una vez?

—Ni siquiera una vez —respondió. Volvió a abrir la boca, pero la selló porque Gabi nos mandó callar.

«Jesús, esa mujer necesita relajarse».

Nos enderezamos y miramos hacia delante.

—¿Crees que será un problema? Tu prima parece… un poco estricta —dijo Aaron en voz baja y sin mover la boca.

—Oh, no me preocuparía por ella. —Agité una mano con los ojos fijos en el centro del círculo—. Pero si fuera tú, me preocuparía de pillarle el tranquillo a tiempo. —Por el rabillo del ojo, pude verlo mirar en mi dirección.

—¿Y si no lo consigo?

—Entonces el Equipo Novio perderá. Qué pena. —Le dediqué una media sonrisa.

Era poco probable, pero Aaron acababa de confesar que había algo que no se le daba increíblemente bien. Y eso era nuevo. Miré en su dirección; tenía la cabeza ladeada y los brazos cruzados.

—Si resulta que se te da fatal y lo mandas todo al garete, todos te echarán la culpa. Pero no pasa nada; no puedes ser bueno en todo. —No se movió ni dijo nada—. Y no te asusta bailar con el resto de los chicos, ¿no? —Con otra mirada rápida, vi la palabra «desafío» escrita en su frente. Me reí—. Quizá sí. No creía que fueras tan gallina, pero te pega. Quizá debería llamarte *pollito* en lugar de *osito*. —Giró la cabeza muy despacio. Mi mirada lo siguió y me olvidé por completo de Gabi.

—¿Acabas de llamarme gallina? —dijo, con los ojos azules en llamas—. ¿En dos idiomas diferentes?

—Oh, eso es exactamente lo que acabo de hacer. Haces bien en tener miedo. Tenemos un buen equipo. —No era cierto—. Y, para que lo sepas, soy una gran defensa central. —Eso tampoco era cierto—. Puede que no sepas lo que significa. No pasa nada. Solo tienes que saber que solían llamarme Lina la Despiadada. —Volví a mentir.

De todos los deportes que involucraban pelotas, el fútbol era el que se me daba menos mal. Aunque, si alguna vez me habían llamado despiadada, no era porque destacara como jugadora, sino porque me comía el suelo sin piedad.

—¿Así que defensa central? —Asentí. No tenía por qué saber la verdad. Aaron inclinó la cabeza y bajó la voz—. ¿Intentas impresionarme con jerga deportiva, Catalina? —Ese modo de decir mi nombre era nuevo. No podía explicar por qué, pero fue diferente a todas las veces que había pronunciado esas cuatro sílabas, e hizo que un escalofrío me recorriera los brazos—. Es *sexy*, pero no quiero que creas que necesitas impresionarme. Ya lo estoy.

Abrí la boca. Me había olvidado de respirar. *Sexy*. ¿En serio lo acababa de decir en voz alta? Busqué algún indicio de sarcasmo o evidencia de que había sido un chiste. Pero antes de que pudiera encontrarlo, el alboroto se desató a nuestras espaldas.

Me di la vuelta y encontré al recién llegado. Cuando detecté el pelo rubio que conocía (o había conocido) tan bien, se me formó una bola en la boca del estómago. Mi ex estaba aquí. Daniel. O, al menos, una versión más vieja del hombre que recordaba.

Cuando salíamos, podría haber pasado por alguien de mi edad. Pero eso había cambiado. Ahora aparentaba la edad que tenía. Y había envejecido bien. El tiempo lo había tratado con amabilidad.

Ahora era un madurito *sexy*; un hombre que se movía con la seguridad que solo puede tener alguien que se enfrenta a diario a una clase llena de estudiantes universitarios.

Aunque siempre había tenido esa confianza, ¿no? ¿No era exactamente eso lo que me había llevado a enamorarme de mi profesor? En la primera clase. Entró, se aclaró la garganta y vi ese hoyuelo. No necesité nada más. Estaba coladita.

Patética, imbécil y pillada de su profesor de Física. Pero después, los planetas se alinearon y empezó a prestarme atención. Hizo mucho más que eso. Y yo pensé que teníamos algo real. Algo duradero, como lo que tenían Gonzalo e Isabel. Pero todo me explotó en la cara. En singular, no en plural. No. Para ese entonces, Daniel ya estaba bien lejos.

—¿Ese es Daniel? —preguntó Aaron en un susurro que me devolvió a la realidad.

Me giré, incapaz de encontrar las palabras, así que me limité a asentir. Me centré en mi ex mientras miraba cómo abrazaba y le daba un par de palmadas en la espalda a su hermano. Aaron se acercó. No me moví. Estaba clavada al suelo.

Aaron acortó la distancia y se plantó a mi lado. Me impresionó el calor que irradiaba su cuerpo y cómo su cercanía disipaba un poco la incomodidad. Me reconfortó. De verdad. Y no entendía cómo ni por qué, pero tampoco tenía tiempo para procesarlo. No con Daniel y los demás a nuestro alrededor. Así que simplemente lo disfruté.

Me quedé ahí de pie, viendo como el padrino empezaba con la ronda de saludos y abrazos. Avanzó y juraría que había algo suspendido en el aire. Como si todas las personas a mi alrededor estuvieran conteniendo la respiración hasta el momento en que llegara a mí.

Odié el modo en que el aire se espesaba con cada par de ojos que se giraba para mirarme y tuve que recordar que esa clase de reacciones eran de esperar. Todos sabían lo que había pasado entre Daniel y yo. Lo feas que se habían puesto las cosas y lo difícil que había sido para mí. Sabía que la mayoría sentía lástima por mí y que siempre lo harían. Daniel dio el último paso y el estómago me dio un vuelco.

—Lina.

Hacía años que no escuchaba mi nombre en boca de Daniel. Los recuerdos me inundaron: los buenos momentos que habíamos compartido (algunos realmente increíbles); toda la alegría que trae el primer amor, que, como una tonta, crees que durará para siempre; pero también el sufrimiento cuando todo eso se convirtió en un mar de dolor. Porque, claro, Daniel me había roto el corazón, pero el daño real lo habían provocado los demás. Todos los que se enteraron de nuestra relación y la envenenaron con rumores estúpidos y malintencionados… No. No era momento de pensar en eso.

Daniel me apoyó una mano en el brazo y me dio un beso en la mejilla. De no haber sido por la cálida palma de Aaron, que, de algún modo, había acabado en mi cintura, me hubiese tropezado hacia atrás. Así de indefensa me había dejado un beso inofensivo.

Recorrí el grupo con la mirada solo para confirmar que todos tenían la vista fija en nosotros. A Daniel parecía no importarle, y me sonreía como si fuéramos viejos amigos que se habían encontrado después de años. Exactamente lo opuesto a lo que sentía yo.

—Dios, Lina. Cuánto tiempo. Mírate. Estás… —Me miró de arriba abajo.

—Daniel —lo interrumpí—. Este es Aaron —balbuceé y me alejé para refugiarme cerca de mi falso novio y escudo personal.

Daniel frunció el ceño para expresar su confusión. Probablemente porque había cambiado al inglés más que porque le estuviera presentado a alguien con quien se suponía que estaba saliendo.

—Hola. Soy su novio —dijo Aaron amablemente mientras alargaba una mano—. *Su novio* —aclaró en español para que no quedaran dudas. Lo que era innecesario y un poco engreído. En una realidad paralela, me hubiese arrancado una carcajada. Pero mis labios seguían apretados en una línea tensa—. Encantado de conocerte, Daniel.

Mi ex, y el cuñado de mi hermana, miró fijamente a Aaron antes de sonreír, amable pero cauteloso.

—Sí, claro. Encantado de conocerte, Aaron. —Daniel le aceptó el saludo a Aaron—. Soy un viejo amigo de Lina.

El estómago me dio un vuelco cuando escuché la definición de

Daniel de lo que habíamos sido. Cuando finalmente se dieron un apretón de manos, Daniel volvió a centrar su atención en mí y la palma de Aaron regresó a mi espalda.

—¿Cómo has estado, Lina? Te veo tan… diferente. —Daniel sonrió aún más—. Diferente, pero bien. De hecho, estás increíble.

Sus ojos siguieron escrutándome como si no se creyera que fuera yo. No estaba segura de cómo me sentía al respecto, así que tuve que esforzarme para sonreír.

—Gracias, Daniel. Todo bien, ocupada con el trabajo y… la vida.

—Cierto. —Mi ex asintió con la cabeza—. Vives en Nueva York. Siempre supe que tenías potencial para hacer grandes cosas y que llegarías muy lejos. —Fue mi profesor un año entero antes de que empezáramos a salir más formalmente. Durante ese tiempo, me había tomado mis estudios de forma muy seria. Impecable. Pero después, las cosas cambiaron—. Y así ha sido.

—Gracias —murmuré mientras mi mente archivaba todo tipo de quejas—. No es para tanto. —Aaron se aclaró la garganta.

—Sí que lo es —dijo, despacio. Tan despacio que creí que lo había dicho solo para mí. Pero continuó—: Lina lidera un equipo bastante grande en una de las consultoras de ingeniería más exitosas de Nueva York. Eso es, sin lugar a dudas, para tanto.

—Vaya. —Daniel sonrió con rigidez—. Eso es maravilloso, Lina. De verdad. —Sus labios se relajaron un poco—. Felicidades. —Murmuré un agradecimiento, todavía conmovida por las palabras de Aaron. Hubo un largo e incómodo silencio antes de que Daniel nos mirase fijamente—. ¿Así que este es el novio estadounidense?

Incliné la cabeza hacia atrás, sorprendida por las palabras que había escogido Daniel. Sentí los hombros tensos y abrí la boca con la intención de preguntarle qué había sido eso, pero sentí la mano de Aaron subirme por la espalda y detenerse en el espacio que quedaba entre el hombro y el cuello. Su pulgar acarició suavemente esa zona. Ese contacto (ese pulgar rozándome el lateral del cuello) hizo que casi me olvidara de quién tenía delante y lo que había dicho. Volvió a mover el dedo de derecha a izquierda y un escalofrío me recorrió la columna. Cerré los ojos un segundo para volver a la conversación y decidí ignorar el último comentario de Daniel.

—Felicidades por tu compromiso. —Curvé los labios hacia

arriba—. Me alegro mucho por ti, Daniel.

Los ojos de Daniel, clavados en la palma de Aaron, se encontraron con los míos. Asintió y me mostró ese hoyuelo que conocía tan bien.

—Gracias, Lina. Estoy muy contento de que haya dicho que sí. No es fácil aguantarme. Me pierdo mucho en mis pensamientos cuando trabajo —dijo, metiéndose una mano en el bolsillo—. No hace falta que te lo diga. —Sí, lo sabía bien. Todos los presentes lo sabían. No necesitaba recordármelo. No después de degradar lo que habíamos tenido con la etiqueta de «viejos amigos».

Mi falso novio abrió la palma, acariciándome el hombro, recorriéndome el brazo y acabando en mi mano. La forma en que me tocaba me abrumaba y, sin embargo, me centraba, todo al mismo tiempo. Cada vez que mi cabeza amenazaba con deambular, Aaron me devolvía a la conversación antes de que mis pies se despegaran del suelo. Me di cuenta de que esas suaves caricias tenían ese poder. Y, a juzgar por mi tono de voz cuando volví a hablar (débil, entrecortado), tenían un precio.

—Os deseo lo mejor. —Y, por mucho que me costara admitirlo, era verdad—. ¿Nos acompañará hoy?

Aaron entrelazó sus dedos con los míos y despertó dentro de mí la necesidad de girarme para mirarlo. Reprimí el impulso y mantuve la mirada fija en Daniel.

—Por desgracia, Marta no vendrá. Un imprevisto en el trabajo. También es profesora y la han llamado para reemplazar a un colega en una conferencia. —Daniel se encogió de hombros. Tomé nota para comentárselo a mi hermana. Me daba la impresión de que la novia debería saber que no acudiría—. Pero está todo bien. —Los ojos de Daniel se dispararon de nuevo hacia la mano de Aaron con una expresión distraída—. No pasa nada por ir solo a una boda. Además, no quisiera robar la atención. —Mi ex me clavó los ojos. ¿Eso era… una acusación?

—Yo… —Arrastré las palabras, dudando de mí. Sentí el calor en las mejillas y solo pude quedarme boquiabierta.

—Entonces, no perdamos más tiempo. —Aaron logró aplacar su voz, tanto que parecía aburrido, pero yo sabía que se traía algo entre manos—. Estoy entusiasmado por lo que viene —dijo, para mi sorpresa, y me apretó la mano—. Lina me estaba contando que Gabi

ha dejado lo mejor para el final. ¿No, cariño? —Se inclinó y apoyó los labios en mi hombro. Muy suave. Con una delicadeza imposible. Pero logró sacarme de mi trance.

—Es verdad. —Exhalé, intentando ocultar mi conmoción. Dios, todavía podía sentir la huella de sus labios en mi hombro, extendiéndose por toda la piel.

—Ah, ¿y qué es? —preguntó Daniel. O eso creo, porque mi mente estaba en otro lado.

«Aaron me ha besado. En el hombro». La temperatura de todo mi cuerpo había subido un par (o decenas) de grados. «No te preocupes. Es lo que hacen las parejas. Se besan. En muchas partes del cuerpo. Como en los hombros».

—El partido de fútbol. Creo que empezará en unos minutos. —Escuché la explicación de Aaron a lo lejos—. Lina me ha prometido que iba a mostrarme todos sus talentos. No voy a mentirte; estoy intrigado y aterrado a partes iguales.

En un esfuerzo por meterme en el papel, apoyé la cabeza en el pecho de Aaron. Y casi me caigo al suelo cuando lo sentí depositar otro beso en mi pelo.

—Sí —dije sin aire—. Lina la Despiadada está a punto de hacer su entrada triunfal.

Aaron soltó una risa y sentí la vibración de su pecho. La mano que no sostenía la mía viajó a mi cadera y me llenó de impulsos eléctricos.

«Respira, Lina. Es lo que se supone que tiene que hacer».

Me esforcé por quedarme quieta cuando, en el fondo, quería hacer todo lo contrario: olvidarme de Daniel y preguntarle a Aaron qué demonios estaba haciendo. ¿Por qué me había besado en el hombro? ¿Y en el pelo? ¿Podía, por favor, volver a hacerlo para corroborar si mi reacción había sido cosa de una vez o eso era lo que iba a hacer mi cuerpo cada vez que me tocara?

Daniel abrió y cerró la boca, probablemente incómodo por esa demostración de afecto. Aunque yo debía recordar que era falso. Mi exnovio y exprofesor levantó la vista hacia Aaron. Algo le atravesó la expresión, demasiado rápido como para entender su significado. Después asintió y me dedicó una sonrisita.

No entendía lo que acababa de pasar entre esos dos, pero finalmente me permití mirar a Aaron. Y… nada. Su mirada

inexpresiva seguía en el sitio de siempre. En la distancia, alguien llamó a Daniel. Conecté justo a tiempo para ver a mi ex alejarse hasta donde estaba Gonzalo. Se quedó de pie junto a su hermano.

Todavía sentía la extraña tensión en el aire, apenas podía respirar. Uf, había sido muy incómodo. Necesitaba liberarme de la desagradable sensación que se me había quedado pegada en la piel, pero eso también significaba dejar de sentir el cosquilleo que provocaban los brazos, el pecho y el cuerpo de Aaron… Y no estaba segura de querer eso.

«Sí que quieres, idiota. Esto no es real».

Tenía que recordarlo antes de cometer alguna estupidez.

Si me guiaba por el caos que se había formado a mi alrededor, diría que teníamos una pequeña crisis entre manos.

—No me lo puedo creer —gritó mi prima con los brazos en alto como si el mundo estuviera a punto de acabarse—. No podemos jugar así. Se cancela todo. Esto un desastre. No, no, no, no. —Cogió algunas camisetas de la caja que tenía abierta a los pies y las tiró al suelo. Guau—. Esos malnacidos.

—Cálmate, prima —interrumpió Isabel—. Qué importa. Son solo unas camisetas. —Nuestra prima respiró con dificultad y, por lo bajo, le dijo algo muy desagradable a mi hermana, que le respondió con un grito.

—¿Qué pasa? ¿Deberíamos huir? —preguntó Aaron en voz baja, inclinado sobre mí.

Sofoqué la risa. No quería enfadar más a Gabi: o se echaba a llorar o se convertía en Hulk. En cualquier caso, tendríamos que lidiar con las consecuencias.

—Ha habido un problema con las camisetas para el partido. —Suspiré—. Parece que han mandado las del Equipo Novio en el tamaño más pequeño en lugar del más grande.

—¿No podemos jugar con lo que llevamos puesto? —preguntó el muy ingenuo. La cabeza de Gabi giró hacia nosotros a toda velocidad.

—¿Qué ha dicho? —chilló.

—Nada. —Levanté las manos y me giré hacia Aaron—. Baja la voz. ¿No has visto cómo se ha puesto cuando Matías le ha preguntado por qué no se le había ocurrido mirarlo antes? ¿O cuándo Adrián ha dicho que hubiera sido inteligente mirar las tallas cuando recibió el paquete? —Aaron apretó los labios—. Exacto. Menos mal que mi hermana la ha interceptado antes de que los alcanzara. Eso hubiera sido una carnicería. —Negué con la cabeza—. Te necesito entero, ¿de acuerdo? —Me detuve cuando me di cuenta de lo que acababa de decir—. Todos esperan que bailemos en la boda.

—No me iré a ningún lado —dijo Aaron a mi lado—. Puedo con tu prima. También podría ponernos a los dos a salvo. Solo tienes que pedirlo.

Alejé los ojos y miré en dirección a Gabi. Isabel, con la cara muy roja, intentaba arrancarle la caja de las manos, pero mi prima se aferraba a ella con bastante… violencia, por decirlo de alguna manera. Mi hermana aulló y dio unos pasos hacia atrás con ambas manos en la cabeza.

—No, no, no, no. —Caminó hacia el centro del círculo, sacudiendo las manos—. Jugaremos el partido de fútbol. No se discute más —anunció, y se dirigió a Gabi—. Yo soy la novia, así que estás obligada a hacer lo que diga. —Resoplé y me dirigió una mirada muy amenazante. Enderecé la espalda. Jesús, esta boda iba a acabar con todos nosotros—. Gabi, no es el fin del mundo —le dijo a nuestra prima—. Y tú… —Ahora me hablaba a mí—. La próxima vez que me case, tomaremos margaritas. —Contuve la risa, pero sí, estaba totalmente de acuerdo—. Muy bien. Es verano, el sol brilla y tengo una gran idea. —Hizo una pausa dramática mientras recorría el círculo con la mirada—. El Equipo Novio jugará… ¡sin camiseta! —Levantó los brazos. Nadie habló—. Vamos, caballeros. —Endureció el tono—. Siempre somos las mujeres las que nos desnudamos y enseñamos piel. Esta vez, seréis vosotros los que mostraréis esos cuerpos de boda. —Más silencio. Isabel miró al novio, que, como el resto, seguía procesando su sugerencia. Puso

unos ojos como platos y giró un dedo en el aire para pedirle a Gonzalo que reaccionara—. ¡Haz algo! —Mi futuro cuñado se sobresaltó.

—¡Ah! —exclamó mientras se arrancaba la camiseta y dejaba al aire un pecho lleno de pelo oscuro—. ¡Buena idea, cariño! —rugió—. Vamos, señores. Esas camisetas fuera. —Mi hermana se lo agradeció con un aullido y aplausos de entusiasmo.

Como era el padrino, Daniel fue el primero en seguirlo. De mala gana, por cómo sacudió la cabeza. No me sorprendió ver que, aunque no era musculoso (nunca lo había sido), estaba en muy buena forma. Sin embargo… no sentí nada. Ninguna emoción.

El entusiasmo del grupo creció cuando los otros miembros de Equipo Novio siguieron la iniciativa de Gonzalo y Daniel. Nadie se quejó, seguramente porque les daba miedo la reacción de mi hermana, quien, a estas alturas, montaba un escándalo cada vez que alguien se quitaba la camiseta. La atmosfera se aligeró e incluso Gabi dejó de estar frustrada por haber perdido el control. Hasta que Daniel abrió la boca y ensombreció la diversión.

—¿Y tú, niñito americano? —dijo señalando al hombre que tenía al lado, que seguía totalmente vestido—. ¿Pasas de esto?

Niñito americano.

Puse unos ojos como platos. ¿Acababa de llamar a mi novio… falso novio, «niñito»? Sí, Daniel tenía ocho o nueve años más que Aaron. Pero ¿llamarlo «niñito»?

Giré la cabeza hacia Aaron justo a tiempo para ver su reacción. Relajó la mandíbula y vi el inicio de… una sonrisa en sus labios.

No dudó. Con calma (tanta que daba miedo), mi falso novio retó a Daniel con una mirada que hubiera hecho a cualquier persona correr por su vida. La mirada que le había dado la reputación que tenía en el trabajo. La que había perfeccionado como señal de alarma. Y anticipaba problemas. La cosa se ponía seria. Contuve la respiración y vi cómo se cogía el dobladillo de la camiseta.

«Oh, Dios, va a hacerlo. Mi falso novio y futuro jefe se está desnudando delante de mis ojos».

Levantó la tela y, en un solo movimiento (digno de uno de esos anuncios de perfumes en lo que toda la imagen se desvanece, excepto el irresistible modelo que aparece en primer plano), Aaron se quitó la camiseta.

Pestañeé.

Madre de Dios.

Aaron estaba… estaba…

Joder.

Era… guapísimo. No, más que eso: era una obra de arte. Y su increíble torso, de otro planeta, digno de un anuncio, era tan perfecto que daban ganas de llorar. Estaba siendo muy, pero que muy, superficial, y no me importaba.

Mientras me lo comía con la mirada, sentí que me había quedado sin aire. Pensé que siempre había estado impresionada (casi fascinada, para ser sincera) por su altura y su tamaño, pero acabábamos de subir de nivel con músculos sólidos de todas las formas y tamaños.

Jesucristo. ¿Esos abdominales estaban tallados en piedra?

Mis estúpidos y hambrientos ojos viajaron desde los anchos hombros al pecho cincelado, y siguieron bajando, contemplando unos bloques de abdominales que en la vida me hubiese imaginado tan perfectos. ¿Y el modo en que los músculos se entrelazaban en sus brazos desnudos? Tampoco hubiera sido capaz de imaginármelo. Para ser franca, quería pincharlo para cerciorarme de que era real.

Esas aburridas camisas no le hacían justicia. Tampoco el conjunto informal que había usado en el avión. Ni siquiera el esmoquin que llevó a la gala.

Era… demasiado… impresionante.

Sí, lo estaba mirando de forma descarada, pero me daba igual. Al menos esta vez. Era un momento histórico. Por primera vez, y quizá última, veía a Aaron sin camiseta. Quería guardarme ese recuerdo en la memoria. Aunque me atormentara lo que me quedaba de vida. Lo soportaría.

Aplausos y gritos rompieron el vacío en el que estaba inmersa. Pestañeando, me di cuenta de que Aaron me miraba fijamente. Nuestras miradas se cruzaron. Había una intención oculta y hambre en sus ojos azules. Algo que no conseguía controlar. Era eso o estaba viendo mis propias emociones reflejadas en él.

Con las mejillas rojas, no estaba preparada para lo que hizo el hombre medio desnudo que tenía delante. Entrecerró los ojos por el sol español, curvó una esquina de la boca, me regaló una sonrisa

torcida y luego me guiñó un ojo. Un solo guiño, rápido y juguetón. Eso fue todo lo que hizo falta para que me derritiese por completo. Cerebro, pecho, estómago y todo lo demás. *Nop*. No estaba preparada para eso. Me había pillado con la guardia baja.

Aaron se llevó una mano a la cadera con algo parecido a la satisfacción mientras volvía a mirar hacia delante, hacia el sitio donde se estaba reuniendo el Equipo Novio para comenzar el partido, como si no acabara de convertir todo mi cuerpo en una papilla con la que no sabía qué hacer. Ese hombre perfecto, de ojos azules y que, en ese momento, iba medio desnudo me desestabilizaba.

Estaba tan absorta que no me di cuenta de la mirada inquieta que nos dedicó Daniel antes de posarla en el hombre con el que creía que estaba saliendo. Aunque no durante mucho tiempo. Enseguida se giró, le dio una palmada en la espalda a Gonzalo y caminó hacia el improvisado campo de juego.

Antes de reunirse con el resto de los chicos, Aaron se acercó a mí y solo se detuvo cuando nuestros zapatos chocaron. Se inclinó y dejó su boca demasiado cerca de mi oído, como si fuese a confesarme un secreto que solo yo podía saber. Se me cerró la garganta.

—¿Qué opinas? —preguntó y sentí las cosquillas de sus palabras en el oído.

—Estás… bien —balbuceé como una completa idiota. Escuché una carcajada.

—Gracias, supongo, pero no me refería a eso. —Ah—. Igualmente aceptaré el cumplido, por ahora.

—¿Qué…? ¿A qué te referías?

—Creo que, hasta ahora, lo estamos haciendo muy bien. ¿Tú qué opinas? —Ah, a eso se refería. La farsa, claro. Sí, eso tenía más sentido. Asentí con la cabeza—. Formamos un buen equipo, Catalina. —Ahí estaba otra vez, mi nombre. Dicho de un modo… nuevo.

Me aclaré la garganta, intentando ignorar el hecho de que tenía la cara a solo unos centímetros de sus pectorales perfectos y desnudos.

—Tienes razón —murmuré.

—No tenía ni idea de que podía pasar algo así —dijo en voz

baja, y ladeó la cabeza—. Me ha pillado con la guardia baja, pero no pasa nada. Empiezo a entenderlo.

La confusión me invadió. No había nada que entender. Vale que había una gran parte que no le había contado (una decisión que admitía que no había sido muy inteligente), pero ya no podía hacer nada. No afectaba a nuestro objetivo.

—Tú sigue haciendo lo que estás haciendo —le dije, tragándome el nudo que se me había formado en la garganta—. Concéntrate en pretender que estás loco por mí, ¿de acuerdo?

Dejó salir un murmullo, un sonido corto, pero suficiente para hacerme retroceder y mirarlo a la cara. Sus ojos conservaban esa determinación que conocía tan bien.

—Confía en mí, es en lo único en lo que pienso. —Antes de que pudiera agregar algo, Aaron empezó a trotar hacia atrás—. Y, recuerda, —dijo a la distancia— no hay reglas en el amor y en la guerra, *bollito*.

Todos me miraron. Mi hermana tenía una sonrisa tan grande que me dio miedo que fuera a dolerle la boca el día de su boda. De mala gana, le sonreí al público, intentando aparentar que estaba tranquila y relajada mientras juntaba coraje.

—Ah, es tan tonto —les dije—. ¡No me lo tienes que recordar, *cosita mía*! —le grité a Aaron.

Pero ya se había alejado corriendo hacia el resto de su equipo. Me dejó allí, de pie, mirando cómo los músculos esculpidos de su espalda bailaban con cada uno de sus pasos y preguntándome qué cojones había querido decir.

Entrecerré los ojos.

«No hay reglas en el amor y en la guerra».

Supongo que tenía cierto sentido. Lo que no entendía era cómo encajaba en todo esto: cuando el amor era falso y a los adversarios no les quedaba otra opción que unir fuerzas.

Capítulo 17

CONTRA TODO PRONÓSTICO, A POCOS minutos de que el partido acabase, íbamos empatados.

Cualquiera pensaría que jugar contra un grupo de hombres sin camiseta podría ser una distracción, pero la mayor parte eran familiares; ya había visto todo lo que había que ver de otro (Daniel); y uno estaba a punto de casarse con mi hermana. Eso reducía considerablemente mis intereses.

A uno solo, para ser exacta. Uno que hacía un gran trabajo ignorándome en el mundo real; lo opuesto a los papeles que interpretábamos en España, donde, como novia, tenía derecho a mirarlo con descaro. Y parecía ser que Aaron, como novio, tenía derecho a verse como recién salido de una sesión de fotos para la portada de *Sports Illustrated*. Porque es exactamente el aspecto que tenía, sudado y sin camiseta, corriendo detrás de una pelota por el césped.

Y ahí habían estado todo el rato mis muy superficiales y muy estúpidos ojos. Siguiéndolo como dos tontos insectos atraídos por la luz. Y, como una mosca, no tenían instinto de supervivencia. Al final del día, iba a tener esas imágenes grabadas a fuego en las retinas, sin oportunidad de deshacerme de ellas.

Me sentía como una hormiga a la que habían quemado con una

lupa. Tenía la espalda cubierta de sudor y la piel encendida por el efecto del sol. Además, el hambre se había convertido en inanición y, por mucho que intentara concentrarme en el partido, siempre acababa desviando la atención hacia las largas piernas de Aaron. A cómo corrían de un lado a otro. A cómo se le contraían y relajaban los músculos del torso cuando se movía. A las pequeñas gotas de sudor que le bajaban por el pecho, deslizándose por esos pectorales esculpidos por el mismo Miguel Ángel. A cómo me hervía la sangre y se me quedaba la mente en blanco cada vez que nuestras miradas se cruzaban.

Así que, sí, me sentía sucia, molesta y caliente. Sin ningún orden en especial. Sin embargo, el Equipo Novia seguía metiendo tantos goles como los chicos. Era increíble, pero ¿qué sabía yo? Había estado demasiado ocupada comiéndome con la mirada a mi perfecto e increíble falso novio.

—¡Vamos! —La voz de Gonzalo retumbó en todo el campo y llegó hasta donde yo estaba—. ¡No pueden ganarnos! —Acompañó cada palabra con un aplauso agresivo—. ¡Cinco minutos! ¡Tenemos cinco minutos, chicos! ¡Tenemos que ganar esta mierda!

Mientras los hombres se reagrupaban al otro lado del campo, vi como Daniel se acercaba a Aaron y Gonzalo hacía gestos con las manos mientras nos señalaba.

—Madre mía —dijo Isabel desde su puesto—. Creo que cambiarán la estrategia. Esto no pinta bien, *hermanita*. —Miré los movimientos y cambios de posición de los hombres y confirmé las sospechas de mi hermana.

—Estamos jodidas, Isa —aseguré sin darme la vuelta—. Van a poner a Aaron de delantero.

—*Mierda*. ¿Clark Kent nos va a atacar? —Mi hermana se acercó y miró a nuestros oponentes con los ojos entrecerrados—. Rápido, quítate la camiseta tú también. Eso lo distraerá.

—¿Qué? No. —Me reí.

—Pero Lina…

—No me quitaré la camiseta. ¿Qué coño dices?

—Pero eso distraerá a tu novio.

—No lo hará, créeme. —Me di cuenta de que eso no era algo que diría una novia y añadí—: Ya ha visto todo lo que hay que ver. Olvídalo.

—Entonces baila o menéate. Lo que sea que le guste.

—No. —Me crucé de brazos.

—De acuerdo, entonces vamos a perder.

—Pero vamos a ponérselo difícil —dije con confianza, me llevé las manos a ambos lados de la boca y empecé a animar a nuestro equipo—. ¡Vamos, chicas! ¡Todavía podemos ganar! —Estaba siendo muy ingenua; era imposible que ganásemos. No con Aaron de delantero. Y menos si me desnudaba frente a él, como había sugerido Isabel. Volví a girarme hacia mi hermana—. Recuerda este momento cuando a las perdedoras, que seremos nosotras, nos toque bailar delante de todos. La próxima vez, si quieres humillarme, monta una noche de trivial, no un estúpido partido de futbol. Ahora, vamos a intentar conservar tanta dignidad como podamos.

Me centré en el otro equipo y los chicos entraron en acción. Me concentré en la pelota, que pasaba de un jugador a otro, dejando al Equipo Novia detrás. Pronto llegó a los pies de Aaron, que se movía con una agilidad y destreza increíble para alguien de su tamaño. Para ser la primera vez que jugaba a fútbol, se había puesto al día bastante rápido.

La figura amenazante de Aaron se acercó a mí, reduciendo rápidamente la distancia que nos separaba. Demasiado rápido como para que mi cerebro llegara a enviarle a las extremidades la orden de entrar en acción.

Mierda.

En un intento por detenerlo con cualquier recurso que no involucrara desnudarme, salí disparada en su dirección con el propósito de interceptar la pelota. O a él. Cualquiera me servía. Desafortunadamente, mi intento quedó muy lejos de las expectativas. Justo cuando estaba a punto de llegar, metí el pie en un pequeño hoyo, tropecé y salí volando.

«Sí, a eso me refería cuando he dicho que iba a acabar el partido con la mayor dignidad posible».

Cerré los ojos, preparada para un aterrizaje forzoso. Me tragó la oscuridad mientras contaba los segundos para el impacto.

Tres, dos, uno…

Nada. El impacto nunca llegó. Un segundo estaba volando con los ojos cerrados, a punto de caer de bruces contra el suelo, y al siguiente estaba suspendida en el tiempo. No, suspendida en el aire.

Abrí los ojos sin entender lo que había pasado justo cuando un quejido salió de mis labios.

Mi torso se dio contra algo sólido. Poco después, una piel suave y brillante me dio la bienvenida. Una espalda perfecta. Mi mirada bajó hacia la parte de atrás de un muslo con pantalones cortos y unas pantorrillas musculosas.

Entonces comprendí que estaba encima de alguien. Concretamente, colgada de los hombros de alguien: de Aaron, para ser precisos.

«¿Qué co…?».

A juzgar por los aplausos y los gritos, todos estaban muy entusiasmados con la pirueta. Sin prestar atención al pequeño escándalo a nuestras espaldas, Aaron me colgó de sus hombros y me cogió, firme pero delicadamente, de la cintura. Una queja se me formó y me murió en la garganta mientras salía disparado.

—Aaron —chillé, desesperada.

Me llevaba como si fuera un saco de patatas. Los simétricos y cincelados músculos de su espalda y cintura se movían con cada zancada. No podía concentrarme.

«Mierda, Lina, no. Céntrate».

—Aaron. —Repetí y él volvió a ignorarme—. ¿Qué-estás-haciendo? —Mi pregunta salió entrecortada por el trote, con cada pisada que daba en dirección a mi hermana—. ¡Aaron Blackford! —Lanzó una carcajada y me dio una palmada en la parte trasera de los muslos.

—No podía permitir que mi novia mordiera el polvo, ¿a que no? —dijo con calma. Hijo de puta, ni siquiera estaba un poco cansado.

—Aaron —aullé—. Te juro por Dios…

Rebotó un poco más y cortó mis palabras. Me aferró aún más la cintura, disparando una señal de alarma por mis piernas. Tenía la otra palma en la parte trasera de mi muslo, con los dedos bien abiertos contra mi piel. Dios, todo lo que tenía debajo estaba duro y caliente.

Mierda.

No me lo podía creer, pero estaba enfadada y… y… y…

Mierda. Esta demostración de fuerza me estaba excitando.

No había tenido tiempo de procesar ese último pensamiento cuando la mano que me sujetaba por la cintura se movió y me cogió

con todo el brazo. Podía sentir su bíceps en el costado. La sangre me había abandonado, y no precisamente porque me hubiese bajado a la cabeza.

—Prepárate, novia. Ganaré el partido y te buscaré algo de comida antes de que me comas la cabeza.

—No hay forma de evitar eso. Novio.

Para ver lo cerca que estaba de dar la patada final, me doblé todo lo que pude. La audiencia estaba grabando el maldito espectáculo con los móviles.

«Dios, no permitas que esto acabe en TikTok».

Un último rebote y el caos se desató cuando Aaron se detuvo.

—Bájame. —Separé las sílabas, pegándole en la espalda con los puños. A juzgar por su falta de reacción, dudé de que sintiera algo.

—Ey. —Se giró y pude ver a mi hermana, que seguía en la portería. Quizá acababa de meterle un gol, pero sonreía. Aaron continuó—: Sabía que eras mandona, pero no me imaginé esta violencia.

—Todavía no has visto nada —dije con los dientes apretados mientras él seguía ahí de pie, muy tranquilo, sin inmutarse por el peso de la mujer que llevaba en el hombro. Su pecho se sacudió debajo de mi cadera y mis muslos. ¿Se estaba riendo? ¡Vaya morro!

La situación requería medidas extremas, así que, con toda la agilidad que la pose me permitía, me estiré y le pellizqué en el culo. *Sip*, yo, Lina Martín, acababa de pellizcarle el culo a Aaron Blackford. Y me arrepentí de inmediato.

Primero, porque la nalga que acababa de pellizcar era de Aaron. ¿Cómo iba a volver a mirar a los ojos a mi futuro jefe cuando me lo cruzara en el trabajo (todos los días hábiles de todas las semanas) después de hacer algo así?

Y, segundo, porque era tan suave y firme que quería volver a hacerlo para asegurarme de que era posible que un culo fuera tan firme, que podía tener tantos músculos.

Eso, sumado a la razón uno, me hizo cuestionarme mi cordura.

Mientras le daba vueltas, me di cuenta de que Aaron se había dado cuenta de mi pellizco. Lo sabía porque se había quedado paralizado. El cuerpo de mi falso novio (que seguía bajo mis caderas, estómago y piernas) se había quedado muy, pero que muy, quieto desde el momento en que mis dedos entraron en contacto

con su culo. Estuve tentada de volver a pellizcarlo para ver si había dejado de respirar o si solo estaba tan sorprendido como yo.

Con una delicadeza impresionante, llevó la mano a mi cintura, me levantó y me llevó a la parte delantera, contra su pecho, sin que mis pies tocaran el suelo. Teníamos las cabezas al mismo nivel y los ojos fijos en los del otro. Su rostro había vuelto a ser esa máscara inexpresiva e imposible de descifrar a la que parecían haberle quitado todas las emociones.

Me di cuenta de que prefería al Aaron juguetón antes del que escondía lo que sentía. Pero eso pasó a segundo plano cuando recordé el inexistente espacio que había entre nosotros.

Estaba un poco mareada, así que apoyé los brazos en sus hombros. En ningún momento rompimos el contacto visual. Creo que ni siquiera pestañeamos.

Aaron volvió a acomodarme en sus brazos y, con el cambio de posición, pude sentir el balanceo de su pecho contra el mío y el sudor de su piel bajo las manos y los brazos. Pero sobre todo, estaba embelesada por esos ojos azules que brillaban como diamantes bajo el sol. La respiración se me atascó en la garganta y allí se quedó. Al igual que yo.

Ni en un millón de años me hubiera imaginado encontrarme en esa posición. Encima de un Aaron semidesnudo, sin querer huir tan rápido y lejos como pudiera. Para mi sorpresa, quería hacer justo lo contrario; quería tomarme el tiempo necesario para inspeccionar cada centímetro de su piel desnuda y sudorosa. Quería quedarme justo donde estaba, quizá permitirle que me llevara en brazos lo que quedaba de día. Y admitirlo me asustó. No, me aterró.

O debería haberlo hecho porque, en ese momento, no podía pensar en otra cosa que no fuera el salvaje latido de mi corazón, golpeando de forma descontrolada contra la piel de Aaron.

—Acabas de pellizcarme el culo, Catalina —dijo finalmente, con un deje de agitación en la voz.

Era verdad. Y lo sentía. A medias. Lo que no era excusa para la desvergonzada y alegre sonrisa que apareció en mi rostro. Apenas me reconocía, pero necesitaba que me devolviera la sonrisa. Quizá hasta que se echase a reír.

—Me acojo a la Quinta Enmienda —logré decir con esa ridícula sonrisa de tonta, todavía entre sus brazos—. Además, si es verdad

que alguien te ha dado un pellizco en el culo, seguro que te lo merecías.

—¿Ah, sí? —Sonrió un poco. Lo estaba consiguiendo.

—*Sip*. Cien por cien merecido.

—¿Aunque haya salvado a esa hipotética persona de una caída bochornosa? —Se le arrugaron las comisuras de los ojos con la sonrisa que buscaba, aunque sus labios continuaban rectos. Por poco tiempo.

—¿Bochornosa? Apenas iba a rozar el suelo. Y con mucha delicadeza, para tu información.

—Eres una mujer ridícula e imposible, ¿lo sabes?

Lo sabía, y estaba lista para admitirlo, pero Aaron se adelantó y me regaló esa sonrisa que había estado buscando. Sus labios se separaron y su boca se transformó en una sonrisa preciosa que le cambió toda la expresión. La que había visto solo una vez y me había acelerado el corazón. Mis ojos también se arrugaron.

Tenía razón; era ridícula. Todo esto había sido muy ridículo.

—Eh, chicos —la voz de Daniel arruinó el momento, disipando la nube de felicidad en la que me encontraba—. La comida está en la mesa, os estamos esperando. Vamos.

Cuando escuché como se alejaba, supe que ya no estaba sonriendo. ¿Ese momento que habíamos compartido había sido solo para que lo viera Daniel? Era probable. No, estaba segura de que había sido así. Es lo que hacían las parejas. Toqueteos juguetones, sonrisas deslumbrantes, miradas seductoras. Y eso me hacía sentir… un poco tonta. Hacía que su sonrisa valiera un poco menos. Y volvía la mía mucho más ingenua.

Me alegraba que su sonrisa también hubiera desaparecido. Aunque, ni siquiera con la llegada de Daniel, separó sus ojos de los míos. Ni cuando aflojó la presión que ejercía en mi cintura para que me deslizara hacia el suelo. O eso pensaba porque, la verdad, tuve que cerrar los párpados para no ver las sólidas superficies, bultos y curvas por las que me desplazaba. Mis pies aterrizaron en el suelo sin mucha confianza. Mareada por la sensación abrumadora que bailaba en mi cuerpo, agradecí que sus manos siguieran en mi cintura.

Solo me soltó cuando estuvo seguro de que no me iba a tambalear. Pero antes de hacerlo, me arregló un pequeño mechón

de pelo que se había escapado de la coleta. En ese momento, mi corazón procedió a derrumbarse. Y todavía más cuando, despacio, se acercó a mi oreja.

—Nada mal para un dios griego, ¿no? —Su voz distaba mucho de ser tan juguetona como hacía unos minutos. Justo antes de que Daniel reventara nuestra burbuja. Pero me guiñó un ojo.

Eso me arrancó una pequeña sonrisa. Tuve que sacudir la cabeza para ocultarla.

«¿Quién es este hombre que me guiña el ojo y me sonríe? Mi futuro jefe».

¿No era esa razón suficiente para pensar en tener una charla seria con las mariposas que sentía en el estómago? Que todo esto fuera una farsa ya era razón suficiente. Pronto iban a ascenderlo a jefe de departamento (de mi departamento), no podía olvidarme de eso.

—Vamos —dijo. Yo seguía quieta donde estaba—. Te dije que iba a alimentarte, y siempre cumplo mi palabra.

Sí, tenía razón. Tampoco debía olvidarlo. Aaron me había prometido que se haría pasar por mi novio y que lo iba a hacer muy bien. Había hecho un papel tan bueno que empezaba a convencerme de que era un hombre diferente al que había conocido en Nueva York.

Capítulo 18

ESTABA HACIENDO UN GRAN ESFUERZO para no esconderme debajo de la mesa. Pero si Isabel seguía con el cuestionario de Aaron y Lina, iba a tener que hacerlo. Eso o tirarle a la novia una de las bandejas metálicas que contenían los pinchos que estábamos comiendo. Iba a ser un desperdicio de comida, y esto seguía siendo su despedida de soltera, pero no veía otra salida. Era una mujer fuerte; iba a recuperarse para la boda.

Estábamos en una de las sidrerías típicas de mi pueblo, rodeados por el murmullo característico y el aroma ácido de la sidra derramada. Podías encontrar un sitio como este en cada esquina de cada ciudad o pueblo de esta región del norte de España. Mesas con grupos de personas de distintos tamaños y edades. Algunos de pie alrededor de mesas altas, como nosotros (novia, novio, padrino, Aaron y yo), otros sentados para cenar, y algunos apoyados en la barra, charlando animadamente con los camareros.

Me obligué a respirar hondo para relajarme e intenté ordenar mis pensamientos para responder a la última pregunta que había hecho Isabel.

—Venga, cuéntame los detalles de cómo os conocisteis. —Los ojos de Isabel brillaron con curiosidad y se desviaron hacia mí desde mi estoico falso novio, de pie lo suficientemente cerca como

para captar gran parte de mi atención—. Te haces de rogar, Lina.

—Esa es toda la historia, te lo juro. —Suspiré y desvié la mirada hacia mis manos, apoyadas en la suave superficie de la mesa mientras jugueteaba con el vaso vacío—. Aaron empezó a trabajar en InTech y así nos conocimos. ¿Qué más quieres que te cuente?

—Quiero los detalles que no me estás dando.

Sabía que estaba a punto de empezar a lloriquear de esa forma molesta y persistente que hacía que las personas le dieran lo que quisiera. Había estado en esa posición… muchas veces.

—Escúchame, si al principio solo fue sexo sin compromiso y luego ya empezasteis a salir, no pasa nada. —Ladeó la cabeza—. No hay nada de qué avergonzarse. Además, eso explicaría lo de la cama rota. —Me quedé boquiabierta mientras ponía unos ojos como platos.

—Charo trabaja más rápido de lo que pensaba —murmuré.

Aaron se movió, reduciendo la pequeña distancia que había entre nuestros brazos, pero no me giré para mirarlo.

—No soy mamá, Lina —continuó mi hermana—. Podéis contármelo. —Mi hermana batió las pestañas y escuché cómo Gonzalo se aclaraba la garganta—. O compartirlo con el grupo… Lo que tú prefieras. —Miró a su prometido y puso los ojos en blanco—. Vamos. Te estamos escuchando. ¿Lo vuestro empezó en la cama? Y si fue así, ¿cuántas veces lo hicisteis antes de empezar a salir?

—No creo que haga falta compartirlo con el grupo —dijo Daniel con un suspiro. Había estado extrañamente callado para alguien que se suponía que se estaba divirtiendo. Me fijé y estaba totalmente inexpresivo.

—Gracias, Dani —respondió Isabel entre dientes—. Pero es mi hermana quien tiene que decidir si quiere compartir sus escarceos sexuales con la mesa. —Oh, por Dios, ¿acababa de decir «escarceos sexuales»?

Al ver el cambio de tono, Gonzalo le pasó un brazo por los hombros a mi hermana y la acercó hacia él. Se relajó de inmediato al soltar lo que, como bien sabía, eran años de rechazo contenido hacia el hermano de su prometido.

Suspirando en silencio, sentí una punzada de angustia en el pecho que no tenía precedentes. No había motivos para que me sintiera responsable de la situación, pero al mismo tiempo, me

resultaba difícil no cargar con ese peso.

En un mundo ideal, el padrino no sería mi ex. En ese mismo mundo, no hubiera entrado en pánico al enterarme de que estaba prometido mientras yo seguía soltera y estancada, y no hubiese sentido la necesidad de mentirle a mi familia y enredarme en esta red de farsas que había tejido. Quizá, en ese mundo ideal, el hombre que tenía al lado estaría ahí porque me amaba y no porque teníamos un trato.

Pero esos escenarios eran hipotéticos y, por lo tanto, irreales. Inalcanzables. Muy lejos de la realidad. En el mundo real, había una consecuencia por cada decisión que tomada. Para cada camino elegido. No existía un mundo perfecto en el que la vida sucediera de forma ideal y sin contratiempos. La vida era complicada y difícil. No esperaba a que estuvieras preparado para los obstáculos del camino. Debes aferrarte al volante e intentar no salirte de la carretera. Y eso era lo que había hecho. Eso me había llevado donde estaba. Para bien o para mal.

Era una desgracia que el hombre con el que Gonzalo compartía información genética no solo fuera mi ex, sino también la otra parte involucrada en la relación que se había convertido en el motivo por el que había abandonado mi hogar. Mi profesor de la universidad. El hombre que le había presentado el amor de su vida a mi hermana. Porque la vida no es ideal. Tiene curvas y baches. Un minuto estás girando el volante y al siguiente te has estrellado.

Al contrario de lo que creía la mayoría, cuando hice la solicitud para la beca que me había llevado a Nueva York, un año después de que todo me explotara en la cara, no había sido para escapar de Daniel, sino de la situación a la que nuestra relación me había arrastrado. Por supuesto que, en el proceso, también me había roto el corazón. Y eso era lo que todo el mundo había visto: la Lina que se fue corriendo con el corazón roto. Pero el daño fue mucho más allá que una simple ruptura. Pasé por el peor año de mi vida. Casi abandono la universidad y pongo en riesgo toda mi educación. Mi futuro. Todo porque aquellos a los que había considerado amigos en algún punto esparcieron rumores horribles. Y eso no solo me había marcado a mí, también había afectado a mi familia.

Para empezar, esa tristeza a la que todos me habían asociado se quedó mucho tiempo. Y las pocas veces que había vuelto a casa,

soltera, se había consolidado como algo que venía conmigo.

Hasta creía que mis padres, en cierto modo, temían que nunca me iba a recuperar. Lo que era una estupidez. Ya había superado a Daniel. Mi soltería no tenía nada que ver con eso. Simplemente… me costaba confiar en alguien y entregarme por completo. Decidí mantenerme alejada de todo lo que tuviera el potencial de herirme. Y eso solo podía acabar de dos maneras: o huía yo o huían de mí. Pero al menos, salía entera.

Isabel, por su parte, había pasado de adorar a Daniel por haberle presentado a Gonzalo a querer arrancarle los huevos. Y aunque siempre estuvo de mi parte y me defendió con uñas y dientes, nuestra ruptura nunca hizo tambalear la relación con su prometido. Lo que demostraba cuánto se querían. Además, a lo largo de los años, había llegado a aceptar que, aunque Daniel había tenido parte de culpa, solo había roto la regla tácita de no salir con una exalumna. La sociedad se había ocupado del resto. Eso fue lo que no me dio (ni a Isabel ni a Daniel) el derecho de forzar a Gonzalo a elegir un bando. Algo que Isabel había entendido. Con el tiempo. A su modo.

—No hubo aventuras sexuales, Isa. —Negué con la cabeza, intentando alejar esos pensamientos y los recuerdos.

—¿Ni una? Vamos. Trabajáis juntos. Y os he visto durante el partido de fútbol. Seguro que…

—Fue una reunión aburrida y tranquila —la interrumpí—. Deja de pensar en cochinadas.

Isabel volvió a abrir la boca, así que no me quedó otra opción que darle un codazo a mi falso novio. Quizá la confirmación de Aaron haría que se callara.

—Correcto —dijo, y pude escuchar la diversión en su voz—. No hubo aventuras sexuales. —Vi como mi hermana cerraba la boca—. Por desgracia —agregó. Entonces fue mi boca la que se cerró, o se cayó al suelo, no estaba segura.

«No lo mires. No muestres sorpresa. Es todo parte de la farsa».

Concentrada en mi hermana, ignoré el último comentario de Aaron y sonreí con tanta naturalidad como pude. Isabel cogió la botella de sidra y me sirvió un culín, exactamente como indicaba la tradición que tenía que servirse la sidra. Hizo lo mismo con el vaso de Aaron.

—Estáis ocultando algo. —Entrecerró los ojos mientras nos daba los vasos. Después me avaluó con la mirada—. Te lo veo en los ojos. Bebe.

No estaba de coña. No se me daba bien mentir y mi hermana tenía la habilidad de ver a través de mí. Me empezaron a sudar las manos. Isabel tramaba algo. Y tenía que empezar a hablar para distraerla. Vacié el vaso de un solo trago… justo como indicaba la tradición.

—Bien, de acuerdo. —Lo dejé en la mesa—. El día que Aaron y yo nos conocimos… —Comencé, e inconscientemente mis ojos saltaron al rostro de Aaron y me lo encontré mirándome con un interés completamente nuevo. Me centré en Isabel—. Era un 22 de noviembre frío y oscuro… —Me detuve. Negué con la cabeza. Acababa de empezar y ya lo estaba haciendo fatal. Por eso nunca mentía—. Pues eso, que era noviembre.

Aaron me acarició la espalda muy suavemente. Al principio, el contacto me incomodó, pero luego, mágicamente, me dio la confianza que necesitaba. Había hecho lo mismo hacía un rato. No sabía cómo lo conseguía, pero cuando movió los dedos por encima de la fina tela de mi blusa, justo sobre los omóplatos, la frustración me abandonó.

—Supongo que eso da igual —continué, y tuve que aclararme un poco la voz, que había empezado a temblarme—. Conocí a Aaron el día que mi jefe lo presentó como el nuevo líder de equipo. —Su caricia se volvió más ligera, hasta que desapareció por completo. Intenté centrarme en la historia, lejos de la piel de gallina que había dejado a su paso, y continué—: Atravesó la puerta con una seguridad y determinación arrolladoras. Parecía enorme, con esas piernas largas y hombros anchos, y juro que toda la sala de reuniones se quedó en silencio. De inmediato, me di cuenta de que era la clase de hombre que todos… respetan, por decirlo de alguna forma, sin tener que abrir la boca. Solo por cómo se movía, por cómo miraba a su alrededor, como si estuviera identificando potenciales amenazas y descifrando el modo de eliminarlas antes de que se manifestaran. Todos estaban encantados con el chico nuevo.

Recuerdo perfectamente cómo todos se quedaron boquiabiertos por la nueva adquisición antes de asentir en silencio con una mezcla de asombro y admiración. Yo incluida. Nunca lo admitiría, pero

pensé que no me importaría que esa voz tan profunda me susurrara todas las noches y que eso me haría feliz el resto de mi vida.

—Así que, sí, embelesó a todos y cada uno de mis compañeros. Pero no a mí. Yo no caí tan fácilmente. Durante los discursos de Jeff y Aaron, no podía dejar de pensar en lo nervioso que debía estar. No podía dejar de mirar sus hombros, ligeramente alzados, y su mirada, cada vez más… insegura. Como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano para no salir corriendo por la puerta. Entonces llegué a la conclusión de que no era tan distante como parecía. No podía serlo. Solo eran los nervios. Uno no podía dar esa impresión a propósito. Era su primer día, y eso era muy intimidante. Me pareció que solo necesitaba un pequeño empujón en la dirección correcta. Una bienvenida amistosa que lo hiciera sentirse cómodo. —Así que hice algo muy tonto e impulsivo. Como solía hacer siempre—. Pero no podía estar más equivocada. —Solté una risa amarga—. Puede que estuviese nervioso… no lo sé. Lo que me quedó claro es que no necesitaba ningún empujón. No buscaba hacer amigos. Y, definitivamente, era consciente de la impresión que causaba. —En ese momento, volví al presente y me encontré con tres pares de ojos muy confundidos. Se me secó la garganta—. Por supuesto, eso cambió con el tiempo —agregué en un tono nada convincente—. Porque estamos superenamorados. ¡Yupi! —grité levantando los brazos, esforzándome por recuperar el control.

Pero ni siquiera me acerqué a conseguir el impacto que buscaba. Isabel ladeó la cabeza y, antes de que pudiera fruncir el ceño, Aaron acudió a mi rescate.

—Catalina tiene razón, ese día estaba un poco nervioso —confesó y giré la cabeza en su dirección.

Aaron miró a mi hermana. Buena idea, porque habíamos activado el protocolo de control de daños y eso requería toda su atención y encantos. Por otro lado, no quería que se diese cuenta de la expresión que ponía cuando lo miraba. Ese viaje por los laberintos de la memoria me había dejado un poco indefensa y era incapaz de ocultar cómo me había sentido ese día.

—No tenía planes ni expectativas de hacer amigos. Ni en esa primera reunión ni nunca —continuó. Esa declaración no me sorprendía después de dos años en los que había tenido que soportar las consecuencias de esa decisión—. Y creo que era

bastante evidente. Lo último que quería era que alguien se confundiera y creyera que estaba ahí para algo que no fuese hacer el mejor trabajo posible. Y, en mi cabeza, eso incluía hacer chistes o intercambiar anécdotas personales. Pero ese día Lina apareció en mi oficina poco después de las cinco de la tarde. —Bajó la mirada hacia sus manos y los párpados le cubrieron los ojos un segundo. Por algún motivo que no podía explicar, el recuerdo hizo que se me acelerara el corazón. Vergüenza. Tenía que ser la reacción obvia al recordar ese momento tan vergonzoso a través de las palabras de Aaron—. Tenía las mejillas rojas y algunos copos de nieve en el pelo y el abrigo. Llevaba una bolsa con un ridículo estampado de sombreros de fiesta diminutos. Cuando la vi, estaba seguro de que se había equivocado de oficina, que era imposible que ese regalo fuese para mí. Quizá estaba buscando a la persona que trabajaba ahí antes. —Vi cómo se le movía la garganta mientras sus palabras cautivaban a la audiencia—. Iba a decírselo, pero no me dio la oportunidad porque empezó a balbucear una idiotez sobre el frío que hacía en Nueva York, lo molesta que se volvía la gente cuando nevaba y lo caótica que se volvía la ciudad. «Como si fuera culpa mía que los neoyorquinos odien la nieve», dijo. «Es como si el frío les congelara el cerebro y los volviera estúpidos». —Aaron sonrió tímidamente. Solo un momento.

Estaba absorta en su perfil, en sus palabras y cómo me trasladaban de nuevo a ese día. A esas alturas, tenía el corazón desbocado, como un bestia salvaje que lucha por escapar de su jaula, me rogaba que hiciera todas las preguntas que se me estaban empezando a formar en la cabeza y amenazaba con hacerlo él mismo si yo no me animaba.

—Dejó la bolsa en el escritorio y me pidió que la abriera. Evidentemente, a mí también se me había congelado el cerebro por el frío porque, en lugar de hacerlo, me quedé ahí, mirándola fijamente. Petrificado e… intrigado. No tenía ni idea de qué hacer. —Era lo que había hecho, y yo había entrado en pánico. El segundo error de ese día—. Como no la cogí metió la mano en la bolsa y sacó lo que había llevado. —Aaron lanzó una carcajada, aunque no era de risa, más bien un sonido seco y triste. Yo tampoco me estaba riendo. Estaba demasiado ocupada procesando el hecho de que lo recordara todo. Cada detalle. El pecho se me llenó de preguntas—.

Era una taza. Y tenía un chiste impreso. Decía: «Los ingenieros no lloran. Construyen un puente y lo superan». —Alguien se rio. Isabel o Gonzalo, no estaba segura. Con ese latido alocado, el corazón se me había subido a la garganta y las sienes, por lo que me costaba mucho concentrarme en algo que no fuera ese sonido o la voz de Aaron—. ¿Y sabéis qué hice? —continuó con un tono lleno de amargura—. En lugar de reírme, que es lo que quería hacer; en lugar de mirarla y decir algo gracioso que, con algo de suerte, me hubiera hecho ganarme una de esas maravillosas sonrisas que llevaba todo el día regalando con libertad; dejé la taza en el escritorio, le di las gracias y le pregunté si quería algo más. —Sabía que no tenía que sentir vergüenza, pero la sentía. Tanta como entonces, si no más. Había sido una estupidez y su reacción me había hecho sentir tonta y diminuta. Cerré los ojos y escuché el resto—. Prácticamente la eché de mi oficina después de que hubiera salido para comprarme un regalo. —Bajó la voz y endureció el tono—. Un maldito regalo de bienvenida. —Abrí los ojos justo a tiempo para ver cómo giraba la cabeza en mi dirección. Nuestras miradas se encontraron—. Como el gran imbécil que ya había dejado claro que era, la alejé. Sigo arrepintiéndome cada vez que lo recuerdo, cada vez que la miro. —Ni siquiera pestañeó mientras lo decía, mirándome fijamente a los ojos. Y creo que yo tampoco. Creo que ni siquiera estaba respirando—. Todo el tiempo que perdí por haber sido tan tonto… Todo el tiempo que podría haber pasado con ella.

Si no hubiera estado apoyada contra la mesa de la sidrería, me hubiera caído al suelo. Mis piernas no eran capaces de sostener mi peso ni un segundo más. Tenía el cuerpo entumecido. Aaron miró en mi dirección; no, miró dentro de mí. Y, a cambio, me permitió hacer lo mismo. No sabía cómo, pero en ese momento, juro que sentí que acababa de mostrarme una parte de su interior. Intentaba decirme algo que no podía procesar. ¿O no? ¿Quizá me estaba rogando que recordara que todo esto era una farsa? ¿Quizá me estaba rogando que recordara que, aunque lo fuera, sus palabras eran sinceras? Eso no tenía sentido, ¿o sí?

No. Nada tenía sentido. Ni que me lo preguntara ni lo que creía haber oído en sus palabras o visto en sus ojos. Y menos en cómo mi corazón se había liberado para convertirse en una bola de

demolición que lo destruía todo a su paso, dejando una pila de escombros.

—¿Y qué pasó? —preguntó una voz familiar.

—Pues… —respondió Aaron, levantó la mano, el dorso de sus dedos rozando mi mejilla—, me comporté como un tonto (o un idiota, según a quién le preguntes) un rato más. —Cerré los ojos, rehuyendo su mirada. Podía sentir cómo la sangre me corría por el cuerpo. La huella del fantasma de su caricia justo bajo el pómulo—. Con el tiempo, conseguí que, al menos, me diera la hora. La convencí de que me necesitaba. Y le demostré que era así.

Seguía con los ojos cerrados. No me sentía segura como para volver a abrirlos. No quería ver a Aaron. Su cara, sus labios, la línea firme de su mandíbula. No quería ver si había secretos en las profundidades de sus ojos. Me aterraba no encontrar nada. Me aterraba encontrar algo. Todo, cualquier cosa. Yo… estaba aterrada. Confundida. Después alguien empezó a aplaudir y escuché la inconfundible voz de mi hermana.

—Tú… —dijo cuando abrí los ojos, parpadeando. La voz de Isabel sonaba temblorosa por la emoción y el enfado. Todo al mismo tiempo.

Pero no me importaba. Estaba mirando a Aaron a los ojos. Él no había alejado la mirada.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué estábamos haciendo?

—Ha sido precioso, Aaron —continuó mi hermana—. Y tú, Catalina Martín Fernández. —Si usaba los dos apellidos, es que se avecinaban problemas—. Ya no eres mi hermana. No puedo creer que me ocultaras todo eso. Me has hecho hablar de escarceos sexuales y lujuria cuando la verdad era mucho mejor que toda esa mierda superficial. —La «verdad». El estómago me dio un vuelco—. Menos mal que tu novio tiene mejor criterio. Tienes suerte de que esté aquí.

—¿Ves? Tienes suerte de que esté aquí —dijo Aaron sin apartar los ojos de mí.

—Oh, Aaron. —Escuché una exhalación temblorosa, supe que mi hermana estaba a punto de llorar. O darme una patada en el culo. Podía ser cualquiera de las dos—. No tienes ni idea de lo feliz que me hace escuchar eso. Es el mejor regalo de bodas que podrían haberme dado. Ver a mi hermana feliz después de… —Se le quebró

la voz—. Después de todo este tiempo, es… —Hipo—. Oh, mierda. ¿Por qué estoy llorando si quiero darte una patada en el culo? Debe… Seguro… Debe ser… —Más hipo. Oh, por Dios. Alejé la mirada de Aaron y, de mala gana, miré a mi hermana. Estaba chillando sin disimulo. Y parecía molesta—. Debe ser por la presión de la boda. —Creo que murmuró.

Daniel, de quien me había olvidado por completo, dijo algo por lo bajo y cogió la botella de sidra. Estaba vacía, por lo que volvió a dejarla sobre la mesa y se dirigió a la barra.

—Ven aquí, tonta. —Gonzalo estrechó a mi hermana entre sus brazos y le apoyó la barbilla en la cabeza. Después, dijo algo entre dientes: «Más alcohol».

Sip. Solo eso podía salvar la noche si la novia se ponía a llorar. Sobre todo teniendo en cuenta que la historia no era cierta. Porque no podía ser cierta. Todo era una mentira. Una farsa.

Aaron había adornado la verdad. Justo como le había pedido. La había modificado para que encajara en los papeles que estábamos representando. Solo eso. Seguíamos siendo los mismos Aaron y Lina que habían partido de Nueva York.

Y, además, pronto sería mi jefe.

«¿Has escuchado eso, estúpido y delirante corazón? No más jugarretas extrañas. En lo que a Aaron respecta, solo finge que me ama».

Siguiente parada: la discoteca (aunque igual era mucho decir del modesto bar, un poco cutre también, que ponía música pasada la medianoche). Para cuando llegamos, estaba noventa y nueve por ciento segura de que había cruzado la frontera del puntillo para entrar de lleno en las tierras de la borrachera.

El uno por ciento restante estaba dividido. Con toda esa sidra corriendo por mis venas, no sabía discernir si cómo me sentía se

debía por completo al alcohol o si el hombre que me miraba como un águila a punto de cazar tenía parte de culpa.

Aaron había dejado de beber en algún punto entre el espectáculo de Isabel y la llegada del resto de los invitados de la despedida a la sidrería. No estaba segura de si era algo bueno. Estaba sobrio, así que iba a recordar todos los detalles de la noche. Y eso no era bueno porque, cada vez que me tocaba, mi cuerpo revivía y luego caía derretido al suelo. Y porque, cada vez que arrimaba la cabeza para preguntarme si estaba bien o si me lo estaba pasando bien, mi corazón decidía que no había espacio suficiente en el pecho y se mudaba a la boca del estómago.

Y el resto, bueno, estaba muy ocupada moviendo las caderas y los pies al ritmo la música mientras me desplazaba por ese lugar oscuro y abarrotado de gente.

Avanzaba entre el mar de cuerpos con el resto de invitados detrás (o no, porque lo más probable era que los hubiéramos perdido) cuando, de pronto, algo me hizo retroceder un par de pasos. Aaron, que caminaba muy cerca de mí, me interceptó. Me pasó el brazo por la cintura y me puso una mano en la cadera. Con un movimiento rápido, me sostenía contra él.

Como ya me había pasado cien veces esa noche, las terminaciones nerviosas me vibraron por la electricidad cuando mi espalda entró en contacto con su pecho. Subió la temperatura de cada centímetro de piel que había quedado contra él, incluso a través de la fina tela de mi blusa y su camisa.

Sus largos y fuertes dedos apretaron mi cadera. Giré la cabeza para mirarlo a la cara; no me importó tener la boca abierta ni los ojos confundidos y nublados. Al menos era como los sentía. Pero de nuevo, no podía evitarlo. Por algún motivo, ya fuera el alcohol en sangre o la cercanía de Aaron, no podía ocultarlo.

Entonces, por primera vez, me permití disfrutar. Dejé que toda mi atención se centrara en él. En todos los puntos en los que nuestros cuerpos se tocaban y en el modo en que me miraba. Me concentré en Aaron y en cómo me sostenía contra él mientras interrumpíamos la circulación del bar.

Mirándonos fijamente por encima de mi hombro, dejé que mi espalda se relajara contra su pecho. Y algo brilló en esos ojos azules. Creí que iba a sonreír, pero su boca se apretó en esa línea

seria.

—Me has salvado —dije por encima de la música ensordecedora—. Mi superhéroe. Siempre acudes a mi rescate, señor Kent.

Una parte de mí sabía que era el alcohol el que hablaba, pero Aaron no respondió. Sus labios seguían sellados mientras miraba cómo se le movía la garganta. Alguien nos llamó desde atrás. O quizá desde el otro lado del bar repleto de gente. No lo sabía ni me importaba. Iba a decirle a Aaron que lo ignorara, pero de algún modo, tiró de mí para que quedase a su lado y me cogió la mano al mismo tiempo. Me gustaba. Demasiado. Así que no me quejé.

Aaron me guio como si fuera él el que había pasado incontables noches de su juventud allí. El bar era tan lúgubre y asfixiante como lo recordaba. La música seguía demasiado alta y las baldosas estaban pegajosas por las bebidas derramadas.

Me encantaba este sitio. Y también me encantaba que Aaron estuviera allí conmigo esa noche. Me encantaba que me protegiera de quienes, por accidente (o por borrachera), me empujaban y arrastraban. Me gustaban muchas cosas. Y necesitaba decírselo.

Me detuve, me di la vuelta y me puse de puntillas con la esperanza de alcanzar la oreja de Aaron y no su axila, porque eso sería muy vergonzoso.

—¿No te encanta este sitio? A mí sí. No tiene nada que ver con esas discotecas pretenciosas de Nueva York, ¿no? —Aaron se inclinó y acercó los labios a mi oreja.

—Es muy… auténtico. —Hizo una pausa, pero no alejó la boca. Un escalofrío me recorrió la espalda—. Debo confesar que al principio estaba un poco alerta. —Sentí cómo se me curvaban las comisuras. Sí, definitivamente no era la clase de sitio que le iba a Aaron—. Pero ahora… —continuó, y sus labios acariciaron la zona sensible que queda por debajo de la oreja, haciéndome revivir y derretirme al mismo tiempo—. Ahora creo que podría quedarme hasta que salga el sol. Quizá hasta un poco más.

Abrí la boca, pero cuando estaba a punto de hablar, alguien me empujó y las palabras murieron en mi lengua. Quedé más cerca de Aaron, pero esta vez cara a cara, y enseguida sentí contra mí toda la solidez y la tensión de los músculos que había visto brillar bajo el sol esa misma mañana.

Algo se me agitó bajo la piel. Mi cuerpo me rogaba que redujera los últimos centímetros que quedaban entre nosotros. Era una locura cuánto quería hacerlo. Sentía la necesidad en la sangre. Como si mi corazón estuviera bombeando delirio en estado puro hacia todo el cuerpo. Haciéndome perder la razón. Tanto que mis brazos se alzaron por su propia voluntad y mis manos se entrelazaron detrás del cuello de Aaron. Puso unos ojos como platos un instante y luego algo se encendió y estalló en su mirada. Ese resplandor azul disipó el asombro para dar paso a algo que se parecía mucho al hambre.

A nuestro alrededor, todos bailaban al ritmo que mi mente confundida recordaba de algún lugar. Era latino, divertido y decadente; la receta exacta para pasar una buena noche de verano. Sin saber cómo, mis caderas empezaron a moverse y las manos de Aaron subieron hasta mi cintura. Estábamos bailando. El recuerdo de la última vez que lo habíamos hecho me cegó un segundo. Qué ironía que volviéramos a encontrarnos en la misma situación tan pronto y que hubiéramos cambiado tanto por el camino.

No tenía sentido.

Pero no me importaba. No esa noche.

Mis dedos juguetearon con los mechones de la nuca de Aaron mientras nuestras caderas se balanceaban al ritmo de la música latina. Tan suave…, su pelo era tan, pero tan, suave. Justo como me había imaginado que sería. Sin saber por qué, tiré un poco de los mechones. Como respuesta, los dedos de Aaron me apretaron la cadera con más fuerza y provocaron que me hirviera la sangre, se arremolinara y se acumulara en lugares muy interesantes.

No pude contenerme y volví a ponerme de puntillas para mirarlo de cerca. No estaba frunciendo el ceño ni sonriendo, pero había algo en sus rasgos que daba un aire diferente. Suelto. Sí, eso era. No había rastros de toda esa moderación que estaba tan acostumbrada a ver en él. Y, para mí, eso lo hacía estar más guapo que nunca.

Quizá debería decírselo.

Abrí la boca con las palabras en la punta de la lengua y vi como su mirada se hundía en ella. La manera en la que me miró me provocó mariposas en el estómago.

—Aaron —dije, pero estaba demasiado distraída. Creo que había dejado de bailar. ¿Qué iba a decir?

—¿Confías en mí, Catalina? —preguntó.

Sí. La respuesta atravesó mi mente, pero no pude darle voz. Algo interceptó las dos letras de esa palabra. Algo que mi inconsciente decía que debía recordar.

Separó los dedos y acarició la tela de mi blusa con los pulgares. Uno llegó hasta el dobladillo y se escurrió por debajo. El contacto lanzó una ola de alerta por todo mi cuerpo.

—No, aún no —dijo contra mi oído. Sus labios bajaron por mi mejilla, haciendo que se me acelerara la respiración—. Pero confiarás en mí; me aseguraré de eso.

Yo… creo que no lo entendía. Ni entonces ni en un futuro cercano. Pero ¿qué más daba cuando su boca estaba tan cerca de la mía? Sus labios bailaban cerca de mi mandíbula, casi sin tocarla, y eso me estaba volviendo loca. Si me movía, si torcía un poco la cabeza y…

Un chillido y una mano en mi hombro apartaron la idea que empezaba a formarse en mi cabeza. Cuando quise darme cuenta, me estaban arrastrando lejos de Aaron. Otro gritito me dio una idea de quién me tiraba del brazo.

—¡Lina, nuestra canción! —gritó mi hermana por encima de la música y se detuvo en un angosto pasillo en el que había algo de espacio.

¿Nuestra canción?

Oí el sonido que reverberaba en los altavoces mientras mi cerebro intentaba, despacio, procesar la situación. Era imposible no reconocer el ritmo. ¿Cómo no iba a reconocerlo si mi familia llevaba veinte años reproduciendo en infame vídeo en el que salíamos mi hermana y yo bailando esta misma canción en cada comida familiar? Era imposible que me olvidara de la música y la coreografía. Sonaba *Yo quiero bailar*, de Sonia y Selena, y eso solo podía significar una cosa.

—¡Hora de pagar! —animó Gonzalo.

Todos formaron un círculo tan grande como pudieron alrededor de Isabel, de mí y del resto del Equipo Novia, listas para cumplir el castigo por haber perdido la Copa de la Boda. Mi cuerpo cobró vida al escuchar ese ritmo tan familiar.

—Pagarás por esto, Godzilla —grité por encima de la música mientras nos mirábamos, posicionándonos para empezar la infame

coreografía.

—¡¿Yo?! —respondió a gritos mientras sincronizábamos el movimiento de nuestros traseros—. Ya me darás las gracias.

Levantamos los brazos y bajamos hasta el suelo.

—¿A qué te refieres? —pregunté mientras chocábamos las caderas, tal y como dictaba ese estúpido baile.

Sabía que contábamos con una improvisada formación de bailarinas, lo que antes había sido el Equipo Novia. Nos imitaban lo mejor que podían. En su defensa, no creo que los movimientos de mi hermana (o los míos) fueran fáciles de imitar bajo los efectos del alcohol.

—Me refiero a que… —dijo Isabel cuando volvimos a acercarnos y chocamos los cinco por encima de nuestras cabezas. Después empezamos a bajar al ritmo de la canción, y aunque la intención era ser seductoras, estaba segura de que, desde fuera, se veía muy torpe—. Si me guío por la mirada de tu novio, vas a divertirte mucho esta noche.

Casi acabo cayéndome de culo al suelo al escucharla. Giré la cabeza hacia nuestra audiencia y me encontré con un par de ojos en particular. Encendidos, justo como había dicho Isabel. Y, mientras mi cuerpo seguía los movimientos gracias a la memoria corporal, seguí mirando ese par de ojos azules llenos de determinación.

Hice la rutina casi ausente, incapaz de apartar la mirada, magnetizada por esos puntos azules que parecían encenderse con la luz. Yo podía culpar a los altos niveles de alcohol en sangre, pero él no tenía excusa.

Me devoraba con cada movimiento, por muy tonto o ridículo que fuera, como si no estuviera contemplando una coreografía hecha por un par de adolescentes. Me miró como si fuera más que una adulta haciendo un baile sin sentido. Como si no pudiera resistirse. Como si estuviera a punto de abrirse paso entre la multitud para acortar la distancia entre nosotros y no perderse ni el más mínimo movimiento. Nunca me habían mirado así. Nunca.

Cuando la canción acabó para dejar paso a otro éxito antiguo, lo que sea que estaba ocurriendo entre Aaron y yo se me instaló en el estómago. Con urgencia. Estaba muy confundida y nerviosa, quería arrancarme la piel.

El recuerdo de cómo se me había estremecido el cuerpo por

culpa de sus caricias me vino a la mente. Apenas habían pasado unos minutos. Se me aceleró el corazón mientras intentaba recuperar la cordura y controlar la respiración. Las gotas de sudor me rodaban por la espalda y los brazos, una sensación abrumadora me invadió todo el cuerpo. Necesitaba aire, aire fresco. Eso siempre ayudaba.

—Voy a salir un minuto —le dije Isabel mientras le daba un abrazo rápido.

Mi hermana asintió con la cabeza, distraída por la canción que sonaba, que parecía ser su nueva canción favorita. Me giré hacia la puerta, incapaz de mirar a Aaron. No podía. Yo… no podía. Necesitaba ordenar mis pensamientos.

Cuando conseguí abrirme paso por ese mar de cuerpos, salí. La noche era cálida y húmeda, y me recibió la brisa del océano. El alivio fue inmediato, pero no duró mucho. Era como si las piernas me pesaran una tonelada, aunque prefería eso a lo que sentía por dentro. También me arrepentía de las copas que había tomado. Quizá, con la mente más clara, podría entender qué demonios me estaba pasando. En particular, por qué mi corazón parecía haberse vuelto en mi contra.

Me desplomé en el borde de la acera para descansar las piernas. Era una calle peatonal en la que solo podían entrar los coches de los residentes. Considerando la hora (las tres de la mañana), las posibilidades de que me atropellaran eran bastante bajas. Así que me tomé mi tiempo para aplacar lo que sea que me estuviera provocando ese cosquilleo incómodo en la piel.

Con los ojos cerrados y los codos en las rodillas, me concentré en sonido amortiguado de la música que llegaba desde el bar. La puerta se abrió detrás de mí y se cerró enseguida.

Sabía que estaba ahí antes de que dijera nada. No necesitaba ninguna señal. Aparentemente, estaba en sintonía con ese hombre callado cuya presencia siempre me hablaba mucho más alto que sus palabras. Sin darme la vuelta, escuché cómo se acercaba con pasos decididos. Yo seguía sentada en la acera. Aaron se dejó caer justo a mi lado. Sus largas piernas ocupaban el doble de espacio que las mías. Una botella de agua aterrizó en mi regazo.

—Yo de ti me la bebería —sugirió.

La abrumadora sensación que me había obligado a salir todavía

no se había disipado y me nublaba los pensamientos. Me empujó la pierna con la rodilla para reafirmar sus palabras.

Miré la botella que tenía en el regazo. De repente, me sentía tan exhausta que no encontré la fuerza para abrirla. Y Aaron estaba sentado tan cerca, tan enorme y cálido, que me daban ganas de apoyar la cabeza en su brazo y cerrar los ojos. Una siesta cortita.

—No te duermas, cariño, por favor. —Cogió la botella, la abrió y me la puso en la mano—. Bebe —dijo, despacio.

Otro golpecito de su pierna. Y qué pierna tan bonita. Tenía más músculos en un cuádriceps que yo en todo el cuerpo. Me llevé la botella a los labios, di un sorbo y seguí con mi escrutinio.

«Vaya muslo más guapo», pensé mientras volvía a dejar la botella en mi regazo. Una risita hizo que me girara hacia el hombre que la había soltado. Sus labios se doblaron en una sonrisa torcida que me distrajo.

—Gracias —dijo, estirando la sonrisa—. Nunca me habían elogiado esa parte del cuerpo. —Fruncí el ceño.

«¿Lo he dicho en voz alta? Joder».

Lo miré, todavía en silencio, y bebí un poco más de agua. Mi cerebro claramente se había deshidratado si andaba por ahí diciendo todo lo que me venía a la cabeza.

—¿Mejor? —preguntó Aaron a mi lado.

—Todavía no. —Me salió una sonrisa temblorosa—. Pero gracias. —Entonces, su ceño fruncido entró en acción, arrugándole la frente.

—Te llevo a casa. Vamos. —Las piernas que tanto había admirado se flexionaron, listas para levantarse.

—No, espera. —Apoyé una mano en ese guapísimo (y, ah, tan firme) muslo para detenerlo—. Todavía no, por favor. ¿Podemos quedarnos un rato más? —Parecía que sus ojos azules analizaban algo, probablemente mi estado. Pero su gran cuerpo se quedó quieto a mi lado—. Gracias. —Mi mirada volvió a caer en sus piernas estiradas—. Necesito decirte algo. Una confesión. —No me giré hacia él, pero pude sentir la tensión—. Te busqué en internet. Solo una vez, pero lo hice. —Aaron pareció medir mis palabras, pero no hizo ningún comentario. Solo me quitó la botella de la mano, la abrió y me hizo un gesto para que bebiera un poco más. Le hice caso y me acabé el agua. Después cogió la botella vacía y

murmuró algo, aunque no estaba segura—. Encontré muchas cosas, ¿sabes? Por eso solo me permití hacerlo una vez —admití con una sonrisa tímida—. Tenía miedo de encontrar algo que cambiara cómo te veía.

—¿Y lo encontraste?

—Sí y no. —¿Lo que había encontrado cambió la forma en que veía a Aaron? No sabía la respuesta—. Creo que deslicé la página de imágenes hasta que no hubo más resultados para mostrar.

—Eso es mucho.

—Supongo que sí. —Me encogí de hombros—. ¿Quieres que te cuente lo que encontré? —No respondió, así que lo hice—. Había una foto tuya en medio del campo; de espaldas a la cámara, y tenías un casco dorado en la mano. Solo se veía tu espalda, pero sabía qué expresión estabas poniendo. Podía ver las cejas arrugadas y la mandíbula tensa, el gesto que haces cuando estás molesto pero no quieres que la gente lo sepa. —Aaron se había quedado en silencio. Lo miré de reojo. Me estaba mirando con algo parecido a la sorpresa en su expresión. Pero hoy no tenía filtro, así que me daba igual hablar más de la cuenta—. También había artículos —continué—. Bastantes. Y todos te elogiaban. Decían que eras la promesa de la NFL. Pero pararon en seco. Como si se te hubiera tragado la tierra. —Tenía la mirada ausente, como si ya no estuviera conmigo, sentados en la acera del pueblo que me había visto crecer. Seguí, no porque quisiera más detalles, sino porque quería justificarme—. No creo que haya muchas promesas del fútbol que cuelgan el casco por la no tan glamurosa vida que llevan los ingenieros en una empresa mediana. —No sabía cómo funcionaba el fútbol universitario, pero por lo poco que había leído en mi jornada de investigación, sabía que era así—. Desde que me lo contaste, me pregunto qué te llevó a tomar esa decisión. ¿Una lesión? ¿Agotamiento? ¿Cómo se pasa de un extremo a otro? —Le acaricié el antebrazo. Creí que iba a sobresaltarse, pero no ocurrió. Al contrario, entrelazó nuestros dedos y los apoyó sobre su muslo—. No pasa nada si no quieres hablar de eso. —Le apreté la mano, lo decía en serio, aunque esperaba que no fuera el caso—. Si no quieres contármelo.

Aaron no dijo nada durante un buen rato. Usé ese tiempo para hacer las paces con el hecho de que nunca iba a abrirse conmigo. Y

no lo culpaba. Yo tampoco había sido completamente sincera respecto a mi pasado. Pero por mucho que intentara convencerme de lo contrario, la opresión que sentía en el pecho me impedía ignorar el modo en que realmente me sentía. Quería saberlo. Necesitaba desenterrar y descubrirlo todo sobre su pasado porque, en el fondo, sabía que esa era la clave para comprender al hombre que era ahora. Y que no me lo permitiera solo me recordaba que no era diferente al resto.

—Catalina —dijo con un suspiro cansado—. Quiero contártelo. Me encantaría contártelo todo sobre mí. —Mi corazón decidió continuar con todas esas manipulaciones a las que me había sometido toda la noche. Iba a contármelo todo—. Pero apenas puedes mantenerte en pie. No estás en condiciones de tener una conversación.

—Sí —dije rápido—. No estoy tan borracha. Prometo que te escucharé. —Aunque me encontraba un poco mejor, las posibilidades de que me cayera de cara contra el suelo si me movía demasiado rápido eran altas. Pero eso no iba a detenerme—. Puedo demostrártelo. Mira. —Mis piernas, un poco temblorosas, impulsaron mi cuerpo hacia arriba. Pero eso no importaba. Le iba a demostrar que estaba bien.

No iba a permitir que una ligera intoxicación en las piernas o los brazos me hiciera perder la oportunidad de… Un par de manos me interceptaron y me sostuvieron por la cintura.

—Tranquila. Reduzcamos los movimientos al mínimo indispensable —dijo Aaron mientras me devolvía, sin esfuerzo, a mi antigua posición, justo a su lado. Quizá un poco más cerca. Pero no iba a quejarme—. ¿Tantas ganas tienes de saberlo?

—Sí, quiero saberlo todo —confesé. La Lina sin filtro volvía a tomar el control.

—No lo había planeado así. —Se rio sin humor. Mi cerebro confundido no pudo entenderlo, pero antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, continuó—: Siempre había jugado a fútbol. Eso fue lo único que hice durante casi dos décadas. Mi padre era una figura bastante relevante en el mundo de los entrenadores y representantes de Washington. —Aaron negó con la cabeza y sus mechones despeinados se movieron bajo la luz de la calle—. Sabía identificar el potencial cuando lo veía, lo había hecho millones de

veces. Era famoso por eso. Entonces, cuando vio que yo era uno de esos diamantes en bruto de los que tanto hablaba, se lo tomó como si esos años de carrera lo hubiesen preparado para mí. Para tener un hijo al que pudiera moldear desde el principio para convertirlo en el jugador perfecto.

—¿Te entrenó desde niño? —murmuré. Aaron flexionó las piernas y apoyó los codos en las rodillas.

—Fue más que eso. Me convirtió en su proyecto personal. Tenía un niño con el potencial para convertirse en todo lo que había soñado viviendo bajo el mismo techo. Y él tenía las herramientas y la experiencia para hacerlo posible. No había opción para el fracaso. Trabajó muy duro para convertirme en esa máquina de fútbol perfecta que él mismo había ensamblado desde el preciso momento en que fui capaz de correr detrás de un balón. —Aaron hizo una pausa. Miraba la sombría calle que teníamos delante. Pude ver cómo se le endurecía la expresión—. Ambos trabajamos para que se hiciera realidad. Y, durante mucho tiempo, yo también lo deseé. —Me acerqué hasta que mi brazo y mi hombro quedaron completamente presionados contra los suyos.

—¿Y qué cambió? —pregunté, permitiendo que mi cuerpo se apoyara un poco más contra él—. ¿Cuándo dejaste de disfrutar? —Me miró de reojo y algo se relajó en su expresión.

—¿Sabes esa foto que has mencionado? —preguntó, y luego alejó la mirada—. Ese fue el último partido que jugué. —Aaron hizo una pausa y me di cuenta de que necesitaba un segundo por el tono que había adquirido su voz—. Fue justo un año después de la muerte de mi madre.

Se me comprimió el corazón y sentí la necesidad de abrazarlo con todo el cuerpo para protegerlo del dolor que se reflejaba en sus palabras. Sin embargo, me limité a cogerle la mano y entrelazar mis dedos con los suyos. Aaron se las llevó al regazo.

—En ese momento, ahí de pie, viendo al público y a mis compañeros celebrar una victoria que no me importaba, decidí que iba a dejarlo. Y eso fue lo que hice.

—Debió ser muy difícil —le dije mientras acariciaba con el pulgar la suave piel del reverso de su mano—. Todo. Perder a tu madre y renunciar a algo para lo que habías trabajado toda la vida.

—Sí, lo fue. —Bajó la cabeza y me di cuenta de que estaba

mirando nuestras manos entrelazadas—. Mi padre no lo entendió. Ni siquiera lo intentó. —Soltó una risa amarga—. Mi carrera futbolística se había convertido en la mejor forma de escapar del diagnóstico de mi madre. Pero en lugar de afianzar nuestro vínculo como padre e hijo, nos convirtió cada vez más en jugador y entrenador. Nada más que eso. —Más pérdida. Se me rompió el corazón. Le apreté la mano y luego, muy lentamente, apoyé la cabeza en su hombro—. Dijo que estaba tirando mi vida por la borda. Mi futuro. Que iba a fracasar. Que, si estaba dispuesto a desperdiciar una oportunidad que podía cambiarme la vida de ese modo, no quería tener nada que ver conmigo. Así que acabé mis estudios y me fui de Seattle.

Aaron seguía sosteniendo mi mano en su regazo; sus dedos sujetaban los míos con firmeza mientras hablaba. Seguí con la cabeza apoyada en él mientras mi otra mano viajaba hacia su antebrazo. Era la única forma de expresarle lo mucho que sentía lo que había tenido que atravesar sin la necesidad de abrazarlo, ya que no me veía capaz de volver a soltarlo. Al menos durante lo que quedaba de noche.

—Debe haber sido muy difícil crecer bajo las reglas de otra persona sobre lo que debías o no debías ser. —Ausente, jugueteó con mis dedos. La suave caricia de su piel contra la mía me provocó un cosquilleo que me subió por el brazo.

—Eso lo vi con el tiempo. En su momento no me di cuenta por qué las cosas siempre habían sido así. Me daban unos objetivos y yo los cumplía —explicó mientras su pulgar viajaba por mi cintura—. No era infeliz… Al menos no hasta que me di cuenta de que tampoco era completamente feliz.

—¿Y ahora? ¿Eres completamente feliz, Aaron? —Detuvo las suaves caricias de sus dedos sobre los míos y respondió sin vacilar.

—¿Completamente? Todavía no. Pero me estoy esforzando para serlo.

Capítulo 19

PARA CUALQUIERA QUE OBSERVARA MIS torpes intentos por llegar al dormitorio, era bastante obvio que iba a caerme al suelo de boca. No había lugar a dudas. Era un milagro que pudiera moverme considerando que había llegado hasta allí arrastrándome casi sin despegar los pies del suelo.

Irónicamente, y al revés de lo que indicaba mi cuerpo, creo que nunca me había sentido tan despierta como cuando crucé el umbral de esa puerta.

Mi mente iba a toda velocidad, procesando lo que Aaron me había revelado sobre su pasado. Le di vueltas hasta al más mínimo detalle para estar segura de que los había archivado correctamente y no iba a olvidarme de ellos.

Daba igual que las piernas me temblaran con cada paso que daba o que el agotamiento me invadiera todo el cuerpo. La confesión de Aaron (porque sentía que me había revelado algo que tenía guardado bajo llave) había desatado un alboroto en mi cabeza.

Y en mi pecho. El órgano que residía allí todavía comprimido y luchaba por entender que no tenía que sentirme así. Ni fingirlo. Una parte de mí quería estar tan borracha como para que no me importara, pero entre el agua que Aaron me había obligado a tragar

y el hecho de que no había vuelto a beber, no podía darme el lujo de poner esa excusa. Eran las cinco pasadas y el efecto del alcohol se había convertido en un zumbido grave que indicaba que iba a tener resaca.

No me di cuenta de que estaba de pie en el centro del dormitorio, mirando a la nada, hasta que Aaron cerró la puerta a su espalda. Cuando me di la vuelta, mi mirada se dirigió al vaso de agua que llevaba en la mano. Lo vi caminar hacia la mesita de noche, donde había dejado algunas de mis cosas, y apoyarlo ahí.

—¿Eso es para mí? —Sabía la respuesta, pero el gesto hizo que me derritiera. Como con todas las otras cosas que había hecho para cuidarme. Solo que… cada vez me resultaba más difícil de ignorar—. Si sigues cuidándome tanto, me será muy difícil volver a la vida real.

No debería haberlo dicho, no de ese modo, pero después de todo lo que había pasado esa noche, la cautela que solía tener cerca de Aaron parecía estarse resquebrajando.

Él asintió con la cabeza y su expresión se volvió un poco más seria, pero no comentó nada acerca de lo que acababa de decir. En cambio, se desabrochó un botón de la camisa, pero se arrepintió y decidió quitarse el reloj.

Sentí cómo me temblaban las piernas (por razones inconfesables) cuando caminé hacia el borde de la cama y me senté sobre las sábanas. Me resistí a dejarme caer directamente, exhalé, agotada, y liberé algo de la tensión que se me había instalado en los hombros. Antes de que pudiera relajarme por completo, un recuerdo hizo que me tensara.

La cama.

Íbamos a dormir en la misma cama.

Me había olvidado de ese detalle y recordarlo hizo que sintiera cosas extrañas en el estómago (no tan incómodas como excitantes) que hicieron que me subiera la temperatura corporal.

Si ya me sentía así y ni siquiera nos habíamos metido en la cama, no quería imaginarme lo que ocurriría cuando estuviera debajo de las mismas sábanas que Aaron. Su enorme cuerpo y el mío, bastante más pequeño, apretujados en el modesto espacio que ofrecía la cama.

Y yo… Mierda.

Para intentar distraerme, decidí liberar mis pies doloridos de las sandalias. Cuando terminé, me masajeé las sienes y me dije que tenía que calmarme, que todo iba a ir bien. Éramos adultos. Por mucho que fuésemos a compartir una cama. ¿Cuál era el problema?

—¿Estás muy mal? —preguntó Aaron, de pie al otro lado de la cama. Lancé una carcajada, aunque más bien parecía el sonido que haría una persona al ahogarse.

—Bueno… —Me aclaré la garganta—. Me siento como si me hubiera pasado por encima una manada de antílopes enfadados que llegaban tarde a algún sitio. —Aaron apareció en mi campo visual y se detuvo frente a mí.

—¿Acabas de hacer una referencia a la muerte de Mufasa?

—¿Te gusta *El rey león*? —Mis dedos se quedaron congelados a la altura de las sienes.

—Por supuesto.

—¿Alguna otra película de Disney? —Estaba tentando a la suerte.

—Todas.

Mierda.

—¿Hasta *Frozen*? ¿*Enredados? ¿Tiana y el sapo*? —pregunté. Él asintió.

—Me encantan las películas de dibujos. Me despejan la mente. —Se metió la mano en el bolsillo—. Disney, Pixar… Soy fan.

Esto era demasiado. Primero se abría sobre su infancia y ahora esto. Quería preguntarle cómo y por qué, pero había un asunto más urgente.

—¿Cuál es tu favorita?

«Por favor no digas la que puede provocarme un paro cardíaco. Por favor no digas esa».

—*Up*.

Mierda. Lo había dicho. Mi corazón luchó por no detenerse y esa pequeña zona que se había empezado a ablandar durante la noche se volvió más grande.

—Ah —balbuceé en una exhalación. Fue todo lo que pude decir. Cerré los ojos y volví a masajearme las sienes. Aunque debería haberme masajeado el pecho.

—¿Tan mal estás? —Cuando me giré para mirarlo, me lo encontré calculando lo borracha que estaba.

—No te preocupes. —Sacudí la mano—. Estoy bien. Ya no estoy borracha. Te prometo que no te vomitaré encima. —No fue una gran respuesta, y la elección de palabras hizo que me estremeciera de vergüenza.

Sin más comentarios, Aaron desapareció dentro del pequeño baño y me dejó sola para lidiar con mis pensamientos e incomodidades. Que giraban en torno a Aaron (viendo películas de dibujos en la privacidad de su casa, sobre todo *Up*, e identificándose con Carl) y la maldita cama.

Me levanté, muy despacio.

Mi mirada siguió el patrón geométrico de las sábanas hasta los cojines. Pronto nuestras cabezas iban a estar ahí, a pocos centímetros de distancia. Una extraña mezcla de anticipación y algo… nuevo reemplazó todo lo que sentía.

Necesitaba conservar la calma. ¿Éramos… amigos? No, no creía que lo fuéramos. Pero tampoco éramos solo compañeros de trabajo. Incluso si me olvidaba de que pronto sería mi jefe, no creía que siguiéramos siendo solo dos personas que trabajaban juntas, discutían a diario y les costaba aguantarse más de diez minutos. Nuestro trato (esta farsa de amor a la que estábamos jugando) nos había empujado fuera de esa área delimitada hacia un territorio nuevo y desconocido. Éramos más de lo que habíamos sido antes. Éramos… Éramos compañeros de cama. Eso era lo único que sabía con seguridad.

Eso y el hecho de que tenía que dejar de darle vueltas. Tenía que estar… tranquila. Sí. Si íbamos a compartir una cama, necesitaba dejar de comportarme como si fuera una locura. Aunque lo fuera. Porque era una locura. Aaron me lo había demostrado con sus caricias suaves, pero tranquilas, y esas pequeñas partes de él tan provocadoras.

¿Qué me había dicho Rosie una vez? «Confía en la fuerza del universo. Visualízalo».

Eso era exactamente lo que tenía que hacer.

Me visualicé imperturbable. Sin preocupaciones. Tranquila. Como un témpano de hielo en medio de una tormenta de nieve. Sólida. Inamovible, fría y calmada.

Con eso en mente, me dirigí al armario y saqué el pijama (que consistía en unos pantalones cortos y una camiseta vieja con la frase

«La ciencia mola» en letras grandes y amarillas). Una parte de mí se arrepintió de no haberse esmerado más a la hora de elegirlo. Una parte mucho más pequeña pensaba que a Aaron le haría gracia, que quizá me dedicaría una de esas sonrisas torcidas que…

No. Esos no eran pensamientos propios de un témpano de hielo.

Aaron salió del baño en silencio, con la camisa todavía puesta, pero con otros dos botones desabrochados (lo que, me repetí, no me afectaba) y se dirigió a su lado del armario. Todavía en silencio, me metí en el baño para poderme cambiar.

Cuando acabé, ya estaba enfundada en el pijama, me llené los pulmones con una inhalación profunda que esperaba que me diera la energía que necesitaba y volví al dormitorio.

No sabía qué me podía encontrar, pero desde luego no estaba preparada para ver a Aaron solo con unos pantalones de dormir, que le colgaban de la cadera (tan bajos que podía ver el elástico de sus calzoncillos), de un gris oscuro que combinaba perfectamente con su piel.

Subí la mirada y ahí estaba. Ese pecho glorioso que había visto brillar bajo el sol, con gotas de sudor que…

Dios, no, no, no.

Tenía que dejar de mirarlo, de comérmelo con los ojos como si nunca hubiera visto un pecho desnudo. No era saludable. No era bueno para mi salud mental.

Me alejé con más energía de la necesaria y doblé como pude la ropa que me había quitado. Por el rabillo del ojo, vi como se ponía una camiseta de manga corta. Bien. Eso era bueno.

«Tápate esos abdominales y pectorales esculpidos por el mismísimo Miguel Ángel, hombre estúpidamente perfecto al que le encanta *Up*».

Abrí el armario del angosto vestidor y me quedé mirándolo. Me di cuenta de que, en realidad, no necesitaba nada de ahí, así volví a cerrarlo. Abrí una de las puertas y me pasó lo mismo. Maldije entre dientes por mi estúpido espectáculo y sentí como Aaron se movía a mis espaldas.

Arrugué la ropa que sostenía y la convertí en una bola. Una suave caricia en el brazo descarriló la charla motivacional e incendió mis intentos de convencerme de que estaba tranquila y que nada de eso me afectaba.

—¿Qué te pasa? —Me recorrió el brazo con los dedos—. Estás nerviosa.

—No me pasa nada. Estoy bien —mentí, y el temblor de mi voz me delató—. Estoy… tranquila. —No estaba para nada tranquila.

Aaron deslizó los dedos por mi piel una vez más mientras yo seguía dándole la espalda. Sentía que estaba esperando algo y, cuando el silencio se alargó, suspiró.

—Dormiré en el suelo.

Parecía afligido, así que decidí girarme. Se estaba alejando, así que tuve que estirarme para cogerlo por la muñeca. Podía sentir su pulso contra mi piel.

—No —susurré—. Ya te he dicho que no es necesario. Dormiremos en la cama. Los dos. —Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta—. No es eso lo que me preocupa.

Eso no era del todo mentira. Sabía que Aaron dormiría con medio cuerpo colgando de la cama si creía que estaba incómoda, aunque solo fuera un poco. Estaría dispuesto a dormir en el suelo si se lo permitía.

—Es solo que… —Sacudí la cabeza, sin saber cómo acabar la frase. No me atrevía.

«No me asusta compartir cama», es lo que quería decirle. «Me doy miedo yo y todo lo que me pasa por la cabeza y el estúpido órgano que tengo en el centro del pecho… Eso es lo que me aterra: este jueguecito que amenaza con destruir todo lo que creía conocer».

Ni siquiera había pasado un día desde que habíamos aterrizado en España y sentía que mi relación con Aaron había cambiado más en esas veinte horas que en los últimos dos años y medio. ¿Cómo había pasado?

—Dime qué piensas; puedes confiar en mí. —Levantó la mano libre y me acunó la cara con ella—. Déjame demostrarte que puedes confiar en mí.

Oh, Dios mío, quería dejar que lo hiciera. Más que nada en el mundo. Pero era como saltar de un precipicio. Audaz. Demasiado temerario. Me paralizaba.

Nos miramos fijamente y pensé que, si me lo permitía, podría ahogarme en esos ojos azules. Lo que solo alimentó mi miedo. Lejos había quedado el témpano de hielo en el que pensaba minutos

atrás. Ese simple gesto (su tibia mano en mi mejilla) hizo que me derritiera. Me redujo a agua. Tenía ese poder sobre mí.

—No sé cómo. —Apoyé la cara contra su palma. Solo un segundo. Eso era todo lo que me permitía.

Después, dejé de sentir sus manos encima de mí y cogió la ropa que todavía sostenía bajo el brazo. La dejó en algún sitio. El suelo, el armario, la cama; ni lo sabía ni me importaba. No cuando una emoción muy particular se había instalado en su mirada: la determinación.

Sabía que iba a demostrarme que podía confiar en él. Que podía saltar, que no iba a pasar nada. Que no dejaría que me ahogara. Algo cambió en el aire. Algo espeso y sofocante se instaló en la atmósfera del pequeño dormitorio.

—Cierra los ojos —pidió. En realidad, no me lo pidió. Eso daba igual porque mis párpados se cerraron de inmediato.

Por primera vez en la vida, hice exactamente lo que Aaron dijo, sin rechistar. Ningún hueso de mi cuerpo se resistía a seguir sus indicaciones. Quería saber a dónde nos llevaría todo esto. Quería quitarme de encima el peso de tener que responder sus preguntas.

Con los ojos cerrados, sentí cómo caminaba hacia mí. Su cercanía era como una manta tibia en la que quería acurrucarme. Los segundos pasaban lentamente mientras esperaba y todos mis sentidos se agudizaban. Podía escuchar mi respiración, pesada; cómo me subía y bajaba el pecho; cómo la sangre viajaba por todo mi cuerpo y llegaba a las sienes con una intensidad cada vez mayor. Podía sentir el calor que irradiaba del cuerpo de Aaron, en olas que parecían estar en perfecta sincronía con el latido de mi corazón.

El silencio llenó el espacio que había entre nosotros mientras yo seguía esperando. Desde la oscuridad que me había tragado, esperaba sus palabras, sus caricias y sus próximos movimientos como nunca había esperado nada en mi vida. Iba a perder el control si no continuaba esa primera frase. Odiaba y saboreaba al mismo tiempo cada segundo que me separaba de lo que estaba por venir.

—Una vez te dije que tenía paciencia. —Sentí su respiración en mi sien, y eso me disparó una ola de sentimientos por la nuca—. Que no me asustaba tener que esforzarme por lo que quería.

Más cerca. Estaba mucho más cerca de lo que pensaba. Su cercanía me erizaba la piel, aunque ninguna parte de nuestros

cuerpos se tocaba. Yo podía remediarlo. Solo tenía que levantar una mano y acariciar esos labios que tenía tan cerca de la oreja. O empujarlo y acabar con esta tortura. Pero continuó:

—Quizá no fui del todo sincero.

No hice ninguna de las dos cosas. Mi mano no lo acarició ni lo alejó. En su lugar, dejé que la expectativa me inundara la sangre. Dejé la decisión en sus manos. Y, como si pudiera leerme como un libro abierto, hizo exactamente lo que necesitaba.

Sus labios, por fin, rozaron la piel de detrás de mi oreja, desencadenando una ola de escalofríos que me recorrió todo el cuerpo, sin olvidarse de un solo centímetro de piel.

—Se me está haciendo difícil esperar. —Otra vez sus labios en el mismo lugar—. Vas a volverme loco. —Lanzó una risita sofocada. El aire que soltó me acarició la piel y me produjo un cosquilleo. Sentí como se acercaba un poco más y mi corazón se aceleró—. Pero soy un hombre de palabra. —Dejé de respirar cuando sus labios volvieron a tocar mi cuello, y esta vez se quedaron unos segundos más. Sus dedos subieron hasta acunarme la cara. Como antes—. ¿Quieres que me aleje? —Me acarició la mandíbula con el pulgar, muy despacio. Con la boca abierta, solo conseguí negar débilmente con la cabeza. Aaron soltó un gemido de aprobación que me provocó sensaciones locas y peligrosas en el estómago—. Entonces quieres que te toque. —Sí. Oh, por Dios, más que nada en el mundo. Pero…—. Bien.

Sus dedos soltaron mi cuello poco a poco y se deslizaron hasta el escote de mi camiseta de dormir, llevándose consigo todos mis pensamientos racionales. Pero en algún lugar de mi cabeza, había una advertencia. Algo que tenía que recordar.

—Aaron —susurré. El contacto de su piel contra la mía era tan suave, tan delicado, que no podía creer que tuviera el poder de hacerme perder la cabeza de este modo. De encender algo en mi interior. Lo había demostrado en la gala de beneficencia—. Aaron. —Repetí. Sus dedos se detuvieron y se despegaron de mi piel a la altura de las clavículas. Los extrañé de inmediato—. ¿Qué estamos haciendo? —pregunté, sonaba desesperada.

Dejé salir el aire de mis pulmones lentamente, echando de menos el modo en que me había sentido un segundo atrás. Pero esto era importante. Tenía que decir algo para sentirme más segura. Para

que todo tuviera sentido. O iba a hundirme. Lo sabía.

—¿Estamos…? ¿Seguimos fingiendo? —Tragué. Me odiaba por lo que estaba diciendo, pero no pude evitarlo—. ¿Es solo para practicar?

Una voz en mi cabeza me gritó que me callara, que no arruinara el momento y que me permitiera tomar todo lo que Aaron estuviera dispuesto a darme. Pero para ser sinceros, estaba aterrada. En lo más profundo de mi ser, estaba temblando. Había miedo debajo de todas las formas en que mi cuerpo seguía reaccionando con cada contacto y cada palabra, deseando más y más.

Sentí el suspiro de Aaron sobre la piel y quise estirarme y sujetarlo antes de que se alejara. Probablemente lo había arruinado todo. Pero no se alejó.

—¿Eso te haría sentir mejor? Seguiré fingiendo un rato más si eso es lo que necesitas.

—Sí. —La palabra salió demasiado rápido de mis labios.

Sabía que iba a arrepentirme de haberlo dicho, seguramente más pronto que tarde. Este era un juego peligroso, pero en ese momento, lo único que me importaba era la burbuja de seguridad que había creado a nuestro alrededor. El salvavidas que le había rogado que me tirara y al que me estaba aferrando con uñas y dientes. Si analizaba demasiado las palabras de Aaron, iba a abrir los ojos, mi cerebro volvería a funcionar y nuestras bocas solo se concentrarían en hablar.

Sus labios volvieron a caer sobre mi piel para continuar lo que habían puesto en pausa. Deslizó la boca por mi mandíbula, mi corazón volvió a la vida, aunque ni siquiera me había dado cuenta de que había dejado de latir sin sus caricias.

—No creo que sea capaz de negarte nada de lo que me pidas, Catalina —dijo antes de darme un beso en el cuello que casi me arranca un gemido. Seguro que se me agitaron los párpados, porque Aaron volvió a hablar—. No. Todavía no los abras. —Y no lo hice. No podía. Aaron tenía el control absoluto de mi cuerpo—. Muy bien. Déjalos cerrados. —Me dio otro beso como premio—. Jugaremos un poco más. —El estómago me dio un vuelco—. Para practicar, claro —dijo, y la mano que tenía en mi nuca empezó a bajar más, más y más por la ropa, hasta que se detuvo en mi cintura, dejando un rastro de fuego detrás.

La cabeza me daba vueltas.

—Puedo enseñarte exactamente cómo sería. —Arrugó la tela de mi camiseta en un puño, como si se estuviera conteniendo. Después la soltó y devolvió la mano a mi cintura—. Si de verdad fueras mía, haría esto todo el tiempo. —Me sujetó la cadera y me empujó hacia él. Caliente… Estaba tan caliente y duro que me quemaba la piel a pesar de las capas de tela que nos separaban—. Si fueras mía, me lo pedirías. —Después, muy despacio, redujo la distancia que nos separaba. Juntó nuestros cuerpos con tanta suavidad y a un ritmo tan perfecto que le di las gracias y lo maldije al mismo tiempo—. Lo recibirías con los brazos abiertos. Lo desearías.

¿Acaso no era lo que estaba pasando? Antes de que pudiera ahondar en el tema, Aaron movió su enorme cuerpo y mi espalda quedó completamente apoyada en una superficie dura. La recorrí con la mano, ausente. El armario. Me había arrinconado contra lo que parecía ser la puerta del armario. Y yo no sabía cómo había acabado ahí. No del todo. Pero la presión que ejercía contra mí era deliciosa y me protegía del resto del mundo. Me mantenía con los pies en la tierra y me hacía flotar al mismo tiempo. Así que no me importaba. Mi cuerpo imploraba que me tocara aún más. Se estremecía ante la anticipación.

—Si fuera tuyo, no podría vivir sin tocarte. —Sus palabras hicieron que algo se me estrujara en el pecho—. No podría estar más que un par de minutos sin hacer esto —agregó mientras me apretaba la cintura y deslizaba un pulgar debajo de mi camiseta, dejándome sin aliento—. O algo así. —Aaron se acercó todavía más y presionó su cadera contra mí.

Se me escapó un gemido. El pulgar rebelde que había metido debajo de la tela de mi camiseta se desplazó unos centímetros hacia el costado. Dejé salir una exhalación temblorosa. No era capaz de nada más. Apenas podía respirar, no sabía cómo sobrevivir hasta la siguiente caricia. Sentía cada nervio de mi cuerpo como si estuviera a punto de prenderse fuego. La sangre hervía y quemaba cada vena y cada órgano a su paso. Todo quemaba.

Seguramente había vuelto a gemir, porque Aaron me premió con otro beso, esta vez en la sien. Después, sus labios bajaron, dejando un rastro de aire cálido y tentador.

Su boca se detuvo en mis párpados, que seguían cerrados. No

era un beso, sino más bien una caricia. Y, Dios, era tan dulce, tan jodidamente tierna, que me dieron ganas de llorar.

Siguió bajando, se detuvo en mi nariz y repitió la caricia. Después lo hizo en la mejilla izquierda. La mejilla derecha. La barbilla. Aaron iba dejando besos suaves y yo iba perdiendo la cordura.

Era pura necesidad lo que recorría mi cuerpo con cada centímetro de piel que tocaban sus labios. Y, cuando llegó a la comisura, sentí que iba a explotar si no me tocaba allí también. Si no apoyaba sus labios sobre los míos y me besaba.

Sentí suspirar a ese cuerpo grande y masculino que tenía presionado contra mí. Acabando con la moderación, levanté una mano y la apoyé en su brazo, que estaba apoyado contra el armario, justo al lado de mi cabeza. Como pude, intenté tomar el control de sus bíceps, envolviéndolos con los dedos. Sentí la piel tersa y caliente. Todo firme y sólido bajo mi mano. Y me pregunté si se estaba conteniendo, si estaba luchando por no rodearme con los brazos y levantarme en el aire. Quizá apretarme con más fuerza contra su cuerpo. O hacer más que solo dejar besos leves y caricias.

No estaba segura de si lo que necesitaba era aliento, así que, por las dudas, le apreté el brazo con más fuerza. Enterré las uñas en su piel.

Un sonido ronco y profundo salió de la boca de Aaron y aterrizó entre mis piernas, justo donde se había acumulado la necesidad creciente. Me enganché a su brazo con más firmeza y, sin pensarlo, mi cuerpo se arqueó hacia él; no iba a resistir mucho más. Estaba muy cerca de rogar, y lo haría si era necesario. Aaron respondió acercándose más. Me apretó un poco más fuerte. Podía sentirlo vibrar contra mi vientre.

—Lina. —Dijo mi nombre como si fuera una plegaria. O una advertencia. No estaba segura—. Voy a besarte.

Sus palabras cayeron sobre mis labios, cerca, muy cerca. No me quedó otra opción que aumentar la presión que ejercía contra su brazo para no derretirme ahí mismo, para no desintegrarme y desaparecer antes de poder tocarlo. Y quería tocarlo con todas mis fuerzas. Su cuello, sus labios, su mandíbula, la pequeña arruga entre sus cejas… todo. Quería enterrar los dedos en su pelo oscuro y bajarlos hasta su pecho, y seguir bajando hasta sus gruesos muslos.

Quería que Aaron cumpliera su promesa. Quería que me besara.

Otra breve caricia de sus labios, esta vez contra los míos. Suaves, gruesos, dulces, como miel corriendo por mi boca. Quería… No, necesitaba… más.

—Por favor, Aar…

En algún lugar, una puerta se cerró de golpe, arrancándome el ruego de los labios. La boca de Aaron se despegó de la mía antes de que pudiera probarlo como me hubiese gustado.

Abrí los ojos.

Lo primero que vi fue a un hombre a punto de perder el control. Tenía la mirada confundida y nublada por la misma necesidad que corría por mis venas.

Su frente cayó sobre la mía y vi como el pecho luchaba por empujar el aire dentro y fuera de sus pulmones. Igual que el mío. Seguimos en silencio un buen rato, rodeados solo por el sonido de nuestras respiraciones desatadas y salvajes.

—Me has llamado Lina. —De todo lo que acababa de pasar, eso fue lo que eligió mi cerebro confundido—. Nunca me llamas así. Solo lo has hecho una vez.

Aaron negó con la cabeza, que todavía descansaba contra la mía. Muy poco. Y luego escuché una risa entre dientes que me hizo sonreír. Hasta que la parte de mi cerebro a cargo del razonamiento lógico resucitó y borró la sonrisa.

«Mierda. Casi nos besamos».

Aaron me había advertido de que iba a besarme y casi lo hace. El hombre que me arrinconaba contra un armario con los brazos, y todo el cuerpo, acababa de torturarme con la boca, las yemas de los dedos, había estado a punto de besarme. Después de llamarme Lina. Pero…

—Oh, por Dios —susurré—. ¿Qué ha sido ese sonido?

Aaron levantó un poco la cabeza, solo lo suficiente como para que pudiera ver el modo en que sus ojos recorrían mi cara, centrándose en todos los lugares que acababa de acariciar con los labios, como si no pudiera decidirse por uno. Finalmente se detuvo en mis labios y algo parecido al dolor le atravesó la expresión.

—Espero que tu prima. —Charo. Por supuesto. Eso… tenía sentido. Aaron se fue tranquilizando hasta que su expresión volvió a la normalidad—. Voy a ver —anunció antes de despegarse de mí.

Mi cuerpo sintió la pérdida casi de inmediato, se quedó frío y desequilibrado sin él. Intentando recuperar la fuerza, me limité a seguir el camino de Aaron hacia la puerta, algo entumecida y abrumada. Se giró para mirarme antes de abrirla.

—Catalina. —Ahí estaba otra vez. No Lina, sino Catalina—. Me alegro de no haberte besado.

Se me paró el corazón.

—¿Por qué? —pregunté con un susurro tembloroso.

—Porque, cuando por fin lo haga, no tendrá nada que ver con una farsa. No voy a demostrarte lo que haría si fueses mía. Te mostraré cómo es. No voy a estar actuando, sabrás que soy todo tuyo. —Hizo otra pausa y juro que pude ver cómo se reprimía. Como si se estuviera conteniendo para no saltarme encima y volver a la posición en la que estábamos—. Cuando por fin te bese, no te quedará ninguna duda de que es real.

Capítulo 20

EN EL MOMENTO EN QUE abrí los ojos ante la gloriosa oscuridad que solo puede ofrecer un país con persianas, supe que no estaba en mi cama.

Para empezar, estaba acostumbraba a despertarme con los rayos del sol. Después, la superficie sobre la que estaba acostada era diferente: más blanda que la de mi cama. Lo mismo pasaba con la almohada, demasiado plana y baja.

Pero lo que realmente me indicaba que esta no era mi casa (que no estaba en mi piso de Brooklyn) era el peso muerto que tenía sobre la cintura. Era pesado y tibio, como un miembro desproporcionadamente grande, que sabía que era imposible que fuera mío.

El dolor de cabeza tampoco me ayudaba a entender quién era el responsable de esta prisión en la que me encontraba. O por qué no estaba en la comodidad de mi cama, rodando por el colchón que valía cada uno de los centavos que había costado.

Parpadeé para acostumbrarme a la oscuridad mientras me apartaba algunos mechones de la cara. Intenté descubrir qué se escondía detrás del peso sobre mi cintura.

Un brazo. Como sospechaba. Tenía algo de vello oscuro y estaba lleno de músculos. Así que mío no era. Recorrí con los ojos esa larga

extremidad hasta llegar al hombro muy masculino al que estaba adherida. Un hombro que llevaba a un cuello musculoso que terminaba en una cabeza que…

Mierda.

El dueño del cuerpo que había estado analizando en la oscuridad se movió. Me paralicé. Deslizó un poco el brazo y metió las manos debajo de mi camiseta. Los cinco dedos contra mi piel. Me quedé sin respiración.

«Ni se te ocurra moverte, Catalina», me ordené. Pero era difícil no hacerlo con el calor que irradiaban esos dedos y el cosquilleo que me provocaban en todo el cuerpo. Apenas había dos centímetros entre Aaron y yo.

Aaron. Anoche.

Las imágenes me fueron llegando una a una, como bombas estallándome en la mente.

No, no, no, no.

Los dedos me volvieron a acariciar la piel y el hombre que dormía a mi lado hizo un sonido ronco y profundo.

Un sueño. Seguro que todo había sido un sueño, no podía ser que hubiéramos estado a punto de besarnos. Era una locura. Era…

A toda velocidad, lo sucedido la noche anterior se aclaró. Todo volvió a mi memoria, reproduciéndose detrás de los párpados y haciéndome revivir hasta el último detalle. Todas y cada una de las imágenes, fragmentos y recuerdos volvieron a pasar por mi mente a una velocidad dolorosamente lenta.

La sidra. La historia de Aaron sobre cómo habíamos empezado a salir. Cómo no me quitó los ojos de encima en toda la noche. Nosotros bailando en el centro de una disco con baldosas pegajosas, perdidos en el mar de cuerpos. Yo poniéndome como loca. Aaron sentado a mi lado en la acera, cuidándome, contándome su pasado. Abriéndose y compartiendo una parte de su historia conmigo. Aaron apoyándome contra el armario. Mi cuerpo volviendo a la vida (incendiándose) con todas las caricias de sus labios y sus dedos.

Lina. Aaron me había llamado «Lina». Justo antes de apoyar sus labios en los míos. Estuvimos a punto de besarnos. No. Casi le ruego a Aaron que me bese. Y hubiera hecho mucho más que eso.

«Cuando por fin te bese, no te quedará ninguna duda de que es real», dijo antes de ir a asegurarse de que era Charo quien había

pinchado nuestra burbuja de locura. Yo me tumbé encima de la cama y perdí el conocimiento de inmediato.

«*Mierda, mierda. Mierda, joder*». Necesitaba levantarme de la cama. Necesitaba tiempo para pensar, para procesarlo. Lejos de Aaron. Antes de hacer algo estúpido. O imprudente. Como casi besarlo.

Un gemido grave me trepó por la garganta y no me quedó otra opción que amortiguar el sonido con la mano. El movimiento brusco hizo que el colchón se moviera.

Mierda.

Aaron se estiró a mi lado.

«Por favor no te despiertes. Por favor, universo. Dios. Quien sea. Necesito un par de minutos para recuperar la compostura».

Volvió a acomodarse y su respiración siguió profunda y constante. Moví la mano a su posición inicial (jodidamente lento) y agradecí al universo por escucharme. Prometí que lo compensaría. Juré que, la próxima vez que viniera a España, iría a misa con la abuela.

Estaba siendo una gallina total, pero quería tener unos minutos para mí. Para ordenar todo lo que me daba vueltas por la mente. Para estar en paz con todo y seguir como si nada hubiera pasado. Y también para conseguir un analgésico que me ayudara con el latido de la cabeza. Un café me servía.

El primer paso era salir de esta maldita cama de una vez (y escapar del brazo al que me había aferrado como si me fuera la vida en ello hacía solo unas horas), tan rápido y en silencio como pudiera antes de que Aaron abriera los ojos y me encontrara entrando en pánico.

Le levanté el brazo con tanta delicadeza como pude y me giré hacia un lado, hasta el borde de la cama, y volví a apoyar ese cúmulo de músculos sobre el edredón. Aaron se movió, se tumbó de espaldas, levantó el brazo con el que me había estado abrazando y se lo puso debajo de la cabeza. Esa posición hacía que se le flexionaran los bíceps y parecieran más grandes, apetecibles y…

Por Dios, Catalina.

Aparté la mirada del hombre que estaba tumbado en la cama y atravesé la habitación de puntillas. Salí y cerré la puerta a mi espalda. Apoyé la cabeza sobre la superficie de madera y entorné

los ojos.

—Vaya, vaya. Mira quién ha amanecido. —Una voz aguda me dio la bienvenida desde la cocina—. Buenos días, prima.

Se me heló la sangre. No me daban ni un respiro.

Me esforcé por sonreír.

—Hola, Charo. Buenos días —la saludé, enderecé la espalda e intenté no parecer alguien que acababa de escaparse de una habitación.

Fui a la cocina con paso ligero y casual. Pasé por al lado de mi prima, que seguía ahí sin moverse, estudiando cada uno de mis movimientos. Me puse a abrir los cajones y armarios en busca de granos de café para proveer a mi cerebro de cafeína antes de que Charo empezara con el interrogatorio. O Aaron se despertara y tuviera que enfrentarme a él.

—He dejado una cafetera preparada —intervino Charo. Me había preparado café. Eso solo podía significar una cosa: tramaba algo—. Está ahí, mujer. En la encimera. —Seguí dándole la espalda mientras murmuraba un agradecimiento y me disponía a servir esa gloriosa sustancia oscura. Para el disgusto de mi cabeza resacosa (pero para sorpresa de nadie), continuó con el monólogo antes de que pudiera darle un sorbo—. Hay suficiente para ti y para tu novio —comentó—. Imagino que no tardará en despertarse, ¿no? Oye, si quieres ir a llamarle para que no se enfríe el café… —continuó. Si insistía tanto era porque tenía algo entre manos. Por mí, el café podía congelarse, pero no iba a volver a entrar en ese dormitorio ni de coña—. Menuda sensación ha causado en la familia. Tu madre no podía parar de…

Y luego procedió a contarme cuándo, cómo y cuánto se había hablado de mi (falso) novio, Aaron, en las cortas veinticuatro horas que llevaba en el país, que era muchísimo para el poco tiempo que había transcurrido.

Era el ejemplo perfecto del peligro que implicaba compartir piso con Charo. No tenía ningún tipo de filtro ni respeto por la privacidad. Me impresionaba bastante que no se hubiera colado en nuestra habitación para sacar a Aaron de la cama a la fuerza y poder seguir con su análisis.

—Y justo como le dije a tu madre, llegará un día en el que Lina tendrá que superar lo de Daniel. Si no, se va a quedar para vestir

santos y… —El parloteo de Charo inundaba la habitación y yo solo podía asentir, ausente.

Jesús, mi prima acababa de usar la expresión española que más odiaba. La que me habían dicho muchas veces, fuerte y claro: «Se va a quedar para vestir santos», lo que significaba que iba a quedarme soltera y dedicarme a Dios durante el resto de mi vida.

Completamente indefensa, sola con mi prima, ya no estaba tan segura de si era una bendición o un castigo que Aaron siguiera durmiendo. El día anterior, cuando se enfrentó a Charo, mi hermana, Daniel y todos los demás conmigo, para mi sorpresa, había sido mucho más fácil que sin él.

Ahora me daba cuenta de que, por más que lo hubiera traído a España con ese objetivo, jamás me imaginé que fuese a funcionar tan bien. Ni que fuéramos a convertirnos en un equipo, que me daría fuerza (aunque la usara para mentirle a mi familia) o que me haría sentir que ya no estaba sola.

Y la parte más aterradora de todo esto era que los límites de nuestro acuerdo empezaban a difuminarse. En apenas un día. La prueba de ello era lo que había pasado por la noche. Casi nos besamos.

Eso iba más allá de un trato, de practicar o actuar.

Locura. Era una locura, pero también era verdad. Era lo suficientemente honesta conmigo misma como para admitirlo. Pero eso no significaba que fuera lo suficientemente valiente como para reconocerlo en voz alta. Seguía siendo la cobarde que se había escabullido de la habitación antes de tener esa conversación. Y lo volvería a hacer.

Aaron iba a convertirse en mi jefe, y eso lo cambiaría todo. Tenerlo allí (en España, en mi país natal, yendo a la boda de mi hermana como mi cita) ya era bastante peligroso. Solo con pensar en que alguien del trabajo podría enterarse, me dio un escalofrío. No tenía nada que ver con ninguna política de la empresa ni con una manía mía. Ya había salido con alguien con una posición superior a la mía, una relación en la que yo no era la autoridad. ¿Y dónde me había llevado eso? A ser la única que tuvo que lidiar con las malas lenguas que no se lo pensaron dos veces antes de estigmatizarme a mí y a todo lo que había conseguido con mucho esfuerzo. ¿Para qué? ¿Para reírse un rato? ¿Para señalarme? ¿Para

mirarme desde arriba y sentirse mejores?

La historia podía repetirse y, esta vez, todo iba a ser culpa mía. Iba a ser yo la que tropezara dos veces con la misma piedra. Esta vez, también pondría en riesgo mi carrera; no solo el respeto en el trabajo, sino también mi reputación como mujer o mi vida social. Y todo iba a ser culpa mía.

Le di otro sorbo al café, intentando disipar esos pensamientos. Lo que sea que creyera que estaba pasando… no iba a ser. Nada. Porque no podía. No sería. Y, de cualquier modo, todo era una mentira.

Como un demonio invocado por Charo (que no paraba de hablar de él) o por mí (que no paraba de pensar en él), Aaron se materializó en la cocina. Sus ojos encontraron los míos de inmediato, como si fueran lo único que había entre estas cuatro paredes.

Dejé la taza congelada en el aire. Me quedé boquiabierta. Mi mirada quería devorar cada parte de él. ¿Cómo no iba a hacerlo? La camiseta que le cubría el pecho no hacía un gran trabajo para ocultar un cuerpo que, ahora sabía, había trabajado durante años. Décadas. Los pantalones de pijama seguían colgando de sus caderas. Muy tentadores. Me hacían pensar en cómo había presionado esas caderas contra mí con una delicadeza dolorosa.

Pero fue su expresión lo que reinició (no, mejor dicho, reavivó) las mariposas de mi estómago. Tenía los rasgos arrugados por el sueño, relajados, y el pelo adorablemente despeinado. Pero en sus ojos… no había rastro de cansancio; contaban una historia completamente diferente. Una que sentía que era bastante similar a la que daba vueltas en mi cabeza. Y eso solo incitó a las mariposas a levantar vuelo y dispersarse por todo mi cuerpo.

Alejé la mirada antes de que mirarlo tan fijamente y soñar despierta me provocara daño cerebral y obligué a mis pulmones a que se llenaran del oxígeno que mi cuerpo necesitaba en ese momento.

—¡Ay! —El chillido de Charo me hizo estremecer—. ¡Mira quién está ahí! Buenos días, Aaron. Justo estábamos hablando de ti. —Lo miré de reojo y vi como abría mucho los ojos.

—Buenos días —dijo en voz alta, parecía sorprendido. Era adorable. Pero me sorprendía que no hubiera visto el pelo rojo de

Charo como un faro en la distancia—. Espero que estuvierais diciendo cosas buenas —dijo con una sonrisita torcida y juguetona.

—Claro, claro. —Charo agitó una mano—. Te estábamos esperando. Apuesto a que Lina te echaba de menos. —Enderecé la espalda y Aaron giró despacio la cabeza en mi dirección. «Maldita seas, Charo». Curvé los labios en una sonrisa apretada que tapé con la taza—. Hay café recién hecho —continuó mi prima—. ¿Lo tomas solo o quieres leche? ¿Azúcar? ¿Blanco o moreno? O quizá no quieres café. Lina no ha dicho nada, así que supongo que sí que te gusta. Pero si no quieres, no pasa nada, por supuesto. No te obligaré a beber café. —Aaron pestañeó, parecía un poco perdido.

—Te conviene servirte una taza —murmuré. Mi falso novio se aclaró la garganta y caminó en dirección a la cafetera.

—Creo… Voy a servirme una taza. Gracias, Charo. —Ella le dedicó una sonrisa de satisfacción. Aaron se sirvió café y, antes de que pudiera terminar de llenar la taza, Charo volvió a hablar.

—¿Os divertisteis anoche, *parejita*? —Mi prima cantó esa última palabra. Puse los ojos en blanco—. Me hubiese encantado ir, pero ya no tengo edad para estas cosas. Espero que vuestra cama siga en pie después de ver cómo quedó la otra. Aunque supongo que, si hubiera ocurrido, lo habría escuchado. Las paredes son muuuuy finas. —Nos guiñó un ojo. De reojo, vi que Aaron le respondía con el mismo gesto. No podía culparlo. Yo también le guiñé un ojo—. Sea como sea —continuó mi prima—, llegasteis muy tarde, os escuché.

—Sí. Disculpa. —Mi mirada siguió a Aaron, que caminó decididamente hacia mí y se sentó en uno de los tres taburetes de la barra de desayuno. Justo a mi lado.

—Ay, no, no te preocupes. —Escuché a mi prima, pero yo no podía despegar la mirada de los movimientos de mi falso novio—. No me molestó. De hecho, me alegró saber que habíais vuelto sanos y salvos.

Aaron acercó su taburete y su perfume me golpeó con la fuerza de un camión, llevándome de vuelta a la noche anterior, cuando me había sumergido en él por completo. Batí las pestañas y tuve que alejar la mirada.

—Oh, de acuerdo. Bien. Eso es bueno —dije, ausente, mientras sentía como me ponía roja.

—De todos modos, me desperté un par de veces más a lo largo de la noche. Tengo el sueño muy ligero. —La voz de Charo se desvaneció mientras procesaba el hecho de tener el cuerpo de Aaron al alcance de la mano—. Así que, si habéis escuchado ruidos raros, era yo caminando por el piso. —Lanzó una carcajada—. Con un poco de suerte, no te veré desnudo ni nada por el estilo.

Desnudo. Aaron desnudo. De solo imaginarlo, la mente me hizo un cortocircuito que me eyectó del taburete como si se hubiera prendido fuego. Espacio. Aire. Necesitaba… algo. Cualquier cosa.

Las dimensiones de la cocina no me permitían irme muy lejos, así que abrí un par de armarios y me aseguré de darle la espalda a Aaron hasta que la sangre que me había subido a las mejillas volviera a su lugar de origen. Me abaniqué con una de las puertas. Bien, bien. Mejor.

Necesitaba una excusa para la forma poco elegante en la que me había levantado del taburete, por lo que cogí un paquete de galletas con pepitas de chocolate.

—Entonces, cuéntamelo todo, Aaron. —Escuché que decía Charo a mis espaldas mientras abría el paquete—. ¿Qué opinas de nuestro pueblecito? Estoy segura de que no se parece en nada a Nueva York. No tenemos rascacielos ni nada de eso, pero hay muchos lugares para visitar. Naturaleza, playas preciosas. La costa es maravillosa. Y puedes hacer muchas cosas. —Hizo una pausa y cogí una galleta del paquete—. Por cierto, ¿cuántos días os quedaréis, chicos? He escuchado que solo hasta la boda. ¡Es una lástima! Deberíais cogeros vacaciones y… —El timbre interrumpió a Charo—. Oh, voy yo —anunció enseguida mi prima, y salió de la cocina.

Entrecerré los ojos mientras me preguntaba si esperábamos a alguien. Un brazo (que, a estas alturas, estaba empezando a conocer muy bien) me sorprendió al deslizarse por mi cintura y empujarme hacia atrás.

Aterricé en algo duro y cálido, aunque inmediatamente me amoldé a la superficie. El regazo de Aaron. Su respiración acarició el puente de mi oreja.

—No me has dado los buenos días. —Mi espalda se tensó al recordar mi triste escabullida.

—Casi me haces tirar la galleta, señor Robot. —Era tan extraño

llamarlo así, como había hecho tantas veces en el pasado. Como si todo eso perteneciera a una vida pasada. A dos personas diferentes. La risa de Aaron me hizo cosquillas en el cuello.

—Sería incapaz. No me atrevería a hacer una cosa así. —Sus brazos me apretaron con más fuerza y tuve que contenerme para no abrazarlo.

—¿Qué haces? —susurré. Charo podía volver en cualquier momento.

—Me sentía solo —admitió en voz baja, e hizo que mi mente saliese disparada a lo que no me estaba diciendo. Estúpida. Tenía que dejar de ser tan estúpida—. Y si me voy a seguir sometiendo a este interrogatorio, lo menos que puedes hacer es acompañarme. Además, me debes una charla.

—Estaba justo ahí. —Mi voz sonó estrangulada—. Y ahora Charo no está.

Emitió un sonido que atravesó la parte baja de mi vientre.

—Pero volverá. Sabes que me gusta estar bien preparado.

Vaya sí lo sabía. Lo conocía bastante bien, ahora que lo pensaba. Y entonces, con ese pensamiento flotando en mi mente, la cabeza de Charo apareció en mi campo de visión. Puso unos ojos como platos y sonrió. *Jesús*.

—Ah, ¡miraos! Ay, Dios mío. Sois adorables. —Sentí como Aaron se sacudía de la risa.

—¿Ves? —me susurró en el oído.

No, francamente, no veía una mierda. No podía concentrarme en nada mientras siguiera en el regazo de Aaron. Abrí la boca, pero las palabras murieron cuando otra persona apareció en la cocina. Charo se giró en dirección a esa segunda persona, que tenía el mismo tono rojizo de pelo.

—¿No ves, mamá? Te lo dije.

—¿Tía Carmen? —balbuceé—. ¿Qué haces aquí? —La madre de Charo, que era una versión más vieja y regordeta de mi prima, me señaló con un dedo.

—Venir a saludarte, tonta. —¿Había venido solo a saludar? Lo dudaba. Iba a verme en la boda.

Mis ojos se dispararon hacia Charo, que tenía la palabra «culpable» escrita en la frente. Intentó disimular, como si buscase algo en un armario. Aaron se movió debajo de mí, con las piernas

flexionadas y la mano firme en mi cintura, como si…

Guau.

Se levantó.

—No nos han presentado —le dijo a mi tía. Se acercó hacia ella, logrando, de algún modo, mantenerme junto a él—. No te dejaré escapar tan fácilmente —me susurró en el oído. «¿Qué…?»—. Soy Aaron. Encantado —dijo en voz alta mientras me seguía sujetando contra él.

Así que iba a llevarme en brazos hasta que habláramos. De lo que pasó anoche. De que casi nos besamos. Giré la cabeza hacia atrás y entrecerré los ojos.

—No, no, no —gritó la tía Carmen, deteniendo el avance de Aaron—. Siéntate, cariño. Nada de formalidades. Somos familia.

Aaron obedeció, ocupando el taburete otra vez. Charo, que había estado deambulando por la cocina durante el intercambio con mi tía, apoyó una bandeja en la barra. Contenía fruta, cereales, nueces, una tabla con distintos tipos de quesos, embutidos y algunas rebanadas de pan. Puse unos ojos como platos mientras me preguntaba cuándo y cómo había llegado todo eso al apartamento.

—Ayer fui a comprar —explicó mi prima. Levanté una ceja y la miré fijamente. Eso requería planificación—. ¿Ya has probado el jamón, Aaron? —preguntó, ignorando mi mirada.

—Sí. Es delicioso, pero…

—¿Y el chorizo? Este es muy bueno —dijo la tía Carmen, inclinada sobre la mesa.

—Toma —dijo mi prima sin esperar su respuesta mientras le acercaba un pequeño plato con los dos manjares españoles—. Pruébalo. Siempre compro el mejor.

Mi falso novio le dio las gracias mientras miraba fijamente el plato y se preguntaba si alguna vez escuchaban a la gente cuando les hablaba. Me dio pena, así que le di unas palmadas en el antebrazo, que seguía enroscado en mi cintura.

—¿Y qué intenciones tiene este chico con nuestra Linita? —le preguntó la tía Carmen a mi prima mientras cogía una rebanada de pan. Mi mandíbula se desplomó. Charo pareció meditarlo.

—No lo sé, mamá. —Miró fijamente al hombre que tenía detrás (o, mejor dicho, debajo)—. Aaron, ¿cuáles son tus intenciones con Lina? ¿No estás jugando, no? ¿Qué opinas del matrimonio? Porque

Lina está a punto de cumplir los treinta y…

—Charo —la interrumpí—. Ya basta —siseé—. Y solo tengo veintiocho. Jesús. —Aaron se rio debajo de mí.

—El matrimonio es una de mis instituciones favoritas. Siempre he querido casarme. —Se me cortó la respiración y me quedé boquiabierta—. Quiero tener muchos hijos. Y un perro. —Tragué con esfuerzo e intenté disimular la sorpresa. Tenía que controlar mi mente, que no paraba de crear imágenes edulcoradas a partir de las palabras de Aaron. «Nada de esto es verdad. Solo está diciendo lo que mi familia quiere oír». Entonces le puso a la guinda al pastel—: Nos encantan los perros, ¿verdad, *bollito*?

—Sí —respondí, débil, mientras intentaba recoger mi mandíbula del suelo. Entonces negué con la cabeza y conseguí recuperar la compostura—. Por eso tendremos muchos perros en lugar de niños. —Su risa me hizo cosquillas en la oreja—. Pero tenemos tiempo para ponernos de acuerdo —dije entre dientes, con una sonrisa falsa.

—¡Ay, qué bien! Perros, bebés, amor verdadero. Justo antes de que seas demasiado vieja. —Charo aplaudió y la fulminé con la mirada—. Mujer, no te pongas así —dijo—. ¿Has probado el jamón, Aaron? Si te casas y te mudas a España, tendrás tanto jamón como quieras. —¿Mudarse a España? Por Dios, ¿qué era lo que quería? ¿Volverme loca?—. Verás —continuó mi prima—, Lina tuvo que huir a Estados Unidos por todo lo que pasó y…

—Charo —la interrumpí con la respiración acelerada—. Déjalo ya, por favor —rogué. El timbre volvió a sonar y maldije en voz no tan baja.

—¡Ah! ¡Ya han llegado! —anunció Charo.

«¿Qué? ¿Quiénes?».

Enganchó el brazo con el de su madre y salieron de la cocina.

Aaron me apretó con delicadeza y solté todo el aire que tenía en los pulmones. Había llegado al límite. Y todavía tenía que olvidarme de sus declaraciones sobre el matrimonio, los hijos y los perros.

Lo hice cuando llevó su mano a mi muñeca. El contacto (la caricia) tan leve, tan breve, pero tan poderoso al mismo tiempo, hizo que una horda de escalofríos me recorriera todo el cuerpo. Ya no pude pensar en nada más.

—Relájate —me dijo al oído. Sus dedos empezaron a moverse en círculos sobre la piel de mi muñeca. El contacto era lento, tranquilizador—. Eso es —susurró mientras sus yemas seguían explorando mi piel. Fui relajando los hombros, amoldando la espalda a su pecho. Aaron apoyó la barbilla en mi cabeza—. Podemos con esto —dijo.

Quería creerle, quería creer que íbamos a poder seguir con la farsa durante esta reunión familiar improvisada y mantenerla hasta mañana. Pero cuando finalmente me relajé y dejé que mi cuerpo se acomodara en el suyo, lo sentí como algo más. Porque me gustaba estar en esta cocina, sentada sobre su regazo, mientras me acariciaba la piel de las muñecas y soportaba las intromisiones de mi familia.

Aaron y yo empezábamos a ser un nosotros. Y, en el momento en que mi madre apareció en escena, seguida por mi abuela, mi tía y Charo, esa idea cogió forma en el centro de mi pecho, como un ladrillo o un bloque de cemento: pesado, sólido y difícil de ignorar. Cuando Aaron se despegó de mí (solo para presentarse a mi abuela), el ladrillo encontró su sitio y se acomodó como una pieza de tetris en un hueco que esperaba paciente a ser llenado. Cuando volvió a ponerme la mano en la cintura y a sentarme en su regazo, justo antes de que bajara la mirada y me regalara una sonrisa solo para mí, ya sabía con certeza que nunca iba a poder quitar ese maldito ladrillo de ahí. Había llegado para quedarse.

Capítulo 21

PARA MI SORPRESA, TODO IBA muy bien. No había habido ningún momento incómodo o vergonzoso que hiciera que me arrepintiese de todas las decisiones que había tomado en la vida, y nadie había preguntado nada tan inapropiado como para querer que la tierra me tragase. Con un poco de suerte, iba a salir ilesa de esa cena. O eso pensé.

Esperaba que esa alegría que sentía bajo la piel no fuera producto de la comida que había devorado, porque era uno de los efectos secundarios de un festín a la española: podía nublarte el juicio.

Estábamos todos sentados en una mesa redonda, situada en la terraza de un restaurante que daba al mar. El sol se estaba poniendo en el horizonte, a punto de alcanzar la fina línea donde se unen el cielo y el océano, y el único sonido que se oía era el de las olas rompiendo contra las rocas de la costa. En resumen, todo era perfecto.

—¿Tienes frío? —preguntó cerca de mi oído una voz profunda que me cortó la respiración. La suave caricia de una mano en mi brazo hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. Negué con la cabeza. Nos separaban unos pocos centímetros. Nuestros labios casi se rozaban.

—No, estoy bien. —No estaba bien. En el momento que se acercó, supe que nada más lejos de la realidad—. Solo estoy llena. Creo que me he pasado.

—¿No te queda sitio para el postre? —La audacia me hizo alzar una ceja.

—No seas ridículo, *osito*. Siempre tengo sitio para el postre. Siempre.

Aaron curvó los labios y la sonrisa le arrugó las comisuras de los ojos, haciendo que toda su cara se transformara.

Guau. Las mariposas que me revolotearon en el estómago me indicaron que no estaba preparada para eso.

—Lina, Aaron, ¿más vino? —preguntó mi padre desde el otro lado de la mesa.

Mis padres habían insistido en pedir otra botella, pese a que la boda era al día siguiente y allí habría ríos de alcohol: sidra, vino, cava y todo lo que uno se pueda imaginar. Pero nadie se había quejado. Ni Isabel y Gonzalo, cuyas caras mostraban las secuelas de la noche anterior, porque en la tierra del vino, uno no va a cenar y decide no pedir una segunda botella de vino.

—No, gracias. Creo que me reservo para mañana —respondí, alejando la copa para que quedara fuera del alcance de mi padre, que ya tenía la botella en el aire. Aaron no fue tan rápido como yo y, antes de que pudiera hilar una respuesta, ya tenía la copa llena—. Si te duermes, pierdes —susurré inclinada en su dirección.

Volvió a dedicarme esa sonrisa y me dejó fuera de juego en solo un segundo. Después, estiró el brazo que tenía apoyado en el respaldo de mi silla y, juguetón, me pellizcó la cintura. Salté en mi asiento y casi vuelco algunas copas con el movimiento. Con la otra mano, Aaron cogió el vino y se lo acercó a los labios.

—No seas exagerada —dijo dentro del vaso y me disparó una mirada que me sobresaltó. Después, bajó la cabeza y la voz—. La próxima vez haré algo más que solo pellizcarte. —Dio un sorbo.

Le miré los labios durante unos segundos muy intensos, estaba segura de que algo acababa de pasar cerca de mis partes íntimas. Con las mejillas sonrojadas, giré la cabeza para comprobar que nadie lo había oído. Mi abuela seguía ocupada limpiando el plato. Gonzalo e Isabel parecían estar a punto de desmayarse por el agotamiento; era probable que entraran en coma por la comida

antes de llegar al postre. Mis padres charlaban animadamente con un camarero que ni sabía que estaba de pie al lado de nuestra mesa. Y Daniel (que había venido solo porque sus padres llegaban a la mañana siguiente) miraba el móvil como si contuviera las respuestas de todas las preguntas del universo.

Ese día, algunas semanas atrás, cuando había mentido acerca de estar saliendo con alguien después de que me contaran que estaba comprometido y más feliz que nunca, lo había hecho por el pánico que me producía encontrarme en una escena idéntica a la que tenía delante. Pero en esa escena, era la silla que tenía al lado la que estaba vacía. O, conociendo mi suerte, ocupada por alguien como mi abuela o la prometida de Daniel. O quizá ese acompañante profesional que había considerado contratar. En cualquier caso, hubiera sido alguien que no haría que mi corazón se acelerara con solo una mirada o que el estómago me diera un vuelco con una de esas sonrisas que quería solo para mí.

Cuando miré a Daniel, me di cuenta de algunas cosas. La primera, mi reacción instintiva de mentir y haberme empujado (y a Aaron) a este ridículo plan, quizá había sido un poco excesiva. También que, aunque lo hubiese sido, tener a Aaron conmigo hacía que las cosas fueran mucho más fáciles. Y, por último, aunque me costaba admitirlo, había una parte considerable de mí que intentaba ignorar, sin éxito, que no me arrepentía de nada.

Era muy estúpido por mi parte. Porque el hombre que hacía que me ruborizara (y al que no me arrepentía de tener al lado), pronto iba a convertirse en mi jefe.

—Dinos, Aaron —dijo mi madre, trayéndome de vuelta a la realidad—. Isabel me ha contado cómo os conocisteis y empezasteis a salir. —Le brillaron los ojos, pero apuesto a que eso tenía más que ver con el vino—. Esa historia que les contaste anoche en la sidrería. Es muy romántica, como una de esas películas de Netflix. —Por supuesto que mi madre iba a llevar la conversación en esa dirección.

—Solo es Netflix, mamá —murmuré, jugando con las manos por encima de la mesa—. Y, sí. Un romance de oficina, como en las películas, ¿no?

—Solo que esta vez es real —dijo Aaron.

«Real». Sus palabras volvieron a mi cabeza. «La convencí de que

me necesitaba. Y le demostré que era así». El corazón me dio un vuelco.

—¿Coincidís mucho en el trabajo? —Mi madre miró a Aron con una sonrisa inquisidora que delataba que se moría por saberlo todo.

—Lideramos equipos diferentes y nunca trabajamos en los mismos proyectos, pero nos vemos bastante. —Me miró de reojo—. Me aseguro de que así sea. Intento cruzármela en los descansos, la busco con la mirada en los pasillos, paso por su oficina sin motivo. Cualquier cosa que la ponga en mi camino, aunque solo sea unos segundos.

Bajé la cabeza y miré mi plato vacío. ¿Lo decía en serio? Era verdad que Aaron siempre aparecía de la nada, aunque solo fuera para fastidiarme. Pero ¿lo hacía de forma intencional? Ya no distinguía la verdad de la mentira. Todo lo que decía Aaron estaba basado en la realidad (trabajábamos juntos, nos conocíamos desde hacía casi dos años), y luego estaba el engaño (que salíamos, que estábamos enamorados). Pero todo lo demás, todo lo que quedaba en medio, todos los adornos que le colgábamos a la verdad y al engaño, eran una zona gris que no sabía cómo definir.

—Qué maravilloso —exclamó mi madre.

Después, le tradujo a la abuela lo que Aaron acababa de decir y la anciana a la que le debía mi cabello ligeramente ondulado sonrió. Para ser sincera, la abuela se había quedado prendada de Aaron desde el momento en que la saludó con dos besos y le dijo que debía estar muy orgullosa de su nieta. Lo que también me había dejado embobada a mí.

—Ya sabes —agregó mi padre—, no todos pueden con nuestra Lina. Tiene el corazón más grande de la familia, pero también puede ser un poco… —Arrastró las palabras y levantó una ceja—. Ay, ¿cómo se dice?

—¿Una completa idiota? —sugirió Isabel, que acababa (convenientemente) de volver de entre los muertos.

—¡Oye! —exclamé.

—No. Eso no —respondió papá rascándose la cabeza.

—¿Bajita? —Aportó Gonzalo—. ¿Torpe? —Giré la cabeza en su dirección.

—¿La persona más cabezota sobre la faz de la Tierra? —Se sumó Aaron. Ni me molesté en girarme en su dirección, pero le di un

codazo en las costillas. Me cogió el brazo y entrelazamos los dedos por encima de la mesa. Me quedé mirando nuestras manos unidas. Todo lo demás se desvaneció. Después inclinó la cabeza y me dijo en voz baja—: No quería quedarme fuera. —Lo miré y encontré otra de esas sonrisas que me hacían temblar las rodillas. Algo revoloteó en la parte baja de mi vientre.

—Gracias a todos —murmuré.

—No es ninguna de esas. Dejadme pensar. —Mi padre seguía hurgando en su mente en busca de la palabra que no podía recordar.

—¿Y si nos dices la palabra en español y la traducimos, Javier? —sugirió Daniel, que se incorporó a la conversación después de aclararse la garganta.

—Claro, usa Google, Javier —dijo mamá negando con la cabeza.

—Papá —dije con un suspiro—, solo…

—Un petardo. —Lanzó—. Nuestra Lina es un poco petardo. —De acuerdo. No era tan malo—. Puede ser un poco intensa. Bastante seguido. —Ah. Me desinflé en la silla sin despegar la mano de Aaron—. Habla como si tuviera mucho que decir y nada de tiempo. O se ríe como si no le importara despertar a la mitad del mundo que está durmiendo. También puede ser un desafío. Y Dios sabe que no existe nadie más terco. Pero es puro fuego. Pasión. Así es nuestra Lina. Nuestro pequeño *terremoto*. —A mi padre le brillaron los ojos bajo la luz de las pocas lámparas que se habían encendido al atardecer. Se me estrujó el pecho—. Y durante un tiempo no fue así. Toda esa luz desapareció y ver a nuestra hija transformarse de ese modo no fue fácil. Nos rompió el corazón. Después se fue, y, aunque sabíamos que era lo que quería y lo que necesitaba hacer, nuestros corazones se rompieron un poco más. —Estaba a punto de echarme a llorar, las lágrimas en mis ojos amenazando con desbordarse con cada palabra de mi padre. Con cada recuerdo que desenterraba—. Pero todo eso forma parte del pasado. Ahora está aquí y está bien. Está feliz. —Mi madre le cogió la mano a mi padre.

Sin poder contenerme, me levanté con piernas temblorosas y caminé alrededor de la mesa. Cuando llegué a mi padre, lo envolví en un abrazo y le di un beso en la mejilla.

—Te quiero, papá. —Luego hice lo mismo con mi madre—. A ti también, tonta. —Contuve las lágrimas como si mi vida dependiera

de ello. No iba a llorar. Me negaba a llorar—. Pero parad, ¿de acuerdo? Ambos. Guardad algo para mañana.

Cuando volví a mi sitio, mi mano buscó la Aaron, como si no pudiera concebir no estar en la de él. Asombrada por mi propio gesto, el corazón me dio un vuelco cuando su mano encontró la mía a mitad de camino, entrelazando sus dedos con los míos y llevándosela a la boca para besarme el reverso. Fue todo tan rápido que, cuando nuestras manos volvieron a la mesa, no hubiera sabido lo que acababa de pasar de no haber sido por la inconfundible huella que sus labios habían dejado en mi piel.

—Me alegro de tenerte en casa, cariño —dijo mi madre y miró a Aaron—. Verte así. —Sonrió aún más y la tristeza se disipó. Una ola de culpa, seguida por algo denso y bochornoso, se me instaló en el estómago. Algo parecido al arrepentimiento y la esperanza—. Por un momento, pensé que no iba a traerte, Aaron. Hasta dudé de que fueras real. —Lanzó una carcajada y mis pulmones se olvidaron de respirar durante un segundo. Su mirada se encontró con la mía y vi una ligera sonrisa—. No me mires así. Nunca contaste que estabas viendo a alguien y nunca habías traído a nadie desde que te mudaste. Todo fue muy… repentino.

—Sinceramente, *hermanita*. —Acotó Isabel, que, de pronto, parecía muy interesada en la conversación—, creíamos que acabarías como una de esas ancianas que dedica toda su vida a los gatos. Pero en lugar de gatos, hubiera sido a los peces. O lagartos, porque eres alérgica a los gatos. —Sonrió—. Siempre hablábamos de eso en las reuniones familiares.

—Gracias por la confianza —murmuré antes de sacarle la lengua. No podía creer que dijeran todo eso con una persona con la que pensaban que estaba saliendo sentada en la mesa. O, peor aún, con alguien con quien sabían que había salido sentado al otro lado—. Soy muy afortunada de teneros. —Aaron me apretó la mano con un poco más de fuerza y me encontré devolviéndole el gesto.

—No, no hablamos de esas cosas —negó firmemente mi madre, fulminando a su otra hija con la mirada—. Deja de molestar a tu hermana, Isabel. Recuerda que mañana te casas. —Isabel frunció el ceño.

—¿Y eso qué tiene que ver con…? —Mamá cortó el aire con la mano y mi hermana se detuvo en seco. Sonreí mientras veía cómo

se cruzaba de brazos.

—Nunca pensamos que ibas a acabar sola, Lina, pero nos aterraba que te convirtieras en una persona solitaria. —Levantó la vista hacia Aaron y su mirada se suavizó—. Saber que no lo eres, saber que tienes a alguien con quien contar y con quien volver a casa, y quizá incluso formar tu propio hogar algún día, hace que duerma un poco más tranquila.

—Eso es algo que puedo prometerte —dijo sin vacilar el hombre que tenía al lado. Su voz me llegó como una suave caricia e hizo que el corazón me golpeara contra pecho, pidiendo salir con tanta fuerza como yo pedía no seguir escuchando—. Siempre me tendrá. —Me acarició la mano con el pulgar—. Todavía no lo sabe, pero no se librará de mí tan fácilmente.

No pude no mirarlo. Después de escuchar eso, no pude no mirar y buscar algo en sus facciones. A estas alturas, no debería sorprenderme tanto. Aaron tenía ese poder sobre mí. Así que eso fue exactamente lo que hice. Me permití girarme para encontrarme con sus ojos.

«¿Él también siente ese impulso? ¿También siente la necesidad de buscar en mi rostro las respuestas que no logra encontrar en otro lado?».

Para intentar controlar mi corazón, me sumergí con miedo en ese océano azul. También con anhelo. Y encontré algo absolutamente aterrador. Algo que no debía (no podía) estar ahí, considerando que todo esto era una farsa y, por lo tanto, lo que acababa de decir no era verdad. Me esforcé por negar lo que tenía delante: su mirada me decía que sus emociones eran reales. Honestidad pura. Convicción. Fe. Confianza. Una promesa. Todo eso me decían los ojos de Aaron, y me exigían que me diese cuenta.

Pero no podía aceptarlo. Por mucho que me temblara el cuerpo, reprimí la necesidad de envolverle el cuello con los brazos y rogarle respuestas, o que me dijera exactamente en qué zona de gris nos encontrábamos. No conseguía disipar las dudas que tenía en la cabeza y que daban sentido a la angustia de mi corazón.

Porque no quería escuchar las respuestas a algunas preguntas: ¿Habíamos pasado de ser compañeros de trabajo a compañeros de farsa para acabar siendo amigos? ¿Amigos que casi se besan y se acarician con los labios? ¿Era real esa promesa, como sus ojos me

invitaban a creer, o todo era mentira? Y, si lo era, ¿por qué diría algo así? ¿No tenía piedad de mi pobre corazón? ¿No veía que me costaba discernir entre una cosa y la otra? Pero si no era una simple decoración de la verdad (un acto, un recurso de la farsa), ¿entonces qué estaba haciendo? ¿Qué estábamos haciendo?

No podía seguir bajo el efecto de la mirada de Aaron ni procesar las preguntas y dudas que me invadían la cabeza. Enderecé las piernas con un movimiento rápido y alejé mi mano de la suya. Mi silla chilló cuando la arrastré.

—Necesito ir al baño.

Me escapé para alejar la mirada de Aaron. Caminé tan rápido como pude y sin mirar atrás. No me giré. Ni una vez. Ni siquiera cuando escuché hablar a mi hermana.

—Entonces, ahora que se ha ido, ¿podemos hablar sobre mí? La novia soy yo, se supone que debería ser el centro de atención. Me siento abandonada.

Me hubiese reído si no tuviese la cabeza hecha un lío. Probablemente me hubiera dado la vuelta y le hubiera tirado del pelo por ser una mocosa presumida y egoísta, pero estaba demasiado ocupada huyendo. Estaba siendo una cobarde; si seguía así, iba a convertirme en una experta escapista antes de que acabase el fin de semana.

Me lavé las manos y me eché un poco de agua en la cara mientras pensaba en todo y nada al mismo tiempo, abrumada por mi propia estupidez.

Probablemente ese fue el motivo por el que, cuando salí del baño, no me di cuenta de que alguien se dirigía hacia mí hasta que choqué con un torso masculino.

—*Mierda* —murmuré entre dientes y retrocedí algunos pasos—. Lo siento mucho —agregué antes de darme cuenta de quién tenía delante—. Ah, Daniel.

Me aparté un mechón de pelo de la cara mientras me estremecía por dentro. Mi ex no mostró síntomas de estar tan incómodo como yo.

—¿Estás bien? —me preguntó en español.

—Sí, estoy bien. —Respondí, también en español, porque Aaron no estaba—. No ha sido nada. Solo un golpe. —Me aclaré la garganta y me saqué una pelusa imaginaria de la falda—. De nuevo,

lo siento. Ha sido culpa mía. Iba un poco distraída.

—No pasa nada, Lina. —El hoyuelo de su mejilla apareció. Me quedé mirándolo, un poco perdida en mis pensamientos. Pensar que, varios años atrás, ese hoyuelo dio origen a todo y, sin embargo, ahora no sentía nada…—. Creo que no tendría que haber venido —confesó Daniel de la nada, devolviéndome al presente.

Asentí, despacio, intentando hacer las paces con la extraña sensación de empatía que sentí. No creía que se equivocase. Apenas había sido una mera presencia durante la cena. Nadie lo había incluido en la conversación ni se había dirigido a él (algo que podía entender, dada nuestra historia), y él tampoco se había esforzado por integrarse. Si las cosas hubieran sido al revés, yo no hubiese asistido.

—No pasa nada, sentías que tenías que estar aquí. —Junté las manos para que no me temblaran—. Lo has hecho por Gonzalo, y eso es muy valiente. —Se rio con amargura.

—Creo que nadie de la mesa está de acuerdo contigo. Excepto Gonzalo, quizá, pero no diría que soy valiente. —Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

No se equivocaba. Mis padres siguieron siendo amables con él, aunque distantes, pero solo por Gonzalo. Y por Isabel. Sabían que Daniel era muy importante para él y que, sin él, no tendrían a Gonzalo en sus vidas, y lo querían de corazón. Pero sabía que nunca perdonarían a Daniel por haberme roto el corazón, por su parte de culpa en todo lo que había pasado.

—Escucha —dijo antes de exhalar—. Sé que probablemente sea muy tarde para esto, pero quería decirte que lo siento. Creo que nunca te lo dije. —No, nunca se había disculpado—. No quería que las cosas acabaran como lo hicieron. No pensé que fuera una posibilidad.

Por supuesto que no, ¿no era eso parte del problema? Me arrastró con él y, cuando las cosas se pusieron feas, abandonó el barco. Me dejó sola para que me hundiera. Y eso fue justo lo que hice: me arrastraron al fondo y tuve que luchar para subir. Sola.

Hacía mucho que esperaba sus disculpas (quizá era demasiado tarde), pero por fin habían llegado. Y podía reconocérselo.

—Pasado pisado —le dije, porque lo creía de verdad. Aunque una parte de mí siempre recordaría que había sido el principal

responsable de algo que me marcó de por vida—. Por cierto, no te preocupes por lo que ha dicho mi padre. Es un poco sensible. —Agité una mano y me detuve cuando recordé que no le debía nada. No tenía por qué hacerlo sentir mejor. Me aclaré la garganta—. Ya sabes que las bodas sacan lo mejor y lo peor de cada uno.

Era la prueba viviente de eso, con mi falso novio sentado en la mesa junto a mi familia, enfrentándome a mi ex, que se había prometido recientemente.

Aunque el problema de volver a casa para la boda de Isabel (soltera y sola) nunca fue ver a Daniel. Era la idea de enfrentarme con el resto mientras lo veía. Era la expectativa, la idea de tener cerca a todas las personas que me habían visto crecer, enamorarme, sufrir por amor, perder una parte de mí y huir a otro país. Era enfrentar al hombre que había rehecho su vida, al contrario que yo. Ese fue el origen de todo, lo que me había hecho apretar el botón de pánico.

¿Tan estúpida había sido? ¿Tan tonta había sido para permitir que algo como eso me llevara a mentir? A crear y vender esta ridícula y perfecta imagen de mí misma que pensé que me haría parecer feliz ante sus ojos. Ahora me daba cuenta, de pie delante del origen de todo este desastre, que había sido jodidamente estúpida.

—Espero que lo creas de verdad, Lina. Es mejor dejarlo en el pasado. —Daniel miró el suelo y asintió con la cabeza—. ¿Ahora eres feliz? ¿Con tu vida? ¿Con él? —Torció la cabeza—. Porque no lo pareces. —Tenía la garganta seca y los ojos muy abiertos mientras intentaba procesar sus palabras.

—Por supuesto que sí —dije, pero la voz me salió asfixiada. La pura conmoción se arremolinó en mi cuerpo, mezclada con un miedo estúpido a que me pillaran mintiendo—. Soy feliz, Daniel. —Repetí, y esas emociones se convirtieron en algo más. Algo que sabía bastante amargo.

—¿Estás segura? —preguntó con calma, en un tono tan paternalista que me hizo girar la cabeza—. Aaron parece buen tío. Aunque un poco… seco. Cerrado —continuó Daniel, y entorné los párpados una fracción de segundo. De pronto, me puse muy a la defensiva—. Pero supongo que te hace bien. No se ha despegado de

tu lado desde que habéis llegado. —Se rio entre dientes—. No es mi estilo, este rollo de perro guardián, pero puedo entender por qué te resulta atractivo. —Me quedé boquiabierta, no podía creer lo que Daniel acababa de decir—. Pero ¿eres feliz, Lina? Te conozco, distas mucho de la Lina relajada que conozco. Llevas toda la cena al borde de un ataque de nervios y, para ser sincero, me preocupa.

¿«Me preocupa»? Pestañeé. Volví a pestañear. Una y otra vez. ¿Al borde de un ataque de nervios? No me costaba creerlo. Me había sentido así más de una vez. Pero… me daba igual si lo que él pensaba era verdad o no. Era el hecho de que se creyera con autoridad de poner en duda lo que le decía. Ajeno a mi indignación, Daniel continuó.

—Puede que sea por volver a casa. Seguro que sientes mucha presión. O quizá es porque Isabel va a casarse y tú no. —La respiración se me atascó en la garganta—. O quizá sea él. No lo sé, pero…

—Basta —siseé. Algo se encendió en mi interior. Una hoguera. Podía escuchar los crujidos y chisporroteos quemando lo que me quedaba de paciencia—. No te atrevas a hacer esto, Daniel.

Juntó las cejas en un gesto de confusión.

—¿Hacer qué?

—¿Hacer qué? —repetí con la voz una octava más aguda. Cerré los ojos e intenté recobrar la compostura—. No vengas aquí como si te preocuparas o me conocieras. No tienes derecho a juzgarme ni a dudar de mi felicidad. —Se me aceleró la respiración, pero la furia no retrocedió—. Así que deja de escupir lo que crees que sabes o ves. Perdiste ese privilegio hace mucho tiempo.

Sacudió la cabeza con bastante ímpetu.

—Siempre me ha importado tu bienestar, Lina. Y siempre me importará. Por eso me preocupo. Por eso estoy intentando hablar contigo.

—¿Siempre te ha importado mi bienestar? ¿Siempre te importará?

—Por supuesto. —Exhaló—. Eres como una hermana pequeña para mí. Estamos a punto de convertirnos en familia.

—¿Ahora soy una hermana pequeña para ti? —Su declaración fue como una bofetada—. Estás de coña, Daniel. —Su expresión cambió a una que pretendía imponer respeto. Demostrar autoridad.

Conocía muy bien esa cara, la veía cada día en clase.

—No seas así, Lina.

—¿Así cómo?

—No te comportes como una niña. —Chistó y la ira me invadió—. Ya somos adultos. Deberías hablar y comportarte como una. —Ya. Había dicho «ya». ¿A diferencia de cuándo? ¿Cuándo salíamos?

—¿Era una niña cuando estábamos juntos, Daniel? ¿Cuándo salías conmigo? ¿Cuándo me hacías sentir especial? ¿Cuándo me decías que me querías? —Su mandíbula se tensó en una línea recta—. ¿Eso era cuando me dejaste tirada en cuanto viste que las cosas se estaban complicando? Supongo que eso lo explica todo. Sobre todo por qué has decidido disculparte ahora, cuando crees que por fin me lo merezco, porque ya soy adulta. —Di un paso hacia atrás y escuché los latidos de mi corazón retumbándome en los oídos. Él seguía muy quieto—. ¿Sabes qué? Me he hartado. —Sacudí la cabeza y me reí con amargura—. No te debo nada. Y tú tampoco me debes nada a mí. Nunca te importé, Daniel. Al menos, no lo suficiente, o no hubieras permitido que me comieran viva. —Tragué saliva para alejar esos recuerdos que luchaban por salir—. Ojalá no hubieras dicho nada de esto. De verdad. Porque acabas de cargarte el poco respeto que te guardaba.

Seguía ahí, casi sin moverse, y me alejé un poco más.

—Lina. —Fue todo lo que dijo.

—No te preocupes —dije—. No espero nada de ti. Como te he dicho, pasado pisado. —Cerró la boca y dejó caer los hombros en un gesto que esperaba que fuera resignación—. Pero puedo asegurarte algo: sí soy feliz.

Y lo era. También estaba confundida, para ser sincera. Sí, tenía el corazón mareado y desorientado. Y aterrado. Pero había una fuerza que destruía el caparazón de miedo que recubría a ese pobre y abatido órgano, una fuerza que se filtraba entre las grietas y amenazaba con borrar las dudas si se lo permitía. Prometía seguridad y comodidad. Pero esa no era una conversación que le debiera a Daniel. Se la debía a otra persona. A alguien con quien tenía que regresar.

Estaba a punto de volver sobre mis pasos cuando una persona que siempre conseguía hacerme sonreír dobló la esquina.

—¿Por qué tardas tanto, cariño? —preguntó mi abuela, y luego miró a Daniel—. Ah, ya veo. —Le disparó una mirada de reojo y lo ignoró por completo. Cuando volvió a mirarme, sus labios estaban curvados en una sonrisa traviesa—. Tu novio está sentado en esa mesa con cara de cachorrito abandonado. —Entrelazó su brazo con el mío y automáticamente me tranquilicé—. Te ha pedido postre, ¿sabes? Y sigue mirando hacia donde te has ido, como si no pudiera resistirse a venir a buscarte.

—¿Sí? —El estómago me dio un vuelco y se me llenó de mariposas.

—Claro que sí, tonta. —La abuela me dio unas palmadas en el hombro, chistó y me arrastró de vuelta a la mesa—. Ni siquiera se ha molestado en pedir dos cucharas, ya sabe que no tiene sentido intentar que compartas. —Se rio con disimulo e intenté ignorar el revoloteo que se había mudado a mi pecho.

—Él… es casi perfecto —murmuré para mi sorpresa.

—Sí —dijo sin pensarlo—. Por eso no tendrías que dejarlo solo tanto tiempo. Es demasiado guapo como para estar solo. —Era verdad—. ¿Crees que podré bailar con él mañana?

—Creo que sí. —No tenía dudas de que iba a hacerlo—. Aunque solo si se lo pides con cariño, abuela. —Se rio y supe que iba a tener que luchar con la abuela por la atención de mi falso novio.

Luego, la mujer que me había dado chocolate muy pasada la hora de dormir más de un millón de veces, nos llevó hacia donde el resto de la familia charlaba alegremente.

—En mi época, esa clase de hombres no existían —dijo en voz baja antes de llegar a la mesa—. El abuelo era guapo, pero no tanto. Aunque no fue su apariencia lo que me conquistó. —Me guiñó un ojo—. Ya sabes a qué me refiero.

—¡Abuela! —susurré.

—No te hagas la tímida conmigo. Soy vieja. No me engañas. Ahora, ve. —Me dio una palmada en el brazo.

De inmediato, un par de ojos azules me encontraron. Miraron a la abuela y luego a mis espaldas. Miré a mi alrededor y vi que Daniel nos seguía de cerca.

Después de separarme de la abuela, volví a mirar a mi falso novio y me dirigí hacia él. Podía ver la inquietud en su cara. Tenía la mandíbula tensa y la frente arrugada. Cuando me volvió a mirar,

tenía los ojos llenos de dudas y de ese instinto protector que había sentido unos minutos atrás, cuando Daniel había mencionado su nombre. Estaba más claro que el agua, Aaron estaba preocupado. Se estaba conteniendo para no interceptarme a mitad de camino y preguntarme qué había pasado. Le importaba. Yo le importaba. E iba a protegerme, abrazarme o simplemente quedarse a mi lado sin que tuviera que pedírselo. Lo sabía. Iba a hacerlo, aunque no se lo pidiera. Su preocupación era genuina, sincera. Todo lo contrario a lo que declaraba Daniel.

Me senté en la silla con delicadeza y me tomé un minuto para esbozar una sonrisa tranquila. Una expresión neutral. Pero mis labios se curvaron de un modo incorrecto y delató la agitación que persistía en mi interior porque, cuando me giré para quedar cara a cara con Aaron, sus ojos brillaron con más intensidad.

Curvé los labios un poco más y un músculo de su mandíbula se movió con nerviosismo. Mi hermana empezó a parlotear sobre algo… No pude descifrar exactamente qué. Mi cabeza estaba en otro sitio.

Tenía las manos en el regazo cuando la palma de Aaron se posó sobre ellas. Por segunda vez esa noche, entrelazamos los dedos. Todos y cada uno. Pero esta vez, se quedaron justo donde estaban (sobre mi muslo), como si intentara decirme que, de ese modo (bajo la mesa, ocultas del resto), era solo para nosotros, no formaba parte de la farsa.

Me apretó la mano y sus dedos se sintieron firmes alrededor de los míos. Podía percibir el calor de su palma contra mi piel. «Para nosotros», parecía insistirme, prometerme.

Y, como la tonta más grande del universo, encontré en esos cinco dedos el sitio más reconfortante de todos. En el calor de su palma. Así que me la acerqué al vientre y le respondí con otro apretón.

Entre mis costillas habitaba algo bastante parecido a una bomba.

—Puedo escuchar como giran los engranajes de tu cabeza —dijo Aaron mientras atravesaba el dormitorio con esos pantalones de pijama que, una vez más, me provocaban algo extraño en la parte baja del vientre.

Y lo mismo con la camiseta. Llevaba la misma que la noche anterior. Al menos llevaba una. No creía estar en condiciones de soportar a un Aaron en ropa interior.

—Estoy bien —mentí, porque mi mente seguía reproduciendo la conversación con Daniel. No había dejado de repetirla desde que salimos del restaurante—. Solo estoy repasando lo que tengo que hacer antes del gran día. —Eso era lo que debería estar haciendo.

También en pijama, me dispuse a alinear los dos pares de zapatos (los que iba a usar y los de repuesto) contra la pared. A la misma distancia. Me alejé para admirar mi trabajo. *Nop*. No estaba convencida. Me arrodillé para volver a alinearlos.

Cuando se me metía una idea en la cabeza, solo había dos caminos posibles: comía de forma compulsiva u ordenaba. Y, considerando que acabábamos de cenar y viendo la pila de ropa impoluta y perfectamente doblada, parecía que esta vez había optado por la opción dos.

Por el rabillo del ojo, vi como Aaron se tumbaba en la cama con una delicadeza y elegancia impropias de alguien de su tamaño.

—Te sale humo de las orejas. —Apoyó la cabeza en el cabecero y la madera crujió bajo su peso. Volví a corregir unos centímetros la posición de los zapatos.

—No lo creo —dije, cortante, y moví los dos pares medio metro hacia la izquierda—. Tendría que estar pensando demasiado en algo para que eso ocurriera. Y no es así.

—Oh, es exactamente así —dijo desde donde estaba—. Cuéntamelo.

No me molesté en responderle. Lo escuché suspirar, pero seguí centrada en mi tarea. «Quizá si los pongo mirando hacia la pared…».

—Catalina —me llamó Aaron. El modo en que dijo mi nombre me hizo girarme hacia él—. Ven aquí. —Palmeó la cama. Lo miré con el ceño fruncido—. Siéntate conmigo un rato, después puedes seguir torturando esos zapatos hasta que estén perfectos —me dijo

con un suspiro—. Solo unos minutos. —Después volvió a apoyar la mano en las sábanas. Como no hice nada ni me moví, agregó por lo bajo, como si mi negativa fuera a romperle el corazón—. Por favor.

Ese «por favor», ese maldito «por favor» y el modo en que lo dijo hizo que mis piernas avanzaran. Antes de que pudiera entender lo que estaba haciendo, ya me había sentado en la cama, a la altura de su cadera. Sabía sobre qué quería hablar. Sobre ese cóctel de emociones, recuerdos y preguntas que se habían ido formando en mi cabeza. Los que había traído al apartamento y que sabía que iba a vomitar en cuanto abriese la boca. Pero eso significaría abrirme en canal con Aaron. Contarle una parte de mi pasado que no quería recordar. Darle una llave que podía ayudarlo a entenderme (y conocerme) mejor. ¿Quería hacerlo? ¿Podía hacerlo sin querer enterrar la cabeza en su pecho en busca de consuelo?

—No quiero aburrirte con el melodrama de mi vida, Aaron —dije en un suspiro. Y era verdad. Lo que no le estaba diciendo era que, debajo de eso, solo había miedo—. No tienes que preocuparte…

Con un movimiento suave, Aaron me acomodó entre sus piernas abiertas. Lancé otro suspiro, pero esta vez no tenía nada que ver con el cansancio ni con lo que se estaba cocinando en mi cabeza.

—Cualquier cosa que te preocupe, me importa. Y quiero escucharte —dijo—. Nada que tenga que ver contigo me parece aburrido o poco importante… jamás. ¿Lo entiendes?

—Sí. —Creo que murmuré en voz baja mientras asentía con la cabeza, pero no estaba segura porque el latido de mi corazón resonaba demasiado fuerte.

Hubo un momento de silencio, Aaron llevó los dedos a mi nuca y la masajeó suavemente. Otro sonido me trepó por la garganta y casi se me escapa. Por suerte, logré contenerlo.

—Lo que ha dicho tu padre durante la cena me ha hecho pensar en algo que decía mi madre cuando era pequeño. —Las yemas de sus dedos seguían trabajando sobre mi piel, liberando la tensión de mis hombros. Me convertía en mantequilla mientras escuchaba el sonido profundo de su voz, que me brindaba otro trocito de sí mismo—. Entonces no lo entendía ni me importaba, hasta que llegó su diagnóstico y la posibilidad de perderla. Pero ella solía decirme que, cuando nací, supo que había encontrado su luz en la oscuridad;

que iluminaba la noche y le mostraba el camino de vuelta a casa. De niño, pensaba que era cursi y dramático. —Lanzó una risa grave y sin humor. Se me rompió el corazón, rogando que lo consolara. Pero me quedé quieta.

—Seguro que la echas de menos.

—Sí, todos los días. Cuando murió y mis noches se volvieron más oscuras, entendí a qué se refería. —Esperaba no tener que enfrentarme a una pérdida tan grande en mucho tiempo—. Pero lo que ha dicho tu padre… del fuego interior, de la luz y de la vida, y de cómo se opacó un tiempo… —Hizo una pausa y lo escuché tragar—. Es que… —Se fue apagando, como si sus próximas palabras le dieran miedo. Y Aaron nunca tenía miedo de decir lo que pensaba. Aaron nunca tenía miedo, en términos generales—. Eres todo eso, Catalina. Eres luz. Y pasión. Eres capaz de animarme y mejorar mi día con solo una risa. Aunque no sea para mí. Tú… iluminas habitaciones enteras. Tienes ese poder. Y se lo debes a todo lo que te hace ser quien eres. A todos y cada uno de esos detalles, incluidos los que me fastidian. No lo olvides nunca.

El corazón me dejó de latir durante un segundo. Y otro segundo. Y otro más. Hasta que ya no había sangre entrando ni saliendo y estaba segura de que se había detenido por completo. Durante un momento largo, quedé suspendida en el tiempo, pensando que nunca iba a volver a la normalidad porque mi corazón ya no funcionaba, pero si esas eran las últimas palabras que iba a escuchar, me moriría feliz.

Cuando volví a sentir el latido, no sentí alivio porque golpeaba con una ferocidad que nunca antes había sentido.

Hay personas que dicen que lo más bonito que alguien ha hecho por ellos es escribirles un poema, componerles una canción o confesarles su amor incondicional con alguna declaración épica. Pero entre las largas piernas de Aaron, con sus dedos masajeándome suavemente la nuca solo porque me había visto tensa, entendí que no quería ni necesitaba nada de eso. No pasaba nada si nadie me declaraba su amor de forma épica. Porque sus palabras eran, sin lugar a dudas, lo más precioso que alguien iba a decir sobre mí. A mí. Y para mí.

Mi cuerpo quería girarse y gritarle a mi cabeza que se lo permitiera. Pero sabía que, si lo hacía, lo que vería en mi rostro iba

a cambiarlo todo. Lo que fuera que había entre nosotros.

Yo… mierda.

Este hombre no paraba de demostrarme que era perfecto. Seguía descubriendo esas partes que me confundían y me hacían querer más.

Pero me seguía sintiendo al borde de un acantilado, mirando hacia abajo a un océano embravecido del mismo azul profundo que sus ojos. ¿Me atrevería a saltar?

—Me enamoré de Daniel en el segundo año de universidad —dije sin girarme. No me animaba a saltar al vacío. No del todo—. Tenía diecinueve años. Él era mi profesor de Física. Sobresalía porque era más joven que el resto de los docentes. Los alumnos lo querían (sobre todo las alumnas). Al principio, fue un simple flechazo. Deseaba que llegaran sus clases. Quizá prestaba un poco más de atención a mi apariencia, me sentaba en primera fila. Pero no era la única. Casi todas las chicas (y algunos chicos) estaban encandiladas por el hoyuelo de su mejilla y la confianza con la que se movía. Aunque su clase era una de las más difíciles. —Aaron seguía ocupándose de los músculos de mis hombros. Se quedó callado y, a excepción de sus dedos, también lo sentí muy quieto. Entonces continué—: Imagínate mi sorpresa cuando empecé a notar que me miraba un poco más de la cuenta, un poco más que al resto. O que su hoyuelo resaltaba de un modo especial cuando me miraba. —Cerré los ojos y Aaron me recorrió la columna con la mano—. Durante ese año, todo escaló hasta el punto de compartir algunos roces inocentes durante las clases o en las tutorías. Era tan… emocionante. Estimulante. Me hacía sentir especial, como si no fuera solo otra alumna que se derretía por él. —Escuché como mi voz, sumida en el recuerdo, perdía fuerza, por lo que intenté recuperar la compostura—. Sea como sea, no empezamos a salir hasta que acabó el semestre y dejó de ser mi profesor. Teníamos una relación oficial, pública. No dentro del campus, pero salíamos como cualquier pareja. Entonces presentó a Gonzalo y a Isabel, y fue amor a primera vista.

Sonreí al recordar el momento en que Gonzalo e Isabel habían cruzado las miradas, como si hubieran estado esperándose toda la vida. Como si, sin saberlo, hubieran estado preparándose el uno para el otro.

Aaron se movió para acomodarme mejor entre sus piernas. O quizá era yo, que me acurrucaba cada vez más contra él. No lo sabía, pero no pensaba quejarme ni alejarme.

—Y yo también estaba enamorada. Después de un año de soñar con algo imposible, de desearlo tanto, estaba ciega de alegría por tenerlo. Porque fuera mío. —Sus dedos se detuvieron, como si dudaran del próximo movimiento. Después continuaron masajeándome los hombros—. Duró algunos meses. Entonces escuché los primeros rumores, los primeros murmullos feos y venenosos que opacaron mi felicidad. Y le siguieron muchos más. Los rumores se convirtieron en cotilleos a gritos que se esparcieron por todos los pasillos del campus. También hubo publicaciones de Facebook e hilos de Twitter. No me condenaban, pero hablaban de mí. Al menos al principio. —Me llevé las rodillas al pecho y las abracé—. «La guarra que se tiraba a sus profesores», decían. «Claro que ha sacado matrícula de honor. Por eso aprobó Física a la primera cuando más de la mitad tiene que ir a recuperación. Se acostó con él y lo hará con todos los que haga falta para graduarse». —Escuché la respiración entrecortada de Aaron en mi nuca. Sentí la tensión en sus dedos, que vacilaron un segundo—. Fue muy duro. —Mi voz sonaba diferente: vacía y amarga, como la de una Lina que no quería recordar y, sobre todo, que nunca quería volver a ser—. Esas cosas pronto se convirtieron en dedos que me apuntaban y fotos obscenas con mi cara. Eran… muy desagradables. —Sus masajes se convirtieron en simples caricias que me tranquilizaban, me daban fuerzas para seguir y me decían «Estoy aquí, puedes contar conmigo»—. Todo se transformó en un cuento de terror en el que yo era la puta que seducía a sus profesores para que le subieran la nota. Todo el trabajo duro y las noches sin dormir daban igual porque… no sé. Sigo sin entender el motivo. ¿Celos? ¿Diversión? Pero estoy segura de que no hubiera tenido que atravesar eso si yo hubiese sido un hombre y Daniel una profesora. A ella la hubiesen acusado de degenerada y al alumno le hubieran chocado los cinco. Pero el acoso fue tal que hasta me planteé dejar la carrera. No quería ir a clase. No quería salir de casa. Seguía en casa de mis padres, porque vivían cerca de la universidad, y ni siquiera hablaba con ellos. Borré mis perfiles de todas las redes sociales. Me aislé de todos, hasta de mi hermana y los pocos amigos que todavía

conservaba. —Me concentré en los círculos que Aaron dibujaba en mi piel. Me calmaban, me anclaban, me conectaban con él y con el presente—. Fue demasiado. Me sentía… avergonzada. Inútil. Sentía que nada de lo que había hecho tenía valor. Entonces, cuando mis notas y mi rendimiento empezaron a bajar, mi media se fue por el desagüe. Pero no me importó.

El silencio se estiró demasiado y me di cuenta de que Aaron no había vuelto a hablar. Sabía que no me juzgaba, pero quería saber en qué pensaba. Si había cambiado la forma en que me veía.

—¿Y él qué hizo? —preguntó al fin. Su voz sonaba ronca, áspera—. ¿Qué hizo Daniel?

—Bueno, las cosas tampoco pintaban bien para él. No había ninguna regla que le prohibiera salir con una exalumna, pero la situación le pareció demasiado.

—¿Para él? —repitió con un nuevo tono de voz.

—Sí, así que cortó conmigo; me dijo que era demasiado complicado y que las relaciones no deberían ser difíciles. —Aaron detuvo sus caricias y los dedos quedaron flotando sobre mi piel—. Pensaba que no debía haber problemas y que, si los había, ya no tenía sentido que estuviéramos juntos. Y yo… Creo que tenía razón. Supongo que sí. —Aaron no dijo nada. Ni una sola palabra salió de su boca, pero pude sentir que no estaba bien. Lo supe por el modo en que su respiración se agitó y se volvió más profunda. Y por cómo sus manos seguían congeladas por encima de mis hombros—. A menudo me pregunto cómo conseguí graduarme, pero lo logré. Llegados a un punto, me espabilé. Me presenté a los exámenes y aprobé. Después llené un formulario para hacer un máster en el extranjero y me fui a Estados Unidos. —Las palmas de Aaron volvieron a moverse, muy suaves, pero las sentí recorrerme los hombros. No como antes, pero al menos volvía a tocarme. Y lo necesitaba más de lo que quería admitir—. ¿Sabes qué? No estaba escapando de él. Todos creen que sí, pero no. Daniel me había hecho daño, pero no escapaba de él, sino de todo lo demás. Todos me miraban diferente, como si hubiera cambiado. Como si estuviera rota y por eso Daniel me hubiera dejado. Me acosaron, se rieron de mí. Todos murmuraban «Oh, pobrecita. ¿Cómo va a recuperarse de esto?». Me trataban como mercancía de segunda. Todavía me tratan así. Cada vez que vuelvo a casa sola, me miran con lástima. Cada

vez que les digo que sigo soltera, asienten y sonríen con tristeza. —Me desinflé mientras negaba con la cabeza—. Lo odio, Aaron. —Las palabras me salieron ahogadas por culpa de la emoción, porque lo odiaba de verdad—. Por eso he vuelto tan poco desde que me fui. —Pero también odiaba el miedo que me producía que una parte de eso pudiera ser cierta. Si no, ¿por qué no había sido capaz de volver a abrirme?—. Todo eso me hirió, me dejó una marca, pero no me rompió. —Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta, quería creerme lo que decía—. No me rompió.

Oí un sonido profundo, ronco y angustioso a mis espaldas. Antes de que entendiera lo que sucedía, me envolvió en sus brazos. Estaba sumergida en su pecho. Tibia, sólida, segura y… mucho menos sola. Mucho más completa de lo que estaba unos segundos atrás. Aaron, desde atrás, enterró la cabeza en el hueco de mi cuello. Sentí la necesidad de consolarlo, así que lo hice.

—No estoy rota, Aaron —le afirmé en susurros, aunque quizá solo quería convencerme a mí—. No lo estoy.

—No lo estás —dijo sobre mi piel. Me abrazó con más fuerza y me atrajo hacia él—. Y sé que, aunque algo te hubiese roto (porque así es la vida y nadie es invencible), volverías a juntar las piezas y seguirías brillando con la luz más intensa que he visto nunca.

Mis manos fueron hacia el par de brazos que me abrazaban por los hombros, lo que me acercó más a su pecho, como si tuviera miedo de desvanecerme si dejaba de sostenerme. Me aferré a él con desesperación, como si mi siguiente respiración dependiera de ello.

Seguimos así un buen rato. Y lenta, muy lentamente, nuestros cuerpos se relajaron, entrelazados. Se fundieron. Me concentré en su respiración, en la solemnidad del momento, en sus latidos contra mi espalda, en su fuerza. En todas las cosas que seguía regalándome con tanta libertad, como si no significaran nada. Como si fueran cosas de las que tenía que desprenderse y yo tuviera derecho a cogerlas.

Ninguno dijo nada mientras los segundos pasaban y nuestro abrazo se iba aflojando mientras cedíamos al cansancio. Se me cerraron los párpados, pero justo antes de que la oscuridad me tragara, creo que lo escuché susurrar:

—En mis brazos te siento completa. Y me siento como si hubiera llegado a casa.

Capítulo 22

QUÉ IDIOTA HABÍA SIDO. Una enorme y completa idiota.

Cuando sonó la alarma, poco después del amanecer, y me deslicé fuera de los tibios brazos de Aaron, intentando no hacer ruido, aunque no fuera por pánico, me arrepentí de haber accedido a encontrarme con mi hermana varias horas antes de la boda. Cuando lo tuve todo preparado y estaba lista para salir, justo antes de escabullirme por la puerta para no despertarlo, aunque para entonces ya había aprendido que él también dormía como un tronco, me incliné en silencio y le di un beso en la mejilla. Porque no me quería ir y él se había convertido en mi debilidad.

Por si acaso, le dejé una nota para avisarle de que nos encontraríamos en unas horas porque iba a prepararme con Isabel. Charo lo llevaría a la iglesia. «Sé fuerte y no te rindas», escribí. Y luego firmé «Con amor, Lina». La elección de palabras hizo que se me parara el corazón, pero me juré que no significaba nada y la dejé ahí.

No había pasado ni una hora cuando empecé a echarlo de menos (me refiero a que empecé a soltar suspiros melancólicos y a preguntarme qué estaría haciendo), así que le escribí un mensaje.

¿Has leído mi nota?

Respondió apenas unos minutos después.

> Sí, me estoy escondiendo en el baño. Charo estaba intentando sacarme una foto a escondidas. Los Martín sois criaturas despiadadas.

Eso me arrancó una risa tan fuerte que la maquilladora me atravesó la frente con una línea de sombra para ojos. Intentó disimular, pero me di cuenta de que estaba molesta.

Pero nada de eso tenía que ver con el motivo por el que me sentía una completa idiota.

Por algún motivo, en algún punto entre que me calcé los tacones de falso terciopelo y el bonito vestido color borgoña, mi mente había empezado a hacerse preguntas: «¿Podré encontrar a Aaron entre la multitud? ¿Estará bien? ¿Vendrá y se sentará en su sitio? ¿Y si no lo encuentro?».

Entonces, cuando ocupé mi lugar a la derecha de la novia, en un espléndido día de verano, rodeada de arreglos de peonías en distintos tonos de rosa palo y blanco perla, delante de personas que me habían visto crecer y convertirme en la mujer que era, sentí como me mareaba.

Sin esfuerzo, mi mirada se disparó hacia un par de ojos azules. Qué idiota había sido por creer que mis ojos no encontrarían los de Aaron Blackford en cuestión de segundos. ¿Cómo había podido pensar otra cosa?

Estaba deslumbrante, de pie bajo el sol, en un traje azul marino. Cuando me regaló una de esas sonrisas anchas y furtivas, que empezaba a pensar que eran solo para mí, juro que, si no pestañeaba, podría haberme quedado ciega. Esa sonrisa (la de Aaron, su cara, él en general) hacía que me flaquearan las rodillas y se me oprimiera el pecho.

Exactamente por eso, cuando la ceremonia acabó y Gonzalo le comió la boca a Isabel ahí mismo, para que todos pudieran atestiguar el espectáculo, me di la vuelta sobre unas piernas temblorosas.

Los invitados empezaron a tirar arroz y confeti mientras los

novios atravesaban el pasillo y, para el momento en que Isabel y Gonzalo entraron al Volkswagen escarabajo amarillo en el que iban a hacer una sesión de fotos antes de la recepción, todos habían puesto ya rumbo al restaurante. Dejaron tras de sí un silencio que solo se veía interrumpido por el latido de mi corazón, que no podía quitarme de la garganta.

Aaron me esperaba en la salida, de pie con las manos en los bolsillos y la chaqueta un poco abierta. Justo donde acababan las sillas blancas. Con unos pedacitos de confeti en el pelo.

No dejó de mirarme mientras caminaba por el pasillo. Las piernas me hacían sentir como si estuviera caminando sobre arena: torpe y pesada.

Solo cuando estuve a pocos metros, se acercó; rápido y con urgencia, como si se hubiese estado conteniendo de correr hacia mí y ya no pudiera aguantar más. Vi cómo se le tensaba la garganta mientras movía los ojos de arriba abajo, comiéndome con la mirada.

—Creo que estoy soñando.

Qué tonto sonaba cuando era él quien parecía salido de un sueño. No me creía que estuviera ahí, y me llenaba el pecho de cosas que no entendía. Negué con la cabeza, intentando recobrar la compostura para responder.

—Estás increíble, Aaron.

Me miró una fracción de segundo y lo que encontró en mis ojos lo hizo sonreír. Otra vez esa sonrisa. Solo para mí. Qué afortunada. Me ofreció su brazo y tuve que luchar para no saltarle encima en ese mismo momento.

—¿Me concedes el honor? —preguntó suavemente, provocándome una risotada profunda. Tardé un rato en procesarlo.

—Te estás pasando.

—¿A qué te refieres? —Dejó caer la mano sobre la que yo tenía apoyada en la curva de su brazo.

—Eso es algo que solo dicen los héroes románticos. Y me refiero a los de las novelas de Jane Austen. Ni siquiera un héroe romántico común y corriente endulzaría así los oídos de una mujer —expliqué mientras avanzábamos en dirección al restaurante, donde todo el mundo tendría ya una copa de vino (o dos) en mano.

—En mi novela, llevar a la mujer más hermosa del brazo

constituye un honor. —Deseé que la base de maquillaje, que ya había tenido que retocar, cubriera el modo en que mis mejillas se sonrojaron.

—Te meterás en problemas si la novia escucha lo que acabas de decir. —Lo hice reír, pero no se retractó—. Te echará de la boda y no podré hacer nada para ayudarte. Eres demasiado alto y grande como para pasar desapercibido. —«Y demasiado guapo también», pero eso me lo guardé.

Aaron volvió a reírse y el sonido me recorrió la columna, dejando tras de sí un rastro de escalofríos. Me costaba mucho ignorar lo bien que se sentía ir de su brazo o que parecía el lugar exacto en el que debía estar. Al llegar al espacio abierto en el que estaban los invitados, Aaron habló.

—Valdría la pena. —Giré la cabeza y vi su perfil mientras seguía mirando hacia delante—. Por verte en ese vestido y entrar contigo del brazo, soportaría cualquier cosa. —Me quedé boquiabierta y, si no fuera porque Aaron me estaba sosteniendo, me hubiese caído al suelo, hubiese rodado por el camino que faltaba y solo me hubiese detenido al dar de lleno contra una silla o una mesa—. Incluso la furia de tu hermana.

Luego un *flash* nos cegó y nos sacó del trance. Mientras pestañeaba para intentar borrar las manchitas blancas, pude ver una cámara.

—¡Maravilloso! —chilló una voz aguda que conocía muy bien—. Qué pareja tan bonita. —Cerré la boca y la volví a abrir. Seguí pestañeando hasta que empecé a distinguir una melena roja. Charo—. Vais a tener unos bebés preciosos.

Maldije entre dientes y sonreí, incómoda, mientras Aaron se mantenía sorprendentemente impasible. La imagen mental más idiota me pilló desprevenida: Aaron con un bebé regordete y de ojos azules en brazos. Me alejé de la trayectoria de mi prima y señalé el vino para intentar recuperar la compostura.

—Y así empieza —murmuré por lo bajo. El día que llevaba meses temiendo.

Solo en ese momento, con el brazo de Aaron bajo los dedos y viendo cómo me sonreía, me di cuenta de que lo que más me aterraba era algo que jamás me hubiera esperado.

De haber sabido que mi hermana había contratado una *kiss cam* para la fiesta, hubiese dicho que estaba enferma y me hubiese encerrado en el baño. Irónicamente, no sería del todo mentira: la cena se me subía a la garganta cada vez que, cada media hora, sonaba la alarma que anunciaba el inicio de los treinta segundos más dolorosos de mi vida. Durante ese tiempo, que se estiraba en una eternidad dolorosa, la cámara recorría a los invitados, sentados en las mesas redondas distribuidas en el jardín del restaurante, hasta que mostraba, en una pantalla enorme, la imagen de una pareja, enmarcada en un corazón.

Cada vez que la cámara pasaba cerca de mi falsa cita, se me paraba el corazón para empezar a latir de forma desbocada poco después.

Aparentemente, la posibilidad de que proyectasen mi primer beso con Aaron para que lo viera toda mi familia iba a provocarme un paro cardíaco.

Como si lo hubiera invocado con el pensamiento, empezó la canción que anunciaba una nueva ronda de: «¿Será esta la noche en que Lina se muera de nervios o va a perder el control y cometerá un asesinato delante de la cámara?».

—¡Esta ha sido una idea genial, Isabel! —gritó mi madre con entusiasmo desde el otro lado de la mesa.

Mi hermana parecía enorgullecerse aún más, si es que eso era posible.

—Lo sé. —Puso una sonrisa de oreja a oreja—. Después los juntarán todos, lo editarán y me mandarán el vídeo final —explicó sobre la implacable melodía de la fatalidad. Con un ojo en la pantalla del proyector, vi la cámara flotando sobre una mesa cercana—. Tuve que pagar un poco más, pero creo que ha valido la pena.

La cámara se deslizó sobre nuestra mesa, mostrando la cara de Aaron y la mía en la pantalla.

Me puse blanca. Me tembló la mano, haciendo que se me cayera el tenedor. Me apresuré a cogerlo, demasiado rápido, y casi tiro un vaso. Maldiciendo por lo bajo, recogí el tenedor de debajo de la mesa, volviendo a la superficie justo a tiempo para ver cómo la cámara se movía.

Cerca. Eso había estado muy cerca.

Mientras cogía la copa de vino, consideré escabullirme y poner fin a todo. Pero eso sería huir. Ser una cobarde. Otra vez. Algo que había hecho mucho últimamente.

«Si la cámara te enfoca, besarás a Aaron», me dije mientras me acababa la copa de vino. «Un beso en los labios. No necesita ser un beso de película. Solo un beso».

Mi monólogo interno no ayudaba. Solo hacía que creciera la tensión que tenía en el pecho y las mariposas del estómago. Miré de reojo al hombre al que probablemente tendría que besar en unos segundos y me sorprendió ver que tenía la mandíbula tensa. Lo analicé más cerca y me di cuenta de que Aaron parecía… el Aaron de Nueva York otra vez. Ya no era la versión relajada y juguetona con la que había compartido los últimos días. Tenía la mirada fija en la pantalla y, aunque su expresión no delataba nada (al menos para las personas que no habían perfeccionado el arte de leer a Aaron), ese cambio me indicaba que algo no iba bien.

Una vez más, la cámara nos acechó. Vi nuestros rostros en la pantalla durante un segundo, pero luego continuó. Mi corazón volvió a latir.

Antes de que pudiera sentir el alivio, volvió, como si estuviera haciendo una coreografía pensada especialmente para mí, jugando con mi corazón hasta que entrase en paro cardíaco. Sentí las gotas de sudor deslizarse por mi nuca. Aaron seguía quieto a mi lado, con los ojos clavados en la pantalla. Tanto que me preocupé.

El público gritó con entusiasmo mientras la cámara se acercaba a nuestra mesa, bajando cada vez más la velocidad. No podía concentrarme en algo que no fuera Aaron. Apenas me di cuenta de que nuestros compañeros de mesa aplaudían y silbaban al ritmo de la maldita cámara de besos.

Dejé los ojos fijos en los labios de Aaron, que estaban apretados en una línea. La ansiedad y la expectativa (sí, expectativa, poderosa y dulce) me empezaron a crecer en la boca del estómago. Lo miré,

sentado a mi lado, estoico. En medio del caos que se había desatado a nuestro alrededor, pude notar el movimiento de su rodilla. Se sacudía de arriba abajo. Solo fueron unos segundos, pero lo vi.

Volví a mirar su perfil. «¿Aaron está… nervioso? ¿Por tener que besarme? No puede ser». No después de haberme llevado hasta el punto de rogar que lo hiciera.

Como no se dio cuenta de que estaba mirándolo y su rodilla volvió a moverse, acompañada por el musculo de su mandíbula.

«Oh, Dios. Sí que está nervioso».

Aaron estaba nervioso. Estaba inquieto y tembloroso, y era por mí. Porque había muchas posibilidades de que tuviera que besarme. A mí.

Algo levantó el vuelo entre mis costillas. No podía creer que un hombre tan seguro de sí mismo, tan entero (alguien que había hecho que mi cuerpo volviera a la vida y cantara de alegría con unas suaves caricias), estuviera inquieto por tener que besarme. El revoloteo de mi pecho continuó y me distrajo de Aaron.

—¡Qué se besen! ¡Qué se besen! —coreaba el público. Mis ojos volaron por la estancia, desesperada, y el corazón se me mudó a la boca. Todos nos miraban.

«Lo haré, voy a besarlo».

Miré fijamente a la pantalla y algo se tambaleó en mi interior por lo que vi. Papá cogía el rostro de mamá y le daba un beso en los labios.

No era alivio. Era desilusión lo que me atravesaba el cuerpo. Una desilusión desconcertante e inexplicable porque esa ridícula cámara no me había elegido, porque hubiese enmarcado a mis padres.

Sentí cómo Aaron se movía a mi lado. Me giré en su dirección y mi mirada se disparó sin remedio hacia sus labios. A su boca. La chispa de desilusión creció, lo eclipsó todo y se convirtió en algo denso y espeso que podía saborear.

«Deseo», admití. Lo que sentía era necesidad. Lo deseaba, necesitaba que me rodeara con los brazos y me besara como había prometido. «Porque, cuando por fin lo haga, no tendrá nada que ver con una farsa».

Es lo que había dicho. ¿Acaso lo que sentía (que amenazaba con desbordarse y poner mi vida patas arriba) no era muy diferente a

una farsa? ¿A actuar? Lo era. Odiaba las consecuencias, pero no podía negarlo.

Hacía mucho que había superado los límites de esta mentira. Y la bola de emociones que me produjo reconocerlo se desplomó y se llevó consigo todo lo que encontró a su paso. Era real… Lo que sentía tenía que ser real. «Cuando por fin te bese, no te quedará ninguna duda de que es real». Quería que fuera real. Real, real, real.

Seguro que Aaron percibió el cambio (no podía ser de otro modo, era la persona que me leía con mayor facilidad; como si tuviera la única copia del *Manual de Lina* que había en el mundo). Afiló la mirada mientras yo contemplaba con admiración el modo en que sus labios se habían separado.

En ese preciso momento, sentí como las piezas encajaban en su sitio, desatando todo lo que había sujetado en corto.

No sabía cómo ni por qué, no tenía ni la menor idea. ¿Acaso eso no formaba parte del misterio de la vida? ¿Parte de lo que la hacía tremendamente excitante? ¿Inesperadamente hermosa? Para bien o para mal, no podíamos controlar ni manipular las emociones. Y lo que sentía por Aaron se había convertido en una bestia salvaje e impiadosa que me reclamaba como presa.

Exactamente por eso, cuando me cogió la mano en silencio, se la sostuve, me levanté y lo seguí. Todo lo que me había detenido esos días había quedado eclipsado por el caos que nos rodeaba. Tuvimos que esquivar la gente que bailaba animadamente; eludir a familiares agitados y acalorados que nos respiraban en la cara; ignorar la música que invadía el espacio al aire libre que, de pronto, se había convertido en una pista de baile improvisada. ¿Por qué iba a importarme? Nada importaba más allá de seguir a ese hombre a donde fuera que me estuviese llevando.

Como un vaso, me había ido llenando gota a gota. Acumulando poco a poco todo lo que me había dado (las caricias más suaves y provocadoras; esas preciosas sonrisas que eran solo mías; su fuerza; su fe en mí) junto con lo que sentía, hasta llegar al borde. Estaba a punto de derramarse. De desbordar sin remedio y revelar todo lo que me había esforzado por ocultar.

Todavía estábamos fuera, en un lateral del restaurante. La música llegaba apagada por la distancia y la única luz provenía de una lámpara solitaria que colgaba en el extremo del edificio, así que

estábamos casi a oscuras.

Aaron se detuvo y se giró para quedar cara a cara. Tenía la mandíbula tensa y los rasgos neutrales, evitando delatar lo que sentía. Pero yo lo sabía. Lo sabía.

Uno de mis pies se deslizó en la grava y entendí que no estábamos en un sitio concurrido, porque me costaba mantener el equilibrio. O quizá era culpa del temblor de mi cuerpo.

Aaron se adelantó y me miró desde arriba. Me arrinconó y me obligó a apoyar la espalda en la pared.

—Hola —grazné como si hubiéramos estado mucho tiempo sin vernos. Y, Dios, ¿por qué tenía esa sensación? Como si por fin hubiera llegado. Como si por fin estuviera en casa. La garganta de Aaron se movió y respiró hondo antes de hablar.

—Hola. —Apoyo su palma en mi mandíbula, acunándome el rostro—. Pregúntame qué estoy pensando.

Se me aceleró el corazón ante la perspectiva de formular esa pregunta mientras anticipaba su respuesta con un miedo desconocido. Pero era mejor eso a que me lo preguntara él a mí.

—¿En qué estás pensando, Aaron? —Asintió con un sonido ronco y profundo que salió de su garganta directo a mi pecho.

—En que quieres que te bese. —La sangre se me arremolinó y se me espesó con esas palabras. «Sí. Sí»—. Y también pienso que, si no lo hago pronto, voy a volverme loco. —Dejó caer la palma que me acunaba la cara y un dedo me recorrió el brazo. No hablé. No me veía capaz. Su mirada bajó por mi garganta, dejando un sendero de escalofríos a su paso—. Pero lo dije en serio: cuando finalmente pruebe tus labios, estarás muy segura de lo que significa. —Se acercó un poco más. Sus zapatos rozaron los míos. Nuestros cuerpos casi se tocaban. Me apoyé en sus brazos, no confiaba en mí, viendo cómo temblaba, cómo tiritaba—. ¿Ya lo sabes, Catalina? —Me rozó la sien con la nariz—. ¿Sabes qué significa? —Me acarició el pómulo con la nariz y me hizo arquear la espalda, tenía los hombros bien apoyados contra el muro. Abrí la boca, pero la respuesta se me quedó atascada en la garganta. Él lanzó una exhalación temblorosa, tenía el cuerpo tenso—. Respóndeme, por favor. —Apoyó la frente contra la mía y vi cómo sus pestañas ocultaban ese océano en el que me ahogaría con gusto si me lo permitía. Con los ojos cerrados, se acercó un poco más, sus labios

casi estaban sobre los míos—. Acaba con mi agonía, Catalina —dijo entre dientes mientras me sostenía la nuca con dedos temblorosos.

Mi corazón (mi pobre corazón) se volvió loco al oír la desesperación en su voz, al oír la necesidad en estado puro.

—Real. —Solté contra su boca—. Esto es real. —Repetí. Necesitaba escuchar las palabras, sentir la verdad en mi piel—. Bésame, Aaron —dije sin respirar—. Demuéstrame que es así.

Soltó un gemido, un delicioso y grave gemido. Y, antes de que pudiera procesar lo profundo que había calado dentro de mí, hasta la médula, sus labios estaban sobre los míos.

Me besó (Aaron me estaba besando) como si estuviera a punto de morirse de hambre. Como una bestia que quería devorarme. Su sólido cuerpo contra el mío aceptaba con desesperación todo lo que quisiera darle. Abrimos los labios para atrapar la boca del otro mientras sus enormes manos deambulaban por mis costados. Bajaron, bajaron y bajaron hasta detenerse justo debajo de mi cintura. Las mías volaron hacia su pecho y me deleité con su solidez, con su tibieza, con toda esa perfección que era solo para mí.

Mi corazón golpeaba contra las paredes del pecho y un sonido me subió hasta la garganta cuando sentí cómo el suyo hacía lo mismo.

Ese sonido solo alentó a Aaron a presionar sus caderas contra mí y a regalarme un sonido salvaje. Me cogió por la cintura y me acercó más a él. Sentí el calor de su erección contra el vientre, arrancándome otro gemido. «Aaron, Aaron, Aaron», parecía gritar mi mente mientras los cinco sentidos me abrumaban.

Sus manos recorrieron la tela de mi vestido, me envolvieron e hicieron que mi espalda se inclinara hacia atrás mientras su lengua bailaba contra la mía. Volvió a apretar su cadera contra mí e hizo que mi cuerpo perdiera el control y se me acumulara más sangre entre las piernas.

Aaron despegó los labios y pude ver que su respiración estaba tan descontrolada como la mía. Sin perder ni un minuto, su boca aterrizó en el hueco que quedaba entre mi cuello y mi mandíbula. Levanté la vista hacia el cielo oscuro y le entregué mi garganta. Solté otro gemido, que la brisa del mar se llevó consigo.

—Ese sonido. —Aaron habló contra mi piel—. Ese sonido va a volverme loco. —Una locura. Eso era lo que era. Eso era lo que me

corría por las venas.

Bajó por mi cuello con un camino de besos, giró hacia mi oreja y sus labios me pellizcaron de un modo que me hizo estremecer. Sentía la electricidad en todo el cuerpo. Le acaricié el pecho hasta llegar al hueco del cuello. Enredé los dedos en su pelo y tiré suavemente mientras mordisqueaba la piel de debajo de mi oreja. Cuando rozó la piel con los dientes, tiré un poco más fuerte.

—Sujétate a mí, nena. —Con un movimiento rápido, Aaron me levantó del suelo. Le envolví con las piernas y le rodeé el cuello con los brazos.

En lo profundo de mi mente, me preocupé por el vestido, porque no fuera lo suficiente suelto o fino como para permitirme sentirlo. A Aaron. Entero.

Todas las dudas se disiparon cuando volvió a atraerme hacia él. Quedé todavía más apoyada contra el muro, y pude sentir su erección contra mi entrepierna. Caliente… Estaba tan caliente y duro.

—Más —imploré. No era suficiente. Quería más, más y más. Estaba dispuesta a destrozar el vestido si era necesario.

Mientras empujaba su cadera contra la mía en movimientos firmes que me hacían ver las estrellas, nuestros labios volvieron a encontrarse y aplacaron el sonido de otro gemido.

—Me estás matando, Catalina —dijo contra mi boca. Me aferré a su cuello para atraerlo todavía más. Más cerca—. Lo sé —dijo entre dientes y, con otro movimiento de caderas, se acomodó en su sitio, dejándome al límite de la cordura. Aaron se apretó contra mí, todo el calor de su erección frotándose con furia contra las capas de tela que nos separaban.

—Más —volví a rogar. No me avergonzaba. Lo haría otra vez. Y otra, y otra, y otra.

—Qué exigente. —Una risa ronca me acarició los labios—. Si meto la mano debajo de tu vestido, —dijo Aaron contra mi boca, meciéndose contra mí y latiendo entre mis piernas—, ¿te encontraré muy mojada, nena? —Ni siquiera iba a explicárselo, porque no me creería. Creo que nunca había estado tan excitada, tan caliente, tan aturdida y desesperada por más. Aaron rozó sus labios contra los míos en una caricia que apenas consiguió aplacarme—. No lo haré. —Su voz sonó ronca, impregnada por la misma necesidad que yo

sentía en todo el cuerpo—. Ahora no.

—¿Por qué? —gemí.

—Porque no podría controlarme —gruñó en mi oído. Volvió a presionar sus caderas contra mí, apretándome con más fuerza contra la rugosa superficie—. La primera vez que lo hagamos, no será un polvo rápido contra una pared.

Me quejé por la pérdida de la imagen que mi mente había reproducido, pero había dejado bien claro que no iba a conseguir lo que quería. Hubiese dado cualquier cosa porque se hundiera en mí, hasta el fondo. Quizá eso llenaría el vacío que sentía en el centro del pecho. Apoyó su frente contra la mía y todos los movimientos se detuvieron de golpe.

—Me moriría feliz si pudiera hacerte llegar aquí y ahora —susurró, y me recorrió un escalofrío—. Pero cualquiera podría vernos, y ese es un privilegio que me reservaré solo para mí.

Con un suspiro, le pasé los dedos por el pelo, el cuello, y los dejé debajo de su mandíbula. Poco a poco, fui recuperando la compostura.

—Tienes razón. —Fruncí los labios en un puchero. Los ojos azules, que brillaban más que nunca, se arrugaron con una sonrisa.

—Mira eso —dijo antes de besarme con firmeza. Demasiado rápido como para satisfacer mis necesidades—. Se me van a empezar a ocurrir ideas muy locas si vas a acceder tan fácilmente. —Eso hizo que mi puchero cediera un poco y hasta que se asomara una pequeña sonrisa. Justo cuando pensaba en volver a poner un puchero al recordar lo caliente y abrumada que seguía estando, acercó la cabeza y besó el fantasma de la angustia hasta borrarla por completo—. Vamos, seguro que tu familia te está buscando.

Me bajó lentamente. Después me arregló un par de mechones y me acarició la mejilla con el reverso de la mano antes de alejarse.

—Perfecta —dijo, mirándome de arriba abajo. Su voz viajó hasta el centro de mi pecho.

Me ofreció la mano y la cogí antes de que pasara un segundo suspendida en el aire. Aparentemente, era una mujer necesitada. Y, cuando se trataba de Aaron, cogería todo lo que estuviera dispuesto a darme. Y quizá hasta le pediría más.

Capítulo 23

DESATADA. ASÍ ERA COMO ME sentía. Eso era lo que Aaron me había hecho. Me había desatado. Había revelado algo que hacía mucho que me vibraba bajo la piel.

El alboroto de mi interior no se debía a unos pocos momentos ni a una conexión física abrumadora. Lo que me había provocado esa conmoción siempre había estado ahí, enterrado. Lo había ocultado debajo de muchos peros, miedos y dudas. También debajo de mi propia terquedad. Pero finalmente había explotado y salido a la superficie, mezclado con la necesidad, el deseo y algo tan estimulante como aterrador. Sabía que había llegado a un punto de no retorno. Ya no iba a poder mantenerlo a raya ni ignorarlo. Y tampoco quería.

No después de haber probado lo que podía ser mío. Y no me refería solo a los labios de Aaron. Por primera vez desde que aterrizamos en España, cada caricia, mirada, sonrisa o palabra era real. Después de ese beso, cada vez que Aaron me rozaba el brazo con la mano, era porque quería. Cada vez que me daba un beso en el hombro, era porque no podía contenerse. Y cada vez que se acercaba y me susurraba algo al oído, no era porque mi familia estuviera mirando y tuviera que actuar; era porque quería que supiera lo guapa que estaba y lo afortunado que era de tenerme

entre sus brazos.

Bailamos durante horas sin ningún pensamiento dando vueltas en nuestras cabezas y pude besar esa sonrisa que era solo mía. Varias veces. No podía contenerme.

Había decidido que, esa noche, iba a quedarme en nuestra burbuja y que ya me preocuparía del resto al volver a Nueva York. Esa noche era nuestra.

Aaron cerró la puerta del dormitorio a su espalda y no pude evitar mirarlo fijamente desde donde estaba, sentada en la cama. Acabábamos de llegar al apartamento y había decidido darles un descanso a mis piernas temblorosas y a los pies doloridos mientras él iba a buscar agua a la cocina.

Tenía algo escondido en la espalda y la curiosidad me hizo ladear la cabeza. Sonrió y, cuando finalmente desveló el misterio, casi suelto un grito. Mi corazón no iba a resistirlo.

Un dónut, glaseado y relleno de chocolate. Los habían servido al final de la fiesta y creo que me había comido más de los que me tocaban.

—Aaron Blackford —dije, sintiendo cómo se me estrujaba el corazón—. ¿Has robado dónuts de la boda? —Me regaló una sonrisa pícara. Una sonrisa apretada e impresionantemente bonita. Mi pobre pecho volvió a comprimirse.

—Sabía que ibas a tener hambre.

—Tengo hambre —admití, aunque me salió en un tono extraño—. Gracias.

Cruzó la habitación a zancadas y dejó el dónut en la cómoda. Intenté decirle a mi corazón que se calmara antes de que nos matara a los dos.

Aaron se giró, como si supiera que necesitaba un minuto para recuperarme. Pero en lugar de hacerlo, me quedé mirando su espalda, boquiabierta. Vi cómo se quitaba la americana y la dejaba con delicadeza en la única silla del dormitorio. En mi mente se agolparon pensamientos peligrosos, que descendieron hasta la parte baja de mi vientre. Cuando Aaron finalmente se giró, mientras se deshacía el nudo de la corbata, esos pensamientos imprudentes y peligrosos debieron reflejarse en mi cara.

Nuestras miradas se encontraron y un rubor incontenible me subió por el cuello hasta las mejillas. Era irónico que hubiera

devorado sus labios algunas horas atrás y una sola mirada me hiciera perder el control.

Cansada y ruborizada, alejé la vista y me incliné hacia el pie derecho. Con torpeza, intenté desabrocharme los preciosos, pero dolorosos, tacones. Exhalé por la frustración y tiré de la pequeña cinta que me rodeaba el tobillo tanto tiempo que me dio vergüenza.

Sentí como Aaron se acercaba hacia donde estaba y se sentaba en la cama mientras intentaba, sin éxito, desabrochar el zapato. Si encontró la situación graciosa o ridícula, no lo dijo. Al contrario, se arrodilló en el suelo y me puso la palma en la mano para detener mis intentos.

—Déjame a mí —dijo—. Por favor.

Eso hice. Comenzaba a entender que iba a dejarlo hacer cualquier cosa que me pidiera.

Sus fuertes dedos desabrocharon la fina tira y, despacio, me quitaron el zapato. Me desarmó con una ternura de la que nunca me cansaría. Me sostuvo el pie y se lo apoyó en el muslo. Ese simple gesto, mi suela contra su pierna, tenía el poder de desintegrarme.

Y así fue. Rompió mi coraza mientras deslizaba los dedos por mi tobillo, lo masajeaba y liberaba todas las tensiones a su paso, quitándome el aliento.

Esas manos. Lo que podrían hacerme si ese simple contacto me llenaba las piernas de una electricidad que iba directamente a la parte baja del vientre.

El enemigo que podía ser a veces mi mente decidió que era un buen momento para recordarme que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tenido sexo con alguien. Y Aaron… Bueno, solo hacía falta mirarlo para saber que tenía más experiencia que yo. Cualquiera tenía más experiencia que yo. Casi no había tenido citas desde Daniel y…

—Relájate. —Una voz profunda me devolvió a la realidad. Los dedos de Aaron seguían masajeando con delicadeza mi tobillo derecho, ablandando la tensión de los músculos—. No espero nada de ti esta noche, Catalina. —Levantó la cabeza y nuestras miradas se encontraron. Sus ojos azules me decían que hablaba en serio—. Antes, cuando te besé, me dejé llevar un poco. Avancé demasiado, y te pido perdón. —Abrí la boca, pero no conseguí decir nada—. Tienes que decirme algo, nena. Estás muy callada y eso me va a

volver loco. —«Nena». Ese «nena» me provocaba cosas. Me gustaba. Demasiado.

—No tienes que disculparte por nada. —Me esforcé por tragarme todas mis estúpidas inseguridades—. Así que, por favor, no lo hagas. —Lo miré a los ojos—. Estuviste perfecto. La verdad es que… eres perfecto.

Esa parte salió en un susurro. Aaron entrecerró sus ojos azules, ensombrecidos por una fuerte convicción. Ese segundo se estiró y estiró hasta que se aclaró la garganta y siguió con su trabajo.

Repitió el proceso con mi otro pie y dejó el tacón que faltaba en el suelo, junto al otro. Me masajeó el talón izquierdo y luego subió a mi tobillo. Solo habló cuando terminó con los músculos y tendones de la zona.

—Listo. Falta el vestido y estarás lista para ir a la cama.

Y con eso bastó. Sus palabras tranquilizadoras, el modo en que me sostuvo el pie y cómo me miró desde el suelo. Todos esos detalles que tenían un único objetivo: hacerme sentir bien. Todo eso rompió algo en mi interior. Juro que la fractura se escuchó en todo el dormitorio.

—No —dije. Aaron enderezó la espalda y se incorporó hasta quedar a la altura de mi rostro.

—Entonces dime… —Apretó la mandíbula—. Dime qué quieres.

En lugar de verbalizarlo, le puse la mano en la nuca e hice fuerza para atraerlo hacia mí. Aaron no opuso resistencia. Me permitió mostrarle dónde lo necesitaba. Nuestras caras estaban a pocos centímetros. El recuerdo del sabor de sus labios era demasiado poderoso como para seguir resistiéndome.

Todavía arrodillado, Aaron se acercó. Acomodó su torso entre mis piernas y las manos junto a mis caderas.

—¿Qué más? —Pude escuchar la necesidad en su voz. Casi pude saborearla. Incapaz de contenerme, enredé los dedos en su nuca y tiré ligeramente del pelo. «A ti», quise decirle con ese abrazo, pero no era capaz de articular ni una sola palabra—. Necesito escucharlo —murmuró, agitado contra mis labios. Sin tocarlos y sin reducir la distancia. Mi otra mano viajó a su brazo e inmediatamente noté la tensión de esos músculos, apretados debajo de la tela de su camisa. Reprimidos. Como si se estuviera conteniendo—. Dime qué quieres —repitió con la voz rota.

—A ti —gemí, temblando—. Quiero todo lo que quieras darme. —Necesitaba que se acercara, que redujera el espacio que nos separaba hasta hacerlo desaparecer. Que se me pusiera encima hasta fundir los límites de nuestro cuerpo—. Te quiero a ti.

Nunca me había imaginado que unas pocas palabras podían ser la llave a algo tan poderoso. Soltó un gemido ronco y sus ojos se volvieron salvajes. Un hambre que nunca había visto (ni siquiera antes, cuando nos besamos) se instaló en su rostro y dio paso a una expresión contenida.

—Te daré el mundo —dijo contra mi boca—. La luna. Las malditas estrellas. Lo que me pidas, es tuyo. Soy tuyo.

Y entonces mi mundo explotó. Su boca estaba contra la mía y ya no había suavidad, sino pura intensidad. Me abrió los labios para sumergir la lengua dentro de mi boca mientras sus manos recorrían mi espalda.

Me acercó a él hasta quedar en el borde de la cama. Le envolví la cintura con las piernas, demasiado alto como para tener el contacto que tanto anhelaba… El que sabía que me iba a hacer ver esas estrellas que me prometía.

Mi mente perdió el control, sentir su cuerpo fuerte contra mis muslos fue abrumador, embriagador, provocador. Quería quedarme ahí para siempre… con Aaron de rodillas y mi cuerpo envolviéndolo. Con sus labios contra los míos. Sus manos en mi pelo.

No. Quería más que eso, pero primero necesitaba deshacerme de la ropa.

Aaron me atrajo contra su pecho e hizo que mi cuerpo se agitara a la espera de esa fricción que tanto anhelaba. Sin despegar mi boca de la suya ni alejarme, se levantó y me alzó con él. Mis piernas seguían en su cintura, y él se acomodó justo donde quería desesperadamente que estuviera, enviando un remolino de placer a cada célula de mi cuerpo con la enloquecedora sensación de tener su erección entre mis muslos. El calor de sus manos en mi culo se filtró por la tela del vestido, el calor de toda su extensión palpitando contra mi centro. Caliente, tan caliente que me quemaba la piel.

En dos zancadas, Aaron me empotró contra la pared. Se meció contra mi centro, solo una vez, y me arrancó un gemido.

—Dime si quieres que pare —dijo entre dientes contra mis labios con el cuerpo firme y duro como una roca bajo mis manos—. Dime qué quieres que haga. —Empujó su cadera contra mí para poder sostenerme contra la pared y el movimiento me hizo ver las estrellas; llevó las manos a mis costados y se detuvo cuando llegó al inicio de mis pechos. Sus largos dedos rozaron la fina tela que los cubría—. ¿Te gusta esto, nena? —dijo con un tono áspero.

Asentí con la cabeza y curvé la espalda para empujarlos contra sus manos, que no dudaron ni un segundo en aceptar mi oferta. Aaron los tocó sin prisa mientras rozaba la tela que me cubría los pezones con los pulgares. La urgencia por arrancarme el vestido volvió para vengarse. Y tuve que luchar contra mis manos para no exponer la piel y dejarlo tocarme. No al estúpido vestido. A mí. Solo a mí.

Como si pudiera leerme la mente, las manos de Aaron volaron hacia mis hombros. Cogió los tirantes del vestido y jugueteó con cuidado con la fina tela antes de hacer una pregunta.

—¿Puedo bajarlos?

Su cuidado, su esmero porque me sintiera cómoda, hizo que algo se me desgarrara en el pecho: algo que temía que, cuando se destruyese por completo, jamás volvería a ser lo que era antes.

—Sí —le dije, y pude escuchar la urgencia en mi voz.

Aaron me pilló con la guardia baja cuando, en lugar de bajar los tirantes, llevó la mano a mi cintura para alejarme de su cuerpo. Me devolvió al suelo mientras las yemas de mis dedos descendían por su cuello hasta su pecho por la diferencia de altura.

Miré hacia arriba con el ceño fruncido. Apenas fui consciente de la risa sofocada y la sonrisa radiante cuando esas dos grandes palmas que descansaban en mis caderas me dieron la vuelta. Me apoyé en la pared con las manos bien abiertas.

Su respiración me acarició la nuca y lanzó una horda de escalofríos por todo mi cuerpo. Llevó los dedos a la cremallera de mi vestido, justo en la parte baja de la espalda. La bajó, dejando a la vista mi ropa interior. Tuve que tragar cuando escuché el sonido que emitió Aaron.

Sus dedos subieron por mi columna y una bandada de mariposas alzó el vuelo. Cuando llegó a los tirantes, los bajó y el vestido se deslizó por mi cuerpo, directo al suelo, dejándome solo en bragas.

Y, Dios, nunca había estado tan contenta por elegir un vestido con sujetador incorporado.

Lo miré por encima del hombro y encontré una expresión de preocupación en su rostro. Inconscientemente, intenté girarme, pero Aaron me envolvió entre sus brazos. Posó una mano en mi estómago y la otra en mi cadera. Me empujó hacia él, y el calor de todo su cuerpo quedó contra mi espalda desnuda, nublándome todos los sentidos. Dejó caer la barbilla en mi hombro.

—Dame un minuto —me dijo al oído. Pasamos algunos segundos sin movernos ni un centímetro, procesándolo todo, hasta que sentí sus labios en el cuello—. Intento ir despacio, Lina, te juro que lo intento —continuó mientras me acariciaba el estómago. Me rozó la piel de los pechos con el pulgar—. Pero me estás volviendo loco.

Me acarició el pezón con la yema del dedo, arrancándome un gemido profundo que me hizo ganar otro por su parte. La mano de la cadera bajó por mi muslo, hasta el borde de las bragas. A pocos centímetros del origen del calor que me recorría todo el cuerpo.

—Me muero por conocer cada centímetro de tu cuerpo. —Me pellizcó el pezón y tiró suavemente. Gemí, abatida. Devastada—. Por grabarte en mi memoria —dijo, temblando con la misma desesperación que atravesaba mi vientre—. ¿Tú también lo quieres?

—Sí. —Mi voz sonó tan rota como la cordura que me había hecho perder—. Necesito que me toques.

Aaron gimió y le vibró el pecho por el sonido. Llevé las manos hacia atrás, las apoyé en sus hombros y arqueé el cuerpo para que lo cogiera entero. Me acercó con un brazo, toda mi espalda quedó apoyada contra él. Meció las caderas mientras su mano recorría mi muslo de arriba abajo.

—Abre —exigió contra mi cuello mientras intentaba separar mis piernas con la rodilla para poder acceder con más facilidad—. Quiero sentir lo mojada que estás.

Metió los dedos dentro de las bragas. Cuando rozó el pelo y la piel de la zona, sentí que mis piernas se quedaban sin fuerza por el placer y el poder del contacto. Aaron me agarró de la cadera, presionando mi espalda contra su gran erección. La sentí latir contra la piel a pesar de la tela de los pantalones. Siguiendo su camino, sus dedos llegaron al húmedo pliegue, presionaron un segundo y se deslizaron lentos hacia abajo. Abrí los labios con un

gemido que me trepó por el cuerpo. Nunca había estado tan húmeda ni tan excitada.

—Joder —maldijo Aaron en una exhalación—. ¿Todo esto solo para mí? —No estaba segura de haber conseguido soltar más que un gemido de afirmación. Pero lo que sea que respondiese, le bastó, porque sus dedos empezaron a subir y bajar por mi pliegue, cegándome de placer, convirtiéndome la sangre en lava ardiente—. Si meto los dedos, perderé el control por completo —dijo con una voz profunda. Una advertencia, una promesa—. ¿Estás lista? —Su pulgar empezó a dibujar círculos en mi clítoris y casi me caigo de rodillas.

—Aaron. —Arqueé la espalda.

—Eso no es una respuesta, nena. —Bajó todavía más la voz y sus dedos aceleraron el ritmo hasta marearme—. ¿Quieres que me aleje y que te abrace hasta quedarte dormida? —Me acarició el pecho con la otra mano, jugando con el pezón—. ¿O prefieres que te haga mía?

Tan dominante y a la vez tan jodidamente considerado. Queriéndome, embelesándome. Era todo lo que necesitaba. Lo que mi cuerpo deseaba y lo que le faltaba a mi corazón.

Pronto iba a descubrir que esa sería la última vez que le decía a Aaron lo que exigía escuchar. La verdad que había guardado en lo más profundo de mi ser.

—Estoy lista, Aaron. —Llevé las manos hacia las suyas, que seguían en mis bragas—. Tómame. Toda. —Lo sujeté con más fuerza y presioné nuestras manos contra mi centro—. Hazme tuya.

Aaron no perdió el tiempo. Con un movimiento rápido, deslizó un dedo dentro de mí y un gemido emergió de las profundidades de mi pecho por la ansiada invasión. Dios. Hacía demasiado que lo único que entraba ahí eran mis propios dedos.

—Estás empapada, nena. Y todo por mí. —Aaron continuó, sumando un segundo dedo que me hizo ver las estrellas—. Eres toda mía.

—Aaron. Esto… es demasiado. —Algo empezó a desmoronarse, abriéndome por completo. Me curvé todo lo que pude. Jadeaba. Jadeaba mientras perdía el control de mi propio cuerpo.

—No es demasiado. Es lo que se siente cuando es real —murmuró contra mi cuello mientras su otra mano me acariciaba

los pechos.

Estaba muy cerca de desmoronarme. Un millón de sensaciones diferentes me recorrieron el cuerpo y se disiparon hacia todos los sitios en los que Aaron me estaba tocando. Marcando mi piel.

La forma en que empujaba sus dedos dentro de mí o cómo jugaba con mis pezones. La presión de sus caderas contra mi espalda, en sincronía con su mano. Todo era demasiado. Demasiado.

—Eso es. Puedo sentir cómo me aprietas los dedos. —Sus palabras me llevaron al límite. Cada segundo de esta bendita tortura me cegaba de placer—. Móntate en ellos, nena. Mójalos.

Y lo hice. Oh, Dios, lo hice. Llegué al límite. La cabeza empezó a darme vueltas; toda la fuerza abandonó mis extremidades. Y mientras gemía y gritaba palabras sin sentido mezcladas con el nombre de Aaron, él seguía moviendo los dedos en mi interior. Arrastrándome, llevándome consigo hasta reducir la velocidad y detenerse por completo en mi centro, todavía palpitante.

Después de unos segundos, o minutos, Aaron sacó los dedos de mi interior. Ladeé la cabeza y levanté la vista para mirarlo a la cara. Esa cara tan atractiva y esos ojos azules como el océano. Me miraba con una sonrisa nueva. Una que nunca había visto. Una mezclada con hambre, necesidad y algo más. Algo más poderoso que todo eso.

Lo miré fijamente, con una expresión agotada y feliz, y vi como levantaba los dedos que habían estado en mi interior y se los metía en la boca con los ojos cerrados y el rostro contraído en un gesto que nunca olvidaría. Una expresión que se me quedaría grabada en la mente el resto de mi vida y me acecharía en los sueños húmedos que iba a empezar a tener. Aaron gimió, abrió los ojos y se encontró con los míos.

—Podría correrme de solo probarte. De tenerte en mis brazos así.

Tan primitivo, tan básico, tan sensual.

No fui capaz de articular una respuesta, ni siquiera de moverme. Seguro que lo vio, porque me pasó un brazo por la parte trasera de las piernas y otro por la espalda. Me levantó, me llevó hacia la cama y me dejó sobre las sábanas.

Aaron se quedó de pie a un lado, se desabrochó un botón de la

camisa y el pecho le asomó entre la tela. Me moría por tocarlo. Eso me devolvió a la realidad. No iba a dejarlo escapar. Quería tener el privilegio de desvestirlo. Gateé por encima de la cama y, sin despegar la vista del siguiente botón, me acerqué a él. Me arrodillé cuando estuve a pocos centímetros.

—Quiero hacerlo yo.

Mis manos reemplazaron a la suya y cada botón que desprendía me llenaba de placer. Uno a uno, fui bajando por su torso. Su pecho se movía arriba y abajo, agitado por la respiración. Cuando acabé, le quité la camisa y la tiré al suelo.

Si pensaba que su pecho era perfecto, desde que se habían sumado todas las poderosas emociones que me vibraban bajo la piel, lo encontraba celestial. Acaricié cada monte y cada valle, cada centímetro de piel que parecía esculpido en piedra. Firme, suave, glorioso. Todo para mí.

Le rocé el pecho con las uñas hasta llegar al estómago. Aaron se estremeció con el contacto. No era suficiente. Bajé un poco más, siguiendo el camino de vello oscuro. Cautivada, mi mirada devoraba todos mis movimientos. Nunca me acostumbraría a esta obra de arte. A él bajo mis manos.

Llegué al botón de sus pantalones y alcé la vista. Justo a tiempo para ver la tensión de su mandíbula y el brillo en sus ojos azules. Seguí bajando, sintiendo su erección a través de la tela del traje. Gimió y presionó con más fuerza sus caderas contra mis manos. Me temblaron las rodillas y me mareé mientras mis manos lo acariciaban.

Aaron bajó la cabeza y me besó en la sien mientras ponía su mano sobre la mía. Juntos, desabrochamos el botón. Luego la cremallera y…

Vacilé. Congelada. Aunque sintiera que iba a explotar si no bajaba esa cremallera, vacilé. Me temblaron los dedos de solo pensarlo.

«Lo estamos haciendo y, joder… Se siente como algo más que sexo. Mucho más que sexo».

—¿Qué pasa, cariño? —susurró Aaron en mi sien.

Levanté la vista para mirarlo a la cara. ¿Cómo iba a decirle que toda mi bravuconería se había esfumado? ¿Que me temblaban las manos por la necesidad, pero me daba cuenta de que, en verdad, no

tenía ni idea de lo que estaba haciendo? ¿Qué estábamos haciendo?

Aaron exhaló, la mandíbula tensa en un gesto de determinación. Algo hizo clic. Me cogió las manos y se las llevó al pecho.

—Mi corazón también late a mil kilómetros por hora. ¿Puedes sentirlo? —Asentí con la cabeza y parte del miedo que sentía se disipó. Después llevó las manos a su erección—. ¿Sientes esto, Lina? ¿Sientes lo duro que estoy? —Separó las preguntas presionando las caderas contra mis manos. Exhalé por la nariz por el contacto palpitante.

—Sí.

—Es todo por ti. Tú me pones así. Y haces que el corazón quiera escapárseme del pecho con una simple caricia o una breve mirada. Pero no tienes nada que temer. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas?

Sus palabras despertaron algo en mi interior e hicieron que la necesidad superara mis inseguridades. Mis dudas. Mis miedos. Bajé la cabeza para besarlo en el corazón.

—Sí, lo estamos. —Después moví las manos por encima de la tela de sus pantalones para palpar su erección. Muy lentamente. Aaron gruñó y volví a sentir sus labios en mi sien. Me dio un beso alentador.

—Sácala.

Obedecí. Estaba a su merced. Haría cualquier cosa que me pidiera. Así que le desabroché los pantalones y miré el bulto que escondía la ropa interior. Seguí y le bajé la ropa lo justo para liberar su erección. La envolví con los dedos y la acaricié solo una vez. El cuerpo de Aaron lanzó un sonido estrangulado.

—Joder, sí.

Volví a hacerlo y disfruté de la sensación de su pene entre mis dedos, suave y duro, palpitando bajo mi mano. Me pregunté cómo se sentiría si lo hiciese con la lengua. Siguiendo el impulso, bajé y escuché el suspiro de Aaron por mi repentino cambio de posición. Me lo metí en la boca, haciendo contacto con la lengua.

Dios. Toda la sangre de mi cuerpo se trasladó a mi centro, la necesidad atravesando todos mis sentidos. Aaron me cogió del pelo y presionó con delicadeza.

—Nena. —Volvió a cogerme del pelo, pero esta vez alejó la cadera y me hizo parar—. Te juro que me muero de ganas de que lo hagas, pero no quiero acabar en tu boca.

Llevó las manos a mis hombros y me ayudó a levantarme. Con un movimiento rápido, me tumbó sobre la cama. Con otro, se deshizo de los pantalones y de la ropa interior.

«Aaron está desnudo».

Todo su cuerpo era sólido y delicioso. Grande. Poderoso. Perfecto. Y todo para mí.

Se me detuvo la respiración de solo pensarlo.

Esos ojos hambrientos, en los que tenía ganas de perderme, me miraban de arriba abajo. Mientras intentaba aprenderme de memoria las líneas de sus brazos y su pecho, mientras me esforzaba por grabarme a fuego esa erección que hacía que me relamiese, esos muslos poderosos que me volvían loca. Quería tatuármelo en la mente y conservarlo para siempre.

Aaron fue hacia su neceser, que había dejado sobre la cómoda, y cogió algo. Volvió a la cama y tiró el condón encima de las sábanas, a mi lado. Seguí sus movimientos, cautivada, incapaz de moverme.

Me miró desde arriba con una intensidad ardiente, se llevó la mano a la entrepierna y se acarició la erección. Una caricia firme.

—No sé cómo voy a hacer para tomármelo con calma —dijo, con voz ronca, tocándose con fuerza.

—Entonces no lo hagas —rogué, devorando la imagen que tenía delante y haciendo un esfuerzo sobrehumano para no abalanzarme sobre él—. No te lo tomes con calma. Te quiero entero. Sobre mí. Dentro de mí. Por todas partes.

Antes de que acabase la frase, Aaron ya me estaba besando con fuerza. Devorándome. Su cadera entre mis piernas abiertas, que tenía enroscadas a su espalda. Su erección palpitante contra mí.

—Esto se tiene que ir. Ya —ordenó Aaron en mi oreja mientras tocaba la delicada tela de mis bragas.

Al segundo, estaban en el suelo y él se había vuelto a poner entre mis piernas, solo que ya no nos separaba nada. Estaba justo donde necesitaba que estuviera. Donde pertenecía. Se arrodilló y me dejo contemplar todo su enorme y sólido cuerpo. Se me agitó la respiración. La sangre se me estaba arremolinando en un solo sitio.

Cogió el condón, rasgó el envoltorio y se lo puso, sin apartar su mirada de la mía ni un segundo.

—Eres lo más precioso que he visto en la vida. Toda para mí. —Se le ablandó la mirada y me llegó al corazón, me arrancó algo y

dejó un hueco tras de sí. Un hueco que no sabía si sería capaz de volver a llenar.

Aaron se inclinó y me rozó la cadera con los labios, hasta la zona en que se unía con los muslos. Me dio un beso allí. Luego otro. Y otro. Gruñó y bajó un poco más, como si no pudiera contenerse. Hasta que enterró la lengua en mi centro. El contacto fue breve, pero me hizo ver las estrellas y se me escapó un gemido. El placer estalló desde ese punto y me recorrió como una descarga que llegó a cada uno de mis nervios.

La reacción de Aaron fue inmediata, todo su cuerpo cobró vida y estalló. Sus labios me recorrieron, dejando un sendero de besos a su paso. Con suavidad, me besó la mandíbula, el cuello y los hombros. Y, cuando finalmente se puso encima, solo pude cogerle la cara entre las manos para acercarlo a mi boca y besarlo. Despacio pero con intensidad. Ambos acabamos jadeando.

—Aaron —susurré entre respiraciones profundas—. ¿Esto es real? —No podía creerlo; era como un sueño, como si fuera a despertarme en cualquier momento.

Aaron me miró a los ojos, probablemente para asomarse a lo más profundo de mi ser. Un lugar al que ni yo tenía acceso. Pero a cambio, me dio acceso al suyo. Todo lo que sentíamos, todo lo que habíamos enterrado y negado, salió a la superficie. Desnudos. Uno frente al otro, quedamos despojados de todas las mentiras. Expuestos.

—No podría ser más real. Nada será tan real como esto. —Depositó un beso suave en la comisura de mis labios.

Sus palabras, la sinceridad de sus ojos azules, el calor de su cuerpo, el modo en que me envolvía… Todo eso hizo que me estallara el corazón. Hizo que todas las células de mi cuerpo se sacudieran con violencia y explotaran en un millón de fragmentos.

Seguro que Aaron sintió lo mismo porque nuestros cuerpos salieron de la confusión y pasaron al frenesí. Me recorrió con los dedos y la lengua. Labios, cuello, clavícula, pechos. Todo quemaba bajo su boca. Mecía las caderas contra mi centro y empujaba su erección entre mis piernas; la punta bajaba un poco más con cada movimiento, hasta que llegó a mi entrada.

Cuando levantó los labios, su mirada volvió a mis ojos para pedirme permiso sin palabras.

—Sí, sí. —Acompañé la respuesta con un pequeño movimiento de cadera—. Por favor —gemí y volví a empujar. Sentí como se deslizaba un poco en mi interior, pero no lo suficiente.

Me besó la clavícula y finalmente se hundió en mí. Un golpe lento y profundo que me llenó por completo e hizo que mi cabeza, mi cuerpo y mi alma viajaran a otra galaxia.

—Dios —gemí, completa y feliz.

Aaron gruñó contra mi sien.

—Joder, nena. —Meció las caderas para salir y volver a entrar con más fuerza, lo que me arrancó un grito de placer. Me acarició el cuello con la boca—. Ese sonido, Catalina. —Volvió a entrar—. Me va a destruir. —Otra vez.

Llevé las manos a su pelo y tiré para incitarlo a que enloqueciera por completo. Y así fue. Volvió a gruñir y entró con más fuerza, empujando todo mi cuerpo hacia delante. Gemí, segura de que iba a ahogarme en una de las olas de placer que me inundaban el cuerpo.

—Sujétate al cabecero —bramó mientras me cogía de las muñecas para llevarlas hasta ahí. Obedecí y me sujeté de los barrotes, deseando que resistieran la estampida.

—Lo necesito. —Lloriqueé—. Necesito más.

Aaron arremetió dentro de mí mientras se sujetaba también del respaldo. Su ritmo derrumbó lo que nos quedaba de control.

—Me necesitas a mí —gruñó, entrando cada vez más rápido. Arqueé la espalda a modo de respuesta. Se hundió con más fuerza. Y otra vez. Más fuerte—. Yo soy todo lo que necesitas. —Dios, ¿no sabía (no era dolorosamente obvio) que lo necesitaba?—. Dilo. —Otro movimiento rápido.

—Sí —gemí, quedándome sin fuerza a cada ola de placer—. A ti, Aaron, te necesito a ti.

Esas últimas palabras rompieron el último y delicado hilo de cordura que le quedaba y sus movimientos perdieron el ritmo. Se volvieron más fuertes, más rápidos y más profundos. Todo al mismo tiempo. Aaron se movía en mi interior con abandono. Nuestros cuerpos chocaban mientras seguía sujetándome del respaldo y miraba cómo se movía. Su pene se deslizaba hacia dentro y hacia afuera, tenía los músculos del abdomen apretados, los hombros tensionados. Todo llevándome al límite.

—Quiero sentir cómo me aprietas, nena —dijo Aaron antes de

comerme la boca. Llevó una mano a mi pecho y la cerró sobre mi pezón—. Acaba para mí —exigió con voz ronca—. Acaba sobre mi polla.

Sus palabras, su ritmo feroz, su cuerpo penetrando el mío… Tuve que cerrar los párpados. Todo mi cuerpo estaba en llamas. Cada nuevo bombeo me cegaba.

—Aaron —supliqué, desesperada.

—Mírame. Quiero que me mires. —Me alzó y me acomodó contra su pecho. Me movió mientras me penetraba desde abajo. Me abracé a su cuello mientras sentía cómo llegaba al orgasmo. Le tiré del pelo. Fuerte. Aaron me cogió de las muñecas con fuerza mientras llevaba mis brazos hacia atrás. Arqueé la espalda—. Mírate, a mi merced. —Aumentó el ritmo de mis caderas para frotarme cada vez más rápido sobre su pene—. Justo como he querido tenerte todo este tiempo.

Después de un bombeo fuerte y profundo, Aaron tensó la mandíbula mientras ponía la mano libre entre los dos, justo en el lugar en que nos conectábamos. Acariciaba, frotaba y, antes de que pudiera hacer algo, me hizo volar. A la vez, lo sentí latir y descargar todo su placer dentro de mí.

Dijo mi nombre en un gruñido animal. Me invadió una alegría simple y pura mientras seguía moviendo las caderas cada vez a menor velocidad hasta que el orgasmo se desvaneció. Me abrazó y enterró su rostro en mi cuello, los contornos de nuestros cuerpos se disiparon hasta que el movimiento de sus caderas se detuvo por completo.

Nos quedamos allí, suspendidos en el tiempo. Con los corazones latiendo contra la piel del otro y su pulso tranquilo debajo de mí.

Al cabo de un rato, Aaron se levantó y nos recostamos de lado sin dejar de abrazarnos. Me acurrucó contra su pecho y supe que nunca más iba a querer otro abrazo. Nada se podía comparar con eso.

Me besó el cuello, luego la sien y dejó los labios ahí.

—¿Ha sido demasiado? —Giré la cara hacia su pecho y apoyé los labios sobre su corazón.

—No, jamás. —Era verdad—. Yo… —Arrastré las palabras y mi voz se convirtió en un susurro—. Me ha gustado cómo has perdido el control. Me ha gustado mucho.

—Cuidado. —Sentí su mano en mi pelo, peinando los mechones rebeldes—. Si sigues siendo así de perfecta, empezaré a pensar que te hicieron para mí. —Torcí los labios en una sonrisa idiota, y tuve que presionar la boca contra su pecho para no decir lo que pensaba. «Quédate conmigo. Es lo mínimo que puedes hacer si me han hecho para ti». Al cabo de unos minutos, Aaron se movió. Ajusté los brazos alrededor de su cuello—. Necesito quitarme el condón, nena.

Intentó alejarse, pero me resistí a dejarlo escapar. Soltó una carcajada alegre y luminosa que me devolvió el aire y me distrajo lo suficiente como para que pudiera escaparse de mi agarre.

Lloriqueé, decepcionada y con frío. Era una mujer muy avariciosa en lo que a arrumacos respecta. O quizá en lo que a Aaron respecta.

Volvió enseguida, como me había prometido. Por suerte para él. Y el paisaje que me regaló mientras atravesaba la habitación con una desnudez perfecta colaboró a que lo perdonara. Cuando volvió a la cama, me envolvió con los brazos y me acurruqué contra su costado. Nos tapó con las sábanas y lanzó un gemido profundo y apasionado. «*Sip*», pensé. «Lo mismo digo».

—¿Ves? —dijo contra mi pelo—. Ni siquiera ha sido un minuto. —Suspiré en su pecho.

—Soy muy exigente, ¿de acuerdo? —admití sin vergüenza—. Y no me refiero a que exijo arrumacos, sino que me voy a pegar a ti como una garrapata. —Se lo demostré apoyando la pierna sobre la suya y el brazo sobre su pecho, enroscando nuestros cuerpos de una forma que distaba mucho de ser tierna.

De algún modo, aunque tuviera la cara enterrada en su cuello, supe que estaba sonriendo. Entonces su pecho se movió y me confirmó que no solo era eso lo que hacía.

—¿Te estás riendo de mi desgracia?

—No me atrevería. Solo estoy disfrutando de tus exigencias, garrapata. —Me acarició la espalda y se detuvo en mi cintura. La pellizcó—. Pero si no te comportas, no vamos a poder dormir. Y, aunque lamento decepcionarte, solo tenía ese condón. —Aflojé un poco la presión.

—¿Esperabas que esto pasara? —pregunté mientras me lo imaginaba metiendo un condón en la maleta. Una ola de expectativa me floreció bajo la piel.

—No —respondió despacio mientras sus dedos subían por mi espalda—. Pero no te voy a mentir, una parte de mí lo deseaba, y quizá por eso lo traje. De todos modos, llevaba tanto tiempo ahí que pensé que daño no haría.

—Me alegro de que lo trajeras —le dije sinceramente, y apoyó la mano en mi nuca. Sus dedos juguetearon con mi pelo—. Es una pena que no hayas traído más. —El sonido que salió de la boca de Aaron me devolvió a la vida.

—¿Ah, sí?

En lugar de responder lo que esperaba que fuera una pregunta retórica (porque, ¿cómo no iba a llorar por perderme la oportunidad de tener más sexo maravilloso?), otra pregunta apareció en mi cabeza.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije, inclinándome hacia atrás para poder mirarlo a la cara.

—Puedes preguntarme lo que quieras. —Aaron ladeó la cabeza para encontrarse con mis ojos.

—¿Por qué hablas tan bien español? —Torció los labios tímidamente—. En serio. —Insistí con ojos inquisidores—. No tenía ni idea de que lo hablaras, ni una sola palabra, y menos tan bien. —Le brillaron los ojos por el cumplido. Me gustaba causar ese efecto. Tanto como me gustaba hacerlo sonreír—. Seguro que entendiste todos los apodos que te puse.

—En realidad, no.

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que todo tenía que salir perfecto. —Lo miré para entender el significado detrás de esas palabras.

—Entonces tú… ¿Qué? ¿Hiciste un cursillo rápido antes de venir? —Era un chiste, pero Aaron se encogió de hombros. Poco a poco, me di cuenta—. Dios mío, lo hiciste —dije entre dientes.

«Por mí. Lo hizo por mí».

—No es que no supiera nada. Me acordaba de algo de la escuela. —Volvió a acariciarme el pelo y a juguetear ausente con un mechón que enroscó en su dedo índice—. Y ahora hay aplicaciones para todo. Aprendí lo suficiente como para causar una buena impresión, pero todavía me falta mucho.

Seguro que algo se me reflejó en la cara (esperaba que no toda la adoración que sentía por él en ese momento) porque me analizó,

extrañado. Después me acercó más a su pecho, me acurrucó con seguridad contra él y me besó el hombro. Me derretí con la caricia de sus labios como mantequilla bajo el sol.

—Sigo sin entender todo el vocabulario interesante —agregó antes de volverme a besar el hombro—. Las mejores palabras.

—Ah. —Curvé los labios, me interesaba el rumbo que estaba tomando esta conversación—. ¿Quieres que te enseñe guarradas? —Alcé la vista y meneé las cejas. Aaron me regaló una sonrisa torcida que hubiese hecho que se me cayeran las bragas de haberlas llevado—. Bueno, hoy es tu día de suerte porque soy una gran maestra.

—Y yo un estudiante muy aplicado. —Me guiñó un ojo y ese maldito gesto me dio taquicardia—. Aunque puede que me distraiga un poco de vez en cuando.

—Ya veo. —Apoyé el dedo índice en su pecho mientras él bajaba la mirada antes de devolverla a mi cara—. Quizá necesitas la motivación necesaria para no desconcentrarte. —Recorrí sus pectorales con el dedo, hasta el cuello, y seguí la línea de la mandíbula hasta llegar a los labios. Los abrió con una respiración agitada—. Esto… —Me acerqué y lo besé suavemente—. En español es una palabra de seis letras. *Labios. Tus labios*. —Me respondió comiéndome la boca. Como si el único modo de aprender la palabra fuera probándola—. Y esto —dije antes de abrir los labios y profundizar el beso, nuestras lenguas bailaban juntas—, es otra palabra de seis letras. *Lengua*.

—Esta me gusta. —Aaron bajó la cabeza y encontró su nueva palabra favorita al llegar a mis pechos—. ¿Y esto? ¿Cómo se llama? —dijo rozando su boca contra las cimas. Lancé una risita que se convirtió en un gemido antes de que pudiera responder.

—Esa es una palabra de cinco letras. *Pezón*. —Aaron asintió mientras sus labios subían por mi pecho, dejando suaves besos a su paso.

—Ya me has enseñado palabras de seis y cinco letras. —Me dio otro beso—. Ahora deberíamos pasar a palabras de cuatro letras. ¿Me enseñarías una? —Su deseo cayó sobre mi piel.

Una palabra de cuatro letras. No debería ser tan complicado. Había millones de palabras de cuatro letras en mi lengua natal. Pero la mente me traicionaba. Solía hacerme esas cosas. Y la única

palabra en la que podía pensar era muy particular. Una que, pese a no ser muy larga, tenía el poder de cambiar las cosas. De cambiar la vida de las personas. De mover montañas y desatar guerras.

Era una palabra tan grande que me había prometido a mí misma que no volvería a dársela a nadie a no ser que estuviera segura de que lo sentía con cada molécula de mi cuerpo. Solo si estaba cómoda.

Mi silencio le dio a Aaron la oportunidad perfecta para seguir explorando mi piel. Su boca hacía que mi corazón diera tumbos.

—No lo sé —murmuré, distraída. También asustada y excitada.

Más besos me hicieron tener que luchar por recuperar el aliento.

—No pasa nada —dijo, totalmente sincero—. Podemos romper las reglas. Es la parte buena de ser tú quien las crea.

Tomó mi boca con pasión y me hizo olvidar todo durante un segundo. Apenas nos despegamos para coger aire. Volvió a sumergir la cabeza para darme un beso húmedo encima del corazón.

—Corazón —dijo, despacio, tan despacio que la palabra me llegó a la sangre y se mezcló con ella—. Este es tu corazón. Siete letras.

Me miró a los ojos y juro que pude ver en ellos todo lo que no me estaba diciendo («Lo haré mío») y todo lo que yo no me animaba a decir («Cógelo»). Cuando Aaron habló, sonó como una promesa.

—Me ganaré esa palabra de cuatro letras.

No tenía ninguna duda de que lo haría. Pero ¿a qué precio?

Capítulo 24

LA EXPERIENCIA DE DESPERTARME JUNTO a Aaron a la mañana siguiente fue muy diferente a las otras dos veces en que abrí los ojos y lo encontré al otro lado de la cama.

Para empezar, estábamos desnudos. Algo a lo que sentí que podría acostumbrarme rápido. Sin esfuerzo. Por otro lado, había un detalle minúsculo que separaba esta mañana de las anteriores. Una cuestión práctica. Y era la sonrisa radiante que tenía en la cara. Era estúpidamente grande, y me daba miedo haber dormido con ella. Ridículo, lo sé. ¿Quién tenía tiempo de avergonzarse cuando tenía al lado a Aaron Blackford, tan grande, desnudo y listo para ser devorado? Yo no. Sobre todo cuando algo no tan pequeño me rozaba el muslo.

Aaron gruñó, se movió y apoyó esa parte de su cuerpo contra mí.

«Ah, hola, nuevo miembro favorito».

—Buenos días —dijo con la voz ronca de recién levantado que me invitaba a gritos a acurrucarme contra él.

—Mmm… —Fue todo lo que pude responder.

Era muy grosero por mi parte, pero estaba ocupada con algo más importante: memorizar cada centímetro de su pecho con la mano. O los abdominales bajo su estómago. Y ese sendero de vello

oscuro. Sí, ese tenía que recorrerlo.

—Tus padres vendrán pronto —comentó, jadeando.

—*Sip*. —Lo sabía—. Pero una hora tiene sesenta minutos y, si conseguimos hacer las maletas en cinco y ducharnos en… ¿tres? Eso nos deja cincuenta y dos minutos para nosotros. —Y pensaba usar ese tiempo para conocer el cuerpo de Aaron—. Se pueden hacer muchas cosas en esos minutos. El secreto está en saber administrarlo. —Mis dedos siguieron bajando y bajando y bajando hasta que le cogí la erección. Aaron presionó las caderas contra mí.

—Nena. —La palabra sonó estrangulada, pero la acaricié de arriba abajo—. ¿Quieres matarme?

Seguía preguntándomelo como si tuviese una respuesta.

—¿No? —suspiré sin poder concentrarme—. ¿Sí? —Sus caderas se impulsaron contra mi mano de nuevo—. ¿Cuál era la pregunta?

Aaron gruñó y me puso la mano en la espalda, tirando de mí y subiéndome a sus caderas. Por instinto, me moví para encontrar algo de alivio. Lo mismo que estaba haciendo Aaron con mi mano.

En ese momento, empecé a considerar la posibilidad de olvidarme de la maleta, de mis padres, del vuelo de vuelta, del trabajo, de la vida y básicamente de todo lo que no fuera esa cama. Todo lo que no fuera Aaron. Simplemente no me importaba.

Cuando quise darme cuenta, estábamos en el aire. Bueno, yo estaba en el aire. Con mi cuerpo en brazos, Aaron se dirigió al baño en pocas zancadas. Abrió la ducha sin bajarme.

—Odio ser portador de malas noticias, pero cincuenta y dos minutos no son suficientes para todo lo que quiero hacerte. Ni por asomo. Así que vamos a tener que hacer varias cosas al mismo tiempo —explicó mientras me ponía debajo del chorro de agua caliente. Sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo y el hambre oscureció el azul.

—Administración del tiempo y multitarea —comenté mientras miraba cómo entraba a la ducha conmigo—. Tiene un currículum impresionante, señor Blackford. —Sus manos descansaron en mi cadera. Y los dedos me sujetaron con necesidad. Con desesperación.

—Y nunca me asusto ante un desafío. Por favor, agrega eso a la lista. —Presionó su cuerpo contra el mío hasta que quedé apoyada contra las baldosas—. Tendré que hacerte llegar con la lengua mientras nos duchamos. —Mi nueva palabra favorita hizo su

aparición, moviéndose por su labio inferior.

«Joder, era demasiado *sexy*».

—Y quizá otra vez mientras hacemos las maletas. Todo eso en cincuenta y dos minutos. Pero creo que lo conseguiré.

Oh, Dios. Así fue.

Contra todo pronóstico, acabamos a tiempo. Resultó que las habilidades de Aaron eran impresionantes. Mis padres nos llevaron al aeropuerto con tiempo de sobra como para desayunar en la terminal antes de embarcar.

Cuando estuvimos en el avión, Aaron me pasó un brazo por el hombro y me acurruqué contra él. Descansé la cabeza en el hueco de su cuello y un delicioso perfume me envolvió e hizo que se me escaparan muchos suspiros de felicidad. El sentimiento que me provocaba esta nueva normalidad que había nacido entre nosotros me dio la calma suficiente para caer rendida incluso antes de despegar.

Pero cuando tocamos suelo estadounidense, una alarma conocida se me disparó en la cabeza. La conversación. Si fuera inteligente, hubiera aprovechado todo ese tiempo para hablar. Teníamos que establecer límites, teníamos que definir lo que fuera que hubiera entre nosotros. Teníamos que… tomar una decisión. Normalmente no sentía esa presión, pero Aaron no era un chico cualquiera. No era un hombre con quien tenía una relación casual o alguien con quien me había acostado una noche. Era Aaron. Mi Aaron. Mi compañero de trabajo. Y, pronto, mi jefe. Y eso exigía abordar la situación de un modo diferente. Lo que él quería que fuera. En lo que queríamos convertirlo. Pero para eso, necesitábamos hablar.

Apoyó la mano en mi cintura y dibujó un círculo sobre la camiseta con el pulgar. Levanté la vista y vi que me miraba. Mierda.

Esos ojos se estaban convirtiendo demasiado rápido en mi cosa favorita del mundo. Más que los *brownies* de tres chocolates.

Acabábamos de cruzar la puerta de llegadas, por lo que nos encontrábamos en el centro de la terminal, en suelo neoyorquino. A solo unos metros de lo que nos esperaba fuera del aeropuerto. Fuese lo que fuese.

—Lina —dijo despacio.

A juzgar por el modo en que pronunció mi nombre y el peso que le había dado, supe que iba a decirme algo importante. Pero esa sencilla palabra (mi nombre, no Catalina sino Lina), provocaba cosas en mí. En mi pecho, en mi cabeza.

—Me encanta escuchar eso. Mi nombre —confesé por lo bajo, como si fuera un pensamiento—. Deberías llamarme Lina más a menudo.

Aaron me miró a los ojos sin hablar durante un buen rato. Ignoró mi comentario fugaz. Justo cuando creía que no iba a decir nada (que se iba a ir del aeropuerto en silencio y que cada uno seguiría su camino), habló.

—Ven a casa conmigo. A mi apartamento.

Parpadeé, me había pillado con la guardia baja. El silencio era ensordecedor y pensé en lo mucho que me gustaría pasar más tiempo juntos. Perderme en él un ratito más antes de tener que volver a la vida real. Antes de que tuviéramos que hablar y tener la conversación que acabaría de consolidar (o no) todo lo que había cambiado entre nosotros. Una conversación que me daba más miedo a cada minuto que pasaba.

Quería dar el paso. Con locura. Pero mi experiencia me indicaba lo contrario y me advertía respecto a cometer dos veces el mismo error.

En el fondo, sabía qué recuperarme (de perder a Aaron o de tirar por la borda años de trabajo duro por acusaciones injustas y mal intencionadas) no iba a ser fácil. Iba a ser la cosa más difícil que tendría que hacer en toda la vida. Ya lo sabía.

Mientras todo eso me daba vueltas en la cabeza, vi algo muy parecido al miedo en el rostro de Aaron.

—Ven conmigo, Lina. —Cerré los ojos un segundo—. Te daré de comer y me aseguraré de que te quedes despierta para que no tengas *jet lag*. Mañana te llevaré a tu piso para que cojas lo que

necesites y luego iremos al trabajo —hizo una pausa— juntos.

Parecía un sueño. Como él.

Tenía que estar soñando si creía que podría convencerme de ir con él a algún lado. Quería hacerlo, de verdad. Lo seguiría a cualquier lado si me lo pidiera. Pero… Pero… Siempre había un pero ¿no?

—Aaron —exhalé—. Seré sincera contigo. —Se lo debía, tanto a él como a mí, a nosotros—. Estoy… asustada. Aterrada. Van a ascenderte. Serás el líder de mi departamento. Y eso cambiará las cosas. —Bajé la mirada hacia su pecho. Había demasiadas cosas en sus ojos. Me distraían y me hacían perder la cordura—. Ya no estamos en España. Esto es la vida real. Y esto —dije señalándonos— complicará las cosas. —O quizá era al revés y su ascenso complicaría lo que fuera que esto pudiera llegar a ser. Me cogió la mano y se la llevó al pecho. Tan cálido y firme, lleno de cosas que quería, pero me aterraba coger.

—Lo resolveremos. Luego, cuando estemos duchados, tranquilos y cómodos. —Me cogió la barbilla con la otra mano y me levantó la cabeza para que pudiera mirarlo a los ojos—. Y mañana hablaremos con Recursos Humanos. Se lo comentaremos a Sharon, si eso te deja más tranquila. —«¿Por qué? ¿Por qué, universo? ¿Por qué tenía que ser tan considerado y tan jodidamente perfecto?»—. Pero para hacerlo, tienes que darnos una oportunidad. —Esta vez fue su respiración la que se rompió—. ¿Confías en mí?

Mi mano seguía sobre su pecho, justo encima del corazón, y arrugué la tela de la camiseta en un puño. No podía hacer nada más que aferrarme a él.

—Llévame a casa, Aaron Blackford.

Miré la pantalla del móvil por enésima vez, considerando si debía responder al mensaje con la verdad o no.

«Se va a volver loca. Me va a patear el culo con tanta fuerza que aterrizaré de nuevo en España».

Levanté la vista, contemplé mi reflejo en el espejo (el espejo del baño de Aaron) y no me gustó lo que vi. No tenía nada que ver con las ojeras ni con el moño, que había pasado de despeinado a caótico en algún punto del océano Atlántico. Lo que me molestaba no era algo que pudiera señalar con el dedo ni resolver con una ducha, algunas horas de sueño y un cepillo. Me giré y me senté en el borde de la impresionante y seductora bañadera. Era tan grande que cabían dos Aaron, como su piso en general. Espacioso y de un lujo sobrio y elegante que combinaba perfectamente con él. Volví a mirar el móvil para releer el mensaje.

Rosie: ¿Has vuelto? ¿Cómo de malo ha sido? Cuéntamelo todo con un café. ¿O dos? ¿Quizá tres? ¿Tienes que contarme muchas cosas?

Justo cuando había reunido el coraje para responder, tres puntos aparecieron en la pantalla.

Puedo ir a tu piso y llevar cafeína. ¿Te parece bien que esté ahí en una hora? ¿Treinta minutos? ¿Ahora?

Podía imaginar a mi amiga batiendo sus pestañas frente a mí. Rosie nunca me había suplicado tanto para que le contara las cosas.

No estoy en mi piso.

¿Sigues en el aeropuerto? Puedo pasar más tarde. Solo dime una hora.

Respiré hondo y empecé a escribir la respuesta.

No creo que vuelva a casa esta noche.

Volvieron a aparecer los tres puntos. Escribía y escribía y escribía. Durante una cantidad ridícula de tiempo. Miré el móvil con el ceño fruncido, necesitaba fuerza.

LO SABÍA.

Lancé un sonido estrangulado. ¿Tanto escribir para esto?

¿Y? Escupe. Escribe y dime que te lo dije.

Me reí por lo bajo. ¿Tan ciega había estado?…

DILO. DILO EN VOZ ALTA. Di-lo.

Relájate, Edward Cullen.

Catalina, si no empiezas a hablar, me enfadaré. Y yo nunca me enfado. Todavía no conoces a la Rosie enfadada.

Estoy en el piso de

Aaron.

Eso ya. Quiero saber el resto.

¿El resto?

Un breve resumen… por ahora.

Como que nos besamos. Y como que dormimos juntos.

¿CÓMO? ¿CÓMO QUE? ¿Eso qué significa?

Nos besamos. Y lo hicimos.

¿Y?

«Y mucho más», es lo que quería escribir. Pero mis dedos se quedaron paralizados encima de la pantalla. Hasta que empezaron a escribir a un ritmo vertiginoso.

… y estoy hecha un desastre. Estoy aterrada y confundida. Y también estúpidamente feliz. Es muy bueno

conmigo. Tan bueno que parece un sueño del que me voy a despertar con sudor frío pegado al cuerpo. Y sabes que lo odio. ¿Te acuerdas de la vez que estaba teniendo un sueño húmedo con Joe Manganiello y se disparó la alarma de incendios del edificio justo en el momento en que le desabrochaba el cinturón? ¿Recuerdas que estuve de mal humor un mes entero? Esto es un millón de veces mejor que ese sueño. Está a años luz de distancia.

Era así, y no me refería solo a la forma en que mi cuerpo parecía revivir con su contacto. Joder, eso solo era una parte.

No quiero despertarme, Rosie.

Oh, cielo.

Casi pude sentir el abrazo que seguía a sus palabras.

De todos modos, te lo cuento mañana.

No era una conversación para tener por mensaje.

Más te vale, o te daré una patada en el culo.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Cariño? —dijo una voz profunda. La palabra hizo que se me acelerara el corazón—. Empezaré a creer que te estás escondiendo de mí. —Dios, era lo peor. Aaron continuó—: Sal para que podamos ir a buscar algo para comer. Tú elijes. —Mi estómago rugió, víctima del *jet lag*.

—¿Incluso tacos de pescado?

—Sobre todo tacos de pescado. —Mierda. Eso me llegó directo al corazón.

—¡Está bien, dame un minuto! —exclamé mientras escribía otro mensaje para Rosie.

Me tengo que ir. Vamos a buscar comida.

De acuerdo. Pero mañana tú y yo vamos a hablar.

Sí, señorita.

Y, ¿Lina? No siempre hay que despertarse de los sueños.

Con ese pensamiento (no, con esa esperanza, porque eso fue exactamente lo que sentí al leer el mensaje de mi amiga: estúpida esperanza), abandoné mi escondite y fui a buscar a Aaron. Lo encontré de pie en la sala de estar, mirando por las ventanas industriales que daban al río.

Su piso estaba en Dumbo, una zona de Brooklyn que no conocía demasiado bien, pero que cada vez me gustaba más. Era increíble. Amplio y sólido; elegante pero simple. Caminé hacia él para mirar por las enormes ventanas.

—Esta vista del East River es impresionante.

—Tengo mucha suerte de poder permitírmelo —dijo, y sonó sincero. Más de lo habitual.

Me giré hacia él y me apoyé en la ventana para quedar cara a cara. Quería decirle que esta vista (la de él) era igual de impresionante. Pero una no iba por ahí diciendo esas cosas. Así que me limité a devorarlo con la mirada.

Aaron miraba el horizonte, la luz del sol atravesaba el vidrio de las ventanas y le acariciaba la piel. Los ojos le brillaban bajo la luz, pero estaba pensando en algo. Lo sabía.

—¿Todo bien? —Me estiré para apoyarle una mano en el brazo. Entonces me miró.

—Ven aquí. —Con un movimiento rápido, me abrazó contra su pecho con fuerza y nos balanceamos un poco—. Mejor. Ahora todo está mucho mejor.

No podía discutírselo. Todo lo que incluyera estar en brazos de Aaron era mucho mejor que lo que no. Le permití arrancarme un suspiro de felicidad y me deleité con el sonido que hizo cuando yo también lo apreté. Luego me liberó y su mirada volvió a perderse en la ventana, aunque, esta vez, sonreía un poco.

Paso a paso.

Por algún motivo, mis ojos aterrizaron en un mueble de estilo industrial que se complementaba perfectamente con el estilo de la ventana y del resto del espacio. Encima solo había una foto enmarcada y lo que parecía ser un libro de texto.

Sentí curiosidad por saber quién estaba en esa foto, por lo que fui hasta allí y la miré. Una mujer. Una mujer preciosa, de ojos azules y pelo oscuro, con una sonrisa que reconocí enseguida. Se me estremeció el corazón.

—¿Cómo se llamaba tu madre? —pregunté. Me pasó un brazo por los hombros y me besó el pelo. Me entregué a él.

—Dorothea. —Sentí la voz retumbarle en el pecho, justo contra mi espalda—. Se quejaba todo el tiempo de su nombre. Todos la llamaban Thea.

—Cuéntame más cosas sobre ella, sobre tu familia. —Exhaló y el suspiro me llegó al pelo.

—Era el nombre de su abuela. «Un nombre de vieja pretenciosa», decía siempre. Su familia tenía mucho dinero, pero no gozaban de buena salud. Decían que era una maldición. —Hizo una pausa, parecía perdido en sus recuerdos—. Cuando era niño, mi madre era la única viva, por lo que nunca conocí a mis abuelos. Y, cuando mi madre falleció, me convertí en el último de los Abbot. Así que lo heredé todo. Por eso me puedo permitir este piso.

—Eso tiene sentido —murmuré. Me consideraba afortunada por trabajar en una empresa como InTech, que me aseguraba un buen sueldo todos los meses. Pero este apartamento se correspondía a un estilo de vida completamente diferente, en el que los baños tenían el mismo tamaño que todo mi estudio—. Así que no necesitas trabajar ocho horas todos los días.

—No, pero me encanta lo que hago. Aunque algunos me llamen robot adicto al trabajo. —Me hizo reír.

—Ups, me lo merezco. —Estaba seguro de que nadie de la oficina tenía constancia de esto. Aaron siempre había sido tan… reservado. Pero el hecho de que no necesitara trabajar y, sin embargo, trabajara más que la mayoría, era admirable. Me hacía quererlo… Guau. Sacudí la cabeza—. ¿Sabías que siempre te he admirado? Por mucho que te molestara y te acusara de pragmático y cabezota, lo cierto es que siempre, pero siempre, te he admirado.

—Yo… —vaciló, parecía perdido—. Gracias, cariño. —Sonreí mientras volvía a dejar el marco sobre la cómoda.

—Tu madre era guapísima. Ahora entiendo a quién has salido.

—¿Crees que soy guapísimo? —Aaron se rio entre dientes.

—Por supuesto. Más que guapísimo. No te hagas el sorprendido. Sabes que lo eres.

—Sí, pero jamás pensé que te gustara tanto. Al menos, no durante los primeros meses. —Bufé. Si supiera. Después pensé mejor en lo que había dicho.

—¿Qué fue lo que me delató? ¿Qué cambió después de tanto tiempo para que te dieras cuenta de que no estaba hecha de acero, señor Implacable? —Me miró con más intensidad y exhaló.

—¿Recuerdas cuando, unos meses después de que yo entrara a InTech, hicimos esa charla para chicos de secundaria? Cuando

empezaron a llegar, nos dimos cuenta de que no había suficientes sillas. Vi como te escabullías y, de inmediato, supe a dónde estabas yendo. —Me acordaba de ese día. El idiota de Gerald había calculado mal la cantidad de asistentes.

—Sillas plegables.

—Sí, fuiste a buscar las sillas plegables que teníamos en el almacén.

Ese día, Aaron había aparecido de la nada, como siempre, para fastidiarme por querer llevar las sillas yo sola, me dijo que ese no era mi trabajo.

—¿Y qué me delató? ¿Fue cuando casi te tiro una silla en la cabeza por ser un idiota metomentodo?

—Fue el escalofrío que te recorrió cuando me acerqué por detrás para ayudarte con una silla que se había quedado atascada en el estante. Justo antes de que volvieras a tirar y acabaras con el culo en el suelo.

Ah. Ah, sí. Recordaba ese momento con precisión. Sentí su cuerpo detrás del mío. Sus brazos me envolvieron sin tocarme y me quedé mirando (temblando, roja y exaltada) el modo en que se le flexionaban los músculos debajo de la camisa de vestir cuando intentaba liberar la maldita silla. Fue como una bofetada que me dejó caliente y desconcertada.

—Eso fue lo que te delató. Supe que el color que te subía por el cuello y las mejillas no tenía nada que ver con que me llamaras robot terco y desalmado.

—¿Yo…? —Arrastré las palabras, empezaba a sentir la inquietud en el estómago—. ¿Te molestaban las cosas que te decía cuando nos provocábamos? —Mi corazón se aceleró por temor a su respuesta.

—No —dijo sin más—. A esas alturas, estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa que quisieras darme, Catalina. —Algo se me tambaleó en el pecho—. ¿Recuerdas la historia que le conté a tu hermana sobre cómo nos conocimos? Era verdad.

Cerré los ojos y le di las gracias al cielo por estar apoyada en Aaron, agradecí que me estuviera abrazando contra su pecho, porque, de no ser así, me hubiese desmoronado. Intenté tragarme el nudo que sentía en la garganta.

—Cuando me di cuenta de lo idiota que había sido al alejarte, ya me odiabas.

—Te escuché hablar con Jeff. Por accidente. —El nudo no cedía y mi garganta se endureció—. Dijiste que trabajarías con cualquier persona menos conmigo. Me sentí apartada, como si me consideraras menos profesional por el mero hecho de que no te caía bien, por haber cruzado una línea que ni siquiera sabía que existía. Yo… ¿Cómo podía mirarte a la cara y no pensar en lo que había escuchado? Fuiste directo a mi lista negra.

—Y me lo merecía. —Aaron se giró hacia mí con delicadeza, presionando nuestros cuerpos con mucha suavidad. Bajó la vista para mirarme—. Pensaba lo que dije. Cuando me trajiste el regalo de bienvenida, algo en mi interior se rompió. Tú… me distraías. No podía concentrarme si estabas cerca, Lina. Nunca me había pasado. Entré en pánico. No quería que eso pasara. Cuando Jeff sugirió que trabajásemos juntos, lo convencí de que era una mala idea. Y también a mí. Pero luego te conocí.

Aaron me miró con intensidad, algo pesaba detrás de sus ojos y me empujaba (nos empujaba) más y más cerca de una emoción que se expandía en mi pecho a cada segundo que lo miraba.

—Te vi trabajar, reír, y ser esta mujer brillante y amable que eres. Y la grieta que se había abierto el primer día se expandió. Y siguió creciendo. Hasta que me di cuenta de que había sido un idiota. Para cuando supe que ya no quería alejarte, que no podía hacerlo, era demasiado tarde. Así que cogí todo lo que me dabas, aunque fuera odio y desprecio, cualquier cosa que me permitiera pasar unos minutos contigo. Cualquier cosa que te hiciera pensar en mí, aunque solo fuera un rato.

—Aaron… —vacilé. Una tormenta furiosa rugió alto y me sacudió el pecho, la cabeza y la memoria—. Todo este tiempo…

—Lo sé. —Movió la mandíbula y sus rasgos se endurecieron.

—Dejaste que discutiera contigo. Todo este tiempo, te quedaste ahí, sentado, mirándome.

La voz me tembló por la emoción. Por el duelo por un tiempo que había perdido y podría haber aprovechado. Pero también por la mentira que escondían mis palabras. ¿Era verdad que lo odiaba tanto? A estas alturas, no parecía posible. ¿No había hecho lo mismo y me había convencido de algo solo porque me había herido?

—¿Por qué? —pregunté en un susurro, a él, pero también a mí.

—Porque eso era lo que estabas dispuesta a darme. Y prefería que me odiaras a pasarte inadvertido.

Temblé; mi cuerpo se estremeció por el peso de sus palabras, por la verdad que estaba llegando a mis labios. Amor. Lo que me estaba causando estragos en el pecho tenía que ser amor. Me di cuenta con la velocidad de un rayo.

—No te odio —suspiré—. Por más que quise, creo que nunca te odié. Solo estaba… herida. Quizá porque quería caerte bien y tú me habías hecho creer que no era así.

Algo atravesó el rostro de Aaron. La distancia que separaba nuestras bocas se llenó de electricidad y de una emoción que nunca había sentido.

—Quiero tu corazón, Catalina. —Me acarició los hombros con las dos manos, subió por el cuello y me acunó la cara—. Lo quiero para mí, como tú tienes el mío.

«Es tuyo, idiota precioso y ciego», quería decirle. «Cógelo. Ya no lo quiero», quería gritarle a él y a quien quisiera escuchar. Pero no lo hice. No creía que la felicidad pura pudiera paralizarme. No parecía una posibilidad. Pero ahí estaba, de pie delante del hombre que ponía su corazón en mis manos, y solo pude quedarme mirándolo con miles de palabras en la punta de la lengua.

Entonces se lo demostré. Le cogí la cara entre las manos, como él hacía con la mía, y lo acerqué a mis labios. Le dije, con un beso, que era suya. Me entregué a esos labios, incapaz de pronunciar palabra.

Aaron me levantó del suelo y me sostuvo en sus brazos con una ternura y una adoración que me dejó sin aliento, igual que hacía con mi corazón. Enrosqué las piernas alrededor de su cintura mientras sus labios abrían los míos para que esa lengua me gobernara.

Cruzó el piso con grandes zancadas; conmigo en brazos, ninguno de los dos dispuestos a separarse para respirar. Me apoyó en la encimera de la cocina. Debajo del dobladillo de mis pantalones cortos, el frío granito me acariciaba la parte trasera de los muslos.

Su boca bajó por mi cuello mientras me mordisqueaba la piel. Cuando llegó a los tirantes, tiró hasta dejar el sujetador a la vista. Gruñó y sentí el sonido reverberar contra mi piel.

Las manos que tenía en la cadera me empujaron hacia él con

rudeza hasta que quedé en el borde de la encimera. Dios, estaba desatado. Mi hombre tiró de la camiseta con voracidad y la dejó enroscada a la altura de mi ombligo. Me abrió los pantalones con tanta rapidez que casi rompe la cremallera. No le importaba, no parecía darse cuenta de nada.

«Yo tengo ese efecto en él. Lo desato».

La misma urgencia rugía bajo mi piel, bajo las yemas de mis dedos, que tiraban de su camiseta. Con un movimiento rápido, la arrojé al suelo. Todo el calor de su pecho desnudo quedó contra mí; sus caderas encastradas entre mis piernas, y esos fuertes brazos presionándome contra él, fundiéndonos en un abrazo.

Gemí, y lo que me quedaba de cordura se fue con ese sonido.

Quería arrancarle el resto de la ropa. Tiré de sus vaqueros. Desesperada. Encorvé la espalda para encontrar la fricción que anhelaba (por la que me moría). Aaron presionó su erección contra mí y el placer me recorrió todo el cuerpo, a pesar de la barrera de pantalones y ropa interior.

Lo sentí caliente y duro como una roca contra mi centro, y eso solo me hizo batir los párpados y doblar los dedos de los pies. Todo mi mundo explotó. Volvió a moverse, frotándose más. Sentí que iba a acabar si volvía a hacerlo.

—Otra vez —le dije, le rogué.

Me dio una palmada en el culo y me apretó contra él. Después presionó con más fuerza y me arrancó un coro de gemidos que me dejaron más cerca del precipicio.

—Dios, ni siquiera te he tocado, nena —susurró en mi boca. Después me atrapó el labio inferior entre los dientes mientras seguía moviéndose contra mí—. Todavía no estoy dentro de ti. —Sus manos tomaron el control de mi cuerpo, que ya no servía para nada. Me meció contra él sin piedad y mi cabeza se desplomó con una súplica en los labios—. Acaba —gruñó en mi pelo, nuestras caderas todavía se movían. Estábamos follando sin quitarnos los pantalones—. Acaba para que pueda follarte mejor.

Eso fue lo que me derribó. No, me arrasó. Mi mente abandonó mi cuerpo mientras experimentaba una sensación pura y desmesurada. No pude decir ni el nombre de Aaron, aunque hubiese querido gritarlo hasta quedarme sin voz. Estaba agotada, rendida, vacía. Ligera.

Me pasó los brazos por la espalda y, en un segundo, estaba de pie, aguantándome con piernas temblorosas. Mi espalda quedó contra su pecho, de inmediato sentí un calor y una necesidad incontenible. La sensación de saber que tenía ese poder en él me devolvía a la vida.

En un segundo, me bajó los pantalones y la ropa interior, y me ayudó a empujarlos a un lado. Sentí la tibieza de su pecho contra mi espalda y luego me cogió las muñecas.

—Las manos en la encimera —ordenó, llevando mis palmas hacia la superficie y abriéndome las piernas con la rodilla mientras me llenaba la columna de besos húmedos. Me cogió la cadera con las manos y una bajó por mi espalda desnuda—. Debería llevarte a la cama. —Me amasó el culo y me dio una palmada en el muslo—. Debería recostarte allí y follarte lento y profundo.

Gemí y me sumergí con más fuerza en sus caderas. Gruñó y se inclinó hacia atrás. Lo escuché desabrocharse los pantalones y sentí su erección contra el culo. Se movió de arriba abajo y me di cuenta de que se la había sacado sin ni siquiera bajarse los pantalones. Loca. Me volvió jodidamente loca.

—¿Sabes la cantidad de veces que me he masturbado pensando en ti de espaldas? ¿En tus hombros? —Frotó la polla contra mi culo y me hizo gemir de necesidad—. ¿O las veces que te ponía sobre mis rodillas después de que me dijeras de todo? —Otro gemido, pero esta vez de pura agonía. Lo mismo que sentía yo al imaginarme lo que acababa de decirme—. Ah —susurró y bajó la voz—. Parece que te gusta tanto como a mí. —Abrió y cerró uno de los cajones, después escuché el desgarro de un envoltorio—. Esta vez estoy preparado. Tengo una caja llena. Lleva meses ahí.

—Aaron —supliqué. Lo quería ya, o iba a desintegrarme en una nube de polvo—. Te necesito. —Miré por encima del hombro con los ojos encendidos y vi una expresión feroz en su rostro—. Ahora. —Esta vez fui yo la que gruñó. Me acarició la mandíbula con el reverso de la mano antes de apoyarla en mi espalda. Me empujó contra la encimera.

—Sujétate del borde —dijo entre dientes—. Te voy a hacer mía rápido y duro, nena.

De una sola embestida, estaba dentro de mí. Gemí, me sentía increíble, en las nubes, y, antes de que pudiera pedir más, antes de

exigir todo lo que me había prometido, Aaron salió y volvió a entrar. Ambos gemimos.

Una de sus manos me rodeó y aterrizó sobre la encimera, la otra tiró de mi pelo. Me iba a desmoronar. Si no acababa pronto, iba a desaparecer debajo de su pecho, debajo del abrumador placer que bajaba por mi vientre.

—Más —conseguí decir.

Aumentó el ritmo de las embestidas y cada una me empujaba más contra la superficie de granito, sus gemidos caían sobre mi cuello mientras me apretaba la cadera con más fuerza.

—Puedo darte más. —Alejó la mano y la dejó caer con un golpe firme en mi nalga desnuda. Un gemido sin igual me brotó de la boca—. Te lo puedo dar todo. —Otra cachetada suave. Me sentí caer y caer y caer.

—Sí —gemí.

Como había prometido, me lo dio todo. Me la metió de un modo descontrolado y el sonido de sus caderas contra mi culo llevó el ritmo de nuestros jadeos.

—Acaba conmigo. —Su frente cayó sobre mi espalda en un abrazo delicioso. Se enterró en mí. Me frotó el clítoris, acompañando las embestidas—. Quiero sentir cómo acabas al mismo tiempo que yo.

Otra embestida frenética y desesperada. Fue todo lo necesario para que ambos explotáramos de placer. Gemimos con la misma intensidad y suspiramos el nombre del otro.

Me cogió por la cintura, parecía estar sosteniéndose a él más que a mí. Después me levantó un poco para salir. Me giré en sus brazos, apoyé la barbilla en su pecho y él me dio un beso en la frente. Otro en los labios. Luego otro en la nariz.

—Te siento mía. —Levanté la vista y lo miré a los ojos.

—Lo soy.

Solo dos palabras, dos palabras que se usaban tan a menudo que no deberían ser tan poderosas. Pero lo eran. Esas dos palabras tan ordinarias, pronunciadas en ese preciso momento, eran importantes. Lo sabía porque a Aaron se le iluminó la cara al oírlas y me regaló la sonrisa más bonita que había visto en la vida. Se llevó las pocas defensas que me quedaban. Y, mientras contemplaba el azul de sus ojos, vi como mis muros se derrumbaban, como si no me hubiera

llevado muchísimo tiempo levantarlos.

—Lo soy. —Repetí, limpiando los escombros que había dejado a su paso. Aaron volvió a besarme para sellar esas dos palabras.

—Voy a demostrarte que lo eres.

Esta vez, en vez de pedir los tacos para llevar, los devoramos ahí mismo. El hambre postcoital podía provocar esas cosas.

—En serio —dije mientras me metía un dedo en la boca para saborear la salsa que se escurría—, solo digo que, si los vampiros van a volver, lo mínimo que pueden hacer es brillar. —Aaron tenía la mirada fija en mi boca. Dejé una mano flotando en el aire y sentí como me ruborizaba—. ¿Me estás escuchando, Blackford? —Alzó la vista y volvió a bajarla.

—Sí. Vampiros. Brillos.

—Por cierto, todavía no me creo que prefieras ser un vampiro antes que un hombre lobo. —Me limpié el resto de salsa con una servilleta.

¿Otra cosa que no me creía? Habíamos tenido esa conversación y a Aaron no se le había movido ni un pelo. No solo eso, parecía saber bastante sobre criaturas sobrenaturales. Y yo tenía preguntas.

Aaron me quitó el papel de la mano y lo arrojó a una basura que había al lado del puesto de comida.

—Son inmortales —dijo como si fuera un argumento inapelable.

—Pero tú eres tan… hombre lobo. —Acusando recibo, los ojos le brillaron con cierta lujuria.

—¿Ah, sí?

—Sí, para empezar, eres grande, *sexy*, caliente y…

—Oh, ya me encanta. —Me envolvió con un brazo para acercarme a su lado—. Por favor, continúa.

—No seas mal pensado. —Le cogí la mano y la levanté—. ¿Ves? Son como patas. Y cuando digo caliente, me refiero a la

temperatura corporal, como… —vacilé al pensar en objetos fálicos y calientes. Dios, ¿cuántas neuronas había matado todo ese sexo?—. Siempre tienes la piel caliente cuando te toco. Eres como… como una manta tibia y pesada. —Me giré y lo vi fruncir el ceño—. Lo digo como un cumplido. Lo que quiero decir es que me encantaría que me taparas y poder acurrucarme en ti. —El ceño desapareció.

—De acuerdo, puedo soportarlo. —Bajó la cabeza y me besó la nariz—. ¿Qué más?

—Eres fiel. —Asintió con un sonido—. Reservado. Introvertido. Y, aunque la gente cree que eres frío y distante, la verdad es que solo abordas las cosas de un modo estoico. Lo analizas todo desde lejos para poder anticipar lo que se avecina. Y eso, sinceramente, es admirable, pero también muy molesto. —Lo miré de reojo por encima del hombro y vi un gesto extraño en su rostro—. ¿Qué?

—Nada. —Sacudió la cabeza para deshacerse de lo que fuera que le había causado esa expresión de confusión. Lo vi recomponerse—. Te estás olvidando de algo. —Levanté una ceja.

—¿De qué?

—Muerdo —dijo antes de rozarme el hombro con los dientes y morder el área sensible en la que se juntan el hombro y el cuello.

Con una risa de loca, entregué mi cuerpo a su abrazo. Pero mientras lo hacía, alguien me llamó la atención. No estaba segura, pero creía que era alguien del trabajo. Uno de los chicos del equipo de Gerald, si el atisbo de pelo rubio oscuro era suficiente para reconocerlo. El miedo se me instaló en la boca del estómago y mató las risas. Aaron no se dio cuenta y, si lo hizo, no dijo nada.

—Vamos a casa. Tengo una reputación de manta que conservar.

Fiel a su palabra, Aaron había enroscado su cuerpo con el mío en el enorme sillón que tenía en su piso. Fue la mezcla de cansancio y *jet lag*, junto con la tibieza de su cuerpo, lo que hizo que, aunque

intenté resistirme, me quedase dormida a los dos minutos.

Bajé la vista y pude observar como una mano grande y fuerte me bajaba por la barriga. Estábamos tumbados de lado y el televisor ya no estaba encendido. Aaron probablemente lo había apagado cuando me quedé dormida.

Sus largos dedos se abrieron contra mí hasta llegar a la parte baja de mis pechos. La sensación que me recorría el cuerpo hizo que me moviera y me enterrase más en él.

—Ya ha oscurecido —gruñó contra mi cuello. Miré hacia las enormes ventanas que daban al agua como si necesitara confirmar que se había hecho de noche.

—Nos hemos quedado dormidos —dije y volví a mirar sus manos sobre mi estómago. Los dedos de los pies se me doblaban por la expectativa—. Pensé que íbamos a luchar juntos contra el *jet lag*, señor.

—Lo intenté un buen rato. —Se rio y sentí el sonido contra mi espalda. Mis labios se curvaron hacia arriba mientras me imaginaba su sonrisa—. Pero estabas tan suave, enroscada contra mí. —Su mano subió, volvió a bajar y me empujó contra él—. No pude contenerme. Me haces perder la perspectiva.

Me giré entre sus brazos para poder quedar cara a cara. La mano quedó en mi cintura y el cambio de posición dejó mi boca muy cerca de su cuello. Lo miré a los ojos.

—¿Perdona? ¿Ahora la culpa es mía?

—Sería incapaz de culparte. —Me apretó con más fuerza hasta que nuestros cuerpos casi se fusionaron. Cerré los ojos y lancé el suspiro que llevaba rato conteniendo.

—¿Vamos a la cama, Aaron Blackford?

Ni siquiera respondió. Me despegó del sofá. Enrosqué las piernas en su espalda y lancé una risita por el movimiento repentino. Con zancadas largas y rápidas, atravesamos el apartamento, pasamos la isla de mármol de la cocina de largo, luego el ancho pasillo, directos al dormitorio principal. Su dormitorio. Un sofoco me invadió el cuerpo: iba a dormir con Aaron… en su cama, envuelta en sus sábanas suaves y elegantes, con la cabeza apoyada en esa almohada esponjosa en la que había descansado tantas veces.

Cuando estaba lista para desplomarme en esa cama enorme, cambió el rumbo y nos dirigimos al baño. Vi nuestro reflejo en el

espejo, pero no pude anticipar cuánto me iba a gustar la escena: yo, con las manos alrededor de su cuello; yo, en sus brazos; yo, con las mejillas sonrojadas y una expresión confundida porque fuera él quien me sujetaba; yo, feliz.

Aaron intentó dejarme en el suelo de baldosas blancas y negras.

—No, no. —Negué con la cabeza, acercándome más a su cuello y envolviendo mis piernas en su cintura—. Me gusta estar aquí arriba.

—¿Ah, sí? —En su voz había humor, pero también algo denso y radiante. Lo sostuve con más fuerza—. ¿Tanto te gusta?

—*Sip* —admití contra su cuello—. Podrías llevarme así a todos lados de ahora en adelante. Ya no sé cómo caminar yo sola. —Me recolocó hacia un lado sin soltarme y me dio un beso en la sien.

—Creo que podría acostumbrarme. —Cogió mi neceser, lo abrió y sacó mi cepillo de dientes. Me lo dio con una sonrisa mientras buscaba el suyo—. Dientes primero, cama después.

Asentí e hicimos exactamente lo que había dicho. Nos cepillamos los dientes, mirándonos en el espejo, mientras colgaba de su costado como una garrapata muy necesitada. No me importaba. Era capaz de hacer lo mismo todas las noches. Al acabar, me llevó a la cama.

—Aaron —susurré después de que me tapara con una manta fina. Estábamos cara a cara, y yo tenía las manos debajo de la mejilla. Solo nuestros pies se tocaban—. Me alegro mucho de que vinieras conmigo a España. —Escuché su respiración temblorosa mientras procesaba mis palabras—. No porque nuestro plan haya salido bien, me alegro de que estuvieras conmigo. Estoy… muy feliz. Creo que no te lo había dicho… y quería que lo supieras. —Apoyó su palma sobre mi mejilla y, con el pulgar, me acarició la mandíbula y los labios—. ¿Tú también estás feliz, Aaron?

—Creo que ni siquiera soy capaz de poner en palabras cuánto. —Se llevó mi mano a la boca y la acarició con los labios—. Y no solo porque he conseguido traerte donde estás.

—¿Te refieres a tu cama? —Me acerqué un poco y nuestros muslos se rozaron. Él me abrazó con más fuerza, acercándonos todavía más.

—Sí, pero también aquí, conmigo. Justo donde siempre te quise. —Asintió con un sonido que me provocó mariposas en el estómago.

—Sabes que te adoran, ¿no? —Puse la cabeza en el hueco que quedaba entre su barbilla y su pecho—. No puedo creer que vaya a decir esto, pero de hecho, es bastante difícil no hacerlo.

Le besé la piel y me pregunté cómo no lo había visto antes. Cómo no había visto todo lo leal y considerado que era debajo de tanto ceño fruncido. Aunque quizá sí lo había visto. Quizá por eso me había dolido tanto lo que hizo. Que no quisiera tener nada que ver conmigo. Que no me dejara conocerlo. Negué con la cabeza. Todo eso ya daba igual. Ya no importaba.

—Nunca había escuchado a mi madre hablar así de bien de alguien. Isabel me dijo que no se callaba un segundo. «Aaron habla tan bien en español. Aaron es tan alto y guapo. Nunca había visto unos ojos tan azules como los de Aaron. ¿Has visto cómo le sonríe Aaron a nuestra Lina? Ha viajado desde Estados Unidos solo para conocernos». Y no era la única. En un momento dado, me dio miedo que la *abuela* intentara conquistarte, te lo juro. Estaba tan… embelesada; fue hasta incómodo. —El recuerdo me hizo reír—. ¿Iba a tener que pelearme con mi abuela por ti? —Esperaba que se riera, pero me sorprendió con un suspiro profundo. Levanté la vista, pero la oscuridad no me permitió sacar conclusiones—. Ey, ¿qué pasa?

—Nada, cariño. —En su voz había una emoción que no entendí. Tiré de la tela de su camiseta para alentarlo a hablar—. Es solo que… yo nunca he tenido eso. Jamás. Tu familia es tan…

—¿Complicada? ¿Ruidosa? ¿Invasiva?

—Sí, todo eso, pero en el mejor de los sentidos. —Hizo una pausa y me puso una mano en la nuca. Me acarició el pelo con sus largos dedos—. Lo más cerca que he estado de eso fue cuando éramos tres, y hace tiempo que olvidé cómo era. —Me dolió el pecho cuando lo escuché y me acerqué todavía más, deseando restarle algo de dolor; deseando darle calor—. Tu familia te quiere y no se puede forzar un vínculo así. Es una clase de amor que no se encuentra en otro lado. Puede ser abrumador, pero así son las cosas sinceras. Y ser parte de eso, aunque solo haya sido un par de días, ha significado mucho para mí. Más de lo que te imaginas. —Me besó el pelo con una intensidad nueva—. No estaba fingiendo, Catalina. Ni por un minuto. Para mí, todo fue real. Por eso significó tanto.

—Aaron —murmuré sin saber bien qué decir ni cómo explicar lo

que sentía en mi interior.

—Así que soy yo el que se alegra. El que está jodidamente aliviado porque me llevaras a mí y no a alguien más. Yo soy el que está agradecido. —Tragué, intentando alejar la alegría que amenazaba con inundarme e impedirme respirar.

—No tienes que agradecerme por algo así, Aaron. Nunca. —Apoyó la barbilla en mi cabeza y sentí su respiración contra el pelo.

—Sí, cariño, sí.

Capítulo 25

—OH, DIOS MÍO, PARECE QUE acabes de volver de una maratón sexual.

—Rosie —siseé y le di una palmada en el brazo. Se puso roja y se llevó las dos manos a la boca.

Habíamos ido a comer al espacio compartido del edificio, así que había varias mesas ocupadas. Habíamos tenido suerte de conseguir una cerca de los ventanales.

—Mierda, lo siento —susurró mi amiga mientras miraba a su alrededor.

—No pasa nada. —Me reí. Estaba tan nerviosa que me dio ternura—. No tienes que disculparte.

—Es que estás tan deslumbrante y agitada —dijo en voz baja.

—No susurres, Rosie.

—De acuerdo. —Volvió a susurrar. Puse los ojos en blanco y se aclaró la garganta—. No lo vais a mantener en secreto, ¿no?

—Yo… supongo que todavía lo estamos pensando. —Negué con la cabeza—. Pero hay una diferencia entre no mantenerlo en secreto y gritarle en la cara a todo el mundo que he echado un polvo.

—Tienes razón, lo siento. —Volvió a sonrojarse—. Es tu pelo. En serio. Se ve… —Agitó la mano de forma exagerada.

—Hay mucho viento hoy, ¿no? —Me pasé una mano por los mechones para intentar domarlos. Bajé la voz—. Tampoco lo

hacemos todo el tiempo, no somos animales.

Aunque no era del todo cierto. Eso era exactamente lo que habíamos hecho esa mañana. En el preciso momento en que sonó la alarma. Ambos con la misma necesidad desde el instante en que abrimos los ojos y vimos que estábamos abrazados. De solo pensar en sus manos y…

—Oh, por Dios —susurró Rosie, demasiado alto. La fulminé con la mirada y vi como se le abrían los ojos—. Estás pensando en él justo ahora, ¿no? —Ni me molesté en negarlo; me conocía lo suficiente como para saber cuándo mentía—. ¿En la oficina? —preguntó con asombro—. Solo es mediodía.

—No. —Respondí, copiando su asombro, aunque algo se había encendido en la parte baja de mi vientre al pensar en tener sexo en la oficina. «Joder, ¿me he convertido en una maniaca sexual?»—. En su casa. —Me encogí de hombros mientras desenvolvía el *bagel* que habíamos comprado de camino al trabajo.

Se me hacía raro pensar en Aaron y en mí como un nosotros que compraba la comida e iba al trabajo. No, las mariposas de mi estómago no indicaban que fuera raro, sino diferente. Diferente como esa leve confusión y las mariposas en el estómago. Rosie analizó mi rostro, hasta que me hizo fruncir el ceño. Luego sonrió.

—Guau. Estás hasta las trancas. —«Puede que sí», pensé mientras mordía mi *bagel*.

—Entonces, ¿qué me he perdido, Rosalyn?

—No, no. —Abrió un túper metálico lleno de ensalada de arroz con verduras—. No tenemos tiempo para hablar de mi aburrida vida ni de trabajo. Todo sigue igual. Empieza a hablar ahora mismo, amiga. —Enterró el tenedor en su comida con más fuerza de la necesaria—. Quiero todos los detalles. Y no te ahorres las cursilerías de telenovela. —Abrí la boca para quejarme—. De nuevo, no. No te atrevas a decirme que no hay momentos dignos de película porque dejaremos de ser amigas. —Apoyé el *bagel* en la mesa y solté un suspiro dramático—. Escúpelo, Catalina Martín.

—Coño, ¿desde cuándo eres tan mandona? —pregunté antes de que me señalara con el tenedor y me fulminara con la mirada—. Muy bien, muy bien. —Alcé las manos en el aire, respiré hondo y empecé a narrar todo lo que había pasado entre Aaron y yo. Sin mencionar el nombre de nuestro futuro jefe, por si acaso.

Cuando le di a mi amiga lo que quería (y, a juzgar por su sonrisa, le gustaba lo que había escuchado), volví a mi *bagel*.

—Joder, Lina —dijo con una sonrisa de oreja a oreja que me hizo estremecer.

—Rosalyn. —Parpadeé—. ¿Acabas de maldecir sonriendo como el gato de Cheshire?

—Joder, es lo que he hecho. —Boquiabierta, la vi mirar a su alrededor y juntar las cosas que había sobre la mesa con una expresión extraña en la cara.

—¿Qué leches haces? —Tragué, intentando bajar el *bagel*.

—Estoy buscando algo que tirarte a la cabeza —respondió, despreocupada y sin dejar de sonreír. ¿Así era Rosie enfadada? Era desconcertante—. Quizá así consigo hacerte entrar en razón, cabezota. Aunque, por lo que me cuentas, no solo eres terca, sino que también estás bastante ciega. Así que, en serio, estoy perdida. Quiero darte una bofetada para ver qué pasa. —Cerré la boca.

—¿Darme una bofetada? ¿Así te comportas ahora, supuesta amiga? —Me buscó con los ojos y me miró de un modo que me tranquilizó.

—Lina. —Exhalé y mis hombros cayeron, abatidos.

—Lo sé, ¿de acuerdo? Me lo merezco. —Sabía que había sido una tonta. Que había estado ciega. Sabía que tenía razón. Pero empezaba a entender lo que sentía por Aaron y lo enorme e intimidante que era—. Rosie, creo… No. Sé que…

—Oh, no —interrumpió. Al mismo tiempo, una cabeza apareció en mi campo de visión.

—Hola, Rosie, Lina. ¿Cómo va, señoritas? —«Peor ahora que has llegado», quise responder.

—Hola, Gerald —dije en su lugar. Ninguna se molestó en responderle. Tampoco es que le importara, ya que se quedó donde estaba.

—¿Qué tal las vacas, Lina?

«Las vacas». Ni siquiera habían sido unas vacaciones (por Dios, solo me había pedido tres días), pero no tenía sentido corregirlo.

Me di la vuelta en la silla con una sonrisa que esperaba que no reflejara mi malicia y me preparé para unos minutos de charla.

—Maravillosas, gracias. —Asintió con la cabeza y sonrió con falsedad. Fruncí el ceño.

—Mañana es un gran día, ¿eh? —Se apoyó en la mesa y vi como se le tensaban los botones de la camisa. «¿Por qué insistía en llevar ropa dos tallas más pequeñas? Alguien debería decírselo». No se merecía ese gesto bienintencionado, pero el mundo tampoco se merecía esa vista—. ¿Ya sabes qué ropa vas a llevar? Siempre dedicáis mucho tiempo a esas cosas, las chicas. —Apreté los dientes por el esfuerzo que me implicaba no darle la vuelta a la mesa y tirarlo al suelo.

—Sí —respondí entre dientes—. Ahora, si no te importa, estamos almorz…

—¿Ha sido muy difícil organizarlo todo? —preguntó Gerald, ignorando mi desplante. Creí escuchar a Rosie murmurar por lo bajo algo parecido a «idiota». Mi amiga tenía un mal día.

—Un poco. Pero ya está todo listo —dije con una expresión neutral.

—Apuesto a que te las apañaste para conseguir ayuda. —Esa última palabra y el modo en que la dijo, levantando un poco las cejas, sonó como si quisiera decir algo más. Sentí cómo la sangre me subía a la cara y una sensación helada me invadió el cuerpo.

—Sí.

No pensaba ocultar que Aaron me había ayudado; no tenía sentido. Pero claro, eso había sido antes de España. Ahora había algo entre nosotros. Algo nuevo y maravilloso, y muy frágil.

—Sí, apuesto a que sí —comentó Gerald de forma casual—. Solo necesitas poner ojitos y pedirlo amablemente, ¿no? —Un frío (frío helador, glaciar) comenzó a esparcirse por mi cuerpo. Me estremecí—. Solo hace falta saber cómo pedirlo. —Enderecé la espalda.

—¿Perdón?

—Oh, solo es lo que pienso, bonita. —Gerald se rio y agitó una mano.

—Lina. —Mi voz era gélida. ¿Cómo no iba a serlo? El frío había penetrado y se había abierto camino hasta mis huesos. «No permitas que te afecte», me dije, me rogué—. No «bonita». Me llamo Lina. —Lo vi poner los ojos en blanco. Y me molestó. Me enfadé como nunca en la vida—. Siempre he sido educada contigo, Gerald. —Había furia en mi tono, tanta que casi no delataba el miedo que había detrás y amenazaba con salir—. Así que voy a pedirte

amablemente que te vayas. —No quería escuchar lo que tuviera que decir. Si lo hacía, todo podía tambalearse y sacudirse con tanta violencia que podría romperse—. No tengo tiempo para ti ni para tu mierda sexista. —Su carcajada rebotó por las paredes y varias cabezas se giraron en nuestra dirección.

—Oh, bonita.

—Gerald, por favor, vete. —Rosie intercedió, pero él la ignoró. No, un hombre con esa cara, la cara de alguien a punto de atacar, no podía escuchar a nadie.

—Bueno, bueno, bueno. —La boca de Gerald se curvó en una sonrisa burlona—. Mirad esto. —Levantó la voz—. Confraterniza con el jefe y ya cree que puede ir por ahí echando a la gente e insultándolos.

Todo mi mundo se detuvo. Simplemente dejó de girar. Toda esa furia helada se derritió y cayó al suelo. El temor rugió como una bestia enjaulada, queriendo salir de una prisión eterna.

Me empezaron a pitar los oídos. Se me nubló la vista. Los recuerdos de un pasado que creía olvidado volvieron para atormentarme y me golpearon con la fuerza de un camión.

«Puta. Zorra. Te abriste camino en la universidad follando. Chupaste pollas para conseguir buenas notas».

Eso era lo que había hecho, ¿no? Tropezar dos veces con la misma piedra. Aunque, esta vez, no solo me había raspado las rodillas. Esta vez, había puesto en peligro todo lo que tenía. Y no me veía capaz de retroceder, apartarlo y superarlo. Esta vez, no.

Mi carrera. Todos los años de trabajo duro en un campo que no era nada fácil para las mujeres. Todo lo que había conseguido. Todo ardía por culpa de un villano que había convertido algo precioso (un tesoro que acababa de encontrar) en arenas movedizas.

—¿Qué pasa, Lina? —dijo una voz profunda que esquivó el caos de mi cabeza y fue directa a mi corazón. Miré a mi alrededor y me encontré con varios pares de ojos mirándonos fijamente. Contemplándolo todo como si fuera un accidente de tren. Qué morbosos. Qué triste—. ¿Catalina? —dijo Aaron con urgencia. Lo miré, una sonrisa quiso dibujarse en mis labios, pero murió antes de llegar.

—Nada. —Exhalé, negando con la cabeza. Deseaba que se fuera. No quería a Aaron cerca de eso. No quería que el veneno de Gerald

lo tocara, que lo salpicara—. No pasa nada.

Su expresión me pedía a gritos que lo tocara, que le acariciara la mandíbula y lo consolara con besos. Pero no hice nada de eso. Lo miré mientras se dirigía a mi amiga.

—Rosie —dijo Aaron y sonó tan… mal. Tan diferente a Aaron—. Dime qué está pasando.

Miré a mi amiga, suplicándole en silencio que no dijera nada. Se enfurecería, y conocía bastante bien a Aaron como para saber que era capaz de hacer cualquier cosa. Haría cualquier cosa. Pero Rosie negó con la cabeza.

—Gerald lo sabe. —Aaron no necesitó nada más para adivinar lo que acababa de pasar. Su rostro se volvió inescrutable.

—Tampoco es que hayáis hecho mucho para ocultarlo. —Gerald volvió a reírse como si, para él, todo fuera una broma—. Paul os vio ayer. Pero ey, lo entiendo. No es para tanto, chicos. —Todos nos estaban mirando, absortos por el drama. Y, Dios, estaba tan… hastiada. Quería rebobinar y volver a cualquier momento anterior—. ¿Un consejo? No comas donde cagas, Blackford. Los rumores corren. Sobre todo si te acuestas con tus empleados. Pero bien por ti. Y, ey, tampoco la culpo a ella. Entiendo la fantasía de estar con el jefe.

Silencio. Un silencio espeso y cargado nos envolvió. Luego, la voz de Aaron lo cortó. Afilada como una navaja.

—¿Quieres seguir teniendo trabajo? —Oh, no. Las palabras de Aaron eran para Gerald, pero dieron la vuelta y se me clavaron en el pecho.

—Aaron, no. —Di un paso adelante y apoyé la mano en su brazo.

—Tienes razón, eso ha sido desafortunado, Blackford. —Gerald se dio unos toquecitos en la cabeza con el dedo—. Aunque vas a ser el jefe, todavía no puedes despedirme. —Aaron sacudió la cabeza y avanzó en dirección a Gerald. Lo encaró.

—Te he hecho una pregunta. —Otro paso lento, pero pesado, hasta quedar cara a cara—. ¿Quieres seguir teniendo trabajo, Gerald? Porque puedo acabar contigo. Ni tus compañeros de golf ni tus Minions de Recursos Humanos van a poder hacer nada para ayudarte. —Gerald se quedó en silencio y la burla se borró de su cara.

La frustración por ser tan impotente, estar tan indefensa, por cómo todo se nos había escapado de las manos, me trajo una sensación muy familiar.

«Lo odio. Lo odio con toda mi alma. ¿Por qué a la gente le gusta tanto rebajar a los demás? ¿Por qué nos pasa esto? ¿Por qué tan pronto?».

Aaron bufó y el modo en que se tensó me indicó que estaba a punto de perder el control.

—Aaron, para. —Me tembló la voz, pero no podía llorar. No lo haría. No con la mitad de la empresa mirándome. Pero Aaron no cedía. Seguía firme como una estatua, esperando la respuesta de Gerald, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Aaron, por favor. —Quise endurecer la voz, pero estaba estático. Inamovible—. Lo estás empeorando todo.

¿Era verdad? No estaba segura, fue todo lo que pude decir. Pero eso fue lo único que llegó hasta él y lo hizo estremecerse como una ráfaga de viento helado.

Vi cómo se giraba, despacio, y el hombre que había llegado a necesitar me enfrentó con dolor en los ojos. Me rompió el corazón lo que acababa de hacerle, pero no tenía alternativa.

Debería haberlo pensado mejor. Me culpé por ponernos a los dos en esa situación cuando sabía, por experiencia, lo que podía ocurrir. Lo que estaba ocurriendo.

Incapaz de soportar esta situación un solo segundo más (a mí, el dolor en los ojos de Aaron, todo) me di la vuelta y me fui. Salí de la habitación y me alejé por un pasillo, dando grandes zancadas. Seguí doblando y subiendo escaleras sin saber muy bien a dónde iba. Había entrado en piloto automático y era una persona cobarde.

—Catalina, deja de correr. —Había pura desesperación en la voz de Aaron y eso me hizo sentir mal. Me odié por haber sumado otro recuerdo doloroso a su vida—. Háblame. —Seguí caminando. No quería girarme, pero tampoco sabía en qué parte del edificio estaba. Era un pasillo vacío—. Catalina, por el amor de Dios, ¿puedes dejar de correr? —Mis piernas se detuvieron de golpe y cerré los ojos. Escuché (más bien sentí, porque así eran las cosas entre nosotros: podía sentir y anhelar el calor de su cuerpo) como Aaron se acercaba y, cuando volví a abrirlos, vi a un hombre tan furioso como triste—. No hagas esto, ¿de acuerdo? —Su voz no se rompió

ni vaciló—. Ni siquiera lo pienses. No dejaré que te rindas.

Dios, me conocía demasiado bien. Mejor de lo que me conocía yo misma, porque sus palabras solo consolidaban lo que llevaba burbujeando en mi interior durante el último minuto. Pero estaba furiosa, enfadada con el mundo y conmigo.

—Para ti es muy fácil decirlo —espeté. Injustamente. Pero el veneno de Gerald se estaba esparciendo en mi interior y lo oscurecía todo a su paso—. Yo soy la que queda como una puta, ¿no? Tú solo lo ignorarás y seguirás con tu vida. —Parpadeó, tenía el rostro deformado por el dolor y la rabia.

—¿Fácil? ¿Lo ignoraré? —siseó—. ¿Crees que ha sido fácil no romperle la cara ahí mismo para que no pueda volver a hablar con esa boca durante meses? ¿No destruirlo por ser un maldito cerdo?

Lo habría hecho. Sabía que era capaz. Y eso… remplazaba el enfado por angustia. ¿Cómo podía sentir algo por él que no fuera adoración?

—No te dejaré hacer nada de eso —susurré—. Gerald no vale los problemas que te traería.

—Pero tú sí. Tú vales cualquier problema, me metería en un incendio por ti. ¿No lo ves? —Exhaló con dificultad, llevó la mano a mi mejilla y, por puro instinto, me incliné para apoyarme en ella—. No me importa la mierda que Daniel te haya metido en la cabeza, vale la pena luchar por ti y, quien diga lo contrario, se equivoca. El amor vale la pena. Y yo no soy él, Lina. Ni esto es el pasado. —Negué con la cabeza, pero su palma se aferró a mi mejilla con más fuerza—. Cuando tropieces con las piedras del camino, caeré contigo. Lucharemos juntos.

—No es tan sencillo, Aaron. —Deseaba que lo fuera. Deseaba que el mundo no fuera tan jodidamente difícil—. Esas solo son palabras bonitas e idealistas, pero al final del día, no puedes protegerme de todo, cogerme la mano y despedir a quien me falte al respeto.

—Puede que no, pero eso no significa que no vaya a intentarlo. Cuando alguien te trate mal y yo pueda hacer algo, voy a interceder. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras tú te llevas todos los golpes. —Su pecho se agitó con violencia—. Igual que sé que tú pelearías con uñas y dientes contra cualquiera que intente hacerme daño. Nos protegemos y nos sanamos. Así es como

debe ser.

—No solo estamos hablando de mi vida personal. Mi carrera está en juego. Y la tuya también, Aaron.

—Sí, y jamás haría nada que las pusiese en riesgo.

—¿Y los demás? Ellos sí lo harían. Mira lo que ha pasado con Gerald. —Me contuve por no abrazarlo y llorar contra su pecho—. ¿Qué va a pasar de ahora en adelante? Cada vez que consiga algo, voy a tener miedo de que alguien me acuse de conseguirlo en la cama. —Apretó la mandíbula y la furia volvió a invadir sus rasgos.

—No tiene por qué ser así. No todos son como Gerald, Lina. —Cerré los ojos, pero no pude tragarme el nudo de la garganta. Aaron continuó—: No es que esté subestimando tus miedos, nena. Te juro que no, pero no podemos darnos por vencidos a la primera de cambio. No podemos darles a los demás más poder sobre nuestras vidas que a nosotros mismos. No sin darnos la oportunidad que nos merecemos. —«¿Y qué si ni siquiera podemos darnos una oportunidad?», quería gritar—. Necesito que confíes en nosotros, en mí. ¿Puedes hacerlo?

—Confío en ti, Aaron. —Sacudí la cabeza y me alejé de su alcance—. Pero esto es… demasiado complicado. No creo que pueda hacerlo. No creo que pueda volver a pasar por esto. —Mi corazón no iba a poder recuperarse si esto no funcionaba, si Aaron abandonaba el barco como Daniel. Vi más dolor en sus ojos azules.

—Si realmente piensas eso, entonces no confías en mí. —El silencio se instaló entre nosotros. Aaron dejó caer los hombros—. Te quiero, Lina. —Una grieta partió mi pobre y abatido corazón por lo mal que sonaron esas tres palabras. Aunque debería ser al revés, estaban vacías de felicidad y llenas de angustia—. ¿Cómo es posible que sienta que me estás rompiendo el corazón cuando ni siquiera eres mía? —Mi alma se desintegró. Se rompió en un millón de pedazos—. No puedo obligarte a que confíes en mí como necesito. Con todo tu maldito corazón. —Me buscó la cara. Sus ojos se habían quedado sin luz, solo reflejaban dolor—. No puedo obligarte a que corras a mis brazos y no en la dirección contraria. Yo… no puedo obligarte a que me quieras lo suficiente como para darnos una oportunidad.

Se me hizo un agujero en el pecho y casi me caigo al suelo de rodillas. Estaba desequilibrada. Nos miramos fijamente un buen

rato. Ambos teníamos el corazón del otro en la mano por los motivos incorrectos. Parecía irreal. Como una pesadilla cruel de la que me despertaría en cualquier momento.

Pero no pasó. Le sonó el móvil, pero lo ignoró. Volvió a sonar. Y otra vez. Creo que en algún momento se lo sacó del bolsillo para mirar la pantalla, pero no estaba segura.

Mi cabeza seguía cantando «confía, confía, confía» y me impedía pensar en otra cosa. Estaba presa en mi propia mente. Atrapada en un vacío en el que no podía distinguir el tiempo ni el espacio. Aunque sí recordaba una cosa. La espalda de Aaron cuando se alejó de mí, caminando por el pasillo vacío sin mirar atrás.

Ni una sola vez.

Capítulo 26

ROSIE VINO A CASA ESA noche. Nos tumbamos en mi cama, bajo una manta, y volvimos a ver *Moulin Rouge*. Qué trágico… Encontrar el amor y ver cómo se marchita delante de tus ojos. Siempre me pregunté qué hubiera hecho Ewan McGregor de haber sabido en el momento en que conoció al amor de su vida que su historia no duraría más que ciento treinta minutos. ¿Se hubiese arriesgado de todas formas? ¿Aprovecharía cada momento, aunque fueran pocos? ¿Seguiría recostándose a su lado sabiendo que, cuando ella se fuera, nadie podría llenar ese espacio? Rosie ni lo dudó.

—Sí —susurró—. Cuando encuentras esa clase de amor, el tiempo deja de importar. Él la amaría pasase lo que pasase, sin importar cuánto tiempo tuvieran.

Luego lloramos hasta casi deshidratarnos. Rosie porque no podía evitarlo cuando sonaba *Come What May* y yo… Bueno, me venía bien la excusa.

Así que lloré, dejé que las lágrimas corrieran mientras sujetaba el móvil con fuerza, esperando una llamada, un mensaje, una señal que sabía que no me merecía. Pero eso hacían las gallinas como yo: se acobardaban, se ocultaban debajo de una manta y lloraban con *El Tango de Roxanne*.

Uf. No me aguantaba.

Pero pasase lo que pasase, iba a tener que aguantarme lo que me quedara de vida y hallar consuelo en el corto tiempo que había compartido con Aaron. En pasado. Porque, cuando me pidió que corriera a sus brazos y no en la dirección opuesta, no lo hice. Cuando me pidió que confiara en él (en nosotros), no fui capaz de hacerlo, aunque creía que sí. Y eso lo había alejado. Yo lo había alejado. Era la única responsable.

Mierda. Quería que estuviera ahí conmigo, volviendo a pegar los pedazos del desastre en que se había convertido todo. Quería que me dijera que íbamos a arreglarlo. Que podía pegarse y quedaría como nuevo.

Pero eso era egoísta e ingenuo por mi parte. Estúpido. A veces, por mucho que queramos algo, simplemente no es para nosotros. No podemos quedárnoslo. Porque eso complica todo lo demás. Y esa cosa (el amor, porque eso es exactamente lo que era) que había entre nosotros, lo complicaba todo. Complicaba nuestras vidas y el futuro de nuestras carreras. Éramos un estorbo para el otro, un obstáculo, lo mismo que había dicho Daniel.

Habríamos acabado odiándonos. Porque ese efecto tenía el veneno de las bocas maliciosas. Lo infectan todo. Y yo lo sabía bien.

Así que sí, después del episodio de llanto con *Moulin Rouge*, el día siguiente fue una mierda. Fue uno de los más tristes que recuerdo, y había vivido mucha tristeza. Me arrastré toda la jornada y, de algún modo, conseguí sobrellevar el Día de Puertas Abiertas dedicado a un grupo de trajes sin cara. Los nombres y las caras me rebotaban y pasaba de un tema a otro como si tuvieran que arrancarme las palabras. Si Jeff hubiera estado para atestiguar mi patético intento de ser simpática, hospitalaria y accesible, me habría despedido ahí mismo. Y no me hubiera importado. Así de irónica podía ser a veces la vida.

Cuando entré al edificio después de dos días sin Aaron (esa era la nueva unidad que usaba para medir el tiempo), esperaba escuchar los susurros de mis compañeros o que me señalaran con el dedo por las acusaciones públicas de Gerald. A las cinco de la tarde (después de haberme pasado todo el día deseando y temiendo cruzármelo), nada había pasado. Ninguno de mis colegas se había inmutado. No hubo rumores desagradables ni acusaciones. Nada. Tampoco rastro de Aaron.

En el tercer día, me invadió la inquietud. Lo echaba de menos. Echaba de menos la posibilidad de lo que crecía entre nosotros, que cada vez importaba más. No parecía que el incidente con Gerald hubiese hecho que la gente me tratara diferente. No me aliviaba. ¿Por qué iba a importarme si tenía un hueco en el pecho?

Echaba de menos la cara de Aaron, el azul de sus ojos, su ceño fruncido, la forma en que arrugaba los labios cuando estaba sumido en sus pensamientos, la ancha línea de sus hombros, que siempre se mantuviera recto e imponente en cualquier lugar, y su sonrisa… Esa sonrisa que era solo para mí. Tanto que me atrincheré en la oficina, dejé la puerta abierta y esperé a que pasara por el pasillo en algún momento. O escuchar su voz a la distancia. Eso hubiera sido suficiente para aplacar la necesidad que me quemaba. Pero nada de eso ocurrió.

En el cuarto día, finalmente me rendí y llamé a la puerta de su oficina, pero nadie respondió. Cuando le pregunté a Rosie si lo había visto, me abrazó y me dijo que no. Tampoco lo había visto Héctor ni las otras personas a las que les había preguntado con alguna excusa tonta.

Por eso caminaba nerviosa de una punta a la otra del pasillo mientras esperaba que Sharon me invitara a entrar en su oficina. Lo mismo que había hecho en casa la noche anterior. Y esa mañana en mi oficina. Porque había desparecido. Y odiaba no saber por qué, no verlo, no tenerlo cerca, no… tener una excusa para llamar y preguntárselo. Porque lo había alejado y probablemente yo era la última persona con la que él quería hablar.

—Lina, querida —gritó Sharon y asomó la cabeza por la puerta, llevándome de vuelta al presente—. Por favor, pasa y toma asiento.

La seguí y me desplomé en una silla. Vi como la mujer rubia se sentaba y se apoyaba en el escritorio con una sonrisa misteriosa.

—Perdona por hacerte esperar. Ya sabes que algunas personas creen que Recursos Humanos tiene la respuesta para todo. —Se rio con amargura—. Incluso para cosas como que la alcaldía de Nueva York haya decidido repavimentar la calle de delante de su casa.

Cualquier otro día me hubiera reído. Tal vez hubiera hecho un chiste sobre que solo los más aptos pueden sobrevivir a la ciudad que no duerme y cierra calles para que tú tampoco lo hagas. Pero no encontré la energía para hacerlo.

—Estoy segura de que eso compensa algunas conversaciones incómodas.

Sharon me analizó y puso una expresión parecida a la comprensión. Aunque no tenía ni idea de qué era lo que había encontrado ni qué comprendía.

—De acuerdo, vamos directo al grano. —Bien. Me gustaba eso. Sharon siempre me había caído bien—. Te he llamado porque me han llegado serias acusaciones que te involucran de manera directa. —El estómago me dio un vuelco y sentí como me ponía blanca.

—Oh… Vale. —Me aclaré la garganta—. ¿Qué quieres saber? —Sharon cogió aire antes de hablar, como si se estuviera preparando para algo.

—Lina —dijo usando un tono que había escuchado en mi propia madre (reconfortante pero severo)—, ambas sabemos que Gerald conoce a las personas correctas y, francamente, jamás entenderé cómo una persona tan horrible consigue hacer tantos «amigos». —Dibujó las comillas en el aire—. Pero que, hasta ahora, haya salido impune no significa que eso no pueda cambiar. Sin embargo, para que ocurra, tenemos que hacer algo. O, al menos, intentarlo. —Asentí mientras intentaba procesar lo que Sharon me estaba diciendo. Admitía que estaba de mi lado. No solo eso, sino que no iba a seguir siendo una espectadora—. Si quieres, podemos redactar juntas una queja formal. Puedo ayudarte. Tienes que firmarla, entregárnosla y luego intentaré iniciar una investigación exhaustiva. Sé que muchas veces las quejas se ignoran, pero que varias personas te respalden marca la diferencia.

¿Qué personas?

—¿Qué…? —balbuceé, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué personas? No lo entiendo. —Golpeó las uñas contra la mesa y ladeó la cabeza.

—Después del altercado del otro día, varias personas se acercaron para contarme lo que había pasado. Muchos estaban dispuestos a presentar la queja por su cuenta, pero como les informé, tienes que hacerlo tú.

—Yo… Solo… —Bajé la mirada hacia mis manos, que tenía apoyadas en el regazo. Sentí como el corazón se me expandía por la gratitud. Y algo más. Comprensión—. ¿Están de mi lado? ¿Me defendieron a mí y no a Gerald?

—Sí, Lina. —Sharon sonrió—. Es justamente lo que hicieron. Sé

que la gente como Gerald suele salirse con la suya, así funcionan las cosas a veces; así es el mundo. Pero eso no significa que debamos dejar de intentar cambiarlo, ¿no? No tenemos que quedarnos de brazos cruzados. —Sus palabras me recordaron a las que me había dicho otra persona, suplicándome que le creyera. Pero yo había decidido ignorarlo—. Puedes pensar en lo que acabo de decirte, ¿de acuerdo? Tómate tu tiempo para decidir lo que quieres hacer.

—Sí, lo haré.

Tenía que pensar en muchas cosas, había demasiado que procesar. Para cualquier otra persona, esto solo era un procedimiento burocrático que debería haber hecho hacía mucho tiempo, pero para mí, saber que mis compañeros (los que lo habían visto todo) estaban de mi lado, significaba mucho. Aunque eso no cambiaba lo que había hecho: había tirado a la basura lo que podría haber tenido con Aaron. Le había negado la única cosa que me había pedido: que confiara en él, que tuviera fe en nosotros. ¿Y para qué? Podría habérmelo dado todo y me fui sin ni siquiera luchar.

—Y, por favor —dijo Sharon—, si puedes, dile a Aaron que venga a verme cuando vuelva. No consigo ponerme en contacto con él.

«¿Cuándo vuelva?».

—Ah, emm… Yo no… Yo… —tartamudeé mientras las palabras se me agolpaban en la cabeza.

—No te preocupes, Lina. Ya me ha informado de vuestra relación. Vino aquí el lunes a primera hora a preguntar si había alguna clase de política corporativa que fuera en contra de esta clase de relaciones. —El latido, que se había deprimido en estos días sin él, se aceleró de golpe. Había venido a Recursos Humanos para asegurarse de que no nos meteríamos en problemas. Para darme seguridad. Porque sabía que eso era exactamente lo que necesitaba. Porque quería que me sintiera cómoda. Se me llenaron los ojos de lágrimas—. Ey, no te preocupes, Lina. No hay políticas corporativas. No tienes de qué preocuparte. No hay piedras en el camino.

No. La única que podía coger los obstáculos y convertirlos en impedimentos insuperables era yo.

—De acuerdo —murmuré, desando que mis ojos resistieran un poco más—. Eso es bueno. —La realidad distaba mucho de esa

frase, porque lo había arruinado todo.

—De acuerdo, bien. —Sharon se sacudió el pelo rubio y sus ojos maternales se llenaron de tibieza—. Pero por favor, dile que me devuelva las llamadas, ¿de acuerdo? Sé que son momentos difíciles, pero está relacionado con su ascenso.

«Momentos difíciles». Esas dos palabras retumbaron en mi mente y me hizo pensar en lo que había dicho Sharon: «Dile a Aaron que venga cuando vuelva».

—¿Aaron… se ha ido? ¿Ha pasado algo?

—¿No lo sabes? —Sharon puso unos ojos como platos por la confusión y la sorpresa. Negué con la cabeza, estaba pálida.

—No.

—Lina, no soy quien…

—Por favor —rogué, estaba desesperada por saber qué ocurría. La necesidad me invadía la piel—. Por favor, Sharon. Discutimos y yo… lo arruiné todo. No importa. Pero si pasa algo, si le ha pasado algo, necesito saberlo. Por favor. —Me miró durante un buen rato.

—Querida —dijo finalmente, y solo con eso disparó todas las alarmas—. Tuvo que volver a casa. Su padre… tiene cáncer. Lleva algunas semanas en estado crítico.

Capítulo 27

DE ADOLESCENTE, HABÍA UN PROGRAMA que me gustaba mucho. Era una serie estadounidense que echaban cada tarde por la tele (obviamente, doblada). Me volvía loca. Adolescentes soñadoras y con grandes egos (o grandes corazones, dependiendo de a quien le preguntes), giros de trama inesperados y un nivel de drama que no debería estar permitido para personas de dieciséis años que crecen en un pequeño pueblo de Carolina del Norte. Tampoco para quienes crecen en España. Y quizá por eso me llamaba tanto la atención.

Recordaba un episodio en particular. El narrador preguntaba algo como: «¿Alguna vez te has preguntado en cuánto tiempo puede cambiar tu vida? ¿Un año? ¿Un día? ¿Unos pocos minutos?».

La respuesta que le dio la serie a esas preguntas fue que, cuando eres joven, una sola hora puede marcar la diferencia. Puede cambiarlo todo. Y yo… no podía estar más en desacuerdo.

No necesitabas ser joven para que tu vida cambiara en el transcurso de una hora, un puñado de minutos o solo unos segundos. La vida cambiaba constantemente, vertiginosamente rápido o terriblemente lento, cuando menos te lo esperas o después de mucho tiempo persiguiendo ese cambio. La vida puede ponerse patas arriba, darse la vuelta, rebobinar o saltar hacia delante en cualquier momento. Y también podía transformarse en algo nuevo.

Eso pasaba a cualquier edad, pero lo que era más importante, ignoraba por completo el tiempo que tardaba en hacerlo.

Los momentos trascendentales podían pasar en pocos segundos o en décadas. Formaba parte de la magia de la vida. De vivir. En mis veintiocho años, había experimentado pocos, pero variados. Algunos habían durado segundos, un parpadeo o el tiempo que tardaban en comprenderlos. Y otros habían durado minutos, horas y hasta semanas. De cualquier forma, podía contarlos con los dedos de las manos. Me los sabía de memoria. La primera vez que puse un pie en el mar. La primera ecuación que resolví. Mi primer beso. Enamorarme y desenamorarme de Daniel. Los meses posteriores. Subirme al avión, rumbo a Nueva York, para iniciar una nueva vida. Ver a mi hermana caminar por el altar con la sonrisa más grande que le había visto jamás.

Y luego estaba Aaron. No era capaz de elegir solo un momento con él. Porque era él, todo él había hecho que ese momento importara. Se había vuelto trascendental.

Quedarme dormida en sus brazos. Verlo curvar los labios en esa sonrisa que ahora sabía que era solo para mí. Despertarme con su voz, con el calor de su piel contra la mía. Ver cómo se alteraba. Él alejándose. Su ausencia. Todo eso me había dejado una marca en el corazón. En mí. Todo eso me había cambiado. Me había convertido en alguien que se permitía abrirse, que se permitía querer, necesitar y entregarse. No a cualquiera, a él.

Pero por mucho que esos momentos que me hicieron enamorarme perdidamente de él hubieran dejado una huella que jamás podría borrar, lo que jamás iba a abandonarme era el segundo en que supe que tenía que subirme a un avión con destino a Seattle y encontrarlo. Ese fue el momento… trascendental. La plena consciencia de que lo había dejado escapar demasiado pronto, demasiado fácil, demasiado tontamente. El momento en que me di cuenta de que no importaba nada más que él. Que nada debería haberme impedido correr a sus brazos y estar a su lado cuando más me necesitaba.

¿Era demasiado tarde? ¿Seguía corriendo el reloj de mi momento trascendental para poder cambiarlo o había perdido la oportunidad?

Esa pregunta me dio vueltas en la cabeza durante las seis horas

que duró el vuelo de Nueva York a Seattle, llevándome de la esperanza ciega al temor que anticipaba una pérdida. Cuando el avión aterrizó, todavía no estaba segura de si debía sentirme esperanzada por estar más cerca de él o si debía aprovechar ese tiempo para prepararme para que Aaron me dijera que era demasiado tarde y me pidiera que me fuera.

Pensé un poco más en eso mientras esperaba al taxi que me llevó al primer hospital de la lista de centros con oncólogos en Seattle. Le pregunté a la recepcionista por Richard Blackford (un nombre que había encontrado en internet usando como pistas lo que Aaron me había contado sobre su pasado).

La pregunta siguió dando vueltas en mi mente mientras subía a otro taxi y repetía el proceso con el hospital número dos. Y el número tres.

Mis rodillas casi se dan por vencidas por la mezcla de alivio y miedo al escuchar, por fin, a la enfermera preguntándome si era un familiar o una amiga. La pregunta, que se me había quedado trabada en la cabeza, seguía exigiendo una respuesta.

Y allí siguió mientras avanzaba por la sala de espera hacia lo que se iba a convertir en el viaje en ascensor más largo de mi vida. «¿Lo he tirado todo a la basura por miedo y estupidez? ¿Es demasiado tarde?».

Cuando las puertas de metal se abrieron, salí dando tumbos, como quien vuelve de un viaje larguísimo en coche. Los miembros adormecidos, la piel pegajosa por el sudor frío y la sensación de no saber dónde estás. Escaneé con ansiedad el espacio que había entre el pasillo, ya a mis espaldas, y la sala de espera donde me dijeron que podía estar… mi Aaron, el hombre al que tenía que llegar, al que tenía que regresar. Y ahí, justo ahí, sentado en una silla muy pequeña para su tamaño, estaba mi respuesta. Con los brazos en las rodillas y la cabeza colgando entre los hombros, estaba mi momento trascendental.

Me di cuenta, mientras miraba a la nada (con el corazón más ligero y vacío que nunca por verlo ahí, solo, sin mí), de que, mientras estuviera con él, mi momento trascendental no iba a poder medirse. Nunca sería tan sencillo como poner unos marcadores en la línea de tiempo de mi vida que me permitieran identificar ese instante que lo había cambiado todo. Era él. Aaron. Él era mi

momento. Y, mientras lo tuviera, mi vida no pararía de cambiar, siempre sería trascendental. Sería desafiada, cuidada, amada. Con él a mi lado, viviría.

—Aaron. —Me oí decir. «Déjame ser tu roca. La mano que sostiene la tuya. Tu hogar».

Mi voz apenas fue un susurro, demasiado baja como para llegar hasta él. Pero de algún modo, llegó. Porque giró la cabeza. Todavía sentado en esa silla de plástico, enderezó la espalda y miró en mi dirección. Pude ver su gesto de incredulidad, como si creyera que se lo había imaginado.

Pero no. Estaba ahí. Y, si me lo permitía, iba a cuidarlo. Le acariciaría la espalda mientras esperaba en esa aburrida e impersonal sala de espera. Le peinaría el pelo con los dedos para tranquilizarlo y me aseguraría de que comiera y durmiera. Lo consolaría con abrazos y sería el hombro en el que podría llorar al padre que pronto perdería. El que se había perdido gran parte de su vida, el que, como bien sabía, Aaron sentía muy lejos.

Midió el espacio que nos separaba con una determinación de la que solo él era capaz. No sé bien por qué, pero esperé. Me quedé muy quieta mientras él miraba a nuestro alrededor. Después de lo que me pareció una eternidad y, al mismo tiempo, muy poco tiempo como para estar lista, sus ojos azules descansaron en los míos. El corazón me dio un vuelco y sentí la opresión en el pecho. Lo vi enderezar las piernas e incorporarse. Después separó los labios.

—Lina.

No fue que me llamara «Lina» en lugar de «Catalina». Fue la angustia (la necesidad, su pelo alborotado, las ojeras, las arrugas que indicaban que hacía varios días que no se cambiaba de ropa) lo que me hizo avanzar. Corrí por el pasillo que nos separaba como no habían corrido nunca. Hacia él, directa a sus brazos. Justo como me había pedido. Cuando estuve cerca, me entregué y lo envolví con todo mi cuerpo.

No era lo apropiado. No era el momento ni el lugar, y ya tenía suficientes cosas en la cabeza. Teníamos que hablar de todo lo que había pasado, pero esto era lo correcto. Lo sentí en lo más profundo de mi ser en el momento en que me abrazó. Enterré la cara en su cuello mientras murmuraba:

—Estoy aquí. Estoy aquí. He venido corriendo hacia ti. Confío en ti. Te quiero. —Esperaba que no fuera demasiado tarde.

Él siguió repitiendo mi nombre.

—Lina, cariño. Lina, ¿de verdad estás aquí? —susurró, roto, como si no pudiera creer que estaba en sus brazos. Que había vuelto a él como tendría que haber hecho días atrás. No. Como tendría que haber hecho una eternidad atrás.

Aaron retrocedió y volvió a sentarse, conmigo entre sus brazos, mientras yo también lo abrazaba. Me puso una palma en la nuca mientras ocupaba su regazo.

—Lo siento muchísimo, Aaron. —Respiré contra la piel que quedaba entre su hombro y su barbilla—. Por todo. Por tu padre y por no haber venido antes. ¿Cómo se encuentra? ¿Lo has visto? —Lo sentí tragar contra mi sien.

—Está… —Aaron negó con la cabeza—. Lo he visto, pero está ausente. Yo solo… —vaciló, sonaba agotado. Abatido—. ¿De verdad estás aquí, nena? —repitió, sujetándome con más fuerza—. ¿La mente me está jugando una mala pasada? No duermo desde hace… No sé cuántos días hace. ¿Dos? ¿Tres?

—Estoy aquí, estoy aquí. —Levanté la cabeza y me moví para poder cogerle la cara y contemplar ese paisaje que tanto me había esmerado en detestar y que ahora amaba con toda el alma—. Y voy a cuidar de ti. —Cerró los ojos y escuché cómo se le escapaba un sonido estrangulado—. Te quiero, Aaron. No quiero que estés solo… Nunca más. Y quiero ser yo quien esté contigo. Aquí. Cogiéndote la mano. —Seguía con los ojos cerrados y la mandíbula apretada—. Permítemelo. Permíteme demostrarte que confío en ti y que puedo volver a ganarme tu confianza. Que soy yo quien tiene que estar a tu lado, ahora y todo el tiempo que me permitas estarlo.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí. —Solté—. Sí, sí. Por supuesto que es lo que quiero. —Repetí—. Lo necesito —susurré, no confiaba en mi voz—. Déjame acompañarte. Cuidarte.

Abrió los ojos y nuestras miradas se encontraron. Al cabo de un rato, se le escapó una risa compungida.

—Me vuelves loco, Lina. No sé si entiendes hasta qué punto. —Llevó una mano a mi muñeca, que todavía le sostenía la cara con desesperación. Estaba lista para luchar por él. Estaba lista para

suplicar si era necesario—. Has venido hasta aquí. Tú… —vaciló y vi un gesto de incredulidad—. ¿Cómo me has encontrado?

—Tenía que llegar a ti. —Mis dedos bajaron por su cuello y acomodé la palma en la calidez de su piel—. Recordé todo lo que me contaste. Sobre Seattle, sobre que tu padre era conocido aquí. Así que busqué tu apellido en internet, luego el equipo de fútbol de la universidad y la lista de entrenadores. Hice una lista de los hospitales en los que podría estar ingresado. Supe que estarías aquí porque sé que serías incapaz de dejarlo solo si estaba tan grave como dijo Sharon. Y tenía razón. Aquí estás. Solo he tenido que intentarlo un par de veces. Pero me hubiera recorrido toda la ciudad para encontrarte. No iba a descansar hasta hacerlo. —Finalmente, me permití respirar hondo. Los ojos de Aaron brillaban tanto que me dolió el pecho de una forma tibia y maravillosa—. Te llamé, pero fue directo al buzón de voz, y luego… no quise molestarte. Y… —Bajé la voz—. Y no quería darte la oportunidad de que me dijeras que no viniera. Me aterraba que no quisieras verme. Así que no volví a llamar. Solo vine hacia ti. —Lo recorrió un escalofrío.

—Me vuelas la maldita cabeza, rompes todas las reglas, destruyes mi universo. —Exhaló y esos ojos azules se clavaron en los míos como nunca—. Cuando menos lo esperaba, encuentro que estás lista para dinamitarlo todo hasta llegar a mi corazón. Como si no lo tuvieras ya. —Apretó la mano que tenía en mi cintura y me acercó aún más. Pude sentir como un suspiro se le escapa de la boca y aterrizaba en la mía—. Como si no me hubieras desmantelado ya. Como si no estuviera a tu merced.

—¿Yo he hecho todo eso? —Esperanza, sentí una esperanza tibia y suave en los hombros.

—Sí, Lina. —La frente de Aaron cayó sobre la mía y no me quedó más opción que cerrar los ojos, procesarlo e intentar controlar el remolino de emociones que amenazaban con arrasarme—. Eso fue exactamente lo que hiciste con cada sonrisa. —Sentí sus labios acariciar los míos con suavidad y un escalofrío me recorrió la espalda—. Cada vez que fuiste tan testaruda como preciosa, todo al mismo tiempo. —Me dio un beso al lado del ojo—. Cada vez que le mostraste al mundo lo fuerte que eres, aunque tú todavía no lo creas. —Un beso en la punta de la nariz—. Con tu

mente, que me maravilla y me perturba de una forma que no consigo comprender. —Sus labios aterrizaron en mi mejilla y me acariciaron la piel—. Cada vez que te ríes, quiero cogerte en brazos y correr a algún sitio en el que solo yo pueda escuchar ese sonido. —Un beso en la mandíbula que subió hasta la oreja—. Y con cada inesperada estrategia que tienes para volverme totalmente tuyo.

—«Tuyo». —Repetí y mi corazón se expandió, dando un tumbo contra mis costillas; quería escapar y mudarse al pecho de Aaron—. Yo también soy tuya, Aaron. Completamente tuya. Yo… me he enamorado de ti. No sé cómo, pero ha pasado. Te quiero. —El fuerte latido que sentía en los oídos me impedía reconocer mi propia voz—. Fui una estúpida al dejarte ir. Muy muy estúpida. Pero me confundí. Tenía tanto miedo, Aaron. No quería perder todo lo que había ganado con tanto esfuerzo ni que la gente volviese a mirarme como en el pasado. Ni perderte a ti cuando te dieras cuenta de todos los problemas que te traería.

—Nunca haría eso.

—Ahora lo sé, pero me convencí de que dejarte ir era lo mejor que podía hacer para protegerme. —Negué con la cabeza y alejé esos sentimientos tan horribles. Iba a contarle que habían decidido abrir una inspección con respeto a Gerald. Pero no era el momento—. Perdóname por no acompañarte como tendría que haber hecho. —Me miró como si no quisiera mis disculpas, pero no lo dejé hablar—. En serio —dije con voz temblorosa—. Cuando supe que tu padre estaba enfermo y que habías tenido que venir, solo, a enfrentarte a todo esto sin nadie a tu lado para consolarte. Que llevaba semanas en estado crítico y, sin embargo, me habías acompañado a España. Que… —Arrastré las palabras con la voz rota—. Que estabas dispuesto a darme tanto sin pedir nada a cambio. Me destruyó. Pero aquí estoy —susurré mirándolo a los ojos—. Estoy aquí y no me iré a ningún lado; no porque ahora crea que podemos estar juntos, sino porque no concibo estar en otro sitio que no sea a tu lado. —Tragué con dificultad, intentando contener las emociones que amenazaban con explotar—. Lo sabes, ¿no? —Me incliné para rozar nuestros labios. Suave, casi nada, mientras esperaba su respuesta.

—Ahora lo sé. —Un gruñido grave salió de su garganta. Me cogió la muñeca con más fuerza. El brazo con el que me rodeaba la

cintura me acercó más a su pecho—. Lo sé, Lina. Y no pienso dejar que lo olvides. —La mano de la muñeca subió por el brazo hasta acunarme la cara. Me apoyé en su palma, sintiendo que podría vivir solo con las caricias y los besos de Aaron—. Hubiese vuelto a por ti, ¿sabes? Te dije que no dejaría que te rindieras. Todavía me debes esa palabra de cuatro letras.

Lo había dicho. Y darme cuenta hizo que el estómago me diera un vuelco. Qué tonta había sido. Aaron no se había dado por vencido; esa había sido yo. Temporalmente. Mientras que él seguía entregado con esto. Con nosotros. Todo este tiempo. Incluso cuando era él quien necesitaba a alguien a su lado. Y eso… eso hizo que el corazón se me rompiera en un millón de pedazos y se reconstruyera en algo diferente. Algo que ya no me pertenecía. Era de los dos.

—Es tuyo. El amor y todas las demás palabras de cuatro letras que pueda darte. —No pude seguir conteniéndome y lo besé. Me tomé el tiempo necesario para dejarle claro que esos labios eran míos. Me regaló un sonido profundo, directo de su garganta.

—No podrás librarte de mí, Catalina.

Sus brazos me apretaron contra su pecho. Apoyé la cabeza contra el latido de su corazón, su barbilla sobre mi cabeza, y paz (una paz abrumadora que no había sentido nunca) instalada entre los hombros. Supe que, mientras estuviéramos juntos, podríamos con cualquier cosa. Éramos un equipo. Iluminaríamos el camino del otro, nos sostendríamos la mano y nos ayudaríamos a seguir adelante cuando tropezáramos. Juntos. Podríamos hacer cualquier cosa. Como esto. Ayudaría a Aaron a atravesar todo esto.

—¿Aaron? —Levanté la vista para mirarlo—. Estoy aquí. Voy a cuidar de ti —dije. Suspiró, y sonó como si llevara todo el peso del mundo en los hombros—. Pero para que lo sepas, de haber sabido que tu padre estaba enfermo, no te hubiera permitido venir a España conmigo. ¿Por qué no me lo contaste cuando me hablaste de él? No es que me debas una explicación, pero quiero saberlo. Quiero entenderlo.

—Porque… todo cambió. —Tragó saliva y su mirada se perdió—. Hace un año que tiene cáncer. Es irónico, ¿no? Primero mi madre y ahora… —Aaron arrastró las palabras y necesitó un segundo para recomponerse—. Hasta hace algunos días, planeaba seguir lejos y dejar las cosas como estaban. Incluso después de venir

hace un par de semanas.

—¿Viniste?

—Sí, cuando me comunicaron que iban a ascenderme. Por eso no pude hablar contigo sobre nuestro acuerdo. —No me había dado cuenta de que se había ausentado unos días, aunque había habido una locura de trabajo, así que tenía excusa. Pero todo tenía sentido—. Con el tiempo te lo habría contado.

—Eso ya no importa, cariño —le dije, y fui sincera. Suspiró.

—Vine a Seattle, pero no me animé a hablarle, a admitir lo que tenía que admitir, a mostrarle que me importaba aunque me hubiera alejado de él, aunque ya lo hubiese perdido. —Mis dedos dibujaron círculos en su pecho, justo sobre el corazón.

—¿Qué fue lo que cambió?

—Todo. —Exhaló, temblando y con dolor—. Yo… creía que eras mía y, tal como habías venido, te fuiste. Y, por muy convencido que estuviera de que no iba a permitir que te rindieras, lo vi en tus ojos. Ya lo habías hecho. Creías en tu decisión. —Una sombra le atravesó la cara e instintivamente le besé la comisura para alejar esa oscuridad—. La posibilidad de perderte empezó a coger forma en mi mente. Y yo solo… —Negó con la cabeza—. Dios, no es lo mismo, lo sé. Pero al fin lo entiendo. Entiendo lo duro que debió ser para él perder a mamá. Lo perdido que debió sentirse al ver que no había forma de recuperarla. Cuántas decisiones debió tomar sin pensar. Eso no justifica que me echase, pero yo también tengo parte de culpa. Estaba tan perdido en mis pensamientos que se lo permití. Y luego no hice nada para remediarlo.

—Ninguno de los dos tiene la culpa, Aaron. No estamos programados para perder a quienes queremos; no hay forma correcta o incorrecta de llevar el duelo. —Mi mano subió por su pecho y se instaló en su clavícula—. Lo hacemos lo mejor que podemos, pero incluso así, en la mayoría de los casos, no es suficiente. Culparte no va a cambiar el pasado; solo va a restarte una energía que deberías estar usando en el presente. Y mira dónde estás; estás aquí. No es tarde. —Me dio un beso en el pelo.

—Ese día, cuando pasó todo lo de Gerald, recibí una llamada del hospital. Me dijeron que había empeorado. Aparentemente, preguntó por mí. Varias veces. Y pidió que me llamaran. —Se le fue apagando la voz y dejé que mis dedos jugaran con los mechones de

pelo de su nuca para que supiera que estaba aquí. Escuchando. Apoyándolo—. Es como si los astros se hubieran alineado y, de pronto, no solo lo entendía, sino que también sentía la necesidad de verlo. No para disculparme ni para arreglar las cosas, pero sí para despedirme. Y sabía que quizá esa era mi última oportunidad.

—¿Lo has hecho? ¿Te has despedido?

—Cuando llegué, fui a su habitación con esa intención. Despedirme, salir y esperar. Pero… acabé hablándole. Le dije todo lo que no había conseguido decir todos esos años que pasamos separados. No estaba consciente. No estoy seguro de que me estuviera escuchando, pero continué. No podía parar. Hablé y hablé, Lina. Se lo conté todo. Ni siquiera sé cuánto tiempo estuve ahí adentro. Y no sé si valió la pena, porque puede que no escuchara ninguna de mis palabras, pero lo hice de todos modos.

—Lo hiciste bien, amor. —Le acaricié el cuello con los labios—. Lo hiciste muy bien. —Aaron se entregó un poco más a mí, a mis caricias.

—Hace un par de horas me dijeron que ha mejorado un poco. Que quizá le queda algo más de tiempo. No saben si serán días, semanas o meses. Pero tienen fe. —Desinfló el pecho y los brazos que me rodeaban perdieron algo de la urgencia que tenían un par de minutos atrás—. Yo también la tengo.

—¿Señor Blackford? —Una voz, que llegó desde la otra punta de la sala de espera, rompió la burbuja en la que nos encontrábamos.

Ambos nos giramos para mirar. Había una enfermera de pie a pocos metros, con una sonrisa entrenada para ser amable y tranquilizadora.

—Sí —dijo Aaron mientras enderezaba la espalda.

—Se ha despertado. Puede pasar a verlo. —La enfermera se metió las manos en los bolsillos del uniforme—. Solo unos minutos, ¿de acuerdo? Necesita descansar.

Desenredé mi cuerpo del suyo, apoyé los pies en el suelo y me incorporé, dejándole espacio para que pudiera caminar hacia la enfermera. Él hizo lo mismo con la cabeza, todavía girada hacia la entrada de la sala de espera.

—De acuerdo —dijo, ausente. Pero antes de dar un paso, me miró—. ¿Vienes conmigo, por favor? —Mi corazón dejó de latir durante un segundo, la respuesta sonó fuerte y clara en mi cabeza.

«Iré contigo a donde me pidas».

—Sí, por supuesto.

No esperé a que me cogiera la mano. Lo hice yo. Intentando que mi contacto fuera tan firme y reconfortante como podía mientras seguíamos a la enfermera hacia la habitación en la que nos esperaba el padre de Aaron. Avanzamos sin saber bien qué esperar. Quizá debería haber aprovechado el camino para prepararme y darme cuenta de que había perdido esa oportunidad hizo que perdiera parte de la valentía. Era el único familiar que le quedaba vivo a Aaron, y estaba a punto de conocerlo. Y yo… me paralicé ante la relevancia del momento. Deseaba que hubiera sido en otras circunstancias, que tuviéramos más tiempo o que supiera qué decir o cómo manejar la situación.

Pero no había tiempo. Así eran las cosas. Esto era lo que tenían Aaron y su padre. Y, aunque estuviera un poco asustada o intranquila, me honraba que quisiera compartirlo conmigo.

—Alguien ha venido a verte, Richard —anunció la enfermera, ya dentro de la habitación, y nos sonrió un poco más—. Volveré en unos minutos, ¿de acuerdo?

Aaron dio un paso hacia delante mientras yo me quedaba detrás para permitirle vivir este momento.

—Hijo —dijo con voz ronca el hombre que había tumbado en la cama.

Lo miré y encontré el fantasma de unos rasgos que conocía muy bien: la mandíbula marcada, el modo en que juntaba las cejas, tan expresivas. Todo estaba ahí, pero difuso y gastado.

—Sigues aquí —dijo el padre de Aaron con sorpresa en la voz.

—Papá —respondió él mientras me apretaba la mano—. Claro que sigo aquí. Y quiero presentarte a alguien. —Los ojos azules que nos miraban desde la cama lo analizaron con curiosidad.

—Hola, señor Blackford. —Le sonreí y sentí como Aaron me soltaba la mano para rodearme los hombros—. Soy Catalina, encantada de conocerlo.

El padre de Aaron no me devolvió la sonrisa, pero sus ojos contaban una historia muy diferente. Lo mismo que había visto tantas veces en su hijo. Todos los sentimientos guardados a cal y canto.

—Llámame Richard, por favor. —Me analizó y puso una

expresión parecida al asombro—. ¿Es ella, hijo?

La pregunta me pilló por sorpresa, por lo que volví a mirar a Aaron. Observaba a su padre con la misma expresión. Luego, se relajó.

—No estaba seguro de que me estuvieras escuchando —dijo casi ausente. Después me apretó más entre sus brazos, como si abrazarme fuera un acto reflejo—. Sí, es ella —respondió en voz alta, acelerándome la respiración—. La mujer de la que te hablé.

—Tu Thea —dijo Richard, emocionado. Thea. Ese era el nombre de su esposa. De la madre de Aaron. Lo miré y encontré la sonrisa que había ocultado. Era pequeña y débil, pero suficiente para liberar la mía—. Aférrate a ella, hijo. Todo el tiempo que puedas.

—Lo haré. —Las palabras de Aaron me acariciaron la sien.

Sus ojos azules me sonrieron con una devoción que nunca había visto ni hubiera imaginado que alguien pudiera profesarme. Podía sentir su calor en el centro del pecho, expandiéndose a cada segundo que pasaba bajo su mirada, a su lado. Aaron me miró y vi un universo de posibilidades en sus ojos. Una promesa.

—Es la mujer con la que planeo pasar el resto de mi vida. No tengo intención de separarme de ella.

Epílogo

Un año después

—Catalina. —Llego a mis oídos la voz ronca que me había acunado y encendido cada célula del cuerpo los últimos doce meses. El bolígrafo que sostenía con la boca cayó y rebotó algunas veces en la superficie de roble de la mesa de conferencias.

—Catalina, necesito una respuesta. —Me enderecé y mi mirada se encontró con unos ojos azules mientras me aclaraba la garganta.

«Mierda. Me he perdido por completo».

—Sí, sí. Emm… Una respuesta. Enseguida, señor Blackford. —Lancé—. Estaba haciendo un repaso mental.

Lo vi levantar la comisura de la boca y sus ojos brillaron con un fuego familiar. Mi corazón dejó de latir. Porque, aparentemente, nunca iba a dejar de reaccionar así a la sonrisa de ese hombre. Sin importar lo pequeña que fuera.

—Rosie, si puedes, por favor, ayuda a Catalina con el repaso mental —dijo levantando una ceja—. Todos tenemos otros compromisos y me gustaría acabar en los próximos cinco minutos.

—Por supuesto —asintió mi mejor amiga y nueva líder de

equipo de nuestro departamento—. Seguro que Lina estaba siendo muy minuciosa con sus anotaciones.

—Sí, exactamente —confirmé y la miré. Tenía las mejillas sonrojadas. Mentir se nos daba fatal.

Le dediqué una sonrisa temblorosa y balbuceé un agradecimiento. Escuché la exhalación profunda de Aaron. *Sexy* e impaciente gruñón de ojos azules. Tenía mucha suerte de que estuviera tan enamorada de él.

—Aaron ha sugerido que, quizá ahora que Linda y Patricia han vuelto de su baja por maternidad, alguien de tu equipo podría pasar al de Héctor —explicó Rosie mientras repicaba los dedos contra la agenda—. Solo temporalmente, hasta que encontremos alguien que ocupe el lugar que dejé cuando pasé a dirigir el equipo de Gerald.

Después de una extensa y exhaustiva investigación de Recursos Humanos en la que Sharon consiguió desenterrar varias acusaciones de conductas inapropiadas, despidieron a Gerald. Aaron, el líder de nuestro departamento y dueño de mi corazón, no había dudado y, en el momento en que Gerald salió de InTech, había propuesto a Rosie para su puesto. Antes de poder procesarlo, estábamos celebrando su acenso.

—¿Crees que funcionará, Catalina? —preguntó mi futuro marido.

Aunque todavía no me había hecho una propuesta formal, sospechaba que iba a hacerlo pronto, pero quizá lo acabaría haciendo yo antes. Así de impaciente era.

—Al cien por cien. —Respondí, tomando apuntes. Esta vez de verdad—. Me aseguraré de hacer algunos movimientos para ver quién puede pasar al equipo de Héctor.

—Gracias, Lina —dijo este—. La verdad es que nadie podrá reemplazar a Rosie. —Alzó los hombros y sonrió con tristeza—. Aunque sabía que tarde o temprano iba a perderla. —Volvió a encogerse de hombros y la sonrisa se le iluminó cuando miró a mi amiga—. Estoy muy orgulloso de ti, Rosie.

—Gracias —dijo Rosie, emocionada. Se aclaró la garganta—. Pero ya basta. Echarme a llorar en mi primera reunión sería muy poco profesional por mi parte.

Alguien cerró una libreta con brusquedad.

—Muy bien, lo considero resuelto —concluyó el señor gruñón.

Lo miré justo cuando espió el reloj a mis espaldas—. Reunión terminada. Que tengáis…

—Pero Aaron —lo llamó Kabir con la voz temblorosa por el miedo—. ¿Qué pasa con…?

—Lo siento, pero estoy oficialmente de vacaciones —interrumpió Aaron, cortando el aire con una mano. *Sip*. Los dos lo estábamos. Solo medio día, pero me había costado bastante convencerlo, así que lo consideraba un triunfo—. Tendrá que esperar al lunes. Que tengáis un buen fin de semana. —Corrió la silla y se incorporó, regalándome un primer plano de su torso. Suspiré por dentro. De felicidad. Era todo mío. Todo eso era solo para mí, para que yo lo cogiera. Y, todavía mejor, el fuerte y resistente corazón que latía dentro de ese pecho con lealtad, generosidad e integridad, también era mío—. ¿Catalina? —Me sacó de mi trance, me enderecé y me puse a recoger mis cosas.

—Voy, voy. —Fui hacia el lugar en que Aaron me esperaba, junto a la puerta.

—Hoy estás muy dispersa —dijo en voz baja. Quise discutir, pero el modo en que me miró, con ese deje de preocupación que me derretía el corazón, mató las palabras antes de que pudieran salir.

—Es que me robas toda la atención.

Miró a su alrededor y pude ver cómo se estaba resistiendo a abalanzarse sobre mí. Estábamos en el trabajo y nos esmerábamos por ser profesionales. No porque tuviéramos que hacerlo. Todos sabían que salíamos juntos y lo respetaban. Pero esa había sido nuestra decisión. Así que cambié de tema.

—También estoy un poco nerviosa.

—Lo sé —admitió mientras bajábamos por el pasillo, con los portátiles en la mano—. Nuestras maletas ya están en el coche para que lleguemos al aeropuerto a tiempo. —Entramos al ascensor vacío, Aaron se acercó a mí y nuestros brazos se rozaron—. Lo he mirado hace un rato y el vuelo va en hora —dijo mientras las puertas metálicas se cerraban.

—Gracias. —Lancé, acercándome inconscientemente hacia él—. Pero sigo un poco nerviosa. Es su primera vez en Estados Unidos, y vienen todos. Son demasiados Martín para un solo avión. Es difícil que todo salga bien. ¿Y si la *abuela* no soporta el vuelo? ¿Y si papá se olvida la medicación para la tensión? Ya sabes que tuve que

hacer una videollamada con él para explicarle cómo ponerse un recordatorio en el móvil, pero es probable que lo haya apagado y se haya olvidado. Y me asusta lo que haya podido meter mamá en la maleta. ¿Recuerdas que te conté que quería traerme una pata de jamón? ¿Y si trae algún objeto prohibido y en la aduana creen que viene de contrabando y…?

El ascensor se paró en seco y sentí los labios de Aaron contra los míos. El beso inesperado me dejó sin palabras. Indefensa. Ligera. Me derretí, mis piernas se convirtieron en mantequilla. No podía evitarlo. Aaron siempre iba a tener ese efecto en mí.

—Nena —dijo contra mi boca—. Deja de darle vueltas. —Volvió a atraparme los labios y me envolvió en sus brazos. Su cuerpo me empujó contra la fría superficie que había a mis espaldas.

—¿Ha parado el ascensor, señor Blackford? —Mi voz sonó agitada, pero no me importó.

Aaron era plenamente consciente del poder que tenía sobre mí, y yo quería que así fuera. Ninguno de los dos quería dejar cosas sin decir. Demasiadas habíamos dejado en el pasado.

—Sí. —Me besó la mandíbula—. Y tenemos tres minutos para quitarte todas esas preocupaciones de la cabeza antes de que alguien llame a recepción. —Bajó por mi cuello y sus cálidas palmas volaron a mi cintura.

Abrí los labios.

—Oh, muy bien —murmuré mientras mordisqueaba la piel sensible. La sangre se arremolinó en ciertas partes de mi cuerpo, que reclamaban atención—. Me gusta como suena eso.

—Me aseguré de que tu padre tuviera sus pastillas cuando hablé con él antes de salir de casa. —Sus manos subieron hasta el comienzo de mis pechos—. Cristina solo trae algo de embutido envasado al vacío —continuó mientras sus piernas tocaban las mías—. No fue fácil, y puede que le haya prometido cosas que no debería, pero me lo juró. —Me reí por lo bajo, pero toda la diversión se acabó cuando presionó los labios contra los míos—. La abuela va a estar bien; es dura como una roca. ¿O ya te has olvidado de cómo tuvimos que sacarla a rastras de la pista de baile en Navidad? —Apretó el lóbulo de mi oreja con los dientes—. Y el embarazo de Isabel no la pone en riesgo; Gonzalo llamó a la aerolínea para preguntarlo. Dos veces.

Gemí, embelesada por sentir a Aaron sobre mí (su calor, la fuerza de su cuerpo, su respiración contra mi piel), pero también lo hondo que calaban en mí sus palabras y sus acciones. Era increíble todo el amor y la dedicación que había en ellos, en él.

—Es increíble lo mucho que te adora mi familia —comenté, aferrándome a sus brazos con una necesidad incontenible—. Eres como un Encantador de Martines. ¿Cómo lo consigues?

—Creí que el éxito que había tenido convenciéndolos de que iba en serio contigo era pura suerte, pero puede que tenga una habilidad especial cuando de Martines se trata —susurró como si fuera un secreto—. Aunque, con una en particular, me gusta creer que tengo más que eso.

Mis manos recorrieron sus fuertes brazos, pasaron por sus hombros y le rodearon el cuello, posándose en su nuca.

—Sí —murmuré—. Yo también te adoro. Te valoro. Te amo. Te quiero. Te necesito. —Lo atraje hacia mí.

—¿Quién está robando toda la atención ahora? —gimió. Respondí apretándome contra su sólido cuerpo, rápido, pero con intensidad. Se le escapó un gemido—. Mírate, provocándome así. Qué mujer tan adorable y atractiva tengo entre los brazos.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —Arqueé la espalda para presionar nuestros pechos. Exhaló con dificultad.

—Demasiado poco para lo que tengo en mente. —Apoyó su palma en mi culo, como si no pudiera contenerse. Me apretó con devoción para demostrar su argumento. Bajó la voz—. Más tarde. Te lo juro. Cuando estemos solos en nuestra habitación.

Aaron me besó con firmeza, prometiéndome, en silencio, todas las cosas que me haría más tarde. Después de algunas horas, cuando hubiéramos llegado a la casa que habíamos alquilado en Montauk para pasar el fin de semana y nuestra familia ya estuviera instalada.

—De acuerdo. —Me cogió la cara entre las manos y le di un último beso en los labios—. ¿Has hablado con tu padre? —Aaron se alejó con desgana y presionó el botón amarillo que reanudó el descenso.

—Sí, esta mañana —admitió con cautela, como cada vez que hablaba de Richard. Sabía que Aaron no había conseguido desprenderse por completo de la culpa que arrastraba, pero padre e hijo habían avanzado bastante en su relación. Y ambos sabían que a

Richard no le quedaba demasiado tiempo. El último año había sido un regalo—. Él y Martha deberían llegar en las próximas horas. —Martha, su cuidadora, era otro regalo del cielo. Era maravillosa y siempre nos mantenía informados. Confiábamos en ella por completo, y contar con su apoyo y su compañía no solo nos tranquilizaba a Aaron y a mí, sino también a Richard—. Volveré a llamarlos mientras esperamos a tu familia en el aeropuerto. —La puerta del ascensor se abrió y salimos al mismo tiempo.

—Todo va a ir bien, amor —le dije, cogiéndole la mano en medio de la entrada, algo que rompía por completo mis reglas—. Tu padre va a llegar bien a Montauk y adorará a mi familia. Igual que ellos lo adorarán a él.

Rompiendo sus reglas, se llevó mi mano a la boca y me besó el reverso.

—Lo sé, cariño —susurró solo para mí—. Todo irá bien, sin importar qué pase. ¿Sabes por qué? —Salimos del edificio hacia uno de esos días de calor sofocante de Nueva York.

—¿Por qué?

—Porque somos tú y yo. —Me sonrió desde su altura y me miró a los ojos con convicción. La misma con la que sostenía mi corazón en sus manos. Mi amor. Todo mi mundo. Completamente y con confianza—. Y no importa lo que pase, siempre nos tendremos el uno al otro. —Esa sonrisa de Aaron que era solo para mí y nunca dejaba de acelerarme el corazón, se ensanchó—. Estamos juntos en esto, toda la vida.

El primer San Valentín de Aaron y Lina

CATALINA:

Sé que estás fingiendo leer esta carta por primera vez. Te tengo delante, con las mejillas rojas y tu mejor cara de póquer. Puedes seguir así un poco más, si eso te hace feliz. Esperaré. Incluso con ese ceño fruncido, sigues siendo la mujer más preciosa que he visto en la vida.

Ah, ahí está, esa sonrisa que me vuelve loco.

Está bien, nena. Sé que leíste la primera carta hace semanas. Sabía que la buscarías en los cajones después de verme escribiéndola. Te aclaraste la garganta y sacudiste las llaves para darme tiempo para esconderla, pero sabía que lo harías. Conozco a la mujer que amo. Por eso decidí escribirte una completamente diferente. Para pillarte desprevenida.

Crees que esta noche nos quedaremos en casa. Que estoy encendiendo velas, abriendo una botella del vino español que trajimos a Nueva York y preparando la cena. Por eso te has puesto esos pantalones holgados que siempre dices que son muy cómodos y que, en secreto, me vuelven loco.

No vamos a quedarnos en casa.

Una vez, compraste una cita conmigo. Luchaste con uñas y dientes para conseguirla. Esa noche, me di cuenta de que estaba perdido. Indefenso. Así que me prometí a mí mismo que haría todo lo posible para que se hiciera realidad. Para llevarte a tantas citas como quisieras. Para darte cualquier cosa que necesitaras.

Y soy un hombre de palabra.

Por eso no voy a hacerte la cena esta noche. Eso lo puedo hacer cualquier noche. Hoy te voy a dar lo que te prometí hace seis meses.

Hoy, vamos a celebrar San Valentín en el refugio.

Así que no te quites esos vaqueros.

Y ahora, déjame ver esa sonrisa otra vez, cariño. Déjame besarla. Apreciarla. Atesórala tanto como te atesoro a ti. Déjame luchar todos los días por una nueva.

Feliz San Valentín, Catalina. El primero de toda una vida.

Tuyo,

Aaron

Agradecimientos

LA ÚNICA RAZÓN POR LA que tienes en las manos *Farsa de amor a la española* es porque alguien muy especial me hizo esta pregunta: «Elena, ¿por qué no lo publicas? ¡Tienes que publicarlo!». Para ser sincera, pensé que estaba completamente loca (a veces todavía lo creo), pero supongo que contar con la confianza y el aliento de alguien puede ser suficiente para arriesgarse a dar el salto y perseguir tus sueños. Ella, este libro no hubiera sido posible sin ti. Si pudiera, escribiría páginas enteras sobre los motivos por los que te has convertido en una pieza clave en mi vida. Pero pondrías los ojos en blanco tanto que tendría que coger un avión para ir a visitarte en el hospital. Así que me limitaré a decir «gracias». Desde lo más profundo de mi corazón, gracias. Por cada palabra de ánimo, por cada consejo, por guiarme, por todas esas horas de videollamadas, por tu interés, por cada vez que me pediste que me callara y, sobre todo, por tu valiosa amistad.

Cris y Ana… Chicas, lo he hecho. Gracias por estar ahí desde que éramos unas mocosas insoportables que se creían superalternativas. Me habéis animado (y psicoanalizado, seamos sinceras) hasta que me lancé a perseguir mis sueños. Y por eso siempre formaréis parte de ellos. Vuestra amistad lo es todo, ya lo sabéis.

Sara, no te voy a mentir, todo esto es en realidad culpa tuya. Puedes negarlo (hasta la muerte, como sabes hacer bien) pero fue tu boda la que plantó la semilla de la idea para este libro en mi cabeza. Perdona, Borja, vuestra boda. Tú eres mi Isabel, y sabes bien lo que significas para mí.

Mamá, papá, ya sé que os hacía mucha *ilu* que fuera ingeniera, pero esto no está tan mal, ¿no? Es broma. No podría tener padres mejores que vosotros. Gracias por todo.

Mister B., estos agradecimientos han sido modificados para dejar constancia de que, aunque no me regalaras flores el día del lanzamiento del libro (aun viviendo justo delante de una floristería), me regalaste una preciosa plantita que no se marchita y que crece junto a mi carrera como escritora. Me encantó. Se aproxima un nuevo lanzamiento, ¿y sabes lo que también crece? Un perrito. ¿Porfi? Anda, *please*.

Erin, mi lectora beta; Cristina, que fue tan vital cuando autopubliqué; Jessica y Andrea, mis agentes; GRACIAS.

A cada *booktoker, bookstagrammer, booktuber* y miembro de la familia de Twitter que me alentó y brindó su apoyo y su confianza. Habéis hecho que me cambie la vida y os merecéis todas las flores y los pasteles del mundo. Dios, chicos, nada de esto hubiera sido posible sin vosotros. Gracias.

A ti, lector. Gracias por darme una oportunidad. Sé que soy una novata y este es solo mi primer e imperfecto intento, pero espero de corazón que te guste. Espero que no te alejes. Porque, como diría Joey, sin ti, todo esto es una cuestión «mú».

ELENA ARMAS (Madrid, España, 1990). Es ingeniera química y una romántica empedernida. Tras años devorando libros con finales felices, decidió escribir el suyo.

Su primera novela, *Farsa de amor a la española*, se convirtió en un éxito internacional traducido a más de 30 idiomas y en un gran fenómeno de TikTok.

Fue autora *best seller* de *The New York Times* y la primera escritora española en ganar un premio Goodreads. Considerada la reina de la comedia romántica por grandes referentes del género, su fama se afianzó con sus siguientes libros: *Experimento de amor en Nueva York y Amor en juego*.

Índice de contenido

Cubierta

Farsa de amor a la española

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

El primer San Valentín de Aaron y Lina

Agradecimientos

Sobre la autora